



MARIAH EVANS
LA SOMBRA DEL
ESPIA

MARIAH EVANS
LA SOMBRA DEL
ESPIA

Título: *La sombra del espía*

© 2018, Mariah Evans

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

De la portada: 2018, Marien Fernández Sabaniego

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a mis padres.
Gracias por apoyarme siempre y estar a mi lado, por inculcarme la lectura desde pequeña y ayudarme a convertirme en la persona que hoy soy.

María.

PRÓLOGO

Noviembre, 2015
— Washington—

El sol comenzaba a caer sobre el horizonte, dotando de unos tonos pastel al cielo. La hierba bailaba de un lado a otro, movida por la fresca brisa que soplaba.

Colocó sus manos en los bolsillos de su traje negro recién planchado, totalmente erguido, y volvió la mirada hacia abajo mientras un mechón de cabello rubio oscuro recorría su frente.

No había mucha gente y aquello, en cierto modo, era un alivio. Jamás se había sentido cómodo dando el pésame. Había gente que lo hacía de forma natural, que lo sentía cuando expresaba aquellas palabras, pero para él era algo demasiado difícil de pronunciar.

Los pocos que se habían acercado para dar el último adiós ya se alejaban entre los árboles, sin siquiera echar la vista atrás.

Liam se agachó frente a la lápida, sin pisar la tierra batida que habían echado sobre el ataúd hacía menos de diez minutos, y no pudo evitar pasar una mano sobre ella, como si de aquella forma pudiese de nuevo sentir su contacto, tocarla.

Ella. Ella había representado todo en su vida desde que había entrado aquella noche de viernes en su vivienda, hacía poco más de un mes. Ella se había convertido en alguien demasiado importante para él y ahora no estaba, ya no volvería a existir en este mundo.

Agachó su cabeza hasta colocar su frente sobre su mano mientras intentaba controlar su ira y contener las lágrimas, mientras paseaba su mano sobre el mármol blanco y frío, sobre aquellas letras grabadas.

"Anya Petrova"
1985 - 2015

Contuvo la respiración mientras notaba cómo los ojos se le humedecían y cómo su corazón se aceleraba ante los recuerdos. Aquellas imágenes marcarían su vida. Ver su cuerpo inerte...

Agachó de nuevo su cabeza intentando serenarse. Él no podía permitirse aquellas emociones, aquel dolor, debía concentrarse en su misión, en lo que había venido a hacer allí, a aquel cementerio.

Elevó lentamente su mirada hacia delante, controlando de nuevo a aquellos cuatro hombres enfundados en unos gruesos abrigos, masajeándose las manos a través de los guantes de piel.

Esa era la razón de que él estuviese allí. Le habían arrebatado lo más importante en su vida y pensaba hacer justicia.

Se levantó lentamente, sin apartar la mirada de aquellos hombres, a pocos metros de él, que parecían presentar sus condolencias a otra tumba.

Embaucadores, mentirosos, hipócritas y asesinos. Todo aquello eran esos hombres. Las circunstancias le habían llevado hasta allí, a ese lugar, a ese cementerio, a tener que enterrar a Anya para poder cumplir con éxito su misión.

Comenzó a avanzar en su dirección, con la mirada clavada en aquel rostro tan familiar para él, la causa de su dolor, debatiéndose entre coger la pistola que llevaba en su cinturón o abalanzarse sobre él y matarlo ahí mismo. El mundo sería un lugar mucho más seguro en el que vivir si ese hombre muriese.

Observó cómo varios hombres más se acercaban con cierto disimulo hacia ellos, intentando no levantar sospechas hacia aquel importante hombre y sus guardaespaldas.

Pero tuvo que controlarse de no dispararle cuando el hombre se giró hacia él y le sonrió.

—Sargento Mayers, lamento su pérdida. Me han dicho que Anya era una persona a la que usted apreciaba —pronunció con tono triste, aunque sus ojos expresaban todo lo contrario. Él, equivocadamente, pensaba que había ganado.

Liam se detuvo ante él, llevando su mano disimuladamente a la parte de atrás de su chaqueta, donde guardaba su pistola, controlando cómo sus compañeros se acercaban a paso apresurado, rodeándolo por detrás.

No, no había ganado.



Un mes y medio antes...

Finales de septiembre, 2015
—Golfo Pérsico—

Tansel Wood observó el móvil en su mano, tembloroso. Se había preparado durante mucho tiempo para esa entrevista, concertada hacía varios meses.

Suspiró y elevó la mirada hacia la costa de la lujosa ciudad de Baréin, con sus altos edificios de cristal. Era una ciudad brillante en medio de aquel agobiante desierto.

Volvió a pasarse la mano por la frente secándose las gotas de sudor y se colocó bajo el toldo mientras guardaba el teléfono en su bolsillo. Aquella última conversación lo había puesto más nervioso de lo que ya estaba.

Se sujetó a la baranda del yate que se mecía suave sobre las aguas y observó cómo a lo lejos una lujosa embarcación aparecía.

No pudo evitar echar la mirada atrás, hacia los cinco hombres que lo acompañaban. Aunque se había vestido con ropa holgada, debía admitir que sus acompañantes irían mucho más cómodos con las túnicas claras, pues el calor era sofocante a pesar de ser primera hora de la mañana.

—Hakim, ¿está todo preparado?

El joven árabe afirmó ansioso, sin apartar sus ojos de aquel enorme yate ya cercano.

Se mantuvo firme, intentando aparentar serenidad mientras metía las manos en los bolsillos de su pantalón blanco.

El imponente yate de veinte metros de eslora resaltaba sobre las aguas y

le hacía ser consciente de la magnitud y ostentación de aquellos jeques árabes.

—Hakim, Omar —llamó la atención de sus compañeros—. Las cuerdas.

Ambos sujetaron con fuerza las cuerdas que les tiraban desde el otro yate y las sujetaron al suyo.

Tansel se mantuvo firme, en actitud despreocupada mientras observaba cómo del interior de aquel lujoso yate salía para recibirlo el hombre con el que había concertado la visita. Abdel Azim, uno de los mayores jeques de la zona, con una riqueza incalculable, anduvo por la cubierta vestido con la khandura blanca, sin duda la más elegante, así como el guthra, de un blanco immaculado, sujeto a su frente por una agal negra. Aquel hombre elevó los brazos en su dirección en señal de recibimiento, con una gran sonrisa en su rostro.

Tansel cruzó de un yate a otro sin mucha dificultad y se acercó con otra plácida sonrisa en su rostro, mientras el jeque esperaba estático su llegada, sin bajar los brazos.

Se aproximó a él y le dio dos besos.

—Sala malecum.

—Malecum sala —respondió Tansel sujetando sus brazos, en un gesto por parecer tranquilo.

—¿Ha ido bien el viaje? —preguntó cortés.

Tansel afirmó.

—Sí. Mucho —respondió con una sonrisa.

Abdel Azim giró su cabeza hacia dentro del lujoso yate.

—Venga, acompáñeme. Dentro estaremos frescos y podremos hablar mientras bebemos un té.

El yate, en su interior, aún era más espectacular. No se había fijado hasta ese momento, pero las ventanas que rodeaban aquel opulento comedor llegaban prácticamente hasta el techo y, aunque ahumados, permitían la entrada de mucha claridad.

La madera del suelo brillaba y resaltaba la blancura de los sofás y de la mesa de cristal hacia donde lo conducía.

Abdel Azim le tendió la mano para que se sentase a su lado, mientras con una simple mirada ordenaba a uno de sus sirvientes que les aproximase el té. Nada más dejar la bandeja plateada sobre la mesa y comenzar a servir en los pequeños vasos de cerámica le llegó el olor a menta.

—Bien, señor Wood —continuó con un inglés marcado por un fuerte

acento árabe—. Hablemos de negocios.

Tansel aceptó mientras cogía el pequeño vaso y lo llevaba a sus labios. Se había dicho a sí mismo, y así se lo habían marcado las directrices de su superior, que no debía aceptar la primera oferta. Lo mejor era escuchar y, posteriormente, valorar e incluso regatear. Sabía que los árabes disfrutaban de ello y, si fuese necesario, debía aplazar la decisión a una siguiente visita concertada para realizar una contraoferta.

—Como supongo que su superior le habrá explicado, estamos interesados en adquirir lo que nos ofrecen.

Tansel aceptó juntando sus manos.

—Podemos ofrecerles los lanzacohetes manuales M79, así como rifles de asalto Colt M16A4 y los semiautomáticos E2S XM15, los mismos con que se equipa nuestro ejército.

Abdel Azim chasqueó la lengua y sonrió con ironía al intermediario.

—No estaba pensando en eso —dijo elevando su dedo índice—. No se confunda, estoy agradecido por su ofrecimiento, pero de esos tengo de sobras.

Tansel puso su espalda recta y durante unos segundos pareció descolocado.

—¿Y en qué está interesado?

Se pasó la mano por la barba negra, perfectamente recortada, como si dispusiese de todo el tiempo del mundo.

—En realidad estaba pensando en algo más potente. —Miró fijamente al intermediario—. Estaba pensando en los todoterrenos Humvee, vehículos blindados MRAP y M113. —Tansel pareció sorprendido, pero no dejó que aquella expresión permaneciese más que unos segundos en su mirada—. También algún cañón automático antiaéreo ZU-23 y misiles perseguidores infrarrojos tierra-aire FIM-92 Stinger.

Tansel aceptó.

—Veo que domina bien el idioma de las armas.

—Hay que venir a las reuniones preparado, señor Wood. Dígame, ¿cree que podría conseguirme lo que le he pedido?

Sus miradas se encontraron unos segundos y luego Tansel paseó la suya por el lujoso yate.

—Si me permite una pregunta. —Volvió su rostro hacia él—. ¿Cuánto está dispuesto a pagar?

Abdel Azim sonrió.

—Oh, no, señor Wood. Usted hable con su superior y hágame una

propuesta. Ya veré si la considero atractiva o no.

El intermediario aceptó.

—Debería hablar con mi superior y que le hiciese un presupuesto, mirar qué podemos ofrecerle que cubra sus necesidades.

El jeque se levantó de inmediato y tendió los brazos hacia él.

—Entonces, cuando lo sepa, llámeme —dijo en tono cortés, aunque estaba claro que la cortesía solo era un formalismo. Habían quedado para hablar de negocios, ni más ni menos, y eso era justo lo que habían hecho. Poner las cartas sobre la mesa.

La única pena era que solo le había dado tiempo a dar un sorbo a ese extraordinario té de menta.

Tansel aceptó y siguió a su anfitrión hacia la cubierta de la embarcación, donde un sol de justicia cayó sobre ellos quemando su blanquecina piel.

—Señor Wood —Llamó su atención—. ¿Cuándo cree que podrá darme una respuesta?

Tansel se pasó de nuevo la mano por la frente quitándose algunas gotas de sudor.

—Hablaré hoy mismo con mi superior y en cuanto me dé una respuesta me pondré en contacto con usted. Un par de días, tal vez.

Abdel Azim lo miró sonriente, aunque en ese momento detectó que aquel hombre no debía estar muy acostumbrado a sonreír, pues sus labios se estiraban de forma algo forzada.

—No me malinterprete, pero le sugiero que no tarde mucho en hacerme una oferta. Tengo otros posibles vendedores.

Tansel aceptó rápidamente.

—Por supuesto, señor.

El jeque lo miró por última vez y se giró para entrar en su yate, cerrando la puerta para que en el interior se preservase el frío.

Cruzó a su yate, que no llegaba a alcanzar la mitad de eslora que el del jeque árabe, y observó cómo poco a poco aquella inmensa embarcación se alejaba surcando las aguas, dirigiéndose a la costa de Baréin.

La reunión había sido corta, demasiado. No esperaba algo así. Pensaba que discutirían sobre armas, sobre todo lo que su organización podía ofrecerle, pero se había dado cuenta de que en aquella negociación ellos no mandaban.

Fue hacia la proa del yate y extrajo su móvil. Aquella era la primera misión que hacía de aquel estilo y, lo cierto, es que la experiencia no había

sido mala. Suponía que, con el tiempo, a medida que fuese conociendo el terreno y a los jeques cogería confianza con ellos.

Pulsó el número uno de su teléfono móvil, en el que tenía guardado el número de su superior, e indicó con un movimiento de mano a sus hombres para que se dirigieran hacia la costa.

Escuchó cómo descolgaban al otro lado de la línea, pero ninguna voz habló.

—Durango —pronunció su nombre en clave—. Reunión finalizada —explicó con la mirada clavada en el horizonte—. Me piden presupuestos nuevos.

La voz tardó unos segundos en responder.

—Está bien. Siga las instrucciones que se le dieron. A partir de ahora póngase en contacto a través de una línea segura. Use el teléfono solo para emergencias.

Automáticamente colgó. Sabía cuál era el siguiente paso. Le haría llegar a través de un servidor protegido el pedido y en breve recibiría respuesta sobre si era aceptado o no.

Tardó más de una hora en amarrar el yate al muelle y otros diez minutos en llegar al hotel donde se alojaba desde hacía tres días.

Cogió un maletín plateado y lo abrió. Dentro llevaba un ordenador con un servidor totalmente protegido que le permitiría mantener contacto con su superior e informarle de todas las novedades cuando fuese necesario.

Mientras el ordenador se encendía aprovechó para darle más potencia al aire acondicionado de aquella lujosa habitación que habían alquilado para él.

Tomó un enorme libro y comenzó a buscar cómo encriptar el mensaje que debía enviar a Heimdall, su superior. Sabía que aquel también era un nombre en clave, no sabía cuál era el real, simplemente le habían dado un número de teléfono y un servidor mediante el cual comunicarse, ningún dato más para saber quién era su superior jerárquico, quién era el que le daba las órdenes y a quién enviaba esas peticiones.

Pasó a las siguientes hojas hasta que encontró lo que buscaba. El correo electrónico lo encabezó con el asunto: *H4* (lo que se traduciría como Heimdall, cuarto mensaje).

Buscó por orden alfabético hasta que encontró lo que necesitaba: “Solicitud de nuevo presupuesto”, traducido en clave como *NH3*, completando posteriormente con las armas que se solicitaban, todo encriptado, dificultando así que personal no autorizado pudiese descubrir sus intenciones.



—*Aeropuerto Nacional Ronald Reagan, Washington*—

Liam Mayers caminó por la rampa que lo conducía del avión que acababa de aterrizar a la terminal del aeropuerto. Cuatro meses después volvía a casa. La misión había sido dura, pero era a lo que se dedicaba. Al menos, había conseguido suavizar la crisis que comenzaba a despuntar en Jordania.

Roy Adams, uno de sus fieles amigos y compañeros de trabajo, colocó su mano en la espalda dándole una palmada, con una gran sonrisa en su rostro.

No sabía cuántas misiones había realizado, no llevaba la cuenta, a diferencia del resto de sus compañeros. Había ingresado en la academia militar a los diecisiete años. Normalmente, los jóvenes eran admitidos en el ejército a partir de los dieciocho, pero su padre era un militar de alto rango y había firmado el consentimiento expreso necesario para que un menor de edad ingresase.

Pocos años después había alcanzado el mismo rango que su padre, sargento. Había realizado varias misiones: Afganistan e Irak, entre otras.

Con veintiún años no había dudado en presentarse a las pruebas de los Delta Force, para lo cual eran necesarias cuatro condiciones: tener rango de sargento, la mínima de veintiún años, llevar al menos dos años y medio de servicio y, además, superar las duras pruebas de acceso.

Solían seleccionar a hombres con habilidades como el conocimiento de idiomas extranjeros. El entrenamiento y las pruebas habían sido de extrema dureza, llegando incluso a recibir maltrato físico y psicológico, enseñándoles así a trabajar bajo presión, llevándolos al agotamiento extremo, incluso privándoles de comida y sueño, durmiendo en una semana solo veinticinco

horas, acostumbrándolos así a situaciones desesperadas.

Más tarde comenzaban con la navegación y la subsistencia, llevándolos cada vez más y más al límite y debiendo recorrer finalmente un trayecto de setenta y dos kilómetros y medio cargando una mochila de 20 kilos en un determinado tiempo.

Tras superar las pruebas se iniciaba un periodo de entrenamiento de seis meses con munición y armas.

Había sido duro, pero no tenía un mal recuerdo de aquella época. Le había ayudado a ser lo que era, a formarse como era debido.

No le había extrañado cuando, cinco años después, la NCS se había puesto en contacto con él. El Servicio Nacional Clandestino, división dentro de la CIA, Agencia Central de Inteligencia, era responsable de llevar a cabo operaciones encubiertas conocidas como "actividades especiales".

El Grupo de Operaciones Especiales, SOG, era considerado la fuerza operativa especial más secreta de los Estados Unidos.

Sus otros compañeros habían sido reclutados desde otros operativos como el DEVGRU y la Unidad de Actividades de Apoyo de Inteligencia, el Mando de Operaciones Especiales de las Fuerzas del Cuerpo de Marines, los Boinas Verdes del Ejército de los Estados Unidos y el Venticuatro Escuadrón de Tácticas.

Ellos eran los encargados de ofrecer sus servicios al presidente de los Estados Unidos cuando las aparentes acciones militares y diplomáticas no eran políticamente viables o factibles. Los oficiales del SOG eran seleccionados exclusivamente de las mejores unidades militares de Estados Unidos. Había pasado a formar parte de la élite como agente de Operaciones Paramilitares instruido en su totalidad como oficial, es decir, como espía y, como tal, dirigía operaciones clandestinas de inteligencia humana por todo el mundo.

Giró su cabeza hacia atrás observando al resto de sus compañeros.

Hans Peterson y Mike Hudson caminaban a unos pasos de ellos, con las maletas de mano colgando de su hombro.

—Te vienes a cenar a casa, ¿no? —preguntó Roy haciendo que Liam volviese su mirada hacia él.

—Claro —aceptó.

Recogieron los cuatro las pesadas maletas de la cinta de equipajes y salieron del aeropuerto.

—Hogar, dulce hogar —suspiró Hans mientras elevaba su mano

llamando la atención de uno de los taxis. Se acercó al resto de sus compañeros y les tendió la mano para estrecharla—. Nos vemos en breve.

—Nos vemos mañana —Le recordó Liam mientras detenía otro de los taxis—. En la oficina —remarcó—. A las nueve.

—Claro, sargento —bromeó abriendo ya la puerta de su taxi—. Allí estaré.

Liam observó cómo el taxi se alejaba mientras otro se detenía ante él y Roy. Se despidieron de su compañero Mike y subieron a la parte trasera del taxi tras depositar el equipaje en el maletero.

Roy cantó la dirección al taxista que al momento se puso en marcha.

Los primeros minutos los pasaron en silencio, pensativos. Siempre que volvía de alguna misión le costaba desconectar. Se había acostumbrado a vivir en tensión durante los últimos meses, a estar alerta ante cualquier movimiento, palabra... Regresar a su hogar y poder volver a relajarse era todo un lujo, pero también algo a lo que debía adaptarse.

Giró su rostro para observar a Roy que miraba atentamente el móvil.

—¿Vas a avisar a Diane de que hemos llegado? —preguntó observando cómo comenzaba a pulsar botones.

Roy se giró hacia él con una sonrisa.

—La he llamado nada más aterrizar. —Luego hizo un gesto gracioso con su rostro—. Si no lo hago tu hermana me corta las pelotas. —Volvió a mirar la pantalla del móvil—. Le estoy avisando de que vienes a cenar.

Liam aceptó mientras sonreía por el comentario de su cuñado.

Diane, su hermana tres años mayor que él, había tenido suerte. Roy y él ya se habían conocido durante su instrucción en la academia militar, así que cuando ocho años después ambos habían sido reclutados por el grupo de Operaciones Especiales había sido una sorpresa reencontrarse.

De origen africano y con la piel oscura como el carbón, era una broma recurrente el hecho de que él era mejor espía por el simple hecho de que podía ocultarse mejor en la noche.

Había sido una sorpresa cuando dos años después de que le presentase a su hermana, Diane, decidieran casarse.

Eran totalmente diferentes pues Diane, al igual que él, había heredado de su madre unos ojos de un intenso azul y un cabello rubio oscuro, así que para cuando nació su primera hija, su sobrina Layla, no era de extrañar que la niña fuese extremadamente llamativa. Una preciosa mulata de cabello negro como su padre y unos preciosos ojos azules como su madre.

Cuando el taxi se detuvo frente a la casa de su hermana no pudo evitar sonreír. Diane y Layla esperaban sentadas en el portal.

Layla fue la primera en salir corriendo, con sus graciosas coletas al viento y gritando hacia su padre.

—¡Papi! ¡Papi! —gritó la niña tirándose a sus brazos.

—¡Hola! —gritó Roy cogiéndola y elevándola hacia el cielo—. ¡Mi niña!

—Te he echado de menos —sonrió abrazándolo mientras la mirada de Roy se dirigía hacia su mujer, la cual se acercaba a ellos con una sonrisa.

—¡Tío Liam! —gritó Layla echando los brazos hacia él.

Liam no dudo en cogerla en brazos mientras una sonrisa brotaba de sus labios y abrazaba a su sobrina con todas las fuerzas.

—Hola, preciosa.

Diane y Roy se fundieron en un abrazo y se besaron repetidas veces mientras él seguía sujetando a su sobrina que no paraba de reír y de pasar sus manos por su cara.

—Has crecido mucho —dijo besando su frente—. ¿Me ayudas a coger las maletas? —preguntó soltándola en la acera.

Layla afirmó efusiva mientras se cogía de la mano de su tío y era conducida hasta el maletero.

Cuando finalmente Diane y Roy se acercaron a ellos, Layla volvió a arrojarse a los brazos de su padre mientras él seguía sacando las maletas, aunque al dejar la última sobre la acera se giró para abrazar también a su hermana. La abrazó con todas sus fuerzas notando que finalmente se relajaba, aquel contacto le hacía destensar los músculos y cerró los ojos apoyándose en su hombro como hacía cuando era pequeño.

Diane pasó su mano varias veces por su cabello, acariciándolo, hasta que se separó y pasó el otro brazo libre sobre el hombro de su marido.

—Mis dos chicos —dijo sonriente.

Nada más entrar en casa el olor a pollo al horno le hizo ser consciente de que llevaba muchas horas sin comer nada, así que cuando los cuatro se sentaron a la mesa ni siquiera hablaron, tanto Roy como él se limitaron a comer intercambiando alguna conversación inocente en la mesa y escuchando a Layla explicar sus progresos en el colegio. Jamás habían hablado de trabajo ante la niña y se habían prometido tiempo atrás que nunca lo harían.

Para cuando marcaron las diez de la noche, tanto Roy como Diane se ausentaron para acostar a su hija de cuatro años.

Aquellos minutos los pasó caminando por el comedor, observando las fotografías que rezaban sobre la chimenea, en las estanterías, y las que su hermana había ido enmarcando, con las que había cubierto las paredes.

Cogió una entre sus manos y la observó. Diane, Layla y él posaban sonrientes hacia la cámara. Le encantaba aquella foto. La pequeña permanecía sujeta a él y con el otro brazo rodeaba los hombros de su hermana abrazándola.

Depositó la fotografía sobre la repisa cuando escuchó que bajaban las escaleras.

Diane puso la mano por el pecho de su marido, lo besó y sonrió hacia su hermano.

—¿Una copa de vino? —preguntó distanciándose hacia la cocina.

—Me iría bien —pronunció Liam echando una última ojeada a esa fotografía y dirigiéndose al sofá—. Es una de mis fotos favoritas —explicó.

Roy observó hacia donde indicaba y afirmó.

—En la que yo no salgo, ¿verdad? —bromeó.

Liam chasqueó la lengua y se sentó a su lado mientras su hermana salía de la cocina con las copas de vino y una botella.

—Era de día, si te hubieses puesto hubieses salido —bromeó.

—Ya, ¿y quién habría tomado la foto? —continuó Roy sonriente.

Diana se sentó sobre él y lo rodeó con los brazos.

—Bien, chicos, explicadme... ¿cómo ha ido todo?

Liam resopló mientras abría la botella e iba llenando las copas.

—Cuando vaya por la tercera copa comienzo a explicarte —dijo a su hermana.

Roy cogió una de las copas y le dio un sorbo, luego se encogió de hombros y miró a su mujer.

—Lo mismo de siempre, cariño.

Diane aceptó y prefirió no insistir, sabía que su marido acabaría explicándole todo, pero también comprendía que lo que menos querían ahora, después de pasar cuatro largos meses lejos de su hogar, era hablar de trabajo.

—De acuerdo —dijo de forma cariñosa. Luego volvió la mirada hacia su hermano, el cuál también parecía pensativo—. Bueno. —Suspiró—. Liam, te quedas a dormir, ¿no? —preguntó con voz animada.



*—Departamento de Seguridad Nacional de los Estados Unidos—
Washington*

Anya Petrova soltó la taza de café y volvió a mirar su reloj de muñeca. Faltaban diez minutos para las siete de la tarde. Se pasó la mano por los ojos intentando centrar la mirada en la pantalla del ordenador que tenía delante.

Normalmente, durante el día, aquella enorme sala permanecía en un constante alboroto. Las idas y venidas de sus compañeros de trabajo, las llamadas de teléfono, las conversaciones... aun así había aprendido a trabajar y a concentrarse en medio de aquel caos, pero a medida que avanzaban las horas siempre ocurría lo mismo, parecía que el cansancio se iba apoderando de todo el personal y el silencio comenzaba a reinar en aquella amplia estancia.

Miró a un lado, observando cómo algunos de sus compañeros apagaban sus ordenadores o bien saludaban con una sonrisa al que los supliría aquella noche. Al menos, en poco menos de diez minutos podría recuperar su vida y aquella idea le hizo sonreír.

Lo cierto es que después de tantas horas ante el ordenador y entre aquellas cuatro paredes se sentía como una prisionera.

Echó un último vistazo a los informes de cuentas que le habían pasado, donde se detallaba de forma exhaustiva los ingresos de una empresa financiera estadounidense con sede fiscal en Hong Kong y, finalmente, se rindió y apagó el ordenador.

El Departamento de Seguridad Nacional, conocido y abreviado como DHS, tenía la responsabilidad de proteger el territorio estadounidense de

ataques terroristas y responder ante catástrofes naturales.

El departamento había sido creado tras los atentados del once de septiembre de dos mil uno, conscientes de que con los tiempos que corrían era necesario un departamento que se encargase única y exclusivamente de esa materia, aunque dicho departamento hubiese suscitado una gran polémica y numerosas críticas, al considerar su función como una violación de la privacidad y las libertades civiles de los ciudadanos estadounidenses y extranjeros.

Se encargaban así de proteger, en la esfera civil, los Estados Unidos dentro y fuera de sus fronteras, con el único objetivo de prepararse, prevenir y responder a emergencias nacionales, en especial en lo concerniente al terrorismo.

Hacía apenas un año que había conseguido aquella vacante, gracias a su carrera en económicas, su tesis doctoral en política fiscal y sus diversos másteres en Administración y Dirección de Mercados, Logística Integral y Seguridad Privada Operativa.

Tras presentar su tesis y acabar sus estudios con una media de matrícula no le había sorprendido cuando uno de los miembros del tribunal que había valorado su tesis doctoral la había esperado en la puerta de la universidad para ofrecerle un puesto de trabajo.

Aquello no le había sorprendido en un principio, pero sí cuando había pronunciado las enigmáticas palabras mientras le entregaba una tarjeta: "Así podrá ayudar a su país".

No sabía de qué se trataba, pero reconocía que lo que más había suscitado su interés era lo que aquellas palabras escondían, aquel misterio.

No dudó en llamar y concertar la entrevista y, casi un año después, allí estaba, trabajando para el Departamento de Seguridad Nacional, comprobando cuentas corrientes privadas, traspasos de dinero con el extranjero, todo a gran escala, buscando pruebas de alguna ilegalidad, algo que la llevase hasta una financiación ilícita y que pudiese suponer un peligro para su país.

Se despidió del compañero que acababa de sentarse a su lado y caminó despacio entre todos sus colegas de profesión, los cuales permanecían sentados leyendo documentos sobre la mesa o bien atentos a la pantalla, desviándose a otro de aquellos pasillos que formaban las mesas a un lado y a otro hasta que divisó el cabello corto y rubio de su amiga Charlotte.

Charlotte llevaba tres años en el departamento y, al menos, había tenido la suerte de dar también con una chica joven con la que compartía muchas

aficiones. Se había convertido en una gran amiga.

Se situó tras ella sin llamar su atención. Charlotte permanecía embobada mirando la pantalla, leyendo con gran interés y tomando notas mientras parecía hablar sola.

Se agachó y se asomó sobre su hombro.

—Son las siete —susurró en su oído.

Charlotte brincó en su silla y se separó compulsivamente de ella.

—¿Por qué haces eso? —preguntó volviendo su atención de nuevo a la pantalla.

—Porque ya es la hora de recuperar nuestras vidas —respondió Anya con una gran sonrisa.

Su amiga afirmó sin apartar la mirada de la pantalla, totalmente inmersa en sus pensamientos.

Anya se removió incómoda.

—¿Vas a tardar mucho?

—No, no, ya estoy. —Pulsó unos cuantos botones y al momento la impresora expulsó un par de documentos. Los dobló y los guardó en su bolso, aunque antes de hacerlo miró de un lado a otro.

Anya se acercó intrigada por el gesto de su compañera.

—¿Te llevas trabajo a casa?

Charlotte le sonrió tirante.

—No, son unos correos electrónicos personales —dijo cogiéndose a su brazo—. ¿Vamos?

Salieron de la sala y caminaron por los pasillos rumbo al ascensor.

Al salir del edificio, la temperatura era agradable para ser finales de septiembre. Observó el alto rascacielos, acristalado, de un color gris oscuro, y su mirada voló hacia el cielo. A lo lejos se veían nubes.

—Dicen que va a caer una buena tormenta este fin de semana.

—Muchas veces se equivocan —respondió Anya con una sonrisa mientras buscaba en su bolso las llaves de su coche—. Además, es miércoles, aún quedan un par de días, y dudo que esas nubes permanezcan ahí para entonces.

Charlotte se encogió de hombros mientras abría la puerta de su vehículo y se giró para observar a su amiga llegar al suyo, aparcado varios coches por delante en aquel enorme parking habilitado para los trabajadores, en la parte trasera del edificio.

—Anya —La llamó haciendo que ella se girase mientras abría la puerta.

—Dime —respondió mientras arrojaba el bolso al interior del coche.

Charlotte tardó un poco en responder, lo cual llamó la atención de su amiga. Volvía a tener la mirada perdida, pensativa, la misma que había mantenido cuando investigaba los datos en la pantalla del ordenador.

—Charlotte —Llamó su atención haciendo que reaccionase y la mirase directamente a los ojos—. ¿Estás bien? —preguntó preocupada.

Ella aceptó y luego le sonrió.

—¿Te apetece tomar algo? ¿O cenar?

Anya sonrió divertida.

—Pensaba que era mañana cuando habíamos quedado para tomar unas copas —bromeó. Charlotte volvió a guardar silencio, como si meditase aquella respuesta—. Charlotte —elevó su tono de voz para sacarla de su ensoñamiento—. ¿Pero qué te pasa? Era una broma —extendió los brazos hacia ella—. Me parece perfecto, no me apetece cocinar. Aunque ya que mañana vamos al bar que está cerca de tu piso hoy podríamos ir a uno que esté cerca del mío —sugirió.

—Claro, ningún problema —dijo mientras se metía en el coche—. Te sigo.

Anya depositó su botellín de cerveza sobre la barra de aquel bar. No era la primera vez que iban. Muchas veces al acabar su jornada ambas quedaban un rato para charlar y tomar algo y así desconectar del trabajo.

Era su momento para evadirse. Observó cómo Charlotte miraba el botellín de cerveza y se apartaba un mechón de cabello rubio que caía sobre sus ojos color miel.

—Estás distraída, ¿vas a decirme qué te ocurre? —preguntó acercándose a ella un poco. Charlotte la miró de reojo. Normalmente su carácter era espontáneo, era una chica divertida y que charlaba sin cesar. —Llevas varios días abstraída, pero hoy ya es demasiado.

Su amiga suspiró y dio otro sorbo a su botellín, removiéndose sobre el taburete intranquila. Luego negó levemente.

—Es el trabajo... —susurró sin mirarla, con los ojos clavados en su bebida. Luego la miró y le sonrió intentando tranquilizarla—. Es una tontería.

—En nuestro trabajo no hay tonterías —susurró acercándose.

Charlotte se pasó la mano por la frente y clavó sus ojos en la mirada azulada de su amiga.

—Es complicado, Anya.

Ella se encogió de hombros.

—Todo es complicado, si el mundo fuese sencillo está claro que no trabajaríamos en el DHS.

Charlotte sonrió al escuchar aquello, pues su amiga había empleado un tono bromista.

—Ya —susurró. Dio otro trago a su botellín y finalmente suspiró como si se rindiese—. He... he encontrado algo que...

Anya enarcó una ceja hacia ella.

—¿Algo? ¿En el trabajo?

Ella dudó un poco antes de responder.

—Sí.

Anya miró de un lado a otro.

—¿Alguna financiación...? —Dejó la frase sin acabar, pues ambas ya sabían que se refería a algo ilícito.

Charlotte se mordió el labio y abrió el bolso que mantenía sobre sus rodillas.

—No sé qué es realmente... seguramente sea una tontería.

—Dudo que sea una tontería —continuó su amiga mientras observaba los documentos en su mano, los mismos que había imprimido en el trabajo—. ¿No eran correos electrónicos personales?

Esta vez fue Charlotte la que enarcó una ceja hacia ella y chasqueó la lengua, luego se los pasó.

—Es una tontería, lo sé, pero... los correos provienen de un lugar de los Emiratos Árabes Unidos.

Anya puso su espalda recta mientras observaba los documentos.

—¿No has usado el doppler para mirar su ubicación?

—Se lo he pedido esta tarde a Pierce.

—¿Y?

—Aún no me ha autorizado.

Pierce Simmons, superior directo de ambas y director del Departamento de Seguridad Nacional para el que ellas trabajaban, la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza de los Estados Unidos.

—Bueno, a veces sabes que se tarda un poco, quizá haya algo más prioritario a lo que...

—Ya —Le cortó Charlotte cogiendo los documentos que tenía en sus manos—. Ya te he dicho que es una tontería.

Anya dejó que le quitase los documentos mientras la miraba fijamente. No le había dado tiempo a mirarlo mucho, pero era lógico que su amiga hubiese centrado la atención en esos correos, pues estaban encriptados.

—¿Has conseguido averiguar lo que dicen?

Charlotte volvió a removerse incómoda mientras guardaba los documentos en su bolso y miró de reojo a su amiga.

—No. —Cogió su botellín y volvió a dar un sorbo, luego se encogió de hombros—. Pero ya te he dicho, será una tontería... No tiene importancia.

Contempló a su amiga Charlotte durante unos segundos, consciente de que realmente parecía nerviosa, como si le estuviese ocultando algo. Decidió no continuar con el tema, si ella quería sabía que podía explicarle todo lo que necesitase.

Colocó su mano en su hombro y le sonrió.

—Seguro que sí —le dijo con ternura. Cogió su botellín de cerveza y vio que estaba vacío—. Vaya, ¿quieres otro? —preguntó alzando la mano para llamar la atención del camarero que se encontraba al otro lado de la barra atendiendo a otros clientes.

Aquella mañana había mucho tráfico en la carretera, más de la cuenta. Anya corrió hacia el ascensor que la llevaría hasta la cuarta planta donde se ubicaba su departamento y aprovechó esos segundos para cerrar los ojos y masajearse las sienes. No debería haberse tomado tres cervezas la noche anterior, pero parecía que Charlotte necesitaba hablar, explicarle algo, o al menos distraerse más de la cuenta.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron salió a paso acelerado y se dirigió a su mesa. No pudo evitar mirar directamente hacia la mesa de Charlotte. Su amiga debía haber llegado minutos antes y ya se encontraba tecleando compulsivamente frente al ordenador.

—Buenos días, Anya —dijo su compañero de al lado, Peter Bailey.

—Buenos días, Peter —respondió mientras dejaba el bolso sobre su mesa—. ¿Todo bien?

Anya volvió a elevar la mirada hacia su amiga, normalmente siempre la saludaba cuando llegaba, pero de nuevo parecía totalmente absorta.

—Sí, aunque sería mejor si ya fuese viernes —resopló y luego sonrió hacia ella.

Anya descendió su mirada hacia él y le devolvió la sonrisa. Colocó una

mano en su hombro en señal de compañerismo y dio una palmadita.

—Ya mismo —dijo mientras se alejaba de él y se dirigía hacia la mesa de Charlotte.

No se inmutó, ni tan siquiera miró hacia atrás cuando Anya se situó a su espalda.

—Buenos días —canturreó agachándose a su lado.

Charlotte se giró y le sonrió, aunque al momento movió el ratón minimizando lo que tenía en pantalla. Aquel gesto llamó su atención, aunque no dijo nada. El comportamiento de su amiga aquellos últimos días era muy extraño, estaba demasiado nerviosa.

—¿Qué tal estas? —preguntó mientras volvía a girar su cabeza.

Anya hizo un gesto gracioso con la lengua.

—Algo resacosa —susurró—. No debería haber bebido tanto.

Charlotte chasqueó la lengua mientras reía.

—Pensaba que en tu país erais grandes bebedores —bromeó mientras volvía la mirada a la pantalla—. Está claro que tú eres la excepción que confirma la regla.

Aquel comentario hizo sonreír a Anya mientras se ponía erguida.

—Vine de Rusia cuando tenía nueve años. A esa edad no había probado la cerveza.

Charlotte abrió los ojos de forma exagerada.

—Menos mal —Siguió con la broma, luego observó de reojo cómo su amiga se pasaba la mano por los ojos, como si estuviese agotada—. Oye, si estás cansada podemos suspender la cena de esta noche.

—Ni hablar —respondió mientras dejaba caer su mano—. No te vas a librar de la cena.

Charlotte se encogió de hombros.

Quizá en otras circunstancias sí la hubiese aplazado pero, por lo que parecía, Charlotte necesitaba despejarse y quizá, incluso, desahogarse.

—Está bien.

—Bien —dijo girándose—. Nos vemos luego.

Caminó hacia su asiento cuando observó al señor Pierce Simmons, superior del departamento, dirigirse en su dirección. Enderezó su espalda y desvió la mirada hacia su mesa.

El señor Simmons siempre había sido agradable con ella, cordial, pero era un hombre de pocas palabras, de hecho imponía demasiado. Pelo negro, ojos de un marrón verdoso, de altura considerable y corpulento.

—Buenos días, señorita Petrova —pronunció con voz grave al pasar por su lado.

—Buenos días, señor Simmons —respondió acelerando el paso.

Llegó hasta su mesa y se sentó con urgencia, clavando la mirada en aquella enorme espalda que se dirigía hacia su despacho privado, situado al final de la enorme estancia.

—Al menos a ti te saluda —pronunció Peter provocando que ella girase su cabeza hacia él.

—Ya, bueno, tampoco es que me entusiasme la idea —susurró mientras encendía su ordenador.

Peter se encogió de hombros y volvió a concentrarse en la pantalla.



Eran las cinco de la tarde cuando volvió a introducir el número de la Seguridad Social de uno de los más prestigiosos coleccionistas de arte en la base de datos. Iba a comenzar a leer el expediente cuando Charlotte apareció al lado de su mesa.

—¡Eh! —Se agachó mientras susurraba. Anya dejó de teclear y centró la mirada en ella—. El señor Simmons me llamará ahora, quiere que me reúna con él.

Aquello suscitó el interés de Anya.

—¿Ahora? ¿Por la tarde? —Charlotte afirmó—. ¿Pero las reuniones no las hace por la mañana?

Su amiga se encogió de hombros.

—Supongo que habrá estado muy ocupado. Me ha dicho que en un rato quiere hablar conmigo.

Anya afirmó y miró durante unos segundos hacia la puerta del despacho cerrado de su jefe de departamento.

—¿Crees que querrá hablar de lo que me comentaste ayer?

Charlotte se encogió de hombros.

—Espero que autorice la misión.

—¿Misión? —Aquello llamó la atención de su amiga.

Normalmente investigaban todo y, una vez se tenían suficientes indicios de una ilegalidad, se enviaba a la división de actividades especiales.

Charlotte afirmó efusivamente, como si aquello la emocionase.

—Vas a tener que explicármelo todo, esta noche.

Ella aceptó algo pausada y volvió su mirada hacia la puerta de su superior unos segundos.

—Eso quería decirte. No sé cuánto se alargará la reunión. Quedamos

directamente a las nueve en el bar. Si veo que se alarga te avisaré.

—Claro.

Charlotte se puso en pie y sonrió a su amiga aunque, una vez más, aquella duda asaltó su mirada. Se giró y comenzó a alejarse.

Anya se quedó unos segundos quieta pero luego saltó de su cómoda silla como si algo le quemase y dio unos pasos acelerados hacia ella para cogerla de la mano.

—Oye... —dijo haciendo que su amiga se girase sorprendida. Anya dudó unos segundos y miró de un lado a otro—. ¿Seguro que va todo bien? —preguntó en un susurro.

Charlotte afirmó con un atisbo de duda.

—Sí, tranquila. —Se soltó de su mano y le sonrió—. Esta noche te cuento.

Anya asintió mientras Charlotte volvía a alejarse en dirección a su mesa. Se dirigió a su puesto de trabajo sin perder contacto visual con la espalda de su amiga que ya se sentaba frente a su ordenador.

Se tropezó con el bolso que había colocado al lado de la silla y tuvo que sujetarse a la mesa para no caer.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó Peter.

—Sí —respondió sin mirarle.

No sabía el porqué de su actitud, pero tenía el presentimiento de que su amiga le estaba ocultando algo, algo que la mantenía preocupada. La conocía demasiado bien y había podido identificar una mirada atemorizada y dubitativa en sus ojos, aunque intentase disimularlo.

—No sé por qué las mujeres lleváis esos bolsos tan grandes —bromeó Peter.

Anya no dijo nada, simplemente le miró, sonrió y afirmó mientras volvía la mirada al ordenador.

Tenía claro que algo estaba ocurriendo, quizá fuese una tontería tal y como le había dicho la noche anterior, pero lo cierto es que fuese lo que fuese estaba modificando el comportamiento de su compañera.

Intentó apartar aquellas ideas de su mente y permaneció el resto de la hora trabajando, investigando, descargando ficheros de ordenadores ajenos al suyo hasta que observó de reojo cómo uno de los secretarios de Simmons se acercaba a su amiga.

Anya centró su atención en ellos.

El hombre, de unos cuarenta y cinco años, se había apoyado en el asiento

de su amiga y le decía algo. Al momento Charlotte afirmó y apagó su ordenador. Se puso en pie, pero de nuevo el hombre le habló. En ese momento notó cómo su corazón se disparaba, sabía que algo no iba bien.

Charlotte cogió su bolso, sorprendida. ¿Aquel hombre le había pedido que cogiese su bolso?

La mirada de Charlotte voló durante unos segundos hacia Anya, la cual la miraba fijamente. La mirada hubiese pasado desapercibida para todos, pero no para ella. La conocía, y sabía que en ese momento Charlotte se encontraba especialmente tensa.

—Oye, Anya —dijo Peter a su lado, haciendo que durante un segundo desviase la mirada hacia él, aunque volvió de nuevo a su amiga. ¿La iban a despedir? Aquello no le daba buena espina.

—Dime, Peter —pronunció sin apartar la mirada de Charlotte que había comenzado a alejarse junto a aquel hombre hacia el despacho de Simmons.

—He pensado que quizá... si no haces nada esta noche... —carraspeó—. Podríamos... podríamos quedar para cenar.

Anya observó cómo Charlotte entraba junto al ayudante en el despacho de Simmons.

—Esta noche he quedado, Peter.

—Ah.

Durante unos segundos sintió deseos de levantarse e ir a ese despacho. Sabía que había algo importante en lo que Charlotte le había enseñado ayer y que, por esa misma razón, iba a reunirse con su superior, pero... ¿por qué esa actitud en ella?

En ese momento fue consciente de lo que Peter le había propuesto. Chasqueó la lengua y giró su rostro hacia él, arrepentida.

—Peter —susurró cohibida—. Lo siento. Estaba distraída. —Peter la miró y aceptó, con el rostro turbado—. Hoy he quedado para cenar —pronunció con delicadeza—. Pero si te apetece podríamos quedar la semana que viene —acabó sonriendo, lo cual pareció alegrar bastante al joven.

—De acuerdo —aceptó. Aunque intentó parecer relajado, no pasó le pasó desapercibido el entusiasmo que emitía su voz.

—Vale —dijo ella sonriente mientras volvía su mirada al ordenador.

Volvió a mirar la puerta del despacho de su superior, que se había cerrado hacía pocos segundos y suspiró. Fuese lo que fuese Charlotte se lo aclararía aquella noche.

Abandonó su puesto de trabajo a las siete y diez. Había esperado varios

minutos más por si Charlotte aparecía tras aquella puerta, pero nada. Lo que debían estar discutiendo parecía importante. Al salir afuera notó aquella brisa fresca y se puso la chaqueta negra por encima.

No pudo evitar echar una última mirada al edificio antes de llegar hasta su coche y abrir su bolso para buscar las llaves, pero algo llamó su atención.

Anya extrajo unas hojas dobladas. ¿Y eso? Las abrió y las miró con atención, quedándose perpleja al reconocer esos documentos. Eran los correos electrónicos encriptados que Charlotte le había enseñado la noche anterior. ¿Cómo habían llegado hasta su bolso?

Durante unos segundos su mente recorrió las últimas horas, siendo consciente del momento en que Charlotte se había arrodillado a su lado para decirle que tenía una reunión con su superior. ¿Los había metido ella en ese instante?

Abrió la puerta del coche de inmediato y se sentó dando un fuerte portazo, sin apartar la mirada de aquellos correos. Notó cómo sus manos temblaban ¿Por qué había metido su amiga Charlotte aquellos documentos en su bolso? ¿Qué estaba pasando?

Había encontrado sitio a pocos metros del restaurante, justo al lado del parquímetro. Era toda una suerte pues normalmente en aquella zona costaba bastante encontrar aparcamiento.

No se había arreglado mucho. Se había puesto los tejanos, una camiseta azul a conjunto con sus ojos y una chaqueta tejana. No había tenido tiempo de más. Se había pasado la última hora intentando comprender aquellos correos electrónicos.

Consonantes, vocales, números... todo entrelazado sin ningún sentido. Estaba claro que era un mensaje encriptado. ¿De dónde lo habría extraído Charlotte? ¿Por qué lo había metido en su bolso? Y, ante todo, ¿qué le habría explicado su superior sobre ello?

Avanzó hacia el restaurante mientras observaba el móvil.

Nada más entrar lo primero que hizo fue buscarla en el amplio comedor. Era un restaurante sencillo, nada ostentoso, pero cocinaban una pasta de buena calidad y a muy buen precio.

Paseó de nuevo la mirada por las mesas hasta que un camarero se puso frente a ella tapándole la visión.

—Buenas noches. ¿Para cenar?

—Sí, pero estoy esperando a una amiga. No creo que tarde en llegar.

El camarero cogió dos cartas y le hizo un movimiento con la mano para que le siguiese.

Caminó sobre el parque recién pulido hasta una de las mesas disponibles para dos personas, al lado de una ventana desde donde podía divisar su coche.

—¿Desea algo de beber o comer mientras espera?

—Una coca-cola, por favor.

El camarero se distanció dejándola sola. De nuevo observó su móvil. Durante unos segundos sintió deseos de llamar, aunque se contuvo. Ya vendría hacia allí y quedaban aún diez minutos para las nueve, pero la intriga era tal que se vio a sí misma paseando el dedo sobre el botón de llamada de su teléfono móvil.

Fue bebiendo la coca-cola mientras se distraía mirando las últimas noticias por internet, así como su correo, hasta que se dio cuenta de que pasaban cinco minutos de las nueve.

Charlotte solía ser puntual, pero lo más razonable es que se hubiese retrasado bastante por la reunión. Se sentía realmente intrigada por lo que quería decir ese mensaje, por lo que el señor Pierce Simmons le habría explicado al respecto. Quizá estarían montando un operativo.

Sin poder evitarlo extrajo nuevamente de su bolso los documentos.

Le había dicho que esos correos electrónicos provenían de los Emiratos Árabes. Quizá hubiese hecho ella misma una investigación de la MAC o la IP de ese ordenador, por eso sabía que se habían enviado desde esa zona.

Se pasó la mano por su frente volviendo a buscar algún sentido a aquellas letras.

Primero figuraba la dirección de correo electrónico del emisor del mensaje y en segundo lugar la del destinatario. El asunto era muy sencillo en todos los casos: H1, H2, H3 y H4.

El correo electrónico comenzaba con las siglas NH3.

Luego le seguían una correlación de letras y números incomprensibles.

Ese era el último de los correos enviados, luego existían tres más. En ese momento se dio cuenta del asunto. H4, ¿el cuarto correo electrónico?

El primero de todos los enviados desde esa cuenta llevaba como asunto H1, y luego le seguían el H2 y el H3. Era una correlación.

Intentó encontrar alguna conexión con el resto de letras y números que se repartían por el documento, pero aquello no tenía lógica o, al menos de momento, ella no sabía verla.

Ahora bien, ¿H? ¿Qué podría significar? Sabía que H era la letra que en la tabla periódica representaba al hidrógeno, pero aquello era una simple conjetura.

Lo que estaba claro es que aquello debía ser importante, no solo porque se tratase de un mensaje cifrado, que por tanto ocultaba algo que no querían que fuese descubierto, sino también por el lugar de procedencia. El hecho de que fuesen casi las nueve y veinte y Charlotte aún no hubiese aparecido por el restaurante tampoco la tranquilizaba.

Miró de un lado a otro y finalmente decidió marcar el número de su amiga.

Cuando sonó el octavo tono colgó. El camarero se aproximó a ella con una peculiar sonrisa.

—¿Desea cenar o prefiere esperar un poco más? —preguntó de forma amable.

Anya se removió incómoda en su asiento, aquellas situaciones no le gustaban. Miró su reloj de muñeca, las nueve y veintidós.

Dio unos golpecitos nerviosa en la mesa y sonrió de forma amable al camarero. La verdad es que comenzaba a preocuparse y no podía quedarse allí si no iba a cenar.

—Mmmm... —dudó unos segundos—. Si no le importa, cóbreme la coca-cola —dijo tímidamente—. No sé si mi amiga va a venir. —Luego chasqueó la lengua vergonzosa.

El camarero pareció sorprendido.

—Claro. No hay problema.

Tras pagar la cuenta y salir del local ya eran pasadas las nueve y media. Aquello no era normal. Charlotte siempre era puntual y si iba a llegar un poco tarde siempre la avisaba, aunque solo fuese a retrasarse cinco minutos.

Los nervios comenzaron a apoderarse de ella. Sin poder evitarlo volvió a marcar el número de teléfono de su amiga y esperó hasta que sonó el octavo tono.

No lo soportó más y fue hacia el coche. Se metió y se quedó pensativa unos segundos, mientras observaba el restaurante y a todas aquellas personas pasar una velada tranquila cenando.

Se pasó la mano por la frente, agobiada. ¿Qué iba a hacer? Era posible que siguiese reunida, algo que no descartaba del todo, o tal vez le hubiese ocurrido algo. Aquella segunda idea comenzó a cobrar fuerza en su mente.

Depositó el bolso en el asiento del copiloto y arrancó el vehículo.

Charlotte vivía a poca distancia de allí, apenas unos dos minutos en coche y diez andando. No perdía nada por pasarse a mirar por su piso.

Mientras conducía volvió a llamarla de nuevo, pero se sorprendió cuando, al pasar justo por delante del piso de ella, vio que la luz del comedor estaba encendida. ¿Estaba en casa?

Aparcó el vehículo en doble fila poniendo los cuatro intermitentes y volvió a marcar su número con la mirada clavada en aquella ventana del segundo piso. Podía ver reflejos en el cristal de la ventana que provenían de la televisión.

Cuando sonó el octavo tono colgó. ¿Pero qué le ocurría? ¿La habrían despedido y estaba deprimida?

Bajó del coche nerviosa y se aseguró de no entorpecer la circulación antes de cruzar la carretera, aunque aceleró el paso y llamó la atención del hombre que salía del portal con un perro para pasearlo.

—Gracias —susurró al llegar hasta la puerta.

Miró de nuevo hacia el vehículo y se decidió a subir por las escaleras. El edificio estaba muy bien, incluso mejor que el suyo. Debía reconocer que Charlotte tenía mucho mejor gusto que ella para escoger vivienda y decorarla. Por el contrario, el piso de Anya, aunque era bastante amplio, estaba decorado de forma sencilla. No era muy dada a decorar con figuras o plantas. El piso tenía lo justo y necesario.

Mientras subía hacia la segunda planta escuchó cómo de alguno de los pisos le llegaba el llanto de un niño y en otro la televisión estaba demasiado alta para la hora que era.

Llegó hasta el rellano de la segunda planta y caminó por el pasillo, pero el corazón se le paralizó cuando observó que la puerta del piso de Charlotte estaba entreabierta. Notó cómo se le helaba la sangre y asustada dio un paso atrás.

Tragó saliva y aceleró hasta colocarse delante de la puerta, temerosa.

—¿Charlotte? —gimió acercándose a la puerta.

Colocó la mano sobre la madera barnizada y empujó con sutileza la puerta, que cedió con un leve crujido.

La puerta daba directamente al comedor, un salón muy amplio.

La luz estaba encendida tal y como había podido comprobar desde la calle, al igual que la televisión.

Pero eso no fue lo que llamó su atención. Había varios jarrones rotos por el suelo.

—¿Charlotte? —gimió mientras entraba un poco más en el piso, notando cómo la respiración se le entrecortaba, cómo el corazón amenazaba con salir de su pecho.

A medida que abrió del todo la puerta y dio unos pasos al interior fue consciente de que algo horrible había ocurrido.

La mayoría de las figuras de cerámica que habían adornado sus estanterías estaban hechas añicos sobre el parqué. Había varias sillas por el suelo, incluso la mesa que presidía el enorme comedor, bajo la enorme lámpara de cristal que pendía del techo, estaba inclinada, como si de un golpe la hubiesen desplazado con brusquedad.

—¿Charlotte? —gimió al borde del llanto.

Jamás había sentido tanto miedo.

Su mirada voló directamente hacia el sofá de color verde, también desplazado de su posición original hacia un lado. Una mano ensangrentada aparecía en el suelo, a su lado, mientras el resto del cuerpo permanecía tirado en el suelo, oculto aún por el sofá.

—¡Charlotte! —gritó mientras corría hacia allí.

Rodeó el sofá y se quedó paralizada unos segundos.

Su amiga permanecía sobre el parqué, con las piernas flexionadas hacia un lado.

Tenía la piel totalmente pálida. Había sufrido varios golpes en la cara y el cuello, pero sus dos manos permanecían en su estómago, tapando la enorme herida por donde había ido brotando la sangre que había manchado toda su ropa y se había acumulado en el parqué al lado de su cuerpo.

Gritó aterrorizada ante semejante visión y se arrodilló a su lado mientras notaba cómo las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos resbalando por sus mejillas.

—¡Charlotte! ¡Charlotte! —gritó desesperada, zarandeándola por los hombros, pero Charlotte no se movía.

Buscó su pulso en su garganta, sin encontrarlo, pero en aquel momento era tal el cúmulo de nervios que tenía que era incapaz de dejar de temblar.

Cogió el móvil y marcó el número de emergencias sin dejar de repetir su nombre y pasar su mano por su cuerpo inerte, desesperada.

Anya volvió a apoyarse contra la pared mientras se enjugaba las lágrimas, observando cómo subían el cuerpo sin vida de su amiga en un bolsa de

plástico negra sobre una camilla y la sacaban del piso.

No pudo evitar ponerse a llorar de nuevo. Aún no era consciente de lo que había ocurrido. Charlotte, muerta.

Se removió desesperada mientras retiraban el cuerpo de su amiga del piso, acompañado por varios sanitarios. El inspector de policía y los agentes habían llegado pocos minutos después que los sanitarios y, posteriormente, el forense y el juez que había ordenado que levantasen el cadáver y se procediese a la autopsia.

Poco después solo quedaba el cuerpo de policía en el piso.

El que se había presentado como el inspector Lance se aproximó de nuevo a ella.

Había sido bastante cuidadoso a la hora de abordarla con preguntas, y parecía que se había mantenido bastante al margen hasta que se habían llevado el cuerpo de Charlotte. No debía llegar a los cincuenta años. Tenía el cabello totalmente blanco y unos pequeños ojos marrones escondidos tras unas gafas. Llevaba una de aquellas largas gabardinas color crema, que en otra ocasión le hubiese parecido graciosa.

—Señorita Petrova, lo siento muchísimo. —Anyá lo observó y gimió, echándose de nuevo a llorar—. Sé que no es un buen momento, de veras que lo comprendo, pero necesitaría hacerle unas cuantas preguntas.

Respiró de forma profunda, intentando calmarse. Debía hacerlo para contestar correctamente a las preguntas que le hiciesen, para que así diesen con su asesino.

—Ayudaré en todo lo que pueda —susurró intentando controlar la voz.

—De acuerdo. —Sacó una libreta y un bolígrafo y se apoyó en la pared, a su lado—. ¿Hace mucho que la conocía?

—Hace un año. Somos... —En ese momento se dio cuenta y no pudo controlar un puchero—. Éramos... —rectificó—, compañeras de trabajo.

—¿Por qué ha venido a su piso esta noche?

Anyá suspiró.

—Había quedado con ella a las nueve para cenar en un restaurante italiano que hay a unos minutos de aquí. Charlotte siempre es muy puntual, así que cuando he visto que llegaba la hora y no se presentaba la he comenzado a llamar, y... tampoco me cogía el teléfono, así que me he decidido a venir para asegurarme de que estaba bien y... —Tuvo que aguantar la respiración de nuevo—. Cuando he llegado he visto que la luz estaba encendida, así que he subido, pero he visto la puerta abierta y... —No lo soportó más y rompió a

llorar desesperada.

El inspector se mantuvo callado mientras ella se desahogaba.

—Perdone —gimió mientras se pasaba el pañuelo de papel por la nariz.

No dijo nada al respecto, simplemente negó con su rostro como si no tuviese importancia.

—¿Sabe si tenía objetos de valor o algo que hayan podido llevarse?

—No había venido muchas veces a su piso, siempre que quedábamos salíamos a tomar algo o a cenar. ¿Piensa que ha podido ser un robo? —preguntó mientras se secaba una lágrima.

—De entrada, todo apunta a que así es. —Anya resopló y se quedó pensativa, mirando la sangre que aún teñía el suelo de un rojo oscuro.

—Me ha dicho que eran compañeras de trabajo. ¿Dónde trabaja?

—En el Departamento de Seguridad Nacional —susurró sin apartar la mirada del parqué manchado.

El inspector se sorprendió al escuchar aquello, pues parecía que no lo sabía.

—¿Sabe si... si hay alguien que haya podido querer...?

—¿Matarla? —preguntó molesta por la pregunta—. No, señor inspector. Charlotte era buena chica. Se llevaba bien con todo el mundo. Era buena compañera de trabajo y buena amiga. —Resopló y se pasó la mano por la frente, cerrando los ojos, intentando calmarse.

—Ya —respondió pensativo—. Su trabajo conlleva bastante riesgo...

—El nuestro no —Lo cortó rápidamente—. Estamos en oficinas.

El inspector se quedó callado un instante, esperando por si ella seguía hablando, pero Anya volvió a quedarse pensativa. La pregunta del inspector le hizo ser consciente en ese momento de que Charlotte había estado bastante nerviosa esos últimos días, había descubierto algo que la mantenía en estado de alerta, pero ella se había asegurado de que aquellos informes, aquellos documentos encriptados acabasen en su bolso antes de la reunión con su jefe de departamento. Notó cómo el vello se le ponía de punta al atar cabos. Puede que fuese una mera coincidencia, que no fuese más que un simple robo como las decenas de robos que se cometían cada semana en Washigton D.C., pero lo cierto es que Charlotte, aquella tarde, se había asegurado de dejarle aquellos documentos en su bolso.

Miró de reojo al inspector, el cual parecía estar esperando que ella siguiera hablando.

Durante unos segundos dudó. Ella pertenecía al Departamento de

Seguridad Nacional, no podía divulgar información que era totalmente confidencial, por no hablar de que la mayoría de aquella información la conseguían de forma poco lícita y sin autorización de un juez.

Ella no podía divulgarla, sobre todo teniendo en cuenta que realmente no sabía a quién se enfrentaban, solo que podía tener que ver con alguna organización ubicada en algún lugar de los Emiratos Árabes e, igualmente, ni tan siquiera sabía el significado de aquel mensaje.

Le chocó la actitud de Charlotte, el hecho de que ella metiese esos documentos en su bolso a escondidas, la mirada nerviosa y temerosa antes de ir al despacho de su superior y que ahora... estuviese muerta. Algo le decía que aquello no había sido un simple robo, sería demasiada casualidad.

Además, si la muerte de su amiga tenía que ver con los documentos que había metido en su bolso, es que se enfrentaban a alguien con mucho poder, y dudaba que un inspector pudiese averiguar ciertas cosas con las bases de datos tan limitadas que manejaba la policía.

—¿Tenía alguna relación actualmente?

Aquella pregunta la sacó de su ensoñamiento y le costó un poco reaccionar.

—No. Ella... Sé que tuvo una pareja, pero cortaron hace muchos años. Hará unos tres o cuatro, por lo que sé no lo había vuelto a ver.

—¿Sabe el nombre de ese chico?

—Creo que era Charles, pero no estoy muy segura.

—Charles, ¿qué más?

—Lo siento, pero no lo sé.

El inspector se quedó observándola unos segundos hasta que al final suspiró y cerró la libreta.

—Supongo que mi compañero le ha tomado los datos antes, ¿verdad? — Anya aceptó—. De acuerdo, tenga —Le tendió una tarjeta—. Es mi número de teléfono. Cualquier cosa que recuerde, o que piense que pudiera ser importante para encontrar al asesino de su amiga, póngase en contacto conmigo.

—De acuerdo, inspector. Lo haré —susurró mientras guardaba la tarjeta en su bolsillo.

Miró el piso de un lado a otro y de nuevo se le removió el estómago al observar el charco de sangre.

—¿Puedo marcharme ya? —gimió al borde del llanto.

—Sí, ¿quiere que la acompañen? Puedo pedirle a uno de mis hombres

que la lleve a...

—No —interrumpió—. Gracias, pero prefiero estar sola —comentó alejándose de él.

—De acuerdo —escuchó la voz del inspector a su espalda.

Iba a salir por la puerta cuando la voz del inspector la detuvo.

—Señorita Petrova. —Anya se giró hacia él conteniendo un puchero—. Puede estar tranquila, haremos todo lo que esté en nuestras manos para atrapar al asesino de Charlotte.

Ella lo miró un segundo, pero no dijo nada, se limitó a aceptar y abandonó el piso de su amiga dirigiéndose a las escaleras.

Sí, sabía que el inspector investigaría, que intentaría resolver el caso, pero existía la posibilidad de que no lograra nada. Era lo más seguro. Por el contrario, ella, por fortuna, tenía acceso a personas que podrían averiguar mucho más que él y aclarar aquel asunto tan turbio.

El recorrido hasta su piso fue horrible. No encajaba el hecho de que Charlotte hubiese muerto.

Al llegar a su piso cerró la puerta tras de sí, se apoyó contra ella y se deslizó hacia abajo rompiendo a llorar, desesperada. Ella era la única amiga que tenía, y jamás volvería a verla. Pero haría cualquier cosa para descubrir a su asesino, y sabía que lo lograría tarde o temprano.



No había podido dormir en toda la noche. Las imágenes del cuerpo de Charlotte, pálido, sin vida, no dejaban de atormentarla.

Había permanecido contra la puerta de su piso varias horas, llorando, sin moverse de allí. Ni siquiera para eso tenía fuerzas.

Luego se había limitado a ir como un zombie hasta su dormitorio y arrojarlo sobre la cama, sin poder apartar aquellas fúnebres imágenes de su mente.

Lo primero que hizo al entrar por la puerta para dirigirse hasta su puesto de trabajo fue conducir su mirada hacia aquella mesa que había ocupado durante los últimos años su amiga. No pudo evitar un puchero a medida que iba avanzando y tenía más a la vista la mesa de Charlotte. Luego se dio cuenta de que algo no iba bien.

Estaba totalmente vacía. No estaban sus documentos, ni su ordenador. Nada. Era como si ella no hubiese estado trabajando allí.

Llegó hasta su propia mesa y se sentó en la silla con la mirada clavada en la mesa de Charlotte.

—Eh, hola Anya —susurró Peter a su lado, con tono de voz apenado—. Supongo que lo sabrás, sé que erais muy amigas...

Anya apretó los labios intentando contener el llanto y se sentó con la mirada clavada en el puesto de Charlotte.

—Sí, gracias Peter. —suspiró y lo observó intrigada—. ¿Dónde están sus cosas?

Peter miró hacia la mesa de Charlotte.

—No lo sé, cuando he llegado ya estaba vacía. —Aquello la descolocó—. Supongo que la habrán vaciado en cuanto tuvieron noticia, es mucho peor si sigues viendo sus documentos, las notas que tomaba... se hace más difícil

para todos.

—Ya —respondió no muy segura.

Dejó de hablar cuando notó una mano sobre su hombro. Se giró hacia atrás para observar al ayudante de su superior, tras ella, el mismo que había llamado el día anterior a su amiga Charlotte.

—Señorita Petrova, ¿podría acompañarme un segundo? Por favor.

Aquello la dejó descolocada y miró durante unos segundos, intrigada, a Peter. Suspiró y se puso en pie sin decir nada.

Mientras caminaba hacia el despacho de su superior, al otro lado de la sala, no pudo evitar mirar hacia la mesa de su compañera y recrear lo que había ocurrido ayer.

Charlotte había ido hasta ella y le había metido a escondidas los mensajes encriptados en su bolso, poco después aquel mismo hombre que caminaba ante ella había ido en su búsqueda para hablar con su superior, tal y como ocurría ahora con ella. Notó cómo la piel se le ponía de gallina cuando finalmente el ayudante abrió la puerta del despacho de su jefe y le indicó con un gesto que entrase.

El despacho tenía mucha luz que provenía de unos ojos de buey en el techo. En el centro del pequeño pero lujoso despacho había una enorme mesa de madera oscura y, tras ella, dos estanterías con muchos libros, alguna planta de plástico y unos relojes. Entre ambas estanterías y sobre la pared azulada estaba el gran símbolo del Departamento de Seguridad Nacional.

Pierce Simmons se levantó de su enorme butacón y fue hacia ella para recibirla.

—Señorita Petrova, por favor, siéntese. —Luego miró a su ayudante mientras ella tomaba asiento—. Gracias, puede dejarnos.

Una vez el ayudante se hubo marchado, Pierce rodeó el escritorio y se sentó en su butacón, presidiendo la mesa. Se pasó la mano por los ojos y resopló como si estuviese agotado.

—Primero de todo —dijo con voz pausada—, siento mucho su pérdida. Sé que ustedes dos eran grandes amigas, y Charlotte era una excelente trabajadora. Es una gran pérdida para el Departamento de Seguridad Nacional. —En ese momento Anya estalló en llanto—. No sé si le han informado, pero mañana es el entierro —Aquello la pilló de improviso. Ya se había emitido el informe forense—. Quien lo desee puede acudir y quien esté en su puesto de trabajo guardará un minuto de silencio por ella.

Anya miró de un lado a otro, sin comprender por qué su jefe le explicaba

todo aquello, así que se limitó a aceptar.

—Verá, el inspector Lance me ha llamado esta mañana. Me ha dicho que usted encontró el cuerpo —Aquello lo pronunció con extremada delicadeza.

Anya aceptó lentamente.

—Había quedado para cenar con ella —susurró—. Al retrasarse fui a buscarla a su piso.

Pierce aceptó y volvió a suspirar, como si aquella muerte le afectase considerablemente.

—Ayer tuve una reunión con ella que concluyó sobre las siete y media —acabó pronunciando—. Se marchó a su piso. ¿A qué hora había quedado con usted?

Aquellas preguntas le sorprendieron. ¿Era posible que su jefe quisiese investigar la muerte de su amiga? ¿Que él sospechase algo?

—A las nueve.

Pierce aceptó y la miró fijamente, evaluándola, luego se echó aún más sobre la mesa y la miró con determinación.

—Señorita Petrova, Charlotte estaba trabajando en varios asuntos importantes. Hemos requisado su ordenador para extraer toda la documentación y escaneado todos los documentos que tenía sobre la mesa. —Automáticamente sacó de su cajón un *pendrive* y lo puso a la vista de Anya—. No sé si le importará, pero sé que era su amiga, y prefiero que sea usted a otra persona. Me gustaría que estudiase y analizase lo que estaba investigando Charlotte y, si encuentra algo, que me lo comunique.

Aquella petición la dejó totalmente descolocada. Prefirió quedarse callada y coger la memoria USB que su superior le ofrecía.

Pierce Simmons le sonrió mientras ella sujetaba en su mano el *pendrive*.

—Se lo agradezco mucho —acabó diciendo, a lo que Anya aceptó.

Era un hecho que Pierce Simmons no parecía querer quedarse de brazos cruzados respecto a lo que le había ocurrido a Charlotte. ¿Sería posible que él también tuviese la intuición de que algo de lo que ella estaba investigando era lo que la había llevado hasta la muerte? Estuvo tentada de preguntarle sobre lo que habían conversado ellos dos la noche anterior, de qué había tratado la reunión, de explicarle lo de los correos electrónicos, pero decidió mantenerse callada.

—Bien, cualquier cosa que necesite señorita Petrova, comuníquemelo —dijo mientras se ponía en pie.

—Claro, señor Simmons —aceptó mientras se dirigía a la puerta.

—Y si obtiene algún dato que crea que... pueda ser de nuestro interés —remarcó aquellas palabras—, hágamelo saber.

—Por supuesto —respondió con convicción.

Mientras se dirigía a su mesa observó el *pendrive* negro que le había dado su superior. Ahí estaba todo lo que su amiga había estado investigando. Quizá pudiese encontrar alguna pista que la ayudase a comprender la muerte de su amiga o a descubrir hacia dónde se dirigían esos correos electrónicos que había metido en su bolso a escondidas.

Nada más sentarse puso la contraseña en su ordenador e insertó el *pendrive* en el puerto USB.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Peter a su lado.

—Bien —dijo ella sin mirarle, observando cómo el *pendrive* cargaba contenido en su computadora.

Peter pareció comprender que en ese momento no estaba mucho por la labor de mantener una conversación y decidió concentrarse en su trabajo, permitiéndole a Anya el silencio que necesitaba.

En cuanto el archivo acabó de cargarse y lo abrió, vio que tenía veinte carpetas. La verdad es que Charlotte tenía muchísima documentación, ya que cada carpeta pesaba varios megabytes. Ahora, lo que necesitaba y suscitaba más su interés era encontrar el expediente que incluyese aquellos correos electrónicos encriptados.

Seleccionó todos los archivos que tenía e inició un patrón de búsqueda de cualquier documento que contuviese la palabra NH3.

Había muchos documentos que analizar y sabía que la operación tardaría varios minutos así que, tras meditarlo varios segundos, se decidió a hacer lo que la noche anterior había barajado.

Ella trabajaba para el Departamento de Seguridad Nacional y, como tal, tenía acceso no solo a información confidencial, sino también a personas confidenciales. Ellos eran los que muchas veces planificaban las incursiones en territorio hostil. Necesitaba explicar a una persona ajena a aquel departamento lo que había ocurrido. Quizá, para ella, aquel mensaje no tuviese sentido, pero sabía que los militares tenían códigos, quizá alguien pudiese ayudarle a descifrar el mensaje.

Jamás se había metido en aquella base de datos, pese a llevar varios meses trabajando para el DHS.

Buscó personal que viviese en Washington D.C., de formación militar, alto rango y que perteneciese al NCS. Sabía que de aquella forma no habría

peligro. La CIA era una agencia independiente al Departamento de Seguridad Nacional, aunque a veces se uniesen para algunas misiones. Quizás pudiese obtener más información.

Su jefe directo estaba interesado en descubrir qué le había pasado a Charlotte, incluso parecía afectado y no le había escondido que se hubiesen reunido el día anterior. Es más, le había confiado todos los archivos de Charlotte para que ella misma los estudiase. Estaba claro que no ocultaba nada y que sus intenciones pasaban por averiguar lo que le había ocurrido a una de sus empleadas. Él, como ella, aunque no se lo hubiese dicho abiertamente, sospechaba que quizá alguno de los casos que estudiaba Charlotte podía haber sido la causa de la muerte, pero por otro lado estaba el hecho de que Charlotte hubiese escondido aquellos documentos en su bolso, a escondidas. Algo no encajaba.

No podía fiarse de nadie excepto de alguien al que ella misma escogiese, ajeno totalmente al Departamento de Seguridad Nacional. Quizá estuviese exagerando, pero si quería recabar información sin la presión de su jefe ni la de pensar cuál era la verdadera causa por la que Charlotte había escondido esos documentos, necesitaba una persona cualificada y ajena a todo su entorno laboral.

La base de datos se completó con lo que había solicitado. Treinta personas cumplían los requisitos que había introducido. Abrió el desplegable para poder buscar más requisitos y acotar la lista cuando el pitido del ordenador le indicó que la búsqueda de la palabra NH3 había finalizado.

Abrió la ventana del patrón de búsqueda y se quedó sorprendida.

"No se ha encontrado ningún archivo ni documento que contengan la palabra NH3".

Su mirada voló directamente hacia el despacho de su jefe. ¿No había incluido el expediente al que pertenecían aquellos documentos en el *pendrive*? Notó cómo el vello se le ponía de punta y cerró el patrón de búsqueda con mano temblorosa.

Quizá el expediente se lo hubiese dado a otra persona para que lo investigase. Notó su corazón acelerado. Aquello no le daba buena espina. Sabía que Charlotte estaba investigando aquello.

Abrió de nuevo el desplegable de la carpeta de personal y añadió un patrón de búsqueda que le permitiese encontrar, entre aquellas treinta personas, agentes que hubiesen estado de servicio hasta hacía tres días, en su última misión en el extranjero. De esta forma se aseguraba de que esa persona

no hubiese estado en Washington D.C. y no tuviese conocimiento de todo aquello, haciendo así que fuese aún más ajena a todo.

El ordenador arrojó dos resultados: Roy Adams y Liam Mayers. Habían regresado de una operación encubierta en Jordania hacia dos días y, tal y como había pedido al patrón de búsqueda, vivían en Washington D.C.

No se detuvo a leer el expediente de cada uno de ellos, aquello ya lo haría más tarde, sabía que ambos, al pertenecer a la división de actividades especiales de la CIA, estarían al corriente de muchos temas y además acababan de llegar de una misión en Jordania, lo cual era casi mejor, ya que era posible que pudiesen facilitarle algún dato sobre los correos electrónicos o su procedencia, pero sí se fijó en que Liam Mayers era el encargado de la división.

Mucho mejor así, era preferible hablar directamente con el superior que no con un subordinado que no podría tomar una decisión por sí solo.

Miró a ambos lados, asegurándose de que nadie la observase, y apuntó la dirección del domicilio que figuraba en la pantalla. Necesitaba ayuda y estaba segura de que ese hombre podría ofrecérsela. Al menos debía intentarlo, por ella y por Charlotte.

—Anya —susurró Peter a su lado, distrayéndola—. Sé que quizá no es buen momento pero, ¿te apetecería salir a cenar? Podríamos hablar de Charlotte, te iría bien.

Anya le miró con ternura y casi de forma involuntaria llevó su mano hasta el brazo de él en señal de cariño.

—La verdad es que hoy me apetece quedarme en casa —susurró—. Te lo agradezco, pero no sería buena compañía.

—No me importa. Así podrías despejarte y estar entretenida.

Anya le sonrió y suspiró.

—Mejor la semana que viene, Peter. De verdad, necesito... necesito ordenar mis ideas —acabó diciendo mientras volvía a la pantalla de su ordenador y observaba todas las carpetas que Charlotte había creado. Una le llamó especialmente la atención. Las había clasificado por lugares y recibía el nombre de "*Jordania*".

—De acuerdo, como quieras. Tienes mi número, si necesitas hablar o cualquier cosa avísame.

—Claro, gracias Peter —dijo sin mirarlo, conduciendo con su mano el ratón hasta aquella carpeta.

La abrió y vio que dentro había cientos de documentos. No supo por qué,

pero abrió el patrón de búsqueda y puso el apellido del personal de actividades que había seleccionado y que había leído que había vuelto de una misión en Jordania: Mayers.

No tardó más de un minuto en encontrar varias veces repetida aquella palabra en los informes. Notó cómo el corazón se le aceleraba. Aquel miembro del NCS había intervenido en una de las operaciones que había investigado Charlotte.

Abrió uno de los documentos y leyó atentamente. La operación se había centrado en la ciudad de Amán, bajo el nombre en clave “*Operación Mosaico*”, con el objetivo de investigar la crecida del pueblo palestino en los campos de refugiados de la zona, tras la invasión de la zona del Jordán.

Aquello, sin duda, mejoraba la situación. Aquel hombre conocía bien la zona y, por lo que había podido ver de refilón, había hecho muchas incursiones en zona musulmana.

Volvió a abrir el patrón de búsqueda y puso de nuevo el nombre de aquel hombre para comenzar a leer todo su expediente.

No había pasado por casa. Había puesto en su GPS la dirección obtenida de la base de datos y se había dirigido hacia allí. Le había costado llegar casi tres cuartos de hora desde el edificio del Departamento de Seguridad Nacional hasta el domicilio que figuraba como de Liam Mayers. El trayecto había sido lento por la lluvia y el colapso que se formaba en la carretera.

Charlotte había tenido razón, ese fin de semana iba a llover.

Al menos había tenido la suerte de encontrar aparcamiento a pocos metros del portal de la vivienda. Había pasado más de un cuarto de hora debatiéndose en qué hacer, en si ir hasta allí había sido una buena idea, en qué le diría y, cuando finalmente había reunido el valor suficiente para salir de su vehículo y dirigirse al portal, un hombre había salido de él. Aunque la lluvia se acumulaba en su luna delantera pudo reconocerlo perfectamente al bajar las escaleras del portal de aquel alto edificio. La altura lo delataba.

Vestía ropa de chándal. Se había puesto la capucha y había comenzado a correr en dirección contraria a donde ella estaba aparcada. ¿Ahora que había reunido el valor suficiente él se marchaba a hacer deporte? ¿Con la tormenta que caía en aquellos momentos?

Desde luego, las personas que pertenecían al NCS debían estar entrenadas y más si dentro de esa división te encontrabas en el grupo de

actividades paramilitares, pero no pensaba que se lo tomaran tan al pie de la letra.

Hacía más de una hora que se había marchado corriendo. Observó su reloj de muñeca y vio que marcaba casi las nueve y media de la noche.

Resopló y volvió a observar los correos electrónicos de Charlotte. Quizá se hubiese evitado aquella espera si le hubiese explicado a Pierce Simmons lo que sabía, pero entonces, ¿por qué su superior no había incluido el expediente en el *pendrive* que le había dado?

Había algo que se le escapaba, y estaba dispuesta a averiguarlo. Sabía que la muerte de Charlotte no respondía a un simple robo como pensaba la policía, estaba segura de que había algo más.

Se acercó a la ventana para fijar la mirada en el hombre que venía corriendo, totalmente empapado. “Menuda fuerza de voluntad”, pensó mientras lo veía subir los escalones de su portal. Bien, era ahora o nunca. Había esperado casi una hora y media a ese hombre y no se le iba a volver a escapar. De todas formas, no perdía nada por intentarlo.

Observó cómo entraba en su portal mientras salía del coche, quedando totalmente empapada al momento. Cerró el vehículo y, en cuanto pasaron unos cuantos coches, cruzó la carretera corriendo.

Empujó la puerta del portal que por suerte estaba abierta y entró en su interior. La humedad de aquel día se había instalado entre aquellas paredes, porque el ambiente era aún más frío que en el exterior.

Miró de nuevo la dirección que había apuntado y comenzó a subir por las escaleras hasta la tercera planta. Ni siquiera había pensado en qué decir cuando lo viese, en cómo convencerlo de que le ayudase.

Había pensado interceptarle en las escaleras, pero parecía que aquel hombre, después de correr durante una hora y media, aún tenía el suficiente aguante como para subir hasta la tercera planta en el tiempo que ella había tardado en correr del coche al portal.

No había querido ir directamente a su piso, aquello quizá sería demasiado invasivo. Cuando llegó hasta la tercera planta se notó el corazón desbocado. El pasillo era muy largo. Avanzó hasta llegar al otro lado, por donde también se accedía a otras escaleras que la conducirían a una planta superior pero, de nuevo, se quedó totalmente estática cuando se dio cuenta de que la puerta de Liam Mayers estaba entornada.

Los recuerdos de la noche anterior la asaltaron y no pudo evitar moverse rápidamente hacia allí. ¿Le habría ocurrido algo también a él?

Abrió la puerta de par en par, solo había una pequeña luz encendida que le permitía ver que, al final de aquel pequeño recibidor, había un enorme salón.

Iba a llamarlo cuando notó cómo la sujetaban por la cintura y la elevaban. Intentó gritar, pero una mano se posó en su boca mientras la arrastraban hacia el interior de aquel edificio.

Cerraron la puerta con el pie y la soltaron sin mucho miramiento en el interior de aquel recibidor.

—¿Quién es usted? —preguntó a la defensiva Liam.

Anya dio unos pasos atrás, chocando contra la pared. Aquel hombre era realmente enorme. Había visto una fotografía de él, pero de cuando era joven. Cabello rubio oscuro, ojos azules, una mandíbula marcada... Sí, sin duda era él, aunque estaba claro que de la fotografía que había observado a ahora había cambiado bastante. Ahora poseía la marca del sol en su piel, fruto de pasar cuatro largos meses en Jordania, y también se le veía más musculado.

—Soy Anya... Anya Petrova —pronunció con voz temblorosa. De todas las formas que había pensado en darse a conocer, aquella era la única que no había barajado, que la abordase él a ella. —Trabajo para el Departamento de Seguridad Nacional —explicó mientras abría su bolso. Sacó su cartera y le mostró el carné de trabajadora.

Liam lo cogió y lo observó unos segundos mientras su mirada volaba del carné al rostro de ella. Aceptó y pareció relajarse un poco mientras se lo volvía a entregar.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Necesito hablar con usted —susurró mientras guardaba de nuevo el carné en su bolso, aún con las manos temblorosas.

Liam se removió agobiado y se pasó la mano sobre el cabello húmedo haciendo que algunas gotas de lluvia saliesen disparadas.

—Creo que ya les envié el informe de la operación Mosaico —pronunció mientras se separaba de ella y se dirigía al comedor.

Anya le siguió a distancia y se quedó impresionada cuando entró en el salón. Era enorme y bastante lujoso.

—No es por eso por lo que he venido a hablar con usted —comentó mientras observaba todo.

Los muebles eran modernos y sin duda a ese hombre le gustaba el cine, porque en la pared había suspendida una pantalla de al menos cincuenta pulgadas, rodeada de altavoces, justo frente a un enorme sofá y una mesa en el

lateral.

—Necesito su ayuda —continuó susurrando.

Liam se quitó la sudadera, quedándose con una camiseta de manga corta blanca, y se giró para enarcar una ceja hacia ella.

—¿Ahora envían a chicas guapas para que aceptemos las misiones? —preguntó mientras dejaba la sudadera sobre la silla.

Aquella pregunta le hizo erguir la espalda y notar cierto rubor en sus mejillas. Intentó hacer caso omiso a aquella insinuación y se concentró en su plan.

—Usted trabaja para la CIA, concretamente para la división de asuntos especiales, forma parte del grupo de operaciones paramilitares. —Aquello hizo que esta vez fuese él quien pusiese su espalda recta, intrigado—. Ya le he dicho que pertenezco al Departamento de Seguridad Nacional, tenemos acceso a las bases de personal.

—Ya —dijo con intriga en la mirada. La miró de arriba abajo mientras colocaba sus manos en su cintura y adoptaba una pose desenfadada—. ¿Y cuál es la razón por la que el Departamento de Seguridad Nacional espera una hora y media en el coche a que vuelva?

Anya estuvo a punto de atragantarse cuando escuchó aquello. Se removió inquieta y resopló.

—Está claro que es de la CIA —susurró avergonzada.

—¿Y bien? —Le indicó con la mano esperando una explicación.

Anya cerró unos segundos los ojos intentando calmarse y apretó los labios.

—No me envía el departamento propiamente dicho —admitió—. Vengo a título personal. —Aquello pareció intrigarlo más aún y dio unos pasos hacia ella, con la mirada fija. Era la primera vez que se encontraba con un miembro del servicio clandestin y, desde luego, impresionaba más de lo que imaginaba—. Verá, en mi departamento buscamos financiaciones que nos puedan llevar a una actividad ilegal o que nos haga creer que puede estar preparándose un atentado o...

—Sé perfectamente a lo que se dedica el DHS —interrumpió.

—Sí, claro —reaccionó ella—. Verá, una amiga mía, Charlotte, trabajaba en el departamento y estaba investigando algo. De hecho, es la que programó la incursión en Jordania de la que usted acaba de regresar. —Liam se encogió de hombros, como si aquel dato no fuese de su interés—. Ha muerto —susurró.

Liam resopló y luego se pasó la mano por el cabello de nuevo.

—Lo siento mucho —dijo con franqueza—. Pero sigo sin entender por qué está aquí.

Ella afirmó y apretó los labios antes de hablar.

—Verá, sé que mi amiga estaba trabajando en un asunto importante. — Suspiró y abrió su bolso para extraer los correos electrónicos encriptados—. Concretamente en este. —Le tendió los documentos.

Liam no pareció conforme con su ofrecimiento, pero los cogió y los desdobló para estudiarlos meticulosamente.

—Llevaba varios días nerviosa, como si algo le preocupase. Me explicó que estaba llevando este asunto, que estaba preocupada. —Liam observaba los documentos con algo de excepticismo—. Tuvo una reunión con mi superior ayer por la tarde para hablar de todo este asunto. Yo había quedado por la noche para cenar con ella pero, como puede imaginarse, no llegó a venir. — Luego intentó contener el temblor en su voz—. Cuando me dirigí a su piso para buscarla la encontré muerta.

Liam ascendió la mirada hacia ella y afirmó mientras comenzaba a doblar de nuevo los documentos.

—¿Entraron a robar en su piso? —preguntó con delicadeza, si bien aquella pregunta la desquició en cierto modo.

—No —respondió con un tono de voz más elevado del que pretendía—. Poco antes de que la encontrase, me di cuenta de que ella había metido estos documentos en mi bolso, sin que yo lo supiera. Los escondió ahí expresamente.

—¿Y su superior del departamento qué dice?

En ese momento se removió inquieta.

—Mi superior no sabe que tengo estos documentos en mi poder — confesó—. Es más, esta misma mañana incautaron el ordenador de Charlotte para extraer la documentación. Mi superior me ha ordenado que investigue los casos que ella llevaba.

Liam se pasó la mano por la mejilla, rascándose la barba de pocos días.

—¿Y por eso está aquí? Lo siento, pero dudo que pueda ayudarla a...

—El problema —Le interrumpió—. Es que en el *pendrive* que me ha dado mi jefe no aparece el expediente que incluye estos documentos. Y yo misma vi como ella trabajaba con ellos.

Liam se quedó mirándola fijamente durante unos segundos hasta que al final afirmó.

—Ya —dijo sonriente y luego enarcó una ceja hacia ella—. ¿No se fía de su jefe?

—Ya no me fío de nadie —respondió rápidamente. Luego lo miró con convicción—. Por eso he venido hasta aquí. Necesito saber lo que está ocurriendo. Y usted me puede ayudar —Aquellas palabras produjeron una sonrisa incrédula en el rostro de Liam—. Usted trabaja para la CIA, es militar... quizá conozca ese código o pueda decirme algo sobre esos correos electrónicos que a mí se me escapa.

Liam se mantenía aún con aquella sonrisa enigmática en su rostro.

—Lo siento, pero ese código no es militar. Lamento no servirle de ayuda —dijo entregándole los documentos.

Ella resopló, pero cuando cogió los documentos no pudo evitar poner cara triste.

—Sé que asesinaron a mi amiga —susurró agachando la cabeza—. Y estoy convencida de que la causa son estos documentos del demonio. El hecho de que estuviese tan nerviosa estos últimos días, que me los enseñase —explicó—, que se reuniera con mi superior y que a las pocas horas apareciese muerta en su vivienda y, sobre todo, que ella se asegurase de que yo tuviese estos documentos y, posteriormente, el expediente haya desaparecido... Es todo muy extraño, muy turbio. Sé que hay algo que se me escapa.

Liam chasqueó la lengua y se cruzó de brazos.

—¿No ha hablado con su superior sobre esto? —preguntó enarcando una ceja.

—¿No me ha escuchado? Él ha sido quien me ha entregado el *pendrive* con información sesgada, parcial, sin rastro de este expediente que le digo. —Liam volvió a sonreír—. ¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó suspicaz.

Liam la miró de soslayo.

—¿Y no ha pensado que quizá reparta los expedientes entre diversas personas? Quizá no cuente solo con usted para analizar toda esa información.

Aquello le hizo erguir la espalda. Sí, había barajado aquella idea y en cierto modo sería comprensible, ya que su superior parecía estar intrigado con la muerte de Charlotte o, al menos, eso le había dado a entender tras la corta reunión que habían mantenido.

Suspiró y luego lo observó.

—Es posible —acabó diciendo abatida—. Pero Charlotte escondió estos documentos en mi bolso —insistió una vez más.

Liam permaneció unos segundos callado, estudiándola, hasta que al final

dio unos pasos más hacia ella.

—Lo siento, pero dudo mucho que yo pueda ayudarle en esto. Entiendo que le afecte, a todos nos afectaría la muerte de un ser querido...

—No es por eso...

—Pero —Le interrumpió—, como ya le he dicho no puedo ayudarle sobre esto. Eso es un problema del Departamento de Seguridad Nacional.

—Y por eso mismo acudo a usted —remarcó—. Porque usted es ajeno al departamento.

Esta vez Liam rio.

—¿Ya no se fía de nadie del departamento? ¿Ya no es solo de su superior? —bromeó.

Aquel tono no le gustó nada. Era posible que él desestimase el hecho de ayudarla, pero lo que menos necesitaba en aquellos momentos era que la tratasen como a una loca.

Se sintió indignada.

—No he venido a que se burle de mí...

—Yo no... —dijo seriamente.

—Venía a pedirle ayuda —pronunció molesta, mientras escuchaba cómo Liam suspiraba y la miraba de nuevo con una ceja enarcada—. Pero veo que ha sido una tontería.

Metió los documentos en su bolso con movimientos nerviosos y se giró hacia la puerta.

—Lamento haberle hecho perder el tiempo.

Liam chasqueó la lengua mientras la observaba dirigirse hacia la puerta. No pudo evitar fijarse en aquellas caderas meciéndose mientras se alejaba. Sí, demasiados meses en Jordania sin poder disfrutar de compañía femenina pasaban factura.

La observó abrir la puerta indignada, con gesto furioso. Le hizo gracia ver su actitud.

Suspiró y dio unos pasos rápidos hacia ella.

—Espere... —Anya se giró para observarlo, con una mirada que transmitía algo de esperanza—. Le acompaño al coche —dijo mientras cogía la cazadora y le señalaba la ventana desde donde podía divisarse la oscuridad de la noche, únicamente interrumpida por los relámpagos que cruzaban el cielo.

—No hace falta. Sé cuidarme solita —respondió con tono molesto y, acto seguido, cerró la puerta con un sonoro portazo, dejando a Liam con la

sudadera en las manos, observando fijamente la puerta que acababa de cerrarse.

Chasqueó la lengua y volvió a arrojar la sudadera sobre la silla con poco cuidado. Desde luego, menudo carácter se gastaba esa mujer.

Fue hasta la ventana y permaneció allí hasta que la vio salir de su portal y correr bajo la lluvia en dirección al vehículo. Se mantuvo allí quieto, observándola, hasta que perdió el coche de vista tras girar una esquina.

Se quedó pensativo unos segundos. Quizá no hubiese sido buena idea dejar que se marchase. Por lo que le había explicado, aquella muchacha tenía toda la razón para sospechar... y luego estaban aquellos correos electrónicos encriptados.

Se pasó la mano por la frente, angustiado, y cogió su móvil.

Marcó el número de teléfono y esperó a que descolgasen al otro lado de la línea.

—Buenas Liam, no puedes vivir sin mí, ¿verdad? —respondió su cuñado socarrón.

Aquello hizo despertar una sonrisa en su rostro mientras se dirigía al sofá y se arrojaba en él.

—¿Todo bien? —continuó Roy.

—Sí, todo bien. —Luego se incorporó poniendo la espalda recta—. ¿Tienes un rato libre ahora?

—Acabo de acostar a Layla, ¿por? ¿Qué me propones?

Liam suspiró y tardó un poco en responder.

—Necesito hablar contigo. Creo que Heimdall ha vuelto.

6



Después de varias horas había llegado a la conclusión de que lo que había hecho la noche anterior había sido una auténtica estupidez. La mayor locura que había hecho en su vida. ¿Buscar a alguien del Servicio Nacional Clandestino para que la ayudase? Se había vuelto loca de atar.

Miró a su alrededor, observando que bastantes miembros del Departamento de Seguridad Nacional habían acudido a dar el último adiós a Charlotte. En cierto modo se sintió aliviada de que tanta gente acudiese. Saber que muchas personas acudían al cementerio para despedirla era signo de que había tenido una vida plena, con amistades que la querían de verdad.

Se emocionó ostensiblemente mientras observaba cómo comenzaban a echar tierra batida sobre el ataúd.

Notó la mano de Peter sobre su hombro y se giró un segundo para observarlo. Tenía también los ojos llorosos, cogió su mano y la apretó en señal de agradecimiento por estar allí.

Varios compañeros se acercaron para depositar alguna flor sobre la tierra y, posteriormente, se acercó ella.

Se sintió totalmente impotente. Alguien había acabado con su vida de una forma indiscriminada y pensaba descubrir su identidad costase lo que le costase, con o sin ayuda.

Tuvo deseos de gritar y echarse a llorar sobre aquella tierra, consciente del sufrimiento que había tenido que padecer su amiga hasta caer rendida en manos de la muerte.

Tras presentarse y dar el pésame a algunos familiares que no conocía se apoyó contra un árbol, intentando recomponer las fuerzas. Aquello era lo más duro que había tenido que afrontar en su vida.

Charlotte era la única familia que tenía y, ahora, se encontraba

totalmente sola. Contaba con algunas buenas amistades, por supuesto, pero Charlotte era algo más: su amiga, su confidente, aquella persona a la que podía acudir en cualquier momento y que sabía que la ayudaría en lo que fuese preciso. Y ahora ya no estaba, ya jamás volvería.

Se quedó varios minutos allí, observando cómo los familiares y compañeros de trabajo se alejaban, Peter entre ellos, que parecía comprender que ella necesitaba quedarse unos minutos más allí, a solas.

Una vez todos se hubieron marchado se dejó caer sobre el césped, frente a la tumba de su amiga, apoyada contra el árbol, reviviendo los recuerdos de aquel último año con ella. Recordó cuando se habían conocido, las interminables charlas que habían mantenido hasta altas horas de la madrugada mientras tomaban una copa, los consejos que ella le daba, cuando habían salido de compras... Ella había hecho que su vida pareciese normal.

No supo cuánto tiempo pasó allí, pero cuando observó que unas cuantas personas acudían a la tumba que había al lado con varias ofrendas de flores, decidió que era el momento de marcharse.

Contempló la blanca lápida de nuevo y se dio la vuelta para alejarse mientras se pasaba el pañuelo de papel por los ojos y luego por la nariz.

Se subió el cuello de la chaqueta para taparse pues, aunque en ese momento no llovía, parecía que el tiempo había intuido su estado de ánimo y el día estaba totalmente gris. Caminó despacio cruzando el cementerio hasta que llegó a la zona donde había aparcado su vehículo. El aparcamiento estaba casi vacío, a excepción de cuatro coches.

Buscó las llaves en el interior de su bolso cuando algo llamó su atención.

A pocos metros, apoyado contra un Honda CR-V color negro, Liam Mayers la observaba, cruzado de brazos. Vestía ropa normal, unos tejanos, una camisa oscura y una chaqueta de cuero negra.

Se quedó unos segundos parada, sin saber bien cómo reaccionar. Liam la observaba fijamente, hasta que se puso erguido y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

Anya miró de un lado a otro mientras se acercaba, asombrada y extrañada de que él se encontrase allí. Cuando finalmente se colocó ante él, sin pronunciar nada, él solo le hizo un gesto hacia el vehículo.

—Sube —pronunció mientras abría la puerta del copiloto para facilitarle el acceso. Ella lo observó temerosa—. Vamos, sube. Tranquila —pronunció con un tono más cordial.

Anya tragó saliva y se sentó en el asiento, con la espalda tirante y los músculos en tensión. Liam cerró y rodeó el coche mientras miraba de un lado a otro.

¿Qué estaba haciendo ese hombre allí? ¿Había ido a buscarla para ayudarla?

Nada más sentarse puso el todoterreno en marcha y comenzó a conducir de forma relajada, sin decir nada.

—He dejado el coche aquí —dijo mirando atrás, observando cómo se alejaban del cementerio.

—Luego te traeré. No sufras.

Anya se sentó de nuevo y lo observó confundida.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó lentamente.

—He venido a buscarte.

—¿Para qué? —preguntó observando su perfil.

De nuevo, una sonrisa inundó su rostro, se mordió el labio y chasqueó la lengua.

—Anya Petrova —susurró, luego la miró de reojo—. Nacida en Moscú en mil novecientos ochenta y cinco. Tu padre, Alexey Petrov, de origen ruso, trabajaba como informático para el gobierno de Mijaíl Serguéyevich Gorbachov. Se casó con tu madre en mil novecientos ochenta y formaron un hogar en la capital de Moscú. Tu madre, Audrey, nació aquí en Washington, emigró a Moscú cuando tenía veinte años. Era profesora impartiendo matemáticas y álgebra. —Anya lo miraba fijamente—. Tu padre falleció cuando tú tenías nueve años y tu madre decidió volver de nuevo a Washington, junto a su único familiar, tu abuela. —Ella suspiró y miró al frente—. Hace siete años que tu abuela falleció y hace tres que murió tu madre de cáncer. —Liam la observó de reojo unos segundos—. ¿Por eso apreciabas tanto a Charlotte?

—Era mi amiga —susurró.

—Y tu única familia aquí.

Anya suspiró y finalmente lo miró entre molesta y enfurecida.

—¿Has venido a buscarme para enseñarme que también sabes investigar? —Le retó.

Liam sonrió de nuevo.

—No, no para eso.

—¿Y para qué?

Permaneció unos segundos en silencio hasta que puso la radio con una

música suave, pero aquella acción desesperó a Anya que apagó la radio con brusquedad y se acercó a él estirando su cinturón de seguridad.

—¿Para qué? —Le insistió.

—Te licenciaste en económicas, eres doctorada en...

—¿Vas a decirme algo que no sepa? —preguntó desquiciada.

En ese momento Liam se giró con una mirada más seria.

—Sí. —Aquello la intrigó, y lo miró sin comprender—. Puede que lo que me dijiste ayer no fuese una locura.

Tras media hora de conducir, en la que Liam se había mantenido callado, aparcó el vehículo en una enorme plaza de estacionamiento frente a un piso. El edificio tenía cuatro plantas y era de obra vista.

—¿Dónde estamos? —preguntó al ver que él se quitaba el cinturón y comenzaba a abrir la puerta.

—Clinton Maryland —pronunció bajando del coche.

Anya se quitó en cinturón, pero igualmente no se movió del asiento.

—Eso ya lo sé. Te pregunto qué lugar es este —remarcó las últimas palabras con un tono de voz más elevado.

Liam cerró la puerta y rodeó el vehículo sin apartar la mirada de ella. Abrió la puerta del copiloto y se acercó mientras la interrogaba con la mirada.

—Querías respuestas, ¿verdad?

Aquello la dejó totalmente helada. Le costó reaccionar.

—¿Vas a ayudarme? —susurró con voz temblorosa.

Liam se removió inquieto mientras miraba de forma furtiva hacia el edificio y luego volvía la mirada hacia ella, esta vez con más convencimiento.

—Vamos, ven conmigo.

Se bajó del vehículo y caminó a su lado, entraron en el edificio y siguió a Liam por las escaleras hasta la primera planta. El edificio era antiguo, con las paredes pintadas de blanco, tanto las de la escalera como las del pasillo y, en algunas zonas, las paredes estaban desconchadas.

Llegó hasta una de las puertas de madera oscura y la golpeó repetidas veces. Se giró para contemplar a Anya. Se abrazaba a sí misma, parecía asustada, y así debió ser, porque cuando la puerta se abrió sin previo aviso y un enorme hombre de color apareció tras ella dio un paso hacia atrás.

Liam la cogió del brazo para retenerla a su lado y luego miró hacia Roy mientras ponía los ojos en blanco.

—No sé por qué causas siempre la misma impresión en todas las mujeres —bromeó.

Roy abrió más la puerta permitiendo el acceso a ambos mientras sonreía.

Liam tiró de ella y la introdujo en el piso. Nada más cerrar la puerta se dio cuenta de que seguramente si Anya no se calmaba acabaría sufriendo un ataque de ansiedad. Iba a explicárselo cuando el resto de sus compañeros aparecieron en la pequeña habitación.

Hans y Mike centraron directamente su mirada en Anya, la cual dio unos pasos hacia atrás. Aquello desquició un poco a Liam que volvió a cogerla del brazo para acercarla.

—Ella es Anya. Y ellos no muerden, Anya.

Hans dio un paso hacia delante.

—No dijiste que era tan guapa —sonrió hacia él haciendo que el semblante de Liam se tornase serio.

Roy intervino el primero y se presentó estirando su brazo hacia ella para estrecharle la mano.

—Roy Adams.

Anya vaciló un poco, pero finalmente tendió su mano hacia él y la estrechó.

—Ellos son Mike y Hans —explicó Liam hacia Anya, que parecía no comprender nada.

—Hola —dijo con un gesto bastante serio Mike, mientras Hans hacía lo mismo.

Ella aceptó bastante nerviosa.

Los cuatro se miraron unos segundos y finalmente Liam colocó una mano en la espalda de Anya empujándola hacia delante, hacia la siguiente habitación, la cual estaba mucho más amueblada que la primera. Aunque todas las paredes necesitaban una capa de pintura, la siguiente habitación estaba diseñada a modo de oficina. Había una enorme mesa de cristal, muy moderna, provista de varios ordenadores e impresoras y varias sillas alrededor de la mesa.

Se fijó que desde esa habitación podía ver, a través de una enorme ventana en la que habían puesto una cortina, el aparcamiento donde habían dejado el coche.

—¿Qué lugar es este? —preguntó hacia él, que aún caminaba a su lado empujándola.

—Es nuestro centro de operaciones —bromeó llegando hasta la mesa y

colocándose al otro lado, frente al ordenador.

Roy se puso al lado de Anya de brazos cruzados y Mike y Hans se colocaron al lado de Liam, observando los ordenadores.

—¿Y qué... que se supone que hago yo aquí? —volvió a preguntar temblorosa.

Liam tecleó algo en el ordenador y luego la miró fijamente.

—¿Tienes los correos electrónicos que me enseñaste ayer?

Ella aceptó y los extrajo de su bolso, pasándoselos.

Liam los observó un segundo y luego se los entregó a Hans que comenzó a observarlos con detenimiento.

Ella permanecía callada, sin siquiera saber qué preguntar o qué hacer. Aquella situación la había pillado totalmente desprevenida, pero luego cayó en la cuenta de unas palabras que Liam había dicho en el coche: "Puede que lo que me dijiste ayer no fuese una locura".

Dio un paso hacia él, con pasmosa seguridad y gesto molesto, haciendo que la mirada de los cuatro hombres recayese en ella.

—Tú sabes más de lo que dices... —Le acusó.

Liam hizo un gesto gracioso, pero ignoró su reciente enfado.

—Soy de la CIA, siempre sé más de lo que digo saber.

Aquella respuesta la desquició.

—Ayer no me dijiste nada —volvió a acusarle, esta vez señalándole con el dedo.

—Ayer no sabía si eras de fiar.

—Ah, ¿y ahora sí? —preguntó elevando los brazos hacia él—. Claro, no me extraña, te has aprendido mi biografía. —Se cruzó de brazos ante la mirada asombrada de él—. Me hiciste dudar de mí. Me hiciste creer que no ibas a ayudarme.

—Y no iba a hacerlo. —Le sonrió mientras volvía la mirada al ordenador y el resto de sus compañeros se pasaban los documentos de Anya. —Pero cuando observé los correos electrónicos vi algo que me interesó. Me llamó mucho la atención, a decir verdad.

Ella contuvo el aliento mientras Roy cogía finalmente los documentos y los observaba.

—Los correos electrónicos contienen un asunto: H1, H2, H3 y H4 —continuó.

—Sí, son correlativos —comentó como si ya lo supiese.

—Verás —dijo poniéndose erguido, mientras Roy volvía a entregarle los

papeles—, hace unos cuantos años mi equipo y yo —Señaló a los hombres que la rodeaban— tuvimos una misión en Afganistán en la que desmantelamos una red de armas y conseguimos detener el envío, posteriormente hicimos otra incursión en Siria con el mismo objetivo y la última fue en Irán. —Ella lo miró sin comprender—. Esas tres misiones tuvieron una cosa en común, el intercambio de información vía internet.

—¿Se enviaban correos electrónicos?

—Sí. Aunque por una línea segura, claro. Inteligencia los interceptó.

—¿Con el mismo código de encriptación? —preguntó entusiasmada. Esta vez fue Roy quien respondió.

—Bueno, con lo del código tenemos algún problema que otro.

—Parece del mismo estilo —Le corrigió Liam.

—Sí, eso está claro, incomprensible —acabó bromeando.

Liam se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—El contenido del correo electrónico no logramos descifrarlo. Seguramente usen alguna fórmula matemática o simplemente tengan una guía de traducción. —Luego se pasó de nuevo la mano sobre la corta barba—. Pero todos los correos iban firmados por Heimdall.

—¿Heimdall? ¿Quién es ese?

Todos se miraron de reajo.

—Ese es el problema —intervino Hans—. No sabemos quién es.

Ella los miró a los cuatro, sin comprender.

—¿Y qué tiene que ver con esto?

Liam rodeó la mesa y le mostró los correos electrónicos.

—En el asunto aparece una H. —Ella lo miró de reajo, como si aquella idea no le convenciese mucho. Luego Liam suspiró y giró la pantalla del ordenador mostrándosela—. Y algunas de las combinaciones de letras y números coinciden con los correos electrónicos anteriores.

Aquello sí que llamó su atención. Dio unos pasos hasta colocarse frente a la pantalla y miró atenta el documento que aparecía. Sí, era cierto. El tipo de encriptación era prácticamente igual, intercalando consonantes, vocales y números.

—Estos correos con este tipo de código han aparecido en unas cuantas misiones donde nos hemos encontrado con que se estaba formando un ejército —explicó Roy—. Había contrabando de armas.

Anya se giró hacia él y lo observó preocupada, luego miró hacia Liam que parecía estar estudiando sus reacciones.

—Entiendo —susurró pensativa—. ¿Y crees que Charlotte descubrió algo?

Liam ladeó su cabeza hacia ella.

—Lo de Charlotte puede que fuese simplemente un robo.

—Te dije que ella estaba nerviosa, que metió estos documentos en mi bolso sin que yo...

—Lo sé, lo sé —dijo con infinita paciencia, dando un paso hacia ella—. No sé si la muerte de tu amiga tendrá que ver con esto, lo que sí sé es que a Heimdall le hemos estado siguiendo la pista durante muchos años y se nos ha escapado siempre.

Ella pareció disgustada con la respuesta y, durante unos segundos, pareció que intentaba relajarse.

Roy interrumpió la conversación.

—¿Crees que deberíamos comentárselo a Vincent?

Anya lo miró fijamente.

—¿Quién es Vincent?

—El jefe superior de la CIA. Vincent Foster —explicó Liam. Luego miró a Roy y negó—. No, hasta que no sepamos algo seguro no quiero informarle. Siempre se nos escapa y estoy harto de darle malas noticias.

—Bueno —dijo Anya haciendo que de nuevo todos la mirasen—. Y si no crees que estos documentos sean la causa de la muerte de Charlotte, ¿por qué me explicas todo esto? —preguntó sin comprender.

De nuevo hubo un par de miradas entre ellos.

—Porque necesitamos tu ayuda —acabó diciendo.

Ella lo miró directamente a los ojos, totalmente absorta con lo que acaba de escuchar.

—¿Qué?

—Me dijiste que tu amiga estaba investigando esto. Vosotros cuando investigáis abris carpetas, o archivos o expedientes... o como lo llaméis con cada caso, ¿verdad?

—Sí —dijo rápidamente—. Pero no hay un fichero común —dijo extendiendo los brazos hacia él—. Cada uno se administra lo suyo, es absolutamente confidencial. Si hubiese un fichero común no hubiese tenido este problema.

—Me dijiste que tu superior te había dado todos los archivos que habían descargado de su ordenador.

—Menos este, justamente. —Se cruzó de brazos.

Liam colocó sus manos en su cintura.

—¿Dónde está su ordenador?

—Ya te dije que Pierce Simmons lo había requisado.

—¿Y adónde llevan los ordenadores que requisan?

Aquella pregunta le hizo removerse nerviosa, comprendiendo lo que estaba pensando Liam. Tragó saliva y se colocó un mechón de cabello castaño tras la oreja.

—Normalmente la descarga de archivos la hacen en ingeniería informática. En la octava planta.

Liam aceptó.

—Necesitaría saber lo que contiene ese expediente.

Ella dio un paso hacia atrás y los miró a todos de forma interrogante, pero dio otro paso más cuando observó la mirada fija de Liam en la suya.

—Oye, no estarás pensando en...

—Nadie más tiene acceso al Departamento de Seguridad Nacional.

—No, no, ni hablar —Le señaló rápidamente.

—Nosotros no podemos entrar sin una autorización.

—Eres de la CIA, consíguela —gritó.

—No puedo hacer eso —contraatacó extendiendo los brazos hacia ella—. Si la solicitase no sería ya tan confidencial, ¿no crees? Podría levantar sospechas.

—¡Ese no es mi trabajo! Es el tuyo. —Luego miró al resto de hombres que la observaban—. El de todos vosotros —continuó señalándolos—. Vosotros sois los espías. No yo. Yo... yo soy una mera economista que analiza datos y que...

—Eh, eh... —dijo Liam acercándose. Colocó las manos en sus hombros y la obligó a mirarle—. Esto es importante. Puede que se esté organizando otro ejército ilegal o peor aún, un atentado en nuestro país. Necesitamos extraer los documentos referentes a ese expediente y tú eres la única que tiene acceso.

Ella lo miró fijamente, intentando controlar el tic nervioso que comenzaba a apoderarse de su ojo. ¿Quién le habría mandado meterse en aquello?

—Yo... no puedo... de verdad que...

—Claro que puedes —intentó insuflarle algo de valor.

—Me estás pidiendo que... ¿que haga de espía en mi propio departamento?

Liam sonrió esta vez.

—Bienvenida al contraespionaje —bromeó.

—Eso no tiene gracia —dijo soltándose de sus brazos de mala gana. —
Si me descubren...

—No lo harán.

Ella lo miró temerosa y luego resopló.

—¿Y por qué no lo hablas con tu superior?

Liam enarcó una ceja hacia ella.

—Creo que preferiría hablarlo primero con el tuyo —ironizó. Ella volvió a resoplar. —Escucha, no te pediría esto si no fuese totalmente necesario. Es muy importante conseguir ese expediente y ver la información que Charlotte había recopilado sobre el tema. Solo tienes que ir a la planta octava e instalar esto. —En ese momento miró a Roy el cual le mostró en su mano un *pendrive*.

Ella observó lo que le ofrecía, pero se volvió directamente hacia él.

—No he dicho que vaya a hacerlo.

Liam se pasó la mano por el cabello, como si no comprendiese que ella pudiese negarse.

—Si me descubren me despedirán o algo peor... mira cómo ha acabado Charlotte —gimió.

—Y si no lo haces puede que en breve se esté alzando otro ejército ilegal que haga temblar nuestro país o, peor aún, que comience una cadena de atentados terroristas en el que mueran muchas personas —pronunció con un tono de voz más elevado, aunque al momento se arrepintió. Debía recordar que estaba hablando con una civil, una chica joven a la que se le estaba pidiendo que sustrajese información de su propio departamento—. Perdona —Se disculpó. Permaneció unos segundos en silencio y dio otro paso acercándose a ella—. Te prometo que no te ocurrirá nada. Nosotros estaremos cerca y si hay algún problema intervendremos.

Aunque seguía sin estar de acuerdo, el tono de voz que empleó Liam la calmó en cierto modo.

Se cruzó de brazos y dio un paso hacia atrás, observándolo de soslayo.

—¿No tenéis en la CIA equipos informáticos que os permiten infiltraros en los ordenadores?

—Claro que los tenemos, igual que vosotros —apuntó—. Pero el problema es que el ordenador de Charlotte no está conectado a la red y no se puede acceder remotamente. Ya lo hemos intentado —confesó. Luego señaló

hacia Roy—. Él es nuestro equipo informático. Bueno, al menos domina de esto más que nosotros —apuntó.

—El ordenador está desconectado —corroboró. Luego le mostró el *pendrive*—. Esto lleva un módem remoto que permitirá transferir datos vía Bluetooth. Además, es posible que se hayan borrado todos los informes, así que también se aplicará un *recovery*. —Ella enarcó una ceja—. Al aplicar el *recovery*...

—Sé lo que es —Le cortó—. He hecho unos cuantos para recuperar datos.

—Pero lo necesitamos lo antes posible. Cuanto más tiempo pase más difícil será recuperarlos y también cabe la posibilidad de que destruyan el disco duro —continuó.

Anya miró a Liam y suspiró, se cruzó de brazos y permaneció pensativa durante unos segundos. Lo que le había dicho era cierto, si él tenía razón y aquellos correos electrónicos habían aparecido siempre que había un problema con el contrabando de armas... la cosa podía ser seria.

—Está bien —susurró, al momento observó cómo Liam volvía a sonreír, algo más relajado—, pero... —En ese momento Liam enarcó una ceja—, una vez se os transfieran los datos quiero tener acceso a todos ellos. —Iba a interrumpirla, pero ella continuó hablando—. Es un requisito indispensable. Si voy a jugarme el cuello para sacar ese expediente del Departamento de Seguridad Nacional quiero poder verlos libremente, sin limitación de tiempo, quiero estudiarlos.

Liam suspiró.

—De acuerdo.

—Más te vale —Le amenazó—. Te recuerdo que sé dónde vives —dijo cogiendo de mala gana el *pendrive* que Roy le ofrecía. Lo observó y lo guardó en su bolso, luego se cruzó de brazos—. ¿Y si me descubren qué?

—No te descubrirán.

—¿Pero y si lo hicieran?

—No te preocupes por eso.

—Sinceramente, es lo único que me preocupa ahora mismo. Hay cámaras de seguridad por todo el edificio.

Liam miró a sus compañeros.

—Las cámaras no son un problema. Podemos manipularlo todo desde fuera. —Luego adoptó un tono de voz pausado—. No va a ocurrir nada, pero si por alguna razón te cogiesen sacando información no te preocupes, hemos

estado en situaciones peores, sabemos arreglárnoslas.

—Ya, claro, vosotros sí, ¿pero yo? ¿Vais a darme un arma? —En ese momento todos rieron— Que no es una broma —Se quejó ella para que dejaran de reír.

—Anya, tú preocúpate de descargar esa información. Nosotros ya nos ocupamos de las armas —Y acto seguido le guiñó un ojo.

No supo cómo sentirse ante aquel gesto, pero durante unos segundos notó de nuevo cómo sus mejillas se encendían. Maldito fuese, aquel hombre la estaba poniendo de los nervios, pero era sumamente atractivo. Se enfadó consigo misma por aquel pensamiento y sujetó más fuerte su bolso en su hombro.

—Bueno, pues ya está, ¿me llevas a mi coche? —preguntó dirigiéndose hacia la puerta sin decir nada más.

Escuchó cómo Liam resoplaba mientras ella atravesaba la habitación y se dirigía hacia la puerta de salida.

Liam cogió un pinganillo del oído que había sobre la mesa y fue tras ella con pasos acelerados.

—Vuelvo enseguida —dijo al resto de sus compañeros mientras se colocaba al lado de Anya. Abrió la puerta y la dejó pasar primero.

La vuelta en coche fue en total silencio. Anya miraba abstraída el paisaje por la ventana, con la mirada fija, sin siquiera pestañear.

Cuando Liam detuvo el vehículo en el aparcamiento del cementerio se quedó observándola, ella se quitó el cinturón sin decir nada e iba a abrir la puerta cuando Liam la detuvo cogiendo su mano.

—Anya —susurró—. Debes entender que esto es totalmente necesario —pronunció.

Ella se giró y lo observó durante unos segundos.

Liam la miraba fijamente. Su tono de voz denotaba convencimiento, aunque en su rostro había una ligera duda, como si estuviese preocupado por ella.

—Lo entiendo —dijo ella—. Aunque no me guste.

Liam aceptó.

—Toma —dijo pasándole una pequeña bolsita transparente. Anya la observó—. Es un pinganillo. —Suspiró y se quitó el cinturón acercándose a ella—. La tarde del lunes, a última hora, póntelo. Te iremos guiando con lo que debes hacer. —Ella lo miró con dureza, como si aún no estuviese convencida del todo—. Todo saldrá bien —dijo apretando un poco más su

mano.

Ella se mordió el labio y se soltó mientras guardaba el pinganillo en el bolsillo.

—Yo no te busqué para esto, Liam —pronunció antes de bajar del vehículo.

Liam suspiró y se quedó observándola mientras se alejaba hacia su coche. Miró a ambos lados asegurándose de que no había nadie allí y, cuando la vio subir a su coche, arrancó el vehículo y se alejó. Lo hizo lentamente, observando por el retrovisor cómo ella arrancaba su coche y tomaba la dirección contraria, rumbo a su hogar.



Anya observó hacia un lado, donde Peter tecleaba compulsivamente mirando atento la pantalla. Miró el reloj de su muñeca y observó que marcaba las siete menos cinco minutos. Volvió a pasarse la mano por la frente, temblorosa.

Recordaba las instrucciones que Liam le había dado. Debía ponerse el pinganillo, ellos le irían diciendo lo que debía hacer. Debía extraer la información del ordenador de Charlotte. Jamás había hecho algo así y, a falta de cinco minutos para que diesen las siete de la tarde, dudaba que pudiese hacerlo. Aquello era una locura, pero era necesario, volvió a decirse a sí misma para darse ánimos.

Su mirada voló al despacho de Pierce Simmons, donde llevaba toda la tarde. Puede que su jefe simplemente hubiese repartido los temas entre el resto de trabajadores, tampoco iba a preguntarlo, de lo contrario levantaría sospechas o, quizá, dada la gravedad del caso, los hubiese enviado a otro departamento.

Iba a sustraer información confidencial para la CIA, aquello era una locura. Si la descubrían sería despedida como mínimo, sin contar con que le podrían imputar cantidad de cargos.

Abrió su bolso y observó el pinganillo y el *pendrive* que le habían dado. Se mordió el labio cuando Peter se acercó a ella.

—Hora de irse a casa —dijo con una sonrisa.

Anya le sonrió también y apagó el ordenador. Luego se quedó mirando la pantalla fijamente. Debía hacerlo, por Charlotte.

—¿Vamos?

—Sí, claro —dijo cogiendo su bolso.

Se puso en pie y se alisó los pantalones negros. Dios, le estaban sudando las manos. Sin poder evitarlo comenzó a frotárselas compulsivamente.

—¿Estás bien? —preguntó Peter.

—Sí, sí —dijo rápidamente.

—¿Seguro? Estás un poco pálida —pronunció preocupado.

Ella le sonrió intentando parecer serena.

—Creo que me estoy resfriando.

—Vaya, tienes que abrigarte bien —dijo mientras se ponía el abrigo.

—Con estos cambios de tiempo no sé qué ponerme —rio mientras caminaba hacia el ascensor, saludando a algunos de sus compañeros que aún tardarían un par de horas en acabar su jornada.

—Sí, es una locura. —Peter apretó el botón del ascensor y sonrió a Anya mientras ella se abrochaba su fino abrigo color crema.

Observó las puertas del ascensor abrirse y luego miró de reojo a Peter. Aquello era más complicado de lo que había imaginado. No solo iba a apoderarse de información confidencial, sino que antes tenía que despistar a todos para ir a la octava planta.

Se subió al ascensor notando cómo todo su cuerpo temblaba. Sabía que Liam y el resto de sus compañeros estarían esperando, incluso observándola. De sobras conocía cómo trabajaba la CIA y daba por hecho que estarían vigilándola a través de todas las cámaras de seguridad del edificio, incluso las del ascensor.

Sin poder evitarlo elevó su mirada hacia el pequeño círculo que había en un lateral del ascensor, desde donde una pequeña cámara vigilaba.

—¿Tienes hambre? —preguntó Peter.

Ella lo observó mientras controlaba cómo iban bajando las plantas. En ese momento lo recordó, Peter le había dicho de ir a cenar algún día. Estuvo a punto de darse cabezazos contra la pared del ascensor.

—Hoy no puedo —dijo con una sonrisa tirante—. ¿Qué te parece mañana? Podríamos cenar algo por aquí cerca.

A Peter se le iluminó la mirada y Anya fue consciente de ello. Tenía la intuición de que estaba interesado en ella. No es que Peter fuese su tipo. Era guapo, no iba a negarlo. Cabello oscuro con algunas canas asomando en los laterales y unos enormes ojos marrón claro. Era bastante alto y tenía buen cuerpo, pero el recuerdo de Liam hacía que Peter le pareciese un chico menos atractivo.

Anya suspiró cuando las puertas se abrieron. Peter comenzó a salir del ascensor mientras Anya abría su bolso.

—Conozco un restaurante aquí cerca...

—Peter —dijo Anya mientras rebuscaba por su bolso—. Perdona, he olvidado las llaves del coche arriba. Tengo que ir a buscarlas.

—Ah. Bueno, si quieres te acompa...

—No, no te preocupes —dijo marcando la planta cuatro—. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

Peter Bailey no tuvo tiempo de contestar. Las puertas del ascensor se cerraron.

Anya se pasó la mano temblorosa por la frente, notando cómo unas gotas de sudor frío bajaban por ella. Quizá, después de todo, sí fuese a ponerse enferma. ¿Los nervios podían hacer que sudase de aquella forma?

Cogió la pequeña bolsita con el pinganillo y, con cierto disimulo, se lo puso en el oído. Luego se guardó el *pendrive* que le había dado Roy en el bolsillo. Se miró en el espejo ocultando bajo su cabello suelto su oído. El pinganillo era pequeño, a duras penas alguien podría verlo, pero se sentía más tranquila ocultando su oído con el cabello. Estuvo a punto de dar un respingo cuando escuchó un pequeño crujido y una voz.

—Anya. —Se llevó la mano al corazón y se apoyó contra la pared mientras hiperventilaba—. No podemos oírte, pero sí verte. —Reconoció la voz de Liam al otro lado de la línea. Al momento, llevó su mirada con timidez hacia la cámara de seguridad del ascensor. —Estamos fuera, en una furgoneta. No va a ocurrir nada, pero si ocurriese, tranquila que estamos aquí.

Aquello no supo cómo tomárselo ¿Debía sentirse tranquila porque cuatro miembros de la CIA estuviesen siguiendo sus pasos?

Las puertas se abrieron en la cuarta planta. Por suerte nadie esperaba el ascensor.

—Ve directa a la planta ocho.

¿Sin un por favor?

Anya resopló y pulsó el botón de la planta ocho haciendo que las puertas se cerrasen de nuevo.

—Bien, en la planta ocho, en el departamento informático no hay nadie ahora mismo, pero hay dos guardias de seguridad vigilando.

Ella miró directamente a la cámara con cara de susto, lo cual hizo que Liam sonriese, al igual que sus compañeros mientras observaban la imagen de ella en la pantalla del ordenador que tenían.

Roy se acercó y miró a Liam.

—Es una novata —sonrió hacia él.

Liam aceptó divertido y volvió a observarla. Se encontraban a pocos

metros de la puerta de acceso delantera del edificio del Departamento de Seguridad Nacional, en una furgoneta blanca equipada con todo tipo de ordenadores en la parte trasera. Roy podía hacer virguerías desde allí.

—¿Dónde están los guardias de seguridad ahora? —preguntó hacia Hans, el cual observaba otro de los ordenadores.

— Ahora tiene vía libre. Uno se encuentra en el departamento de escuchas y el otro está en el aseo —dijo divertido.

—Bien. —Se acercó al pequeño micrófono conectado a su ordenador y apretó el botón para que Anya lo escuchase—. Tienes vía libre. Los dos guardias están lejos. Ve directamente hacia el ala de informática y entra.

Anya miró hacia la cámara enfadada y resopló mientras se cogía fuerte a su bolso.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron Anya salió directamente, girando a la derecha. No había ido muchas veces, pero recordaba dónde estaba el ala de informática. Solo había acudido una vez, casi al principio de comenzar a trabajar allí.

Liam la observó salir del ascensor y miró a Hans.

—Síguela —dijo colocándose a su lado. Hans iba pinchando las diferentes cámaras de seguridad del edificio para ir siguiendo sus pasos. — Bien, Anya, vas muy bien. No hay nadie.

Anya se mordió el labio mientras avanzaba con paso presto por el pasillo hacia la última puerta.

—Sé que no puedes oírme —susurró Anya—. Pero creo que me va a dar un infarto —gimió mientras se colocaba ante la puerta del departamento de informática y la abría.

Entró en él y cerró con sigilo. Estaba totalmente oscuro, solo entraba algo de claridad por las ventanas ubicadas al final de la estancia.

—Bien, perfecto —susurró sin saber hacia dónde dirigirse.

—Anya. —Escuchó en su oído haciendo que diese un brinco—. Coge tu móvil, tiene la función de linterna.

Ella gruñó mientras rebuscaba en su bolso hasta encontrarlo.

—Apártate de la puerta y no enfoques hacia ella.

—Ya lo sé, ya lo sé —gimió desesperada mientras activaba la función de linterna y alumbraba al suelo.

—El ordenador de Charlotte era el número cuarenta y cinco.

—Ya lo sé —repitió, aunque sabía que no la escucharían. Comenzó a caminar entre todas las mesas, llenas de ordenadores y equipos informáticos.

Algunos ordenadores estaban despiezados, otros simplemente eran ordenadores incautados en los que se instalaría un programa espía para posteriormente entregarlos a alguien que quisiesen investigar.

—Está un par de metros por delante de ti. —Escuchó que le decía Liam.

Ella se quedó totalmente parada. ¿También ahí la estaban observando? Sin poder evitarlo giró sobre sí misma buscando la cámara desde donde la observaban.

—Anya, vamos. Es el tercer ordenador comenzando por la derecha.

Suspiró y caminó hacia su objetivo. Sí, ahí estaba el ordenador de Charlotte con el número imprimido y pegado encima de la pantalla plana.

Lo encendió pero el ordenador no hizo nada.

—Tienes que conectarlo a la corriente —dijo Liam.

Ella volvió a gruñir y casi se llevó las manos a la cabeza desesperada.

—Bajo la mesa donde está el ordenador habrá un enchufe.

Anya dejó el bolso sobre la mesa y se agachó. Gateó y cogió el enchufe.

Los cuatro chicos alzaron una ceja al verla gatear por debajo de la mesa.

Anya conectó el enchufe y salió de debajo de la mesa, poniéndose en pie. Le dio al botón de encender y, mientras el ordenador se iniciaba, se sacudió los pantalones, gesto que hizo bastante gracia a Liam. La verdad es que aquella muchacha era encantadora. No solo era realmente hermosa, con sus enormes ojos azules, su piel clara y su cabello largo ondulado oscuro, sino que todos los gestos que hacía eran graciosos.

—Hay un guardia de seguridad cerca, va a tomar el pasillo del ala de informática.

Liam miró hacia la pantalla que Roy le mostraba y cogió de nuevo el micrófono.

—Anya, apaga la linterna —dijo con calma. Pudo observar cómo ella erguía su espalda—. Hay un guardia de seguridad por el pasillo. Tranquila, no va a entrar. Pero nadie desea que vea el reflejo de una linterna en el cristal de la puerta, ¿verdad?

Anya cogió el móvil, pero tal era su estado de nervios que se le resbaló de las manos cayendo al suelo. Liam suspiró y puso los ojos en blanco mientras la observaba agacharse y apagar la linterna del móvil con manos temblorosas.

Anya se quedó agachada en la oscuridad, sin moverse un ápice, intentando escuchar algo, aunque ningún sonido le llegaba.

Liam se quedó observando la pantalla y luego miró la de Roy, donde se

veía al vigilante de seguridad caminando con tranquilidad por el pasillo, llegando hasta el final, justo donde estaba el ala de informática. Acto seguido dio media vuelta.

Anya pudo observar a través del cristal opaco la silueta del guardia de seguridad. Contuvo la respiración hasta que la silueta desapareció.

Resopló y cerró los ojos durante unos segundos, intentando controlar los rápidos latidos de su corazón.

—Se ha marchado. El ordenador está encendido —Escuchó la voz de Liam.

En cuanto pudiese mataría a ese hombre. Ella no debía estar allí, sino conduciendo camino a casa con intención de disfrutar de una cena tranquila viendo una película.

Se colocó ante el ordenador y observó la pantalla. Pedía la clave de acceso.

—Mierda —susurró, y estuvo a punto de dar un puñetazo en la mesa. No había caído en eso.

—La clave es Charlotte —Escuchó que decía Liam.

Anya enarcó una ceja y de nuevo volvió a buscar durante unos segundos la cámara desde donde la observaban. ¿Cómo sabían esa clave?

Volvió a encender la linterna del móvil y la puso a su lado para ver bien las teclas. Introdujo la contraseña y nada más apretar la tecla *Enter* apareció el escritorio de Charlotte.

—Mete el *pendrive* en el puerto USB —ordenó Liam.

Se llevó la mano al bolsillo y buscó con la linterna el puerto USB. Introdujo el lápiz de memoria y pocos segundos después observó cómo la flecha del ratón se movía de un lado a otro del ordenador abriendo ficheros.

—Es Roy —explicó Liam—. Va a aplicar el *recovery*. Luego copiaremos los datos.

De nuevo tuvo deseos de gritar. Ojalá pudiese escucharla para darle cuatro gritos. Desde luego el mundo del espionaje no estaba hecho para ella.

Liam se giró hacia Roy, el cual tecleaba compulsivamente en su ordenador.

—¿Cuánto tardarás?

—Con suerte un par de minutos —dijo Roy sin apartar la mirada de la pantalla—. Estoy aplicando el *recovery*.

—De acuerdo.

Se giró hacia su pantalla y observó a Anya. Se encontraba mirando de un

lado a otro. Seguramente estaría buscando desde dónde la observaban.

—Hans, ¿y los guardias de seguridad?

—Sin problema, de momento. Haciendo su ronda habitual sin sospechar nada.

—De acuerdo.

Se sorprendió cuando observó a Anya agacharse y sentarse en el suelo, apoyándose contra la pata de la mesa y apagando la linterna del móvil.

En cierto modo se sentía culpable por haber llegado a aquel extremo. Aquella muchacha parecía estar pasándolo realmente mal, pero si querían llegar al fondo del asunto era estrictamente necesario sustraer la información de aquel ordenador. Ella era la única que podía acceder más fácilmente sin levantar sospechas si la descubrían.

En aquella posición, a oscuras, le pareció extremadamente vulnerable. Sintió deseos de querer protegerla a toda costa y ese sentimiento le embargó.

Pulsó el botón y se acercó al micro.

—Ya queda poco, tranquila. Lo estás haciendo muy bien.

Ella no se movió al principio, pero comprobó poco después cómo miraba de un lado a otro.

—Supongo que estás buscando la cámara desde donde te veo. —Ella enderezó su espalda—. Está a tu izquierda, en la esquina del techo.

Normalmente no se tomaba la molestia de hablar con las personas encargadas de una misión, solía mantenerse callado, pero intuía que Anya necesitaba conversación y, en cierto modo, no sentirse sola.

Observó cómo ella miraba hacia el lugar que le había indicado. Incluso en la oscuridad pudo apreciar sus delicados rasgos.

—Te sacaremos de ahí enseguida.

Anya resopló y estuvo a punto de hacer un gesto obsceno hacia la cámara, aunque finalmente se contuvo. ¿En qué momento habría aceptado aquello? Cuando llegase a casa, si es que llegaba, pensaba hacerse una tila, o no, mejor se bebería una botella de vino entera. Sí, es lo que necesitaba. No entendía cómo la gente podía dedicarse a aquello.

En cierto modo ella se dedicaba al espionaje, investigando ordenadores ajenos, cuentas bancarias y transacciones sospechosas, pero aquello era totalmente diferente. No recordaba que el corazón le hubiese latido nunca a tanta velocidad, y eso, sin duda, no podía ser bueno.

—Ya está —pronunció Roy.

—¿Tienes todos los datos? —preguntó Liam acelerado.

—Todo.

Se arrimó de nuevo al micrófono.

—Ya está. Primero que todo, saca el *pendrive* del puerto USB —dijo con voz calmada.

Anya encendió de nuevo su móvil y se levantó apresurada. Extrajo el *pendrive* y lo mostró hacia la cámara.

—Muy bien —sonrió Liam al ver ese gesto—. Apaga el ordenador manualmente—. Observó cómo Anya manipulaba el ratón hasta que la luz de la pantalla desapareció—. Y desconecta el cable.

Una vez más se agachó y volvió a gatear bajo la mesa. Estaba embobado mirando la pantalla cuando se dio cuenta de que Hans y Mike también la observaban.

—Está muy buena —susurró Hans.

—Tú a lo tuyo —Le señaló Liam sin apartar la mirada de Anya que ya se ponía en pie—. De acuerdo, espera un segundo —Le dijo. Se giró hacia Hans—. ¿Los guardias de seguridad?

Hans resopló.

—Hay un problema. Están conversando frente a la puerta del ascensor.

Liam se acercó un momento a la pantalla para observar. Los dos hombres se estaban comiendo unos bocadillos en el rellano donde se encontraba el ascensor.

—Mierda —susurró—. Mike, busca otra vía de escape.

Se sentó de nuevo en la silla y cogió el micro.

—Anya, tenemos un problema —Observó cómo ella se removía inquieta—. Vamos a sacarte de ahí, ¿de acuerdo? —pronunció con convicción—. Pero los dos guardias de seguridad se encuentran ahora mismo frente a la puerta del ascensor.

—Puede coger las escaleras de emergencias —intervino Mike—. Están ahí al lado.

Liam aceptó.

—¿Qué planta está libre?

Mike fue pulsando el teclado, observando los rellanos de las diferentes plantas del edificio donde se encontraban los ascensores.

—La sexta.

Liam volvió a pulsar el botón.

—Debes bajar hasta la planta sexta por las escaleras. Tienes vía libre para coger el ascensor ahí. —Observó cómo ella se guardaba el *pendrive* en

el bolso—. Vamos, sal con cuidado, ahora. A mano derecha tienes la puerta de emergencias.

Anya suspiró y se llevó la mano al pecho mientras se dirigía a la puerta. Guardó también su móvil en su bolsillo y abrió lentamente.

—Tranquila, no están en el pasillo. Dirígete a la puerta. Ya —ordenó al ver que ella miraba de un lado a otro, titubeante.

Salió al pasillo y cerró con cuidado.

Nada más acceder al recinto de las escaleras de emergencias comenzó a bajarlas a gran velocidad, casi tropezándose en el intento.

—Accede a la sexta planta. No hay nadie en esa zona. Mike te ha enviado el ascensor a esa planta.

Abrió la puerta con desesperación y la cerró sin mucho cuidado. Su mirada se centró directamente en las puertas del ascensor que se abrían tal y como Liam le había dicho.

Corrió hacia él y se metió en su interior. Automáticamente pulsó el botón que la conduciría a la planta cero.

Si lograba salir de allí sin ser descubierta prometía firmemente ir al gimnasio. No más excusas para no ir, se estaba ahogando por el esfuerzo físico.

Las puertas se cerraron. Justo en ese momento cerró los ojos con fuerza y se apoyó abatida contra la pared del ascensor, intentando recuperar el aliento.

—Liam —dijo Hans—. Hay un problema. Han llamado al ascensor en la planta cuarta. Liam se giró hacia él—. Es Pierce. Pierce Simmons.

—Mierda —susurró—. Anya, escucha. El ascensor se va a detener en la planta cuarta. Está esperándolo Pierce Simmons.

Miró con terror directamente hacia la cámara. Ella no debería estar allí, y menos aún bajar desde la planta sexta.

—¿No puedes detener el ascensor en la quinta? —gritó Liam hacia Hans.

—Joder, ha llegado a la cuarta ya —dijo Hans mirando la pantalla que tenía enfrente.

Liam cogió el micrófono.

—Tranquila —intentó calmarla—. Si te dice algo di que has cogido el ascensor junto a un trabajador de la sexta planta.

La mirada de Anya no se despegaba de la cámara de seguridad, totalmente aterrada, pero se obligó a mirar al frente y se arrinconó en un lateral cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Tal y como le había dicho Liam por el pinganillo Pierce Simmons y su ayudante esperaban en la puerta.

Entraron conversando entre ellos, sin siquiera mirarla y le dieron la espalda mientras continuaban la conversación.

Liam observaba nervioso la pantalla. Parecía que esos dos hombres ni siquiera se habían fijado en que la otra persona que iba en el ascensor con ellos era Anya.

—¿Has anulado la reunión de mañana a las diez? —preguntó Pierce, sujetando su maletín con las dos manos por delante, con la espalda recta y mirando fijamente la puerta del ascensor.

—Sí, señor.

Anya ni siquiera se movió. Suponía que debían saber que había alguien más, pero no se habían fijado en que era ella. Miró de nuevo hacia la cámara de seguridad, sabiendo que Liam la estaba observando.

—Tranquila, tranquila —susurró Liam, aunque sin pulsar el botón.

Cuando el ascensor llegó a la planta cero, tanto Pierce Simmons como su ayudante salieron sin prestar atención, organizando la agenda de la semana.

Anya necesitó apoyarse durante unos segundos en la pared del ascensor y cerrar los ojos, pero Liam volvió a intervenir.

—Sal de ahí —ordenó.

Se llevó la mano al corazón y salió del ascensor dirigiéndose a la puerta de salida, con la vista clavada en aquella puerta giratoria de cristal, sin mirar a los lados. Su único objetivo era salir de allí.

Caminó despacio, dejando varios metros de distancia con su superior y su ayudante que saludaban al guardia de seguridad de la puerta. El guardia la miró directamente a ella y la saludó cortesmente.

—Buenas noches, señorita Petrova —pronunció.

Anya tragó saliva justo cuando Pierce Simmons se giró hacia ella y la observó.

—Sigue caminando, Anya —escuchó que decía Liam en su oído.

Ella forzó una sonrisa hacia el guardia de seguridad.

—Buenas noches. —Pasó al lado de su superior y de su ayudante y los saludó también—. Buenas noches, señor.

—Buenas noches —pronunció Pierce, el cual no pareció darle importancia al hecho de que ella estuviese allí a esas horas, volviendo a charlar tranquilamente con su ayudante.

Llegó hasta la puerta giratoria y la hizo girar bruscamente. Necesitaba

salir de allí como fuese. Necesitaba aire.

Salió al exterior y tuvo deseos de gritar y echarse a llorar. No podía soportar aquellos nervios acumulados. Se quedó estática durante unos segundos frente a la puerta, intentando que sus pulmones se llenasen de aire.

—Anya, muévete. Lo has hecho muy bien. Ve a casa. —Escuchó que decía Liam.

Resopló y comenzó a bajar los escalones para dirigirse a su vehículo cuando una furgoneta blanca pasó por delante de ella. No pudo ver a Liam, pero sí pudo reconocer a Roy conduciendo.

Se quedó observándola hasta que giró una esquina y desapareció.

Fue directamente a su vehículo, lo encendió y salió del recinto lo más rápido que pudo, pero cuando se hubo distanciado lo suficiente, tuvo que detener el coche en el arcén.

Se quitó el pinganillo y apoyó la frente contra el volante. Gritó desesperada, intentando despojarse de los nervios de los últimos minutos. Sin duda, los diez minutos más largos de su vida.

Tras un tiempo prudencial, y una vez pudo templar los nervios, tomó rumbo a casa.



Aún estaba recuperando el aliento cuando entró por la puerta de su domicilio y la cerró tras de sí. Tiró el abrigo y el bolso sobre el sofá y después cayó ella.

Se pasó la mano por la frente mientras cerraba los ojos intentando relajarse. Aquella no era su vida. Jamás volvería a hacer algo así.

No tenía nada de hambre, pero notaba la boca totalmente seca por los nervios. Aunque su cuerpo parecía estar realmente agotado por los nervios no podía estarse quieta.

Había conseguido salir del edificio sin ser descubierta, pero las dudas la asaltaban. ¿Las cámaras de seguridad habrían estado bloqueadas? ¿Habrían grabado algo?

Fue hacia la cocina y rebuscó nerviosa las infusiones. Tila, una buena tila y una valeriana es lo que necesitaba.

Puso agua a calentar en el microondas y se apoyó contra el mármol de la cocina.

¿Habrían conseguido la documentación que necesitaban? ¿Cuándo podría verla ella? Era al trato al que había llegado con Liam. Sabía que lo cumpliría. No creía que fuese ese tipo de hombre que prometía algo y luego no lo cumplía.

Se quitó los zapatos y caminó descalza por la cocina, sin poder estarse quieta.

Se preparó la tila con agua hirviendo y la dejó en el comedor esperando a que se enfriase un poco.

Fue hacia su dormitorio, se quitó la ropa, la arrojó sobre la cama y se puso algo más cómodo. Cogió los pantalones de un chándal, una camiseta naranja y se puso las zapatillas de estar por casa.

Se tomaría la tila, se daría una ducha y se metería en la cama. No quería

saber nada del mundo hasta el día siguiente. Sin embargo, se le revolvió el estómago cuando comprendió que, al día siguiente, debería volver a su puesto de trabajo.

Volvió al comedor, dio un sorbo a su tila e iba a tumbarse en el sofá cuando el timbre de su puerta sonó.

Se quedó totalmente petrificada, notando cómo de nuevo su corazón parecía querer escapar por su boca.

Fue con sigilo hasta la puerta, notando cómo el temblor de su cuerpo aumentaba y observó a través de la mirilla.

Liam miraba fijamente hacia ella y, como si supiese que le estaba observando en aquel momento, susurró dos palabras: “Abre, Anya”.

Anya se apoyó durante unos segundos contra la puerta, intentando relajarse de nuevo y finalmente abrió.

Liam vestía informal: unos tejanos oscuros, una camiseta clara y una chaqueta.

—¿Puedo pasar? —preguntó al ver que Anya simplemente lo observaba, sin decir nada.

Aceptó y abrió un poco más la puerta para darle paso.

Nada más entrar caminó directamente por el pequeño distribuidor hasta el comedor, observándolo todo. La pequeña televisión, el sofá de dos plazas, la mesa donde había un vaso con una infusión...

Anya cerró la puerta y le siguió. Liam se giró hacia ella, sujetando una carpeta en su mano.

—¿Estás bien? —Ella suspiró y pasó a su lado, dirigiéndose hacia la mesa. Cogió la infusión y dio otro sorbo—. ¿Una tila? —preguntó él.

—Se me ha acabado el tequila —bromeó mientras soltaba la infusión sobre la mesa.

Liam aceptó y se acercó a ella soltando la carpeta sobre la mesa. Colocó sus manos en su cintura y ladeó su cabeza.

—Lo has hecho muy bien.

—Casi me pillan —dijo ella apretando la mandíbula—. ¿Sabes lo que hubiese pasado si me llegan a descubrir? —Elevó el tono exasperada—. Ahora mismo estaría despedida, o peor aún, acusada de espionaje... o muerta.

—No lo hubiésemos permitido —pronunció con semblante serio.

Ella puso los ojos en blanco.

—Oh, sí... claro —ironizó—. ¿Y qué ibais a hacer? ¿Ibais a entrar disparando a todo el mundo?

Él se encogió de hombros.

—Si hubiese sido necesario, sí, lo hubiésemos hecho. —Ella lo miró impresionada—. No sería la primera vez —apuntó al ver su gesto de sorpresa. Anya se desesperó un poco y se removió inquieta—. Lo que has hecho puede salvar muchas vidas.

Se mordió el labio y lo miró de soslayo, intentando calmarse.

—¿Habéis conseguido la información?

Liam puso una mano sobre la carpeta que había traído.

—Un trato es un trato, aquí tienes una copia.

Ella lo miró asombrada.

—¿Me has hecho una copia?

—Es lo que acordamos, ¿verdad?

Ella aceptó y cogió la carpeta amarilla. La abrió.

—También se está examinando la copia del disco duro. Hemos imprimido lo que hemos obtenido hasta ahora, pero es posible que rescatemos algo más. —Ella lo miró asombrada por su sinceridad—. Si lo conseguimos te lo haré llegar.

Lo miró fijamente y se mordió el labio.

—Gracias —susurró volviendo la mirada hacia los documentos.

Permaneció unos minutos valorando los documentos, notando cómo Liam se acercaba para observar también. Tragó saliva y lo miró de reojo—. Respecto a lo de hoy —apuntó con un hilo de voz—. No tendré problemas ¿verdad? ¿No se habrá grabado ninguna imagen en la que yo salga...?

—No. Hicimos una grabación de una hora del interior del edificio sobre las cinco de la tarde. Y eso es lo que han estado viendo los de seguridad. Interceptamos la señal y les pusimos el video. No te preocupes por eso.

—Ya —dijo algo más tranquila.

Permanecieron unos minutos más en silencio, en los que Anya parecía estar observando los documentos.

—Anya, escucha —dijo Liam finalmente—. Me interesaría que leyese los documentos y luego que vieses el disco duro que ha grabado Roy.

Ella miró el interior de la carpeta.

—¿Me has traído una copia del disco?

—No. —Se acercó un poco más a ella—. Preferiría que lo mirases con él. Es el programa informático que usáis vosotros y, aunque Roy sabe manejarse muy bien, no nos vendría mal tu ayuda.

Ella suspiró y lo miró contrariada.

—Yo no quiero meterme más en esto —dijo avergonzada—. Esta no es mi vida y sé que con esto se pueden salvar miles de vidas pero, ¿sería muy egoísta si me negase? —gimió.

Liam la observó y luego le sonrió de forma tierna.

—No, estarías en tu derecho.

Ella aceptó no muy convencida.

—Gracias por la copia.

Liam la miró fijamente unos segundos, sin moverse, hasta que al final dio un paso hacia atrás.

—Pero si te lo piensas y al final decides colaborar... —dijo extrayendo de su cartera una tarjeta—. Llámame. —Anya la observó. Era una tarjeta escrita a mano donde figuraba simplemente un número de teléfono—. También sirve por si tienes algún problema —apuntó con una sonrisa tímida, lo cual le sorprendió bastante a ella—. Hoy nos has ayudado mucho.

Se limitó a aceptar y dejó la tarjeta sobre la mesa.

—De acuerdo —acabó susurrando mientras se perdía en aquel azul celeste.

Se quedaron observándose unos segundos hasta que Liam aceptó y se dio media vuelta dirigiéndose hacia la puerta. La abrió y la miró un segundo antes de cerrar.

—Echa la llave —pronunció mientras ella se acercaba. —Y buenas noches.

—Buenas noches —dijo ella mientras cerraba la puerta con suavidad.

Había dormido apenas seis horas. A pesar de encontrarse física y mentalmente agotada, no era capaz de conciliar el sueño más de media hora seguida. Se despertaba sobresaltada por cualquier golpe o ruido. Estaba atenta a cualquier sonido.

Había estado durante un par de horas observando los documentos que le habían traído. No eran muchos. Los mismos correos electrónicos que había dejado Charlotte en su bolso y unas cuantas ubicaciones de *Google Maps* que situaban la localización de los correos cerca de Baréin.

Era extraño y no podía ser que, si su superior había tenido una reunión con ella por ese mismo tema, tuviesen tan poca información. Así que una de dos: o su incursión no había funcionado y no habían logrado sustraer toda la documentación o Liam Mayers le estaba ocultando información sensible,

aunque debía admitir que aquella segunda opción era la más plausible. Él era una agente de la CIA y no tenía por qué revelarle toda la información. Sin embargo, le había ofrecido colaborar con él y mostrarle el disco duro.

Volvió a mirar la agenda de su móvil, donde había guardado el número de teléfono de Liam, y estuvo tentada de llamarlo una vez más. Eso implicaría colaborar con él, más de lo que ya lo había hecho la tarde del día anterior... y ya había tenido suficientes emociones en su vida.

Lo cierto era que después de observar los documentos se había sentido defraudada.

Metió la clave de su ordenador y elevó su mirada para observar cómo Pierce Simmons entraba en su despacho un tanto agitado. No pudo evitar temblar cuando recordó cómo se había subido al ascensor y los segundos de angustia que había pasado.

—¿Has pensado algún restaurante? —preguntó Peter a su lado.

Anya se giró y lo miró intrigada. Al momento lo recordó. Había quedado con él para cenar esa noche.

—Ya... ammmm... no —respondió con timidez.

—¿Te parece bien el que te propuse ayer?

—Sí, claro. No hay problema —dijo volviendo su atención hacia la pantalla.

—De acuerdo.

Se apoyó contra el respaldo, observando las cuentas corrientes de uno de los expedientes de Charlotte.

¿Por qué no habían incluido el expediente de esos correos electrónicos cifrados en el *pendrive*? Su mirada voló hacia el despacho de su jefe cuando una idea la sorprendió. El ordenador de su jefe. Quizá ahí podría encontrar algo.

Ella tenía conocimientos para poder entrar en un ordenador ajeno, aunque ni loca lo haría desde ahí o desde el suyo ya que, aunque sabía cómo hacerlo, en el ordenador de su vivienda no disponía de la seguridad necesaria para llevar a cabo la tarea. El nombre de Liam Mayers le pasó de nuevo por su mente.

Quizá podría planteárselo. Aunque la idea le parecía buena, debía reconocer que el hecho de volver a verlo la entusiasmaba aún más. En ese momento fue consciente. Liam le parecía muy atractivo y debía quitárselo de la cabeza.

Notó cómo se le cortaba la respiración cuando vio aparecer al inspector

Lance por el pasillo. ¿El inspector Lance? Vestía igual que la noche en que lo había visto por primera vez, con aquella gabardina color ocre.

Pasó por delante de ella, sin siquiera prestarle atención. Lo vio dirigirse directamente al despacho de su superior, el cual salió a recibirlo con una medio sonrisa en su rostro. ¿Pero qué estaba haciendo allí?

Estrechó la mano de Pierce Simmons y entró en su despacho.

Notó cómo el corazón se le aceleraba por momentos. ¿Habrían descubierto algo? ¿Vendría Lance a interrogar a su jefe por alguna causa?

Estuvo tentada de levantarse y dirigirse al despacho, pero Peter la contuvo.

—Podríamos ir con mi coche. Está cerca. La verdad es que se puede ir andando, aunque tal y como está el tiempo, creo que es mejor ir en coche. No sea que aún nos llueva.

Anya lo miró de nuevo y aceptó.

—Me parece bien —pronunció amablemente.

Permaneció media hora más sin decir nada, observando cada dos por tres la puerta del despacho de su jefe y sin poder concentrarse en su trabajo.

Cuando escuchó que la puerta se abría, observó que el inspector y Pierce se daban la mano y este volvía a cerrarla.

El inspector Lance caminó hacia la puerta, pero Anya ya no se pudo contener. Se levantó y fue hacia él, interceptándolo por el camino, antes de llegar a la puerta.

—Inspector —dijo cogiéndolo del brazo. El hombre la miró contrariado al principio, pero luego pareció reconocerla y su mirada, que en un primer momento había sido de desconcierto, se suavizó—. ¿Me recuerda?

—Señorita Petrova, ¿verdad?

—Sí, la amiga de Charlotte.

—Ya, ya la recuerdo —dijo amablemente—. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor —susurró. Luego miró hacia la puerta del despacho de su superior—. Ha venido a hablar con el señor Simmons, ¿verdad?

El inspector se encogió de hombros y luego le sonrió de forma amable.

—¿Me pregunta eso después de verme salir de su despacho? —bromeó.

—Ya —dijo ella también con una sonrisa. Luego puso cara seria—. ¿Se sabe algo sobre el asesino? ¿Han podido descubrir alguna cosa?

El inspector miró de un lado a otro y luego se debatió durante unos segundos. Finalmente la cogió por el brazo y se desplazó a un lado con ella.

—¿Sabe si su amiga Charlotte consumía drogas?

Aquella pregunta la pilló totalmente de improviso.

—No, por supuesto que no, ¿por qué?

—Encontraron restos de una droga en su cuerpo.

Anya dio un paso hacia atrás por la impresión de aquellas palabras.

—¿Cree que la drogaron?

El inspector la miró fijamente y luego chasqueó la lengua mientras miraba la enorme sala, aun así no contestó a la pregunta, lo cual intrigó más a Anya.

—¿A qué ha venido a hablar con mi superior?

—Él fue la última persona que la vio con vida, por lo que nos dijo usted.

—¿Y? —preguntó nerviosa.

—Ha corroborado que salió a las siete y media de la tarde de aquí, igual que los vigilantes de seguridad de la puerta. Colaborará con nosotros en todo lo que necesitemos.

Anya se pasó la mano por la frente, angustiada.

—Escuche —dijo el inspector—, le di mi teléfono. Cualquier cosa que recuerde nos sería de gran ayuda.

Ella aceptó, todavía impresionada por lo que acababa de descubrir.

—Si se me ocurre algo lo llamaré —pronunció totalmente estática.

Puso una mano en su hombro y dio una pequeña palmada antes de alejarse.

Anya se quedó totalmente quieta, junto a la puerta, intentando mantenerse en pie. Se obligó a ir hacia su escritorio y tomar asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Peter.

—Sí.

—¿Quién era ese? —preguntó mientras con un movimiento de su cabeza le indicaba la puerta por donde acababa de salir el inspector Lance.

Anya tragó saliva.

—Es... un amigo, de hace tiempo —pronunció volviendo la mirada hacia el ordenador.

No quería hablar sobre ello.

Primero, sabía que Charlotte no había consumido drogas, por Dios, si ni siquiera fumaba. Lo único que hacía de vez en cuando era tomar alguna copa de vino con ella. Jamás hubiese consumido drogas, por mucho que la desesperación inundase su mente. Aquello no hacía más que confirmar que su muerte no había sido provocada por un robo, tal y como habían querido hacer creer al mundo. Aquello había sido premeditado, quien fuese la había drogado

para acabar con su vida con más facilidad.

Notó cómo se le revolvían las tripas y sintió arcadas mientras llevaba su mirada hacia el escritorio vacío de su amiga.

Notó cómo los ojos se le humedecían y, en ese momento, lo supo. Era algo que ya sabía, pero la idea de un asesinato cobraba más sentido. Ahora ya no había dudas, y podía asegurar que la muerte de su amiga tenía relación directa con el expediente que estaba tramitando antes de su muerte.

Cogió su móvil y se levantó de su asiento.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó Peter al verla levantarse con tanta celeridad.

—Al aseo —contestó sin mirarlo, caminando directamente hacia la salida de la sala.

Nada más salir y encontrarse en el pasillo, no esperó a marcar el número de Liam Mayers, sino que antes de entrar al aseo ya estaba escuchando el primer tono de llamada.

Abrió la puerta del aseo acelerada y cerró tras de sí a la vez que escuchaba cómo descolgaban al otro lado de la línea.

—Hola.

—¿Liam? —preguntó.

—Hola, Anya.

Fue hasta el mármol y se observó en el espejo. Tenía el rostro pálido e incluso sus labios se veían blancos.

—De acuerdo. Cuenta conmigo —dijo con determinación, mirándose fijamente en el espejo.

—Te paso a recoger por tu trabajo a las siete. Dos calles por debajo.

En ese momento chasqueó la lengua mientras encendía el grifo y se mojaba la mano. La llevó a su frente y comenzó a refrescarse la cara.

—No puedo a las siete.

—¿No puedes?

—He quedado.

Liam permaneció unos segundos en silencio.

—De acuerdo. Avísame en cuanto puedas.

Acto seguido colgó.

Anya dejó su móvil en el mármol del aseo y se apoyó con las dos manos sobre él, intentando no desfallecer, intentando controlar su respiración.

Descubriría lo que había ocurrido, costase lo que costase.

Estaba dispuesta a todo. Recordar la sonrisa de ella y posteriormente

encontrarla muerta de una forma tan atroz la hicieron ser consciente en aquel momento de que no dudaría en hacer todo lo necesario para esclarecer los hechos.

Salió del aseo justo cuando sin esperarlo se topó con Peter y a punto estuvo de caer al suelo.

—Eh, perdona —dijo cogiéndola del brazo para sujetarla.

Ella le sonrió como si no ocurriese nada mientras se soltaba de su mano.

—No, lo siento yo. Estoy un poco despistada —dijo tímidamente.

Él ladeó su rostro y le dedicó una sonrisa tierna.

—Ya —Luego le mostró un sobre—. Tengo que ir a una reunión. —Ella aceptó—. Estaré aquí antes de las siete, solo será un momento. —Luego la cogió suavemente del brazo—. Anya, sé que no lo estás pasando bien tras la muerte de Charlotte, así que... —dijo con extremada delicadeza—, cualquier cosa que necesites, aunque sea hablar, aquí estoy. Somos amigos, ¿verdad?

Ella lo miró con cariño y finalmente aceptó, apartando la mirada de él, pues notaba que los ojos se le humedecían.

—Pues, ¿para qué están los amigos? —preguntó él con delicadeza.

Ella suspiró y aceptó.

—Gracias, Peter —dijo colocando una mano en su pecho mientras pasaba por su lado.

Peter la vio alejarse, con paso lento, hasta que se sentó en su escritorio y volvió la mirada a la pantalla del ordenador.

No pudo evitar quedarse observándola unos segundos antes de girar y salir por la puerta.



Peter sonrió a Anya mientras conducía. Todas las reuniones que tenía eran cortas, ni siquiera duraban más de un minuto. Se reunía con una persona, le daba un sobre y, acto seguido, se marchaba. Por suerte, no había tenido que ir lejos para entregarlo aquella vez.

Aparcó el vehículo cerca del restaurante y en menos de cinco minutos estaban sentados en una pequeña mesa situada en el centro de un enorme salón.

Anya miró de un lado a otro. Conocía aquel restaurante, pero jamás había ido. La verdad es que comida japonesa jamás había sido de su agrado.

—Preparan un sushi excelente —explicó Peter mientras cogía la carta.

Anya la cogió y la observó. Estuvo leyendo, intentando decidir qué cenar, hasta que se dio cuenta de que Peter le lanzaba alguna mirada de soslayo. Aquel gesto le pareció gracioso.

—Nunca he ido a un restaurante japonés —admitió con una sonrisa.

Aquel dato pareció sorprender a Peter.

—¿En serio? —Ella afirmó aumentando la sonrisa—. Bueno, el sushi de salmón está muy bueno y es suave.

—De acuerdo —afirmó ella cerrando la carta. Luego suspiró y colocó sus brazos sobre la mesa. Se quedó observándolo varios segundos. Peter había sido un buen compañero de trabajo desde que había llegado, incluso habían tomado café juntos en el bar de al lado del edificio durante el desayuno o la merienda. Siempre se había mostrado risueño y amable con ella. Tragó saliva y suavizó su mirada—. Te agradezco mucho que me hayas invitado a cenar.

Aquellas palabras alegraron a su acompañante.

—No hay de qué.

—La verdad es que se me hace un poco difícil todo esto —Se sinceró.

Peter la contempló con ternura y, para sorpresa de ella, alargó su mano

hasta la suya y se la apretó con delicadeza.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites.

Soltó su mano cuando el camarero, de origen japonés, se acercó a ellos para tomar nota. Peter pidió el plato de ambos y algo que Anya no conocía para acompañar.

Observó cómo el camarero se alejaba hasta que volvió la mirada a Peter, el cual la observaba fijamente. Suspiró y se acercó a ella inclinándose sobre la mesa.

—La muerte de Charlotte ha sido un golpe muy duro —dijo tragando saliva, luego le sonrió con tristeza—. La conocía desde hace varios años. — Se mantuvo unos segundos callado y luego volvió a ponerse firme contra el respaldo de la silla—. Sé que estabais muy unidas.

Ella afirmó.

—Sí —sonrió de forma amarga—. Quedábamos varias veces en semana para cenar. Dos solteras —acabó riendo.

—Era buena chica —confirmó él.

—Sí, mucho —respondió quedándose pensativa. Observó a Peter fijamente. Él también parecía añorar a Charlotte. Ella había tenido una relación más estrecha, se consideraba su amiga, pero Peter la conocía desde hacía mucho más tiempo. Se removió incómoda y luego miró interrogativa a su compañero. Sabía que podía confiar en él y quizá, al llevar él más tiempo en el trabajo, pudiese aclararle algo—. El otro día me reuní con el señor Simmons...

Peter hizo un gesto de desagrado.

—¿Vamos a hablar de trabajo? —preguntó con tono lastimero.

Ella suspiró.

—No, escucha. ¿A ti te han dado algún caso de ella?

Aquella pregunta le sorprendió.

—No. —Ella afirmó y se mordió el labio—. ¿Por qué?

—Será una tontería —rio tontamente—. Es que a veces nosotras dos conversábamos sobre el trabajo. —Aquello le sorprendió, pues si algo debía tenerse en cuenta es que la confidencialidad era muy importante, incluso entre ellos—. No me malinterpretes —dijo rápidamente—. Simplemente pronunciábamos los nombres de los países donde teníamos algún investigado, a ver quién tenía más —disimuló. Él aceptó y sonrió, como si aquello le resultase gracioso—. Unos días antes de morir ella dijo que estaba investigando algo en los Emiratos Arabes —pronunció más seria. Peter la

observaba como si no comprendiese—. El otro día me reuní con el señor Simmons y me cedió los casos que investigaba Charlotte —dijo bajando el tono—. Pero ninguno de ellos se ubica en los Emiratos Árabes —acabó diciendo pensativa.

Peter ladeó la cabeza, como si no comprendiese.

—¿Qué quieres decir?

Ella negó y luego le sonrió.

—No, nada —aclaró rápidamente—. Es simplemente que... no sé, me sorprendió. —Luego lo miró con una sonrisa.

Peter volvió a pasar la mano sobre la mesa y se la cogió, haciendo que ella guardase silencio. Se removió sobre la silla y volvió a inclinarse sobre la mesa.

—Anya, ¿qué ocurre? —preguntó interrumpiéndola, con tono de voz preocupado. Ella suspiró y se mordió el labio—. Si tienes algún problema, has perdido algún expediente o qué se yo. Puedo ayudarte. Para eso están los amigos.

Ella lo miró con detenimiento y finalmente se inclinó también sobre la mesa, imitando su gesto.

—Los días antes de morir, Charlotte estaba muy nerviosa —susurró. Notó cómo los ojos se le humedecían—. Yo había quedado con ella y un poco antes encontré unos...

Se quedó callada cuando el camarero llegó hasta ellos colocando en medio de la mesa lo que Peter había pedido para acompañar.

Se quedó observándolo mientras el camarero dejaba los platos sobre la mesa. Peter parecía extremadamente preocupado por ella, sabía incluso que aquello no era solo preocupación, que él sentía algo más. La forma en que la miraba, sus gestos, la insistencia a la hora de pedirle salir para ir a cenar...

Sabía que podía confiar en él, pero una duda la asaltó. Si la muerte de Charlotte aconteció por todo lo que ella estaba investigando, ¿no lo pondría también a él en peligro? Aquello le hizo quedarse pensativa. Por muy difícil que fuese para ella quedarse callada y no compartir con él lo que había descubierto, debía hacerlo. Sabía que podía contar con un firme aliado dentro del departamento, pero aquello también implicaría ponerlo en el punto de mira de aquellas personas que habían acabado con la vida de Charlotte, y eso era demasiado egoísta por su parte. Sí, en un principio se sentiría más tranquila al poder confesárselo todo, al saber que él también tendría esos datos, pero sabía que aquella tranquilidad se transformaría en nerviosismo a medida que

avanzasen las horas y los días, sabiendo que justamente aquella información era la que había provocado la muerte de Charlotte y la que les ponía a ellos en riesgo.

Nada más alejarse el camarero Peter volvió a coger su mano, instándola a seguir.

—Dime.

Ella se quedó contemplándolo varios segundos hasta que finalmente apartó la mirada de él.

—No es nada, Peter —dijo intentando parecer tranquila, luego apartó la mirada de él—. Tienes razón —apuntó con una sonrisa angustiada—. Supongo que la muerte de Charlotte me está afectando más de lo que esperaba. Ella... —tragó saliva e intentó contener las lágrimas—, ella era la única familia que tenía y...

—Eh, no estás sola —dijo acariciando su mano—. No estás sola —enfaticó.

Anya elevó su mirada, apretando los labios, y aceptó. En cierto modo se sintió reconfortada y, a la vez, no tan asustada.

Sabía que también podía contar con Liam y su equipo, pero Peter era diferente. Él estaba todo el día a su lado, en el trabajo, y tenerlo ahí la reconfortaba en cierta manera. Sabía que si necesitaba su ayuda se la daría sin dudar, y aquellas miradas, aquel tono de voz, aquellas caricias..., no hacían más que pedir a gritos que confiase en él.

Una vez tuviese las cosas claras se lo diría, pero por el momento, y muy a su pesar, lo único que tenía eran conjeturas.

—Gracias —apretó también su mano en señal de afecto y finalmente se soltó colocándose la servilleta sobre las rodillas.

Peter aceptó y repitió el mismo gesto que ella. Luego sonrió más ampliamente y suspiró.

—Bien, me has dicho que no has probado el sushi de salmón —dijo empleando un tono de voz más alegre, lo cual hizo que ella se relajase y sonriese. Cogió un par de sushis y los colocó en su plato—. Vamos, Pruébalo. A ver si te gusta —La animó.

Anya sujetó los palillos e intentó coger el sushi, pero se le escapó repetidas veces haciendo que Peter riese.

—Tenías razón con que no eres muy aficionada a la comida japonesa.

—Ya te lo había dicho —apuntó con una sonrisa.

Peter levantó su mano y le indicó al camarero que acercase unos

cubiertos.

—Vamos, ahora sí puedes comer —bromeó—. Pruébalo, pero primero mójalo en la salsa.

Pinchó el sushi, lo mojó en la salsa y se lo llevó a la boca. Peter parecía ansioso por recibir una respuesta.

—Pues no está nada mal —dijo sorprendida.

Él aumentó su sonrisa mientras cogía los palillos.

—Sabía que te gustaría.

La cena transcurrió de manera amena. Se asombró del carácter de Peter. Normalmente, en el trabajo, solía ser más serio, se mostraba más reservado, pero durante aquella cena descubrió a un Peter totalmente diferente. Muy hablador, agradable y divertido.

Se alegró de haber acudido a aquella cena. Él le había ofrecido unas horas de desconexión, olvidando por momentos lo ocurrido días antes.

Una vez dieron las diez de la noche la llevó hasta su coche.

Anya se giró hacia él mientras abría la puerta.

—Lo he pasado muy bien, gracias Peter.

Peter le sonrió.

—Yo también. Podríamos repetir otro día. ¿Qué me dices?

—Claro, me encantaría —respondió sincera mientras dejaba el bolso en el interior del vehículo.

—La próxima vez te llevaré a un italiano.

—Me parece muy bien —respondió ella.

Entonces Peter se acercó y le cogió la mano. Durante unos segundos Anya notó cómo acariciaba su palma con el dedo pulgar y notó cómo la piel se le ponía de gallina. Lo observó a los ojos directamente—. Nos vemos mañana —susurró antes de apartar la mano de ella y dar un paso atrás, volviendo a su coche.

—Hasta mañana —susurró confusa.

Si había tenido alguna duda sobre los sentimientos de Peter hacia ella hasta ese momento, acababa de disiparse. Aquella última mirada lo había dejado todo claro.

Peter observó alejarse el coche de Anya. Durante unos segundos se quedó pensativo, pero se obligó a coger el móvil y marcar un número guardado en su agenda.

Justo cuando el coche de ella doblaba la esquina respondieron al otro lado de la línea.

—¿Sí?

Peter apoyó su nuca contra el reposacabezas y miró fijamente hacia delante, sin pestañear, en la oscuridad de aquel aparcamiento, tras el edificio del Departamento de Seguridad Nacional, iluminado por la luz de las farolas.

—Lo sabe.

Durante unos segundos el interlocutor no dijo nada, solo se escuchó una respiración.

—De acuerdo. Ya sabes lo que hay que hacer.

Dicho esto, colgaron la llamada.

Anya condujo tranquila rumbo a su hogar. La verdad es que había sido una velada agradable. No esperaba divertirse tanto. En esos momentos se alegraba de haber aceptado ir a cenar con él. Sin duda, Peter le había proporcionado la distracción que necesitaba y que no había hallado en los últimos días. Se había sentido tranquila, relajada, e incluso durante algunos momentos había olvidado lo ocurrido, aunque ahora recordaba que aquello no había hecho más que comenzar y que debía llegar al final de ese asunto. Miró el reloj y vio que marcaba las diez menos cinco, así que en cuanto llegase a su piso avisaría a Liam y...

Su mirada voló directamente hacia su bolso, de donde provenía la música de su móvil. Redujo la velocidad y abrió el bolso. Cogió el móvil en su mano y observó la llamada.

Suspiró y descolgó.

—Dime.

—A cien metros hay un aparcamiento. Deja tu coche ahí —Reconoció la voz de Liam.

Automáticamente miró por el retrovisor. Un coche la seguía a poca distancia.

Colgó el teléfono y a regañadientes hizo lo que le pedía. Nada más estacionar el coche reconoció el vehículo de Liam deteniéndose al lado del suyo. Liam la observaba con gesto serio desde su asiento de conductor. Bajó la ventanilla del otro lado y le hizo un gesto con su cabeza para que subiese al vehículo.

—Vamos, ven —dijo—. Puedes dejar el coche aquí.

Anya resopló y puso los ojos en blanco mientras salía del vehículo y lo cerraba. Se sentó en el asiento del copiloto, cerró la puerta con un portazo y

miró a Liam, el cual la observaba con una extraña expresión.

—¿Has estado siguiéndome toda la noche? —preguntó sorprendida.

Liam comenzó a conducir, con la mirada clavada en la carretera, aunque luegoladeó su cabeza hacia ella con una sutil sonrisa.

—Una bonita cita —bromeó.

—¿Has estado espiándome?

—¿Quién es él? —preguntó con una sonrisa.

—Te estoy preguntando si has estado espiándome —pronunció con menos paciencia.

—Vamos, Anya —comentó divertido—. Soy agente de la CIA, ¿de verdad me estás haciendo esa pregunta?

Ella rugió y estuvo a punto de golpearle en el hombro.

—¿Cómo has podido? —gritó—. Quedamos en que te llamaría en cuanto pudiese...

—Y no lo has hecho —Le reprendió.

—No. Acabo de subirme al coche —gritó. Liam chasqueó la lengua y resopló—. ¿Qué? —preguntó agotándosele la paciencia.

Liam puso los ojos en blanco y suspiró.

—Hay mucho en juego, me parece que no te das cuenta. Cada minuto es vital —pronunció con tranquilidad—. Mientras tú estas cenando o yo estoy tranquilamente en casa, un grupo está planeando un atentado o bien matar a una persona, ¿es que no te das cuenta? —Ella se quedó mirándolo, impresionada por aquellas palabras, comprendiéndolo en cierta manera.

En ese momento suavizó su mirada y lo miró de otra forma.

—Te exiges demasiado a ti mismo —susurró.

—Es a lo que me dedico.

—Pero no todo lo que ocurre es culpa tuya —dijo vehemente.

—Si hubiese tenido la oportunidad de evitarlo, sí lo sería —pronunció observándola antes de volver su mirada hacia la carretera con gesto serio.



Habían llegado al mismo bloque de pisos al que habían ido días antes. Todos los miembros del equipo estaban allí.

Liam avanzó hasta situarse frente al ordenador, al lado de Roy, e indicó con la mano a Anya para que se acercase.

—Al fin —susurró Roy cogiendo una silla de ruedas y colocándola a su lado para que ella se sentase.

Liam cogió la silla por el respaldo y se la ofreció a Anya para que se sentase.

—Sí, Anya no ha podido hasta ahora. Estaba ocupada. —Y directamente miró a la muchacha, la cual le devolvió una sonrisa que denotaba enfado.

Se sentó con brusquedad y se acercó a la mesa.

Roy le indicó con la mano.

—Cuando instalaste el *pendrive*, primero se aplicó el *recovery* y luego hicimos una copia de los archivos recuperados.

Anya se giró un segundo para observar a Liam que permanecía a su espalda, apoyado contra el respaldo de su silla.

—En la carpeta que me trajiste no había casi nada.

—Es lo que hemos podido recuperar —pronunció él seriamente.

Anya suspiró y se dirigió a Roy, mientras Mike y Hans rodeaban también la mesa.

—Muéstrame el disco duro.

Roy tecleó y luego se abrió una carpeta donde aparecían todos los casos de Charlotte.

—Los he ido ordenando.

—¿Has hecho la bitácora? —preguntó Anya.

Roy sonrió, como si le gustase que aplicase esa jerga.

—He hecho una copia del disco duro de lo que extrajimos con el *pendrive*. —Abrió otra carpeta—. Esta es la inicial, ¿ves? Y esta es la que he ido organizando yo.

Anya observó las dos carpetas, acto seguido se acercó más a la pantalla y apartó la mano de Roy del ratón para cogerlo ella. Roy sonrió y se retiró levemente.

Anya llevó su mano hasta una de las carpetas con el nombre de Baréin.

—Es lo primero que hice yo también —comentó Roy—. Pero la información que hemos logrado extraer es única y exclusivamente la que Liam te entregó.

—¿Cuándo se creó este archivo? —Apuntó a la carpeta y le salió la fecha—. El archivo se creó hace más de un año. —Luego miró directamente a Roy—. Es imposible que en un año Charlotte recopilase tan poca información, más teniendo en cuenta que tuvo una reunión con mi superior la tarde en que la asesinaron.

—Eso mismo pensamos todos —pronunció Liam desde atrás.

Anya llevó el ratón hasta la carpeta donde constaba el disco duro inicial y observó. Abrió la carpeta que rezaba con el nombre de Baréin, donde aparecía el mismo número de archivos que Roy había ordenado, aunque aún sin organizar.

—Faltan registros —susurró mirando la pantalla.

Hans cogió una silla y se sentó frente a ella, al lado de Mike.

—¿Podrías traducir para los que no dominamos la informática? —preguntó con una sonrisa.

Anya lo miró unos segundos.

—Cuando se crea un archivo este se registra en el disco duro con un *log*. Es la marca digital, la impronta que deja un archivo en el hardware.

—Ahora me ha quedado todo claro —bromeo Hans.

Ella volvió la mirada a la pantalla.

—Pero en esta carpeta faltan registros. Se han borrado una gran cantidad de *logs*.

—Te lo dije —pronunció Roy hacia Liam, el cual chasqueó la lengua.

Ella se giró hacia Liam y lo observó consternada.

—Han borrado muchos archivos de ese expediente.

—¿Y no hay forma de recuperarlos? —preguntó Liam.

—No —dijo ella volviéndose al frente—. Hazte una idea, es como una fila de dominó y tú has sacado una pieza y te la has llevado. Esa pieza solo se

puede recuperar de quien la tenga. Han tenido que aplicar un virus para borrar archivos. Hay algunos que se programan para ir directos al registro y borrarlo, borrar los *logs*, ¿entendéis?

Liam se puso erguido mientras un suspiro salía de lo más profundo de su ser.

—Esos archivos están totalmente perdidos —continuó—. No hay forma de recuperarlos.

—Dijiste que los ordenadores siempre los llevan a la planta ocho —comentó Liam pensativo.

—Sí.

—¿Es posible que ellos hayan hecho una copia?

—Claro que lo es, seguramente la hicieron y luego alguien aplicó el virus —comentó ella mosqueada—. De hecho, en el *pendrive* que me dieron ni siquiera aparecía la carpeta de Barén.

Liam puso una mano sobre el hombro de Roy.

—Busca a las personas que trabajen en ese departamento. Quiero saberlo todo sobre ellas.

Anya se apartó del ordenador para dejarle espacio a Roy, el cual se puso manos a la obra al momento.

Estaba claro que alguien había borrado los archivos. ¿Quién podría ser? Y, ¿por qué? ¿Qué contenían esos archivos?

—¿Desde aquí puedes acceder a cualquier ordenador? —preguntó Anya acercándose de nuevo.

—Sí —Roy se giró hacia ella intrigado—. ¿En qué piensas?

—¿Habéis entrado en el de Pierce Simmons?

Roy sonrió.

—Es lo primero que hicimos —dijo volviendo la mirada a la pantalla—. No hay nada.

Aquello la descolocó.

—¿No hay nada? —preguntó sorprendida.

—No. Introdujimos un patrón de búsqueda en su sistema con uno de los códigos de encriptación de los correos electrónicos. Y nada —acabó sentenciando.

Anya se apoyó contra el respaldo de la silla, observando a los cuatro hombres que la rodeaban y miraban atentos la pantalla del ordenador.

—Pero él tenía conocimiento de este asunto. De hecho, se reunió con Charlotte antes de que la asesinasen...

—Es obvio que sabía algo —pronunció Liam—. El hecho de que en su ordenador no guarde ese expediente no significa nada. Por lo que a mí respecta, como responsable del departamento, debe estar al corriente de todo.

Aquella respuesta le gustó más a Anya. Se giró hacia él y lo observó.

—Hoy me he encontrado con el inspector Lance en el trabajo. Es el inspector que investiga la muerte de Charlotte. Al principio me aseguró que aquello parecía un robo, pero la autopsia ha revelado que Charlotte tenía restos de alguna droga en su organismo.

Aquello intrigó a todos y Anya pudo apreciar cómo Liam endurecía su mirada.

—Roy —dijo colocándose tras él—. Intenta descargar el informe forense de Charlotte en cuanto acabes con esto.

—Claro.

Ella afirmó, conforme con lo que Liam solicitaba. Al parecer todos habían llegado a la misma conclusión que ella.

—¿Has visto a tu jefe alguna vez con otra terminal informática que no sea su ordenador? —preguntó Roy.

Ella negó.

—No, Pierce siempre está en su despacho. Lo único que hace es hablar con su ayudante... — Al pronunciar aquello se quedó callada.

—¿El ayudante tiene algún ordenador o tableta?

—No, nunca lo he visto —dijo pensativa—. Pero es el que le organiza todo. Él está al tanto de sus reuniones y le administra la agenda.

—Pondremos un micro en su despacho —pronunció Liam.

Anya enderezó su espalda.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó solícita.

Liam la observó impresionado y durante unos segundos dudó.

—¿Estás segura?

—Sí. Asesinaron a mi amiga y quiero llegar como sea al final de este asunto.

Roy y el resto de sus compañeros miraron a Liam, esperando una respuesta.

Tardó unos segundos en contestar, como si barajase las opciones.

—Podríamos infiltrar a alguien..., la otra noche no lo pasaste muy bien.

—Tardarías en infiltrarlo —comentó ella—. Yo puedo hacerlo mañana mismo.

Liam tardó un poco en responder. Finalmente aceptó, aunque con reparo,

como si no estuviese muy a gusto con aquella decisión.

—Está bien. —Luego se acercó a ella cruzándose de brazos—. Pero esta vez irás más preparada.

Anya abrió los ojos como platos y se levantó poco a poco.

—¿Me darás un arma?

Liam sonrió ante aquella pregunta e iba a contestarle cuando Hans intervino.

—Lo del micro está bien, pero necesitaríamos que hablase. De nada nos servirá el micro si no es así.

—O al menos provocarlo para hacer algo—Le dio la razón Mike.

Roy miró hacia Liam y sonrió.

—Creo que estaría bien que una vez ella haya puesto el micro le enviemos un correo electrónico con un regalito. Podríamos enviarle los documentos que hemos rescatado y ver cuál es su reacción, qué pasos da a continuación.

—No —intervino Anya centrando la atención en ella—. Lo primero que haría sería investigar desde dónde se ha enviado. —Se quedó callada unos segundos y finalmente reunió el valor para seguir hablando—. Os propongo otra cosa con lo que se sentiría mucho más amenazado si es culpable. Y os aseguro que se vería obligado a actuar.

Aquel mediodía Anya había bajado para comprar algo de comer con la excusa de no haber tenido tiempo de cocinar.

El equipo la había esperado dos esquinas más abajo, en la furgoneta blanca. Ya dentro, en la parte de atrás, la preparaban para llevar a cabo su misión.

Se había sorprendido cuando, nada más entrar, Liam le había sugerido que se quitase la parte de arriba.

—¿Qué?

Liam enarcó una ceja hacia ella.

—Vamos a ponerte un micro a ti también.

—¿Para qué? —preguntó sorprendida.

—Por si nos quieres decir algo.

Anya lo miró fijamente, con gesto enfadado.

—¿Esta es tu forma de prepararme? —pronunció directamente a Liam.

Ella se cruzó de brazos, no muy convencida con aquello.

Roy se puso ante ella, con un pequeño cable.

—El micro lo pondrás en el despacho de Pierce, pero no va mal que tú lleves uno por si ocurre algo.

—¿Algo como qué?

Liam suspiró mientras se pasaba la mano por la cara.

—¿Puedes quitarte ya la parte de arriba, por favor? —preguntó con un tono más desquiciado.

—¿Podéis giraros? —pronunció en el mismo tono, irritada.

Liam, Mike y Hans se giraron dándole la espalda.

Anya resopló y comenzó a desabrocharse su camisa blanca. Roy se colocó ante ella y pegó con esparadrapo un pequeño micro cerca de su pecho, mientras Anya iba controlando que los otros tres no se girasen.

—Esto no formaba parte del trato —susurró.

—Te dije que irías más preparada —pronunció Liam de espaldas a ella.

—Dudo mucho que pueda defenderme con un micro —bromeó ella.

—Mmmm... si no te importa... —intervino Roy.

Anya comprendió, se pasó el micro por debajo del sujetador y Roy volvió a poner otro esparadrapo para engancharlo.

—Ya está —dijo levantándose.

Ella comenzó a abrocharse la camisa blanca hasta que, segundos después, los tres se giraron. Lo primero que se encontró fue la mirada contrariada de Liam, el cual fue hasta uno de los ordenadores y cogió unos auriculares.

—Di algo.

—Aquí halcón llamando a nido... Aquí halcón... —bromeó.

Liam la miró enarcando una ceja, como si aquello no le hubiese hecho gracia. Miró hacia Roy y asintió.

—Funciona —Volvió a mirarla—. ¿Estás segura? —preguntó cruzándose de brazos ante ella y, en aquel momento, detectó que su mirada era de preocupación—. Aún estás a tiempo de echarte atrás, no pasaría nada.

Ella miró al resto, todos parecían conformes con lo que Liam decía.

—Estoy segura —dijo con convicción. Luego miró a Roy, la mirada de Liam la estaba poniendo nerviosa—. ¿Tienes los documentos?

Roy le dio los correos electrónicos y el pinganillo.

—Eh, escucha, estaremos todo el rato observándote, si en algún momento...

—Ya lo sé —dijo colocándose el pinganillo en el oído. Finalmente lo miró—. Estoy bien —mintió. No, no lo estaba, estaba muerta de miedo. No

solo tenía que colocar un micrófono, sino que también tenía que hacer algo para provocar una situación en la que se obligase a Simmons a hablar, a actuar.

Ella había sido quien había propuesto la idea y ahora estaba convencida de que había sido una auténtica locura. Si le enseñaba personalmente los documentos a su jefe estaba claro que solo podía reaccionar de dos formas: la primera, que en realidad no supiese nada y por lo tanto no hubiese ningún problema; y la segunda, la que creía que tenía más posibilidades, que su jefe sí estuviese al tanto de todo y, por lo tanto, él fuese el encargado de mover ficha.

Liam había sido reticente en un principio. Aquello, según él, era exponerse demasiado, aunque tal y como estaban las cosas necesitaban dar el primer paso, pues ahora mismo no tenían nada. Ella había sido clara: si su superior no tenía nada que ver con aquello, ella seguiría en su puesto de trabajo y su superior haría que investigasen. En caso contrario, si su superior estaba ocultando datos, datos que podían ser la causa de la muerte de Charlotte, ella no querría seguir trabajando allí. No podría estar bajo las órdenes de alguien que había colaborado en la muerte de una persona. Así que, tanto si era una opción como si era la otra, ella saldría ganando y, al menos, estaba segura de que de aquella forma averiguarían algo, lo que fuese.

Roy le pasó un pequeño chip.

—Es el micrófono. Engánchalo debajo de la silla donde te sientes. — Roy le mostró que, por uno de los laterales, si quitaba un pequeño papel, se engancharía.

—¿No hace falta que sea en la mesa?

Mike sonrió ante aquella pregunta.

—Siempre se busca primero bajo la mesa —pronunció mientras se giraba hacia uno de los ordenadores.

Cogió el chip y lo guardó en el bolsillo de su falda.

—Bien —dijo Liam colocándose ante ella—. Actúa con total normalidad y, ante todo, espera a que todos los trabajadores se encuentren en su puesto de trabajo. Cuanta más gente haya, tanto mejor.

—Dentro del despacho de Simmons no hay cámaras —Le recordó Roy.

—Pero te estaremos escuchando —dijo rápidamente Liam.

Ella suspiró y resopló un par de veces. En ese momento no pudo evitar demostrar sus nervios.

—Eh, eh —dijo Liam cogiéndola por los hombros y colocándose a la altura de sus ojos. La miró fijamente—. No te dejaremos un solo segundo, ¿de

acuerdo? Y si algo va mal, actuaremos. No te preocupes.

Ella tragó saliva y apretó los labios. Tomó aire, como si cogiese fuerzas, y asintió.

—De acuerdo —susurró girándose.

Mike le cortó el paso.

—Tu comida —dijo sonriente.

Ella rio tontamente.

—Ya, gracias. Quedaría un poco raro que dijese que voy a comprar algo de comer y llegase sin nada.

Atravesó la furgoneta y Liam se colocó a su lado para abrir la puerta, pero antes se quedó observándola unos segundos. Haría cualquier cosa por protegerla, sabía que en aquel momento ella corría mucho riesgo, y por Dios que si intentaban hacerle daño no dudaría en coger su pistola y entrar en el edificio.

Se observaron durante unos segundos hasta que Liam finalmente abrió la puerta y la dejó bajar.

Aun así, no apartó la mirada de sus ojos, que también lo observaban temerosos mientras cerraba la puerta.

Anya comenzó a caminar con paso firme, sujetándose con fuerza a su bolso y trasportando en la otra mano la bolsa de plástico donde habían metido la comida.

La abrió y miró en su interior: una ensalada César, un sándwich de pollo y una botella de agua. Bueno, no estaba mal.

—¿Me recibes? —Reconoció la voz de Liam en su oído.

Volvió a asustarse cuando escuchó aquella voz tan clara en su cabeza y dio un brinco. Jamás podría acostumbrarse a aquello.

—¿Anya? —preguntó de nuevo.

Ella miró de un lado a otro y abrió su bolso para coger su móvil. Lo llevó a su oído como si estuviese hablando.

—Sí.

—¿Me escuchas bien?

—Alto y claro, ¿y vosotros a mi? —preguntó, algo nerviosa.

—Te escuchamos muy bien. De acuerdo, cortamos la conexión hasta que te dirijas al despacho de Pierce. Roy entrará ahora en el sistema de cámaras. Cualquier cosa te informamos.

—De acuerdo.

Acto seguido guardó el móvil en su bolso y siguió con paso acelerado

por la calle.

Cuando se situó frente al edificio notó cómo la piel se le ponía de gallina. Debía estar totalmente loca para hacer aquello.

Subió los escalones del portal y pasó la puerta giratoria saludando a los guardias de seguridad. Sin poder evitarlo, su mirada voló hacia la cámara de seguridad desde donde, seguramente, el equipo de Liam la estaría observando.

Aquello de saber que la seguían a todas partes no le gustaba un pelo, pero en aquel momento le proporcionó tranquilidad. Era como tener la sensación de que un ángel de la guarda la estaba protegiendo.

Llegó hasta el ascensor y pulsó el botón que indicaba la cuarta planta.

Bien, debía hacerlo. Tomó aire y se quedó mirando la puerta del ascensor mientras este ascendía.

“Por Charlotte”, fue lo primero que pensó cuando las puertas del ascensor se abrieron llegando a su planta.



Anya miró atenta la pantalla del ordenador y luego volvió a elevar la mirada hacia el despacho de su superior. Miró el reloj de su muñeca, que marcaba las cinco y media.

Hacía rato que todos se encontraban ante su mesa, frente a su ordenador, incluido su superior, que ese día había llegado sobre las cuatro de la tarde.

Comenzó a dar pequeños golpecitos en el suelo con el pie, fruto del nerviosismo y llevó su mano hasta el bolsillo de su falda negra, notando el pequeño chip.

Notó cómo ponían una mano en su hombro y al momento Peter tomó asiento a su lado.

—Hola —dijo sonriente.

—Hola, ¿dónde estabas? —preguntó Anya.

—Ayer se me olvidó decirte que hoy tenía un día lleno de reuniones.

Ella le devolvió la sonrisa y se volvió hacia la pantalla.

—Son casi las cinco y media, podrías haberte ido a casa.

Peter dio una palmada y comenzó a frotarse las manos.

—Hay que trabajar —dijo animado.

En ese momento notó un crujido en su oído.

—Este es el chico de tu cita, ¿verdad? —escuchó la voz de Liam en su cabeza.

Maldito fuese.

—Sí —dijo algo ofuscada.

Peter levantó las manos como si fuese a sufrir un ataque y luego se encogió de hombros.

—Bueno, solo intento cumplir con mi contrato laboral —bromeó—. Aunque veo que tú tienes ganas de irte a casa.

Ella le sonrió y chasqueó la lengua mientras volvía su atención hacia la pantalla.

—Ni te lo imaginas.

Peter se quedó observándola por unos segundos después acercarse a ella, lo cual intimidó bastante a Anya, que miró hacia la cámara de seguridad desde donde los estarían observando.

—Peter —rió ella nerviosa, empujándolo un poco.

—Ayer me lo pasé muy bien —susurró con ternura.

Ella suspiró y se mordió el labio. Cerró los ojos unos segundos y luego acabó observándolo de nuevo. “Tierra trágame”, pensó. Si no tenía ya bastante con lo que debía hacer, ahora encima Peter Bailey decidía ponerse romántico cuando la estaban observando a través de las cámaras, por no hablar de que también la escuchaban.

—Yo también me divertí mucho. Me vino muy bien quedar.

—Podríamos repetirlo mañana, si te parece bien —preguntó con voz melosa.

Liam enarcó una ceja y notó cómo sus músculos se tensaban mientras observaba a través de la cámara junto a sus compañeros y escuchaba toda la conversación.

Roy se rió haciendo una mueca graciosa.

—Menuda forma de ligar la de ese Peter, ¿eh? —bromeó a la vez que daba un codazo a Liam.

—Cállate —pronunció Liam con la mirada fija en la pantalla.

Anya se distanció un poco y tragó saliva.

—Quizá la semana que viene. Esta semana estoy bastante ocupada. He quedado con cuatro amigas —remarcó las últimas palabras—. Ya sabes, para hacer cosas de chicas, cotillear... —apuntó divertida.

Liam no pudo evitar sonreír mientras Hans se acercaba a él para observar.

—¿Ha dicho cuatro chicas? Hija de...

Peter la observó con una sonrisa tristonza, parecía defraudado.

—Pero la semana que viene podemos buscar un día que nos vaya bien a los dos —acabó pronunciando.

—Claro, Anya. Cuando te vaya bien, ya lo sabes —pronunció de forma cariñosa.

Ella aceptó y volvió su mirada hacia delante, hacia el despacho de su superior. El reloj marcaba las seis menos veinte.

Cogió su bolso y extrajo los documentos doblados que Roy le había entregado en la furgoneta, luego su mirada voló directamente hacia la cámara de seguridad.

Liam asintió al observarla, apretó el botón del micro para hablar.

—Estamos aquí contigo, no te preocupes.

Observó cómo ella suspiraba y se ponía finalmente en pie.

—¿Adónde vas? —preguntó Peter observándola.

—Tengo que ir un momento al despacho del señor Simmons, ahora vengo

—Le explicó mientras pasaba por detrás de su silla.

Peter la miró intrigado y se puso en pie, cogiéndola de la mano.

—¿Por? ¿Te ha llamado?

Anya se quedó confundida al observar su gesto.

—No. Solo quiero hablar un momento con él, por un asunto —Le explicó al ver que Peter la observaba nervioso, sin soltarla de la mano. Luego dio un paso hacia él—. ¿Ocurre algo? Te noto preocupado.

—No —dijo encogiéndose de hombros—. Es que... —Se sentó en la silla de nuevo—, no es muy común. No peligra tu puesto de trabajo, ¿verdad?

—No, que yo sepa —apuntó divertida, intentando parecer relajada. Le sonrió y dio media vuelta—. Luego hablamos.

Liam miró de reojo a Roy y notó cómo se le aceleraba el corazón. Estaba acostumbrado a ese tipo de misiones, incluso, la mayoría de las veces era él el que se infiltraba, pero aquella vez era diferente. Aunque hacía poco que la conocía no podía negar que la chica le atraía como jamás otra mujer lo había hecho, y verla en una situación así le hacía desesperar por completo.

—Roy, prepárate para activar el micro en cuanto entre en el despacho de Simmons.

Anya llegó hasta la puerta del despacho y durante unos segundos dudó antes de llamar. En un acto instintivo volvió nuevamente a llevarse la mano hacia el bolsillo, notando el pequeño microchip y, finalmente, elevó su mano y llamó repetidas veces al despacho. Le flaquearon las piernas y se le secó la boca por los nervios.

—Sí, adelante —escuchó la voz de su superior.

Ella abrió la puerta lentamente e intentó que sus labios no temblasen cuando se asomó a la puerta.

—Disculpe, señor Simmons —dijo entreabriendo la puerta.

Pierce se quedó contemplándola sorprendido, sin duda era la última persona que esperaba ver llamando a su despacho.

—Dígame, señorita Petrova.

—¿Tendría un momento? Querría explicarle algo.

El señor Simmons se puso en pie, colocando su corbata azul oscuro por debajo de la americana gris y le señaló con un gesto cortés para que tomase asiento.

—Claro, pase. No se preocupe.

Rodeó la mesa y fue él mismo hasta la puerta para cerrarla mientras Anya avanzaba por el pequeño despacho hacia una de las sillas.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó rodeando la mesa para volver a su asiento.

Anya aprovechó que durante unos segundos le daba la espalda para coger de su bolsillo el pequeño microchip y guardarlo en su mano.

En cuanto él tomó asiento, ella puso su mano debajo de la silla y se echó hacia delante como si se aproximase a la mesa, enganchando sin problemas el microchip. Solo esperaba que lo hubiese hecho bien. Como si le hubiesen leído en pensamiento, escuchó la voz de Liam dándole un simple “OK”.

Bien, ahora que sabía que estaba todo activado, el espectáculo podía comenzar.

Apretó los labios y medio sonrió hacia su superior.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Pierce con gesto preocupado.

—Sí.

—¿Quiere algo de beber? —preguntó poniéndose en pie—. ¿Agua fría o del tiempo? —preguntó directamente.

—Del tiempo, por favor —pronunció, pues hasta ese momento jamás se había notado la boca tan seca.

Se obligó a relajarse mientras Pierce sacaba de una estantería un vaso y abría un pequeño cajón donde pudo observar cómo guardaba algunas botellas, la gran mayoría de las cuales eran de alta graduación alcohólica.

Colocó el vaso lleno ante ella y se sentó enfrente cruzando las manos.

—¿Va todo bien, señorita Petrova?

Ella tragó saliva y tomó aire para comenzar a hablar.

—Verá, llevo días queriendo hablar con usted, pero entre el trabajo y todo lo que ha ocurrido no me he visto con fuerzas —pronunció con un hilo de voz. Aquello pareció preocupar un poco a Pierce. Anya comenzó a desdoblar los documentos que llevaba en su mano—. El día que Charlotte murió... —Se le entrecortó la voz—, encontré esto en mi bolso.

Acabó de desdoblarlos y los tendió sobre la mesa, intentando que su

mano no temblase.

Pierce observó intrigado los documentos y los cogió.

—Sé que son de un caso de Charlotte, ella me había comentado un par de días antes que... que andaba loca intentando descifrar un código, justamente como el que aparece en esos correos electrónicos.

Pierce observó los documentos, uno a uno.

Anya aprovechó para coger el vaso y beber un largo sorbo, permitiendo que él los observase. Notaba que el corazón se le iba a salir por la garganta.

—¿De dónde ha sacado estos documentos? —preguntó sorprendido.

Ella suspiró y se mordió el labio.

—Ya se lo he dicho, estaban en mi bolso el día que Charlotte murió. —Pierce observó los cuatro correos electrónicos, incrédulo—. Sin embargo, en el *pendrive* que usted me entregó... este expediente no existe, los documentos no aparecen. —Notó cómo se le iba la voz y carraspeó un poco.

Pierce la miró, se pasó la mano por los ojos, pensativo, luego volvió a mirarla y suspiró, como si se diese por vencido.

—Verá, eso es información clasificada —dijo con voz suave—. Señorita Petrova, ese expediente lo está llevando el señor Peter Bailey.

Ella irguió su espalda al recibir aquella respuesta.

Liam miró intrigado a Roy.

—Entra en el ordenador de Peter. Mira si es verdad que está tramitando el expediente y si es así extrae toda la documentación —pronunció rápidamente.

Roy se giró y comenzó a teclear compulsivamente.

El señor Simmons se pasó las manos por los ojos, como si estuviese realmente agotado, y miró con el semblante aún sorprendido a Anya.

—No sabía que Charlotte había sacado documentación de la oficina —pronunció pensativo—. Le di la mayoría de sus expedientes a usted porque sé que era su amiga y confiaba en que haría correctamente su trabajo, pero ese caso, concretamente, es muy complejo —explicó sinceramente—. Y creo que bastante trabajo tiene usted ya.

Anya notó cómo se le secaba más la boca. Había metido la pata, totalmente.

Tal y como ella había pensado desde un principio, y como Liam le había sugerido, su responsable había dado otros expedientes a otros trabajadores. Dio otro sorbo a su agua y durante unos segundos, a pesar de ser consciente de su error, se sintió más tranquila.

—Estaba preocupada porque se hubiese podido perder información —susurró hacia su responsable—. No me gustaría que el trabajo de ella se perdiese.

Su responsable asintió y luego sonrió intentando calmarla.

—No ocurre nada, señorita Petrova. No hay problema. Aunque no me hace ninguna gracia que la señorita Charlotte, que en paz descansa, sacase información clasificada de la oficina, como tampoco me hace gracia que usted no me haya explicado esto hasta hoy —Luego le sonrió de forma tranquilizadora—. Pero no se lo tendré en cuenta —dijo levantándose de la mesa, dando por finalizada la conversación.

Anya se levantó de la silla rápidamente y asintió.

—De acuerdo, gracias. —Y en ese momento, tal fue el alivio por la tensión que había acumulado durante aquellos últimos minutos, que notó un ligero mareo al ponerse en pie.

—Vaya a trabajar. Y, cualquier cosa, coméntemela. Estoy aquí para ayudar a todo el que me lo pida. Ese es mi trabajo.

—Gracias —Volvió a decir mientras se dirigía hacia la puerta, aunque notó cómo las piernas le temblaban más de la cuenta.

Nada más salir, tuvo que respirar hondo. Había sido una ilusa, todo el jaleo que había montado por nada. Era cierto que aún quedaban cosas sin aclarar, pues Charlotte había muerto, pero, si su superior, tal y como había dicho, había dado el expediente a su compañero, estaba claro que no escondía nada.

Miró durante unos segundos la cámara de seguridad desde donde sabía que la observaban y después fue a su asiento.

—Bien, Anya —Escuchó la voz de Liam en su oído—. El micro está bien colocado. Te informaremos de cualquier novedad.

Ella fue hasta su asiento mientras se mordía el labio. Durante unos segundos miró hacia Peter, el cual hablaba animadamente por teléfono. ¿Él estaba tramitando el expediente de Baréin? ¿Por qué no se lo había dicho? La noche anterior ella misma había sacado la conversación.

Liam miró de nuevo hacia Roy, nervioso.

—¿Hay algo en su ordenador?

Roy se giró unos segundos.

—Se está aplicando el patrón de búsqueda. Tardará unos minutos.

Liam aceptó y se giró de nuevo hacia la pantalla para observar a Anya, aunque se sorprendió cuando vio el gesto que hizo.

Cuando Peter colgó el teléfono, ella se acercó movida por la intriga. Necesitaba saber si aquello era cierto. Si la muerte de Charlotte había sido a causa de la información contenida en aquel expediente, él corría peligro. Él no tenía conocimiento de nada, ni de los documentos que Charlotte había metido en su bolso, ni de que ella hablase con Pierce sobre el tema y que poco después la hallasen muerta en su piso.

—Peter... —susurró.

Él se giró con una sonrisa, como si aquello le alegrase.

—¿Ha ido todo bien con el jefe? —preguntó con una sonrisa.

Ella se mordió el labio y aceptó, luego se acercó un poco más.

—Sí, oye... esto... esto te lo pregunto como amiga —dijo algo temerosa.

En ese momento Mike llamó la atención de Liam que tuvo que dejar de escuchar.

—Liam, Pierce Simmons está hablando por teléfono.

—Dale sonido —pronunció.

Mike apretó el botón y al momento escucharon, a través del micrófono que Anya había infiltrado en el despacho, la conversación que mantenía.

—Sí, ya lo sé —reconocieron la voz de Pierce—. No tiene mucha información, pero sí la suficiente...

—¿Está hablando de la operación Baréin? ¿De Anya? —preguntó Hans.

—Localiza a quién está llamando —Le señaló Liam.

Hans tecleó en el ordenador y luego elevó las manos hacia el cielo.

—No está llamando desde el fijo del despacho.

Mike se puso a su lado y tras unos segundos de teclear en el ordenador de al lado miró hacia Liam.

—Tiene dos móviles de contrato —explicó mientras seguía con sus dedos compulsivamente sobre el teclado—. Está usando uno.

—Quiero la ubicación. Quiero saber adónde está llamando.

Hans comenzó a introducir datos en su ordenador.

—Tardará un minuto.

Pierce Simmons se quedó callado, como si estuviese escuchando lo que le decían por el teléfono móvil, momento que aprovechó Liam para escuchar la conversación de Anya con Peter.

—Claro, ¿ocurre algo? —preguntó Peter.

Liam pudo ver a través de la pantalla cómo ella se mordía el labio y miraba a ambos lados, preocupada.

—¿Estás llevando algún caso de Charlotte? —preguntó en un susurro.

Peter la miró fijamente—. Pierce me ha dicho que estás llevando el caso de Baréin —continuó rápidamente.

Liam pudo ver la expresión de asombro de Peter y luego cómo volvía su mirada, insegura, hacia el despacho de Simmons. Pareció dudar un poco y, finalmente, miró a Anya.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó con un hilo de voz.

—Me lo acaba de decir —respondió ella—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Mike volvió a llamar la atención de Liam.

—Liam.. —Y aumentó el volumen de su centralita haciendo que la conversación que Simmons mantenía por teléfono se oyese a mayor volumen.

—Sí, de acuerdo —dijo Pierce Simmons—. Ya sé lo que hay que hacer. —Al momento colgó y todos pudieron escuchar cómo resoplaba.

—¿Pero qué cojones...? —comenzó a preguntar Mike—. La llamada es a Baréin...

Liam se giró hacia él con los ojos como platos.

—¡Localiza el punto exacto! Conecta con los satélites que haga falta —rugió.

—Eh —gritó Roy interrumpiendo—. Peter no tiene nada en el ordenador. Liam se giró hacia él sorprendido.

—¿Qué?

—Que no tiene ningún expediente de Baréin —dijo Roy hacia Liam remarcando aquellas palabras.

—Joder —susurró Liam mientras centraba su atención en la conversación que Anya mantenía con Peter.

Anya miró confundida a Peter.

—Ya sabes que todo esto es confidencial —pronunció no muy seguro. Anya afirmó.

—Entonces, ¿lo estás tramitando tú?

Peter se removió de nuevo en su asiento, algo incómodo, y volvió su mirada hacia el despacho de Simmons, como si no supiese qué hacer. Se giró de nuevo hacia Anya.

—Sí, lo estoy tramitando yo.

Liam lo miró asombrado.

—Hijo de puta —susurró hacia la pantalla, se giró nervioso hacia Roy—. ¿Seguro que no tiene el expediente?

Roy volvió a teclear.

—Al cien por cien. No tiene nada en su ordenador.

Se pasó agobiado la mano por la cara y pulsó el botón para hablar con Anya. Ella aún observaba confundida a Peter, quizá debería explicarle todo lo que ella sabía, prevenirlo solo por si acaso.

—Peter, yo... necesito hablar contigo.

La voz alterada de Liam resonó en su cabeza.

—Miente. Te está mintiendo. —Ella irguió su espalda, algo que llamó la atención de Peter, el cual la miró confundido—. Roy se ha metido en su ordenador, no está tramitando nada de Baréin. Pero tu jefe sí, él está hablando con alguien de aquella zona.

Ella tragó saliva y lo miró de nuevo, esta vez temerosa. ¿Qué diablos estaba pasando allí?

—¿Sobre qué necesitas hablar? —preguntó Peter con inocencia.

Anya se quedó totalmente petrificada, sin saber qué decir.

En ese momento Mike volvió a llamar la atención de Liam subiendo la radio.

—Eh, Pierce Simmons está hablando con el guardia de seguridad de planta —dijo Mike, que al momento le dio volumen.

Todos escucharon la voz clara y decidida de Pierce Simmons.

—Sí, la señorita Petrova. Sacadla del edificio, de inmediato. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Seguid las órdenes.

Liam notó cómo una corriente eléctrica lo atravesaba, cómo su corazón latía más rápido, preso del efecto de la adrenalina pura. Se giró y observó en la pantalla del ordenador cómo el guardia de seguridad que había en el pasillo asentía y se giraba para entrar en la sala.

—Joder, hijo de puta —gritó. Automáticamente cogió el micro y pulsó el botón para hablar con Anya.

Anya seguía mirando a Peter, totalmente descolocada, había algo que no encajaba ¿Por qué le decía Pierce que Peter tramitaba el expediente si no era cierto? ¿Por qué Peter le mentía al respecto?

—¡Anya! —Escuchó la voz acelerada de Liam en su cabeza—. Tienes que salir del edificio. ¡Ahora! —Liam observó cómo Anya se ponía más recta aún y miraba de reojo la cámara de seguridad, totalmente absorta—. ¡Sal ya! —gritó mientras veía cómo el guardia de seguridad se dirigía hacia el puesto de trabajo de Anya.

Anya se puso en pie, acelerada, sin comprender qué ocurría. Un guardia de seguridad se puso al otro lado del escritorio.

—Señorita Petrova, ¿podría acompañarme un segundo?

Ella lo observó directamente, notando cómo todo su cuerpo amenazaba con desintegrarse. Jamás había sentido tanto miedo.

—Anya —gritó de nuevo Liam en su cabeza—. ¡Corre!

No lo pensó más. Miró durante un segundo al guardia de seguridad, que parecía esperar una respuesta, aunque con el gesto tenso y, en ese determinado momento, dio media vuelta y corrió por el pasillo entre las mesas.

—¡Señorita Petrova! ¡Deténgase! —gritó el guardia que salió corriendo tras ella.

—¡Mierda! —gritó Liam, luego señaló hacia Mike—. Mike. ¡Al edificio! ¡Ahora! —Le gritó mientras este saltaba a los asientos delanteros y encendía la furgoneta haciendo que derrapase al acelerar. La furgoneta se tambaleó de un lado a otro intentando no chocar contra los vehículos que avanzaban despacio por la carretera. Liam cogió el micro de nuevo observando a Anya correr—. ¡Dirígete a la puerta de entrada! ¡No cojas el ascensor! ¡Por las escaleras! —gritó al ver que ella tomaba rumbo al ascensor.

Anya cambió de rumbo y corrió pasillo abajo dirigiéndose a las escaleras de emergencias.

Abrió la puerta y comenzó a bajar los escalones todo lo rápido que le daban las piernas. No entendía absolutamente nada, lo único que sabía es que debía salir de allí o algo horrible ocurriría.

Tropezó y cayó al suelo golpeándose la rodilla. Gritó y se miró la pierna. Tenía un rasguño que comenzaba a sangrar, pero no se detuvo, pues al momento escuchó cómo unos pasos rápidos la seguían. Era el guardia de seguridad.

—No, no, no —gimió mientras seguía bajando por las escaleras.

Liam miró a Mike, el cual conducía atravesando las dos manzanas que los separaban del edificio del Departamento de Seguridad Nacional como un verdadero poseído, y se puso en pie manteniendo el equilibrio.

—Roy, inutiliza las cámaras de seguridad —dijo mientras cogía un arma y miraba que estuviese cargada. Puso un cargador nuevo y colocó su arma en el cinturón, bajo su abrigo.

—Ya estamos —gritó Mike que detuvo la furgoneta haciendo que derrapase sobre el asfalto, justo ante la salida del edificio.

—¡Listo! Cámaras inutilizadas —gritó Roy mientras Liam abría la puerta corredera de la furgoneta y saltaba de allí dirigiéndose a la puerta de acceso al edificio.

Anya seguía bajando los escalones sujetándose a la baranda para no

caer, consciente del guardia de seguridad que le seguía los pasos. Aquel hombre iba ganándole terreno. Tenía que salir de allí como fuese.

Llegó hasta la planta cero y abrió la puerta desesperada. En aquel amplio rellano había mucha más luz. Corrió hacia la puerta, sin mirar hacia los lados, con un único objetivo en su mente: salir de aquel edificio. Fue entonces cuando observó cómo los dos guardias de seguridad que custodiaban la puerta de acceso hablaban entre ellos y luego la miraban fijamente.

Se detuvo en medio del rellano, comprendiendo que aquellos guardias también tenían orden de detenerla.

—Señorita Petrova —dijo uno de los guardias sacando un arma—. Levante las manos y póngase de rodillas en el suelo —gritó, mientras el otro extraía también su arma.

Ella levantó las manos, desesperada.

—¡No dispare! —gritó al borde del llanto, sin comprender nada. Al momento notó cómo el guardia de seguridad que la había seguido por las escaleras la cogía del brazo. Ella hizo un gesto para soltar su brazo de su mano—. ¡No me toque! —gritó hacia él.

—Señorita Petrova —gritó de nuevo uno de los guardias de seguridad que la apuntaba con un arma—. Mantenga la calma y no...

No pudo continuar hablando. Lo reconoció al instante. Liam cogió el brazo de aquel hombre partiéndoselo totalmente por la mitad. Jamás había visto un brazo desencajarse de aquella manera.

El guardia de seguridad gritó y cayó al suelo. El otro guardia iba a atacar a Liam, que al momento detuvo el golpe, lo cogió por el brazo y, con ayuda de su pierna, lo arrojó al suelo dejándolo casi inconsciente.

Anya gritó e intentó deshacerse de la mano del guardia de seguridad, que con la otra mano libre estaba a punto de sacar también su arma. Ella se cogió a su brazo impidiéndole así que pudiese desenfundar su arma y concediéndole a Liam el tiempo suficiente como para llegar hasta ellos y golpear con un fuerte puñetazo su rostro.

El guardia de seguridad cayó al suelo, tapándose la nariz que comenzaba a sangrar abundantemente. Anya se quedó asombrada, jamás había visto algo así, pero reaccionó en cuanto notó la mano firme de Liam cogiendo su brazo y arrastrándola hacia fuera.

—Vamos, Anya —gritó él tirando de ella—. ¡Corre! ¡Corre!

Liam la condujo directamente hacia la puerta giratoria. Anya corría, pero no parecía comprender aún la situación.

Justo acababan de salir por la puerta cuando el cristal se rompió en mil añicos. ¿Eso había sido un disparo?

Liam no dejó de tirar de ella mientras bajaban los escalones rumbo a la furgoneta que esperaba ya con la puerta lateral abierta de par en par.

Se giró para observar cómo el último guardia de seguridad al que habían derribado seguía apuntando con su arma hacia ellos, aunque ahora no parecía tener ángulo de tiro. Igualmente pudo escuchar cómo aquel hombre no se daba por vencido y disparaba un par de veces más, fruto de la rabia contenida al haber fallado el primer tiro.

Liam arrojó a Anya al interior de la furgoneta y se lanzó él también.

—¡Arranca, arranca! —gritó a Mike, mientras Roy cerraba la puerta lateral y la furgoneta derrapaba.

Se incorporó enseguida y cogió a Anya de los hombros para sentarla.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó nervioso mientras apartaba el cabello de su rostro, colocaba las manos en sus mejillas y la obligaba a observarle—. ¿Estás bien? —Volvió a preguntar. Anya parecía estar en otro mundo, su pecho subía y bajaba a gran velocidad—. Anya, mírame —dijo con voz calmada. Ella tragó saliva y finalmente coincidió la mirada con la suya—. Tranquila, respira tranquila —pronunció intentando calmarla—. Ya ha pasado. Ya está —siguió mientras acariciaba su cabello.

Hans se giró hacia él, un segundo, y tras contemplar a Anya miró a Liam.

Roy se mantenía al final de furgoneta, observando a través del cristal negro.

—No nos siguen —dijo mirando también hacia ella, preocupado.

Liam miró de nuevo a Anya mientras seguía acariciando su cabello, podía notar cómo todo su cuerpo temblaba, cómo su respiración aún era demasiado acelerada.

Se apoyó contra la puerta cerrada y la atrajo hacia él abrazándola.

—Ya está, ya está —susurró colocándola entre sus brazos, notando cómo ella comenzaba a llorar desesperada.



—*Baréin*—

Tansel Wood salió de la ducha cuando escuchó la melodía de su móvil. Fue hacia el escritorio, apartó unos documentos y halló su teléfono móvil desplazándose por la mesa, fruto de la vibración.

Al observar el número notó un escalofrío, y eso que la temperatura allí era de treinta y dos grados centígrados.

Se ató correctamente el albornoz blanco y descolgó el móvil.

—Durango —dio su nombre en clave.

—Ha habido un contratiempo —explicó Pierce Simmons—. Dile a tu jefe que lo solucionaré enseguida. Tenemos una trabajadora que puede tener conocimiento de algo.

Tansel avanzó hacia la ventana y apartó la cortina blanca para observar a través de la ventana de aquella lujosa habitación en el centro de la ciudad. Los rascacielos parecían llegar hasta el cielo y, a lo lejos, se intuía la arena del desierto. A pesar de ser un paisaje austero le resultaba impresionante.

—Ese no es asunto nuestro, sino vuestro, de tu departamento —pronunció con un tono de voz que no dejaba lugar a dudas. Luego se mantuvo callado mientras observaba la calle por donde algunos hombres paseaban, acelerando el paso cuando lo hacían bajo el radiante sol—. ¿Es grave?

—Sí, ya lo sé —Reconoció la voz de Pierce—. No tiene mucha información, pero sí la suficiente...

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —Le cortó—. No sería la primera vez —Le recordó—. Así que no me llames para estas tonterías. Conoces cuáles son las órdenes.

Acto seguido colgó, sin dar apenas un segundo para escuchar la réplica

de Pierce, responsable del Departamento de Seguridad Nacional. Aquel hombre, pese a tener un elevado cargo, era un completo inepto.

No era su jefe directo, él era un simple intermediario que ponía en contacto a varias personas, concretamente a Heimdall con las personas que a él le interesaban. Pero sí era cierto que Pierce Simmons era una persona que necesitaban. Estaba bien que alguien actuase de barrera para detener cualquier tipo de información sobre lo que hacían, y sabía que el Departamento de Seguridad Nacional podía convertirse en uno de de sus mayores enemigos. Era de vital importancia que dicho departamento no investigase sus transacciones y por eso era tan importante que Pierce Simmons siguiese de su lado y controlase que aquella información no llegase a filtrarse jamás.

No le importaba darle varios millones de dólares o un porcentaje de lo que obtuviesen de los negocios que hacían a cambio de su silencio y, por tanto, de su colaboración para encubrir sus operaciones.

Mientras se iba vistiendo encendió el ordenador. Escogió unos pantalones color crema con una camisa de seda blanca y manga corta. Nada más acabar de vestirse fue hacia el ordenador, apretó unos botones y se abrió una página web con una cuenta corriente de las Islas Caimán. El saldo había aumentado en varios millones. La mitad se daba por adelantado, el resto se daba en dos pagos en metálico: la primera parte en la segunda visita y el resto en la entrega del material.

Sonrió, apagó el ordenador y cogió una carpeta con documentación y sus gafas de sol.

Salió de su lujosa habitación y tomó el ascensor para bajar hasta la planta baja.

En la recepción del hotel todo era lujo y ostentabilidad. Había varios hombres de traje, charlando animadamente con mujeres vestidas con grandes galas.

Qué diferente era cuando salía del hotel. Allí las mujeres iban tapadas, con vestidos largos que no dejaban ver ni los tobillos y el pañuelo ocultando su cabello.

El calor era insoportable.

Reconoció el todoterreno que venía a buscarlo. Hakim permanecía en el asiento del conductor fumando un cigarrillo con la ventana abierta. Se dirigió hacia él a paso apresurado y subió al todoterreno.

—Vamos —pronunció mientras cerraba la puerta del copiloto.

Tardaron diez minutos desde el hotel hasta el puerto pesquero de

Manama donde, de nuevo, su pequeña embarcación le esperaba.

El resto de su tripulación estaba allí. Podría organizar las reuniones en cualquier lado, en su misma habitación del hotel, en un local alquilado..., pero de aquella forma, en alta mar, podía controlar mejor que no lo espiasen y todo era mucho más confidencial.

En cuanto el yate se puso en marcha y salieron del pequeño puerto, se dirigió a la proa del mismo, observando el paisaje, y se sentó mientras miraba el móvil. Allí, al menos, la brisa marina lo refrescaba un poco.

Marcó el número de teléfono y echó una mirada atrás hacia el resto de la tripulación. Siempre se había mantenido en el anonimato, ni siquiera la propia tripulación sabía lo que iba a hacer. Tampoco aquel barco era suyo. Era fácil conseguir una embarcación por unos cuantos dinares bareinís. El único en el que podía confiar era en Hakim.

Esperó un par de tonos antes de que respondiesen. Al otro lado de la línea no escuchó nada.

—La mitad de la transacción está hecha —comentó mirando al frente, hacia el horizonte—. Me dirijo a la siguiente reunión.

—Está bien —respondieron con voz cansada y excesivamente grave, como si al interlocutor le molestase que le llamasen para dar ese simple dato.

Tansel se pasó la mano por la frente y suspiró.

—Me ha vuelto a llamar —dijo en un tono más bajo. Supo que la otra parte había comprendido a quién se refería.

—¿Por qué razón?

—Parece que tienen un nuevo problema en el departamento. Igual que el anterior. Le he dicho que siga las instrucciones, pero he preferido que usted estuviese al tanto.

Hubo unos segundos de silencio.

—Has hecho bien en decírmelo —pronunció—. Contacta de nuevo para decirme que se ha entregado la segunda cantidad.

—Claro, Heimdall.

Dicho esto, colgó.

Se puso en pie cuando reconoció el lujoso yate de nuevo, acercándose.

Abdel Azim salió del interior vestido con sus mejores galas y tendió los brazos hacia él con una espectacular sonrisa.

—Me alegro de volver a verte —pronunció Tansel.

Abdel Azim asintió y le indicó que le acompañase al interior, donde de nuevo el olor a té de menta lo inundaba todo.

—He recibido la transferencia —explicó Tansel mientras se sentaba y uno de los siervos de Abdel Azim les servía el té.

—Los negocios son los negocios, señor Wood —pronunció con su marcado acento árabe.

Tansel le tendió a Abdel Azim la carpeta con toda la documentación que llevaba.

—Los todoterrenos Humvee son los mejores —explicó Tansel—. Podemos tenerlos todos aquí en poco más de un mes. Respecto al cañón automático y los misiles la entrega podría hacerse en el mismo envío.

Abdel Azim aceptó mientras seguía observando toda la documentación, en la que había fotografías de todo lo que había solicitado, información detallada y presupuestos.

—Mi superior —prosiguió—, visto el buen entendimiento y la predisposición que ha demostrado, así como el rápido pago que ha realizado, añadirá a este presupuesto dos cajas de lanzacohetes manuales M79 y tres cajas de rifles semiautomáticos. Cada una contiene veinte. Como muestra de amistad.

Abdel Azim miró a Tansel con una sonrisa y quedó conforme con lo que decía.

—En este caso es un placer hacer negocios con ustedes. —Cerró la carpeta y se la entregó a uno de sus hombres—. Bien, hablemos... —Cogió su taza de té y dio un sorbo—. ¿Dónde se realizará la entrega?

—Una semana antes de que vaya a realizarse la entrega nos veremos para que pague una de las partes en metálico. —Abdel Azim asintió—. En ese momento se le facilitará el lugar donde se realizará la entrega, pero puede estar tranquilo, se hará con la máxima discreción. Ni a usted, ni a mi superior, ni a mí nos interesa que esto salga a la luz.

—En eso estamos de acuerdo.

Tansel aprovechó para dar un sorbo a su té de menta.

—Entonces, me pondré en contacto con usted antes de un mes.

—¿Nos volveremos a ver aquí para realizar el pago?

Tansel dudó un poco.

—Ya le informaré.

Abdel Azim hizo un gesto de aprobación y luego sonrió de forma amistosa al americano.

—Lo digo porque la próxima vez me gustaría organizar una comida o cena con usted, para sellar nuestras actuales negociaciones y hablar, quizá, de

futuras.

Tansel sonrió ante aquel comentario y aceptó de buen grado.

—Está bien. Podemos quedar aquí para el pago en efectivo.

Aquello iba viento en popa. Si conseguía a Abdel Azim como uno de sus clientes habituales su superior estaría contento con él, por lo que le aumentarían la prima. Tendió su mano hacia él y la estrechó gustoso.

—Un placer volver a verlo.

—El placer es mío —respondió Abdel mientras se dirigían hacia la puerta para salir al exterior, donde de nuevo el radiante sol los cegó.

—Esperaré a que contacte conmigo —pronunció mientras veía cómo Tansel cambiaba de embarcación.

—Así lo haré —respondió mientras sus ayudantes retiraban las cuerdas con las que sujetaban un yate al otro—. Nos veremos pronto.

Una vez Abdel se internó en el interior de su yate y comenzaron a alejarse una sonrisa inundó su rostro. Aquello era fantástico, sabía que su antecesor no había finalizado correctamente unas negociaciones y, por eso mismo, lo habían destituido y le habían asignado a él aquella región. Era todo un logro que la primera negociación hubiese sido tan satisfactoria y que, además, existiese una alta probabilidad de llevar a cabo muchas más. Incluso imaginó que Abdel Azim le pondría en contacto con muchos más potenciales clientes, lo cual le aseguraría una gran cantidad de negocios, que se traducirían en un puesto de trabajo asegurado durante mucho tiempo. Todo ello, sin duda, comportaría la ganancia de grandes sumas de dinero, millonarias.

Pierce Simmons se pasó las manos por la frente, donde unas gotas de sudor resbalaban por ella, a pesar de que en la oficina la temperatura era más bien baja.

—Maldito inútil —pronunció hacia el guardia de seguridad que sujetaba una bolsa de hielo contra su nariz—. ¿Cómo has dejado que escape? —gruñó acercándose más.

El guardia lo miró con gesto enfadado.

—Han venido a ayudarla.

—¿Quiénes? No hay grabaciones, no hay nada —gritó esta vez, nervioso.

No habían pasado diez minutos desde que habían llamado a su contacto,

Durango, para ponerle al corriente del nuevo contratiempo y, ahora, todo se había complicado mucho más. ¿Qué iba a hacer? Debía dar con Anya y acabar con la amenaza que suponía.

Aquella muchacha sabía demasiado y si investigaba podía echar a perder sus planes.

Paseó por la pequeña sala de la planta baja. Desde la ventana podía observar cómo se llevaban al otro guardia de seguridad hacia uno de los coches para acompañarlo al hospital.

—¿Ha habido algún corte de luz? —preguntó mirando fijamente al guardia.

—No. Simplemente las cámaras no han grabado nada.

Pierce resopló.

—¿Era un solo hombre?

El guardia suspiró.

—Sí. Pero estaba entrenado, sabía luchar —dijo a modo de excusa.

—¿No me digas? —ironizó—. ¿Podrías describirlo?

—Ha sido bastante rápido —comentó pensativo—. Un chico alto, rubio... Se han subido a una furgoneta blanca....

—Eso no me dice nada —Le cortó enfadado. Paseó en silencio unos segundos, barajando todas las posibilidades—. ¿Algún policía? ¿La CIA?

—Más bien la CIA, diría yo —respondió de mala gana—. Además, tendría más sentido con el corte de las cámaras.

Pierce se pasó la mano por el cabello, despeinándose.

—Mierda —gritó mientras daba unos pasos rápidos. Se acercó a él señalándolo con el dedo, de forma intimidante—. Encuéntrala —ordenó—. Y acaba tu trabajo.

Salió de la pequeña sala con un portazo y se dirigió a su departamento, donde por suerte no habían sido conscientes del alboroto que se había formado en la planta baja, aunque no tardaría en correrse la voz. Ya se inventaría alguna excusa para solventarlo.

Paseó entre las mesas, donde todos trabajaban apresurados y llevó la mirada hasta el escritorio de Anya. El bolso. Su bolso estaba ahí.

Fue hacia allí colocándose enfrente. Ahora tenía claro que aquella chica tenía más información de la que fingió tener y había contactado con alguien para tratar de averiguar qué ocurría, o bien simplemente los estaban vigilando a todos y habían ido al rescate de la muchacha..., aunque esa última idea no le convencía demasiado.

Miró el ordenador de Anya unos segundos y se dirigió hacia su despacho con el bolso de ella. Cerró la puerta, lo dejó sobre la mesa y lo registró. Las llaves de su piso, la cartera con toda la documentación, pañuelos de papel..., y poca cosa más. estuvo a punto de estampar el bolso contra la pared cuando escuchó que llamaban a su puerta.

—¿Quién es? —gritó enfurecido.

Peter abrió la puerta con cuidado y, sin pedir permiso, entró en el interior.

—Señor... —dijo mientras cerraba la puerta—. ¿Qué ha ocurrido?

Pierce se mantuvo callado, intentando controlar los nervios y la ira que sentía.

—¿Cómo es posible que ella tenga esta información? —preguntó cogiendo los documentos que Anya le había mostrado y entregándoselos a Peter.

Peter los observó, quedándose totalmente impresionado.

—Yo... no lo sé.

—Yo te lo diré —pronunció con prepotencia mientras rodeaba la mesa y se sentaba en su enorme butacón de cuero—. Charlotte se los metió en su bolso. ¿Cómo es posible que Charlotte obtuviese estos datos? ¿Que los sacase de la oficina? —preguntó mirándolo fijamente—. Que yo sepa, eres tú el único que me ayuda en esto y, por lo visto, no lo estás haciendo demasiado bien a juzgar por lo sucedido. Una de tus compañeras consiguió esta información. ¡Y juraría que te pago precisamente para que controles y vigiles que no se filtre nada!

Peter cerró los ojos con fuerza mientras su superior elevaba el tono.

—Hay mucha documentación, es imposible filtrarla toda —Se excusó—. Intento controlar y vigilar que nadie investigue ningún tema relacionado con Baréin. Hago rastreos a diario en los ordenadores de mis compañeros...

—Me importa una mierda lo que hagas o dejes de hacer —gritó poniéndose en pie y apoyándose con las manos en la mesa—. Por tu culpa, por no hacer bien tu trabajo, Charlotte ha muerto y ahora tendrá que morir otra inocente.

Peter puso la espalda recta al escuchar aquello.

—¿Anya? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí, Anya —rugió.

—¿Ella está...?

—Tu amiguita se ha escapado. —Peter lo miró con ojos como platos,

pero lo cierto es que sintió alivio—. Puede que haya contactado con la policía, o con alguien de la CIA. Cuando el guardia de seguridad iba a retenerla ha entrado un hombre armado al edificio y la ha rescatado. —Rodeó el escritorio situándose a un lado—. ¿Tienes idea de con quién ha podido hablar Anya?

Peter negó rápidamente.

—No. —Se quedó unos segundos callado y luego miró a su responsable con convicción—. Pero lo averiguaré. Puedo hackear su ordenador y ver el historial.

—Hazlo. —Le ordenó. Fue hacia la mesa y cogió el bolso de ella—. Y... —dijo girándose para entregárselo—, ve a su casa, investigalo todo. Cualquier cosa sobre Anya quiero saberla.

—Claro, señor —pronunció cogiendo el bolso de la muchacha. Se giró para ir a la puerta cuando su jefe volvió a llamar su atención.

—Ah, Peter, una última cosa —dijo como si lo recordase en aquel momento—. Más te vale dar con ella, porque si todo esto se hace público, tú caerás conmigo —Le amenazó.

Peter lo observó unos segundos. Sabía que tenía razón, él tenía más o menos conocimiento de lo que ocurría y, en vez de ponerlo en manos de las personas que pudiesen parar aquello, se había aliado con ellos a cambio de una gran suma de dinero. Indudablemente había sido un error que ya no podía enmendar. Si no quería acabar entre rejas o, peor aún, muerto como Charlotte, debía encontrar a Anya y averiguar lo que sabía realmente y, en todo caso, asegurarse de que no hablase.

Peter asintió levemente y salió del despacho de Simmons.

Fue directo hacia su escritorio y se quedó observándolo, aunque algo llamó su atención. El móvil de ella estaba al lado del teclado, justo debajo de unos documentos. Lo cogió sin apartar la mirada del despacho de su responsable y lo guardó en su bolsillo.

El ordenador podía esperar, sabía que no se movería de allí, pero le urgía dar con ella, y dado que tenía toda su documentación, móvil y llaves, no le costaría encontrarla.

Lo primero sería ir a su piso. Seguramente, si quería esconderse o huir, iría a buscar cuatro cosas antes de marcharse. Si no fuese el caso, aún encontraría allí alguna pista de dónde dar con ella.

Fue al ascensor, bajó a la planta baja, salió fuera y se dirigió a su coche.



Aparcaron la furgoneta en el interior del edificio. Aunque sabían que las cámaras de seguridad del interior del Departamento de Seguridad Nacional y de fuera habían sido bloqueadas, no podían fiarse de que alguien hubiese visto la matrícula.

Anya aún temblaba mientras subía las escaleras, sujeta de la mano de Liam.

Tras pasar los últimos minutos en silencio, incluso en alerta, fue entrar al piso y comenzar todos a hablar.

Liam llevó a Anya hasta un rincón, alejándola un poco del bullicio que estaban organizando sus compañeros. Estaba totalmente conmocionada. No era para menos. Comprendía que necesitase relajarse y quizá hablar de lo que había ocurrido para que se desahogase, pero ahora tenía demasiadas cosas en la cabeza y mucho que investigar.

—Siéntate aquí —dijo llevándola hasta unas mantas que había en el suelo. Ella permanecía absorta con la mirada fija en un punto. Liam se agachó frente a ella y le cogió una mano. —Tranquila. —Miró hacia atrás y vio que sus compañeros encendían el ordenador y comenzaba a mirar documentos—. ¿Quieres agua? —preguntó volviendo su atención hacia ella, que seguía sin reaccionar—. Eh —dijo llamando su atención a la vez que colocaba su mano en su hombro. Finalmente, Anya centró la mirada en él—. ¿Quieres agua? —repitió. Ella negó—. De acuerdo—. Liam suspiró y colocó una mano en su mejilla instándole a que siguiese mirándolo—. Relájate, ya ha pasado todo. Aquí no nos encontrarán. —Acarició su mejilla y se levantó poco a poco con gesto preocupado.

Se pasó la mano por el cabello mientras la observaba y se obligó a girarse e ir junto a sus compañeros.

—Roy, la llamada que Pierce ha hecho. —Roy lo miró—. Localiza el punto exacto y...

—Estoy en ello —Le interrumpió.

—Y averigua quién es. —Luego estuvo a punto de golpear la mesa por los nervios contenidos, pero volvió la mirada hacia Anya y se contuvo. — Quiero saberlo todo de esa persona. Quién es, a qué se dedica, dónde trabaja...

—Entendido.

Liam miró a Hans y lo señaló.

—Entra en el ordenador de Anya. Borra todo lo que haya en él y también su historial, que no quede ni rastro de nada.

Hans aceptó antes de mirar a Anya un segundo y se dirigió al otro ordenador.

Volvió a mirar a Anya y entonces cayó en la cuenta.

—¿Y tu bolso? —Anya parecía no escucharle. Dio unos pasos a ella acercándose y bajó el tono de voz—. Anya, ¿no llevabas un bolso?

Ella reaccionó y miró de un lado a otro como si allí pudiese encontrarlo.

—Lo he olvidado —susurró al borde del llanto. Aquello hizo que todos la mirasen.

Al ver que rompía a llorar Liam se acercó arrodillándose de nuevo frente a ella.

—No pasa nada —Intentó calmarla—. ¿Qué llevabas dentro?

Ella se mordió el labio intentando contenerse.

—Todo. Las llaves de mi piso, tarjetas de crédito, las llaves del coche, mi documentación...

—Tenías algo en el piso que pudiese incriminarnos. —Ella movió sus ojos de un lado a otro, pensando nerviosa.

—No, creo que no —susurró—. Pero en mi móvil está tu número de teléfono. Está en el bolso.

—Roy —dijo elevando un poco el tono.

—Lo he oído. Ahora lo borro —dijo tecleando como un poseso ante el ordenador.

—Mike, ve a vigilar su piso. —Anya lo miró confundida, pero no dijo nada al respecto—. Si ves algo avísame.

—¿Quieres que intente traer algo? —preguntó colocándose a su espalda.

—No, que nadie te vea —pronunció con la mirada clavada en Anya.

—Está bien —dijo alejándose. A los pocos segundos la puerta se cerró.

Cuando Liam volvió de nuevo la mirada hacia ella, Anya lo observaba con lágrimas en los ojos.

—¿Crees que irán a mi piso? —preguntó temerosa.

Liam suspiró.

—Es muy posible —susurró con tono tranquilo, intentando que el terror no se apoderase de ella.

—Me buscarán —sollozó—. Y me matarán, como hicieron con Charlotte —gimió al final.

—Eh —dijo colocando una mano en su nuca, obligándola a elevar su rostro hacia él—. Mírame —susurró—. Te prometo que te mantendré con vida. —Ella lo contempló fijamente a los ojos. Tenía una mirada decidida, sin duda. —Me cueste lo que me cueste —sentenció. Posó sus dos manos en sus brazos y la acarició, reconfortándola—. Intenta descansar un poco, te irá bien.

Ella asintió, aún con la mirada clavada en sus ojos claros, y se apoyó en la pared totalmente abatida.

—Si quieres o necesitas cualquier cosa avísame —pronunció levantándose poco a poco.

Se quedó unos segundos observándola, tan frágil y tan fuerte a la vez, tan hermosa. Cuando vio que ella corría peligro sintió que el mundo se le echaba encima. No había sentido eso jamás, hasta ahora. Tuvo que contenerse para no apretar el gatillo contra aquellos guardias de seguridad y hacer acopio de todo el autocontrol que pudo para no subir a la cuarta planta y dispararle un tiro en la frente a Pierce Simmons. Maldito fuese. Ese hombre sabía más de lo que había aparentado, pues ninguna información había en su ordenador. Estaba claro que sabía cubrirse bien las espaldas.

Y luego estaba ese tal Peter, el chico con el que Anya había quedado la noche anterior para cenar. Ese mentiroso. Apostaba que él también sabía más de que lo decía y estaba metido en el ajo, de lo contrario, ¿por qué mentiría a Anya?

En ese momento Hans llamó a Liam, que vio cómo Anya se había quedado dormida.

—Eh, ven aquí —dijo acelerado. Liam fue consciente de que se había quedado mirándola fijamente. Se giró y fue hacia su compañero.

—¿Qué ocurre?

Hans tenía un auricular puesto. Miró de reojo a Anya y se acercó a él bajando el tono.

—El micrófono de Pierce sigue activo —dijo pasándole el auricular—.

Ha grabado más conversaciones. —Luego señaló hacia la muchacha—. Es mejor que no las escuche.

Liam aceptó mientras controlaba a Anya y se puso el auricular. Hans apretó un botón y al momento escuchó la última grabación.

Escuchó la voz de Pierce Simmons y, aunque no supo en un principio con quién hablaba, lo reconoció segundos después.

Miró hacia Hans alzando una ceja.

—¿Es Peter? —susurró hacia él mientras escuchaba atento la conversación e iba notando cómo sus músculos se tensaban a medida que la conversación subía de tono. Su compañero afirmó, lo cual hizo que Liam resoplase—. Hijo de puta. Cabrón.

—Pues espera a escuchar el final —ironizó.

Liam lo miró confundido, hasta que escuchó aquellas palabras y comprendió lo que quería decir su amigo.

—*Me importa una mierda lo que hagas o dejes de hacer. Por tu culpa, por no hacer bien tu trabajo, Charlotte ha muerto y ahora tendrá que morir otra inocente.*

—¿Anya? —Reconoció un ligero temblor en la voz de Peter.

—Sí, Anya.

—¿Ella está...?

—*Tu amiguita se ha escapado. Puede que haya contactado con la policía, o con alguien de la CIA. Cuando el guardia de seguridad iba a retenerla ha entrado un hombre armado al edificio y la ha rescatado. ¿Tienes idea de con quién ha podido hablar Anya?*

—*No. Pero lo averiguaré. Puedo hackear su ordenador y ver el historial.*

—*Hazlo. Y..., ve a su casa, investigalo todo. Cualquier cosa sobre Anya quiero saberla.*

—Claro, señor.

—*Ah, Peter, una última cosa. Más te vale dar con ella, porque si todo esto se hace público, tú caerás conmigo.*

Hans detuvo la grabación en ese momento.

—Qué hijo de puta —pronunció esta vez Liam con más contundencia—. Maldito desgraciado...

Hans intentó calmarlo.

—Tenemos varios problemas.

Liam aceptó, intentando dejar la mente en blanco para pensar.

—Roy, ¿cómo va el ordenador de Anya?

Roy le sonrió.

—No tiene nada sobre una operación en Baréin, pero... apareces en su historial de búsquedas. —Liam irguió su espalda y se acercó al ordenador para observar—. Te buscó en la base de datos.

Liam suspiró y observó a Anya, que tenía los ojos cerrados y había caído rendida hacía rato.

—Sí, ya me lo dijo. Bórralo.

—Estoy en ello. —Luego alzó sus cejas—. Tiene el expediente de Jordania.

Liam se pasó la mano por los ojos como si estuviese agotado.

—Era uno de los expedientes que había tramitado Charlotte. No lo borres, podría levantar sospechas, ese fichero se lo pasó el cabrón de su jefe.

—De acuerdo —pronunció concentrado.

Se apoyó contra la mesa, acercándose un poco más para usar un tono más bajo.

—Cuando acabes de buscar la información del teléfono al que ha llamado Pierce, busca información sobre Peter. También lo quiero saber todo de él. —Miró hacia Hans y le señaló con la cabeza—. ¿Roy ha escuchado la grabación? —Hans negó—. Que la escuche.

Hans pasó el auricular a Roy. Mientras escuchaban la conversación Liam se quedó observando a Anya. Notó cómo la ira se apoderaba de él. No dudaría en apretar el gatillo si fuese necesario para ponerla a salvo. Había entrado en su vida hacía pocos días, pero la fortaleza y la valentía que había demostrado lo habían conquistado desde un principio. Y en ese instante, viéndola allí dormida, tan frágil y asustada, recordando cómo había llorado y temblado entre sus brazos, le embargaba un sentimiento como jamás había conocido, una afición profunda hacia ella, que se iba apoderando de todo su ser.

Un pitido le distrajo a la vez que Roy se quitaba los auriculares con los músculos en tensión.

—¿Qué es eso? —preguntó Liam acercándose.

Roy abrió una de las ventanas del ordenador.

—La ubicación de la llamada. —El mapa se fue centrando hasta que situó un punto rojo marcando un lugar.

—¿Cuál es el margen de error? —preguntó Hans acercándose también.

—Entre cincuenta y cien metros —corroboró Roy. Luego miró de reojo a Liam—. Podría activar el ringer. Así tendríamos la ubicación exacta.

—No —respondió Liam—. No hace falta. No quiero levantar sospechas.
¿Qué hay en ese punto?

Roy tecleó hasta que emitió un largo suspiro.

—Es un hotel. Gulf Hotel.

Hans se colocó en el ordenador de al lado y tecleó en el buscador, obteniendo fotografías del hotel.

—Es un hotel de lujo —informó.

Liam colocó la mano en el hombro de Roy.

—¿Puedes saber a quién pertenece ese móvil?

—Puedo tardar un poco. Lo he intentado, pero es un jodido móvil de prepago.

Liam asintió y se pasó la mano por el cabello.

—Está bien. Hans —ordenó—, busca en el registro informático de ese hotel a todos los que estén alojados.

Hans afirmó.

—Sí, me pongo a ello.

—Infórmame cuando tengas algo —contestó Liam.

Liam había llevado a la sala contigua a Anya, pues allí había un constante jaleo y ella se había despertado ya varias veces. La tensión de aquellas últimas horas había hecho que ella estuviese agotada. Prefirió alejarla, en parte, se sentía mucho más tranquilo pudiendo conversar con sus compañeros sin problemas, pues había cosas que prefería que, de momento, ella no supiese. Aunque también tenía claro que debería explicárselo todo en algún momento.

—Creo que he encontrado algo —dijo Hans.

Tanto Roy como Liam se acercaron a él con curiosidad.

—He conseguido la lista de todos los alojados en el hotel —continuó.

—¿Y?

—La mayoría son empresarios o están de vacaciones. Los he investigado, pero hay uno que me ha llamado mucho la atención... Tansel Wood, ¿os suena?

Roy y Liam se miraron de reojo.

—¿Tendría que sonarnos? —preguntó Liam.

Hans resopló y durante unos segundos estuvo pensativo.

—Trabajó en la CIA. Diez años —comentó mirando fijamente la

pantalla del ordenador, casi sin dar crédito a lo que había descubierto—. Pero hace unos siete meses que fue removido de su departamento y ahora no figura en ninguno.

Liam y Roy observaron atentos la pantalla, donde Hans había puesto la ficha de Tansel.

—Joder —susurró Roy—. Necesitamos saber si es ese número de teléfono al que llamaba. Hay que asegurarse.

—¿Crees que puede estar allí investigando el caso? —preguntó Roy hacia Liam.

—Ni idea —susurró leyendo atentamente su ficha—. Pero es bastante sospechoso que llame justo a ese hotel donde se aloja un exmiembro de la CIA. Hay que saber el motivo por el que está ahí. O, como dices, está investigando el caso, o es quien ha recibido la llamada —comentó pensativo y miró hacia Roy—. ¿Cuándo podrás saber a quién pertenece ese móvil?

—Tardaré —respondió—. Es complicado cuando son móviles de prepago. Se está buscando en la base de datos. Lo encontraré, pero...

—De acuerdo —dijo colocando una mano en su hombro. Iba a hablar cuando sonó su móvil. Lo observó. —Es Mike —informó a sus compañeros. Se llevó el móvil al oído—. Dime, Mike.

Mike permanecía en el interior del coche, observando atentamente en la oscuridad de la noche. Llevaba más de una hora allí, vigilando a unos metros del piso de Anya.

—Peter está en el piso de Anya —informó a Liam.

Liam suspiró y llevó su mirada hasta la habitación contigua, donde ella estaba descansando.

—¿Cuánto lleva ahí?

—Ha llegado hace unos diez minutos —Le informó mientras observaba la luz encendida de lo que sería el comedor de Anya—. Debe estar revisándolo todo. Hay luces encendidas por todo el piso de Anya.

—¿Ha ido solo?

—Sí. —Suspiró y notó cierta ansiedad—. ¿Lo secuestro?

Liam observó a sus compañeros. Sabía que Peter estaba metido en el asunto y, por tanto, poseía mucha información sobre el tema. Quizá con un interrogatorio exhaustivo consiguiesen saber qué estaba ocurriendo.

Miró hacia Roy y Hans, decidido.

—Hans —Lo miró directamente, luego le pasó las llaves de su piso—. Lleva a Anya a mi piso, allí estará a salvo. Quédate con ella hasta que yo

vaya. —Luego suspiró—. Vamos a hacer un interrogatorio —dijo con la mirada cargada de fuerza hacia Roy.

Hans cogió las llaves del piso de Liam mientras asentía con la cabeza.

—Está bien —dijo, pero dudó un poco antes de alejarse—. ¿Estás seguro de que no quieres que vuelva cuando deje a Anya en tu piso?

—Tranquilo. Nos apañaremos. Prefiero que estés con ella.

—De acuerdo —respondió distanciándose.

Liam volvió a ponerse el teléfono en el oído.

—Cógelo y tráelo directamente aquí. ¿Podrás o te mando a Roy?

Le pareció intuir cómo Mike sonreía.

—Puedo solo.

—Perfecto y...

—Ya lo sé —Le interrumpió Mike mirando atento hacia el portal—. Llevo bastante en esto —pronunció divertido—. Tranquilo, no sabrá adónde vamos.

—Está bien —dicho esto colgó y miró a Roy—. Prepáralo todo —dijo alejándose de la mesa. Fue hacia la habitación de al lado donde Hans había cogido de forma delicada a Anya para conducirla hacia la puerta. Ella estaba en otro mundo. Se acercó y se colocó al lado de la puerta de salida—. Anya —Llamó su atención mientras la cogía del otro brazo—. Hans te llevará a mi piso, se quedará contigo hasta que yo vaya. —Ella lo observó con ojos llorosos—. Allí estarás a salvo y Hans te protegerá.

Anya aceptó sin pronunciar respuesta alguna.

Liam miró un segundo a Hans y le dio una palmadita en la espalda mientras abría la puerta para dejarlos salir.

En cuanto se quedó solo se pasó la mano por los ojos con gesto cansado. Sabía que su piso, ahora mismo, era la mejor opción. Allí estaría a salvo, pues nadie hasta el momento parecía tener constancia de que él y su equipo también estaban metidos en el asunto. No obstante, aquel piso serviría durante un par de días como mucho, pues era consciente de la posibilidad, aunque fuese remota, de que diesen con ellos.

Aquello no le importaba en exceso, sabía defenderse y que no lo cogiesen por sorpresa, pero Anya era diferente. No podía permitirse dejarla sola, sabía que la buscarían y a la más mínima ocasión acabarían con su vida. Notó de nuevo cómo la tensión se apoderaba de sus músculos y decidió apartar aquellos pensamientos de su mente antes de caer preso de la locura.

Fue a la habitación donde Roy había extraído de un cajón unas cuantas

cuerdas y había colocado en medio de la sala una silla. No era la primera vez que interrogaría a alguien, de hecho, durante un tiempo, se había convertido en algo habitual. No le temblaría la mano.

—¿Y los pasamontañas? —preguntó Liam mirando en los cajones.

—Tercer cajón —pronunció Roy.

Abrió y extrajo dos, le pasó uno a su compañero y luego se acercó a la ventana esperando ver aparecer el coche de Mike.



Peter abrió el cajón de la mesita de noche y removió entre la ropa interior de Anya. Allí no había absolutamente nada sobre la operación de Baréin, y mucho menos algún dato sobre la persona que podía haberla ayudado.

Volvió a mirar el móvil de ella, dándose cuenta de que le quedaba poca batería.

—Mierda —Cogió el cargador del móvil y lo puso a cargar mientras acababa de revisarlo todo. No quería que se le apagase, pues no conocía la clave, y necesitaba saber si alguien la llamaba. Tampoco había podido entrar en la agenda ni mirar las fotografías, tenía el patrón de seguridad activado, así que prefería tenerlo simplemente encendido y esperar a que llamase alguien o, una vez llegase a su casa, conectarlo mediante USB al ordenador y así poder verlo todo. Prefería esperar unas horas e ir sobre seguro.

Cerró el cajón con fuerza y fue hacia el armario, revolviéndolo todo. Allí no había absolutamente nada.

—Joder —gritó girando sobre sí mismo, observando la habitación.

No sabía cómo había llegado a esto, Anya siempre le había gustado, le parecía muy buena chica, atractiva. Estaba enamorado de ella, pero aquello complicaba las cosas, y mucho. Si tenía que decidir entre su puesto de trabajo o ella no dudaría. Estaba claro que Anya no quería nada con él, menos aún si se enteraba de todo, y el trabajo le garantizaba poder mantener aquel frenético estilo de vida que llevaba. No dudaría en elegir, aunque, por otro lado..., sabía que lo que estaba haciendo no estaba bien. Ella era su amiga, había confiado en él.

Se pasó las manos por los ojos, angustiado. Jamás se había visto en una situación así.

Pasaron un par de minutos hasta que llegó a la conclusión de que allí no

había nada que pudiese darle alguna pista de qué era lo que ella sabía o dónde podría encontrarla.

Volvió a coger el móvil de ella, el cargador, su bolso y salió del piso, asegurándose de que nadie lo viese.

Bajó las escaleras con prisa y miró su reloj de muñeca.

Las diez y media de la noche. Debía avisar a Pierce de que había revisado el piso de Anya y no había encontrado nada.

Salió del portal, notando cómo la lluvia de los días anteriores había provocado que las noches fuesen más frías y caminó hacia su vehículo.

Quizá Pierce hubiese averiguado algo más. Si al menos pudiese hablar con ella. Suspiró mientras buscaba las llaves de su vehículo en su bolsillo. Intentaría ponerla en sobre aviso. Tenía sentimientos encontrados: por un lado, Anya era su amiga, la chica más dulce y tierna que había conocido; por otro lado, estaban las órdenes que debía seguir y su trabajo...

—Disculpe, ¿tiene fuego? —preguntó un hombre a su lado, distrayéndolo de sus pensamientos.

Peter ni siquiera lo miró.

—No, lo siento. No fumo —continuó caminando con la vista al frente.

Mike lo cogió directamente del brazo y, con todas las fuerzas que pudo, lo empujó contra un coche. Peter no tuvo tiempo de reaccionar y se vio estrellado contra la puerta trasera de un vehículo. Iba a gritar cuando Mike lo cogió de la nuca y estrelló su cabeza contra la chapa del coche.

Notó cómo el cuerpo de Peter abandonaba sus fuerzas, quedando semiinconsciente. Lo sujetó por el brazo, lo arrastró dos coches más abajo hasta el suyo, abrió la puerta trasera y lo arrojó al interior mientras observaba de un lado a otro. Por suerte no había nadie en la calle, solo una pareja bastante alejada que paseaba con su mascota y que no se había percatado de nada. En eso consistía su trabajo, actuar rápido y no levantar sospechas. Para eso se había entrenado durante años.

Se introdujo un poco en el coche, sobre el cuerpo de Peter que seguía atontado, con una brecha sangrante en la frente, y colocó una bolsa de tela negra cubriendo su cabeza. Peter no opuso resistencia, lo único que hacía era gimotear. Ató sus manos a la espalda y cerró la puerta trasera.

Se metió de inmediato en el coche y arrancó. Justo giró la esquina cuando escuchó que Peter recobraba un poco el sentido, siendo consciente en ese instante de que lo habían metido a la fuerza en la parte de atrás de un coche.

—Eh —gritó, y al momento comenzó a mover su cabeza de un lado a otro. Mike sabía que no podía ver nada—. ¿Qué está pasando? Maldito hijo de...

Mike no se contuvo. Se giró y golpeó con el puño la cara de Peter, que salió despedido hacia atrás.

—Tengo un arma —amenazó Mike volviendo la mirada hacia la carretera—. No me obligues a usarla. Estate quieto y callado.

Escuchó de nuevo el gemido de Peter, que obedeció. Se tuvo que dar cuenta de que no tenía nada que hacer contra aquel hombre porque no habló, ni se movió. Mike solo podía escuchar una respiración acelerada, fruto del miedo.

Condujo hasta el edificio y metió el coche en el garaje. Para cuando abrió la puerta y se disponía a salir, Roy y Liam ya estaban allí con el pasamontañas puesto. Liam lanzó uno a Mike que lo cogió al vuelo. Sabía que Peter no podría ver nada, pero era mejor extremar las precauciones.

Liam abrió la puerta trasera y cogió a Peter del brazo, sacándolo del coche de malas formas.

—Buen trabajo —susurró Liam.

Mike guiñó un ojo a su responsable y cogió a Peter del otro brazo para ayudarlo a avanzar y subir los escalones.

—¿Adónde me lleváis? —gritó Peter removiéndose e intentando soltarse de los brazos que lo apresaban.

—Ya te lo he dicho —gruñó Mike—. Estate callado o recibirás —amenazó.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —siguió sollozando mientras lo subían por las escaleras. Tropezó un par de veces, pero gracias a que ambos lo mantenían sujeto no acabó cayendo. —¿Qué vais a hacer conmigo?

—Lo primero será cortarte la lengua si no te callas —acabó pronunciando Mike mientras Roy abría la puerta de su piso.

Liam sonrió al escuchar la respuesta de su compañero, sobre todo porque Peter gimió desesperado mientras lo metían en el piso.

Roy cerró la puerta y fue a la habitación contigua, encendió la luz de la mesa donde tenían el ordenador, creando un ambiente más bien oscuro, pues aquella luz iluminaba lo justo para ver y estaría enfocada directamente al rostro de Peter. Se aseguró de que la cortina estuviese bien puesta para que Peter no pudiese observar dónde estaba y se giró para ver cómo lo sentaban en la silla que había colocada en medio de la habitación.

Liam se alejó y señaló a Mike para que le quitase la bolsa de tela de la cabeza. Mike se la quitó y Liam pudo observar que Peter tenía una herida en la frente y el pómulo magullado. Mike se colocó a la espalda de Peter mientras Liam sonreía maliciosamente a su compañero.

Peter miró de un lado a otro, tembloroso, observando a aquellos tres hombres que le rodeaban. Durante unos segundos cerró los ojos como si la luz que iluminaba su rostro le molestase, hasta que al final miró hacia Liam, el hombre que estaba más próximo.

—¿Quiénes sois? —preguntó atemorizado.

Liam se quedó mirándolo fijamente y, tras unos segundos, se cruzó de brazos y se puso frente a él, totalmente erguido.

—Aquí las preguntas las hacemos nosotros.

—¿Sois de la CIA? —gritó nervioso.

Liam estampó su puño contra la mejilla hinchada de él, haciendo que Peter estuviese a punto de caer de la silla.

—No sé si me he explicado bien, pero creo que te he dicho que las preguntas aquí las hacemos nosotros —pronunció apretando la mandíbula.

Peter escupió sangre y elevó una mirada asustada hacia ese hombre.

—¿Para quién trabaja Pierce?

Peter abrió los ojos como platos y luego volvió a bajar la mirada, agachando su cabeza.

Liam aprovechó para observar unos segundos a sus compañeros. Mike se encontraba a la espalda de Peter y Roy unos metros alejado, cruzado de brazos y apoyado contra la mesa.

—Eh —Le retó—. ¿Para quién trabaja tu jefe? —gritó inclinándose hacia él.

—Sois de la CIA, está claro —susurró. Se removió incómodo e intentó deshacerse los nudos que mantenían sus muñecas unidas a la espalda.

Liam colocó una mano en su pecho instándolo a ponerse recto.

—¿Para quién trabaja? —repitió, aunque esta vez su voz iba acompañada de un tono de impaciencia.

Peter lo miró fijamente.

—No lo sé.

Roy dio unos pasos hacia él.

—Sí lo sabes.

Peter giró su rostro hacia ese hombre que se acercaba.

—No, no lo sé —dijo rápidamente—. Yo solo hago lo que me manda —

respondió desesperado.

—¿Y qué te ha mandado? —preguntó Liam.

Peter dudó un poco y paseó la mirada por aquella austera habitación.

—Me dijo que buscara si alguien tenía información sobre Baréin.

Liam y sus compañeros se miraron de reojo.

—¿Por qué es tan importante? ¿Qué está ocurriendo en Baréin?

—No lo sé. Yo solo sé que debo filtrar la información del departamento y si encuentro algo relacionado con esa ciudad debo decírselo —gimió.

Liam permaneció unos segundos en silencio.

—¿Y Charlotte? ¿Ella tenía información?

Peter lo miró fijamente y al momento bajó su cabeza.

—No lo sabía —susurró—. Me enteré después.

—¿Después de qué?

—De que la matasen —gritó hacia Liam—. Yo no sabía que ella estaba investigando esa zona, si lo hubiese sabido...

—¿Qué? —Le retó Roy colocándose frente a él—. ¿Se lo hubieses dicho a tu jefe?

Peter se removió incómodo.

—Yo no sabía que iba a morir. ¡Por Dios! Si lo hubiese sabido hubiese intentado protegerla, ¡era mi amiga! ¡Ni siquiera sabía que tenía esa información! ¡Lo juro!

Liam dio un paso atrás y miró de reojo a su compañero.

—¿Y Anya? —preguntó con voz grave.

Peter volvió su mirada hacia él y durante unos segundos se quedó pensativo.

—¿Está con vosotros? —preguntó con voz esperanzada.

Liam volvió a golpear el rostro de Peter haciendo que girase su cuello por la inercia del golpe.

—Te lo repetiré una vez más —gritó—. Te limitarás a contestar las preguntas que te hagamos. ¡Nada más!

Peter volvió a escupir sangre y lo retó con la mirada. Puso su espalda recta y lo miró con furia.

—Lo único que sé es que mi jefe la quiere muerta —gruñó.

—¿Por qué?

—Tiene más información de la que debería tener. —Liam se removió nervioso y apretó los puños, como si se estuviese conteniendo. Peter comenzó a sonreír, lo cual hizo que Liam barajase la opción de volver a golpearlo—.

¿Es que no lo entiendes? —Le preguntó inclinándose hacia delante—. Ella posee cierta información secreta. Jamás debería haber recibido esos correos electrónicos, jamás debería haber escuchado hablar de la operación de Baréin. Si se empieza a investigar todo este asunto van a volar cabezas, y de gente muy importante —acabó diciendo.

—¿De quién?

—Lo único que sé, o puedo deducir —continuó mientras escupía sangre otra vez—, es que mi responsable del departamento también sigue órdenes, pero no sé de quién. Ni siquiera sé de qué trata todo esto, pero ha de ser algo grande —acabó gritando—. Sé exactamente lo mismo que tú. —Aquello desesperó a Liam—. Sé que mi jefe anda metido en algo turbio, pero ni yo mismo sé en qué. Sé que tiene que ver con Baréin y que es información restringida, nada más.

—Pero sabías que Charlotte fue asesinada por eso.

—Me enteré después, cuando ya estaba muerta. Charlotte sabía más de lo que mi jefe quería y eso debió costarle la vida —acabó diciendo.

Liam paseó nervioso, rodeándolo.

—Y ahora irá a por Anya.

—Pierce acabará con todos los que puedan poner sus planes o su operación en peligro.

Liam miró a Mike, el cual observaba a Peter sin pestañear.

—¿Has oído hablar de Heimdall?

Peter se giró un poco para observar a Liam.

—¿Quién?

—Los correos electrónicos que Charlotte descubrió y que entregó a Anya. Es posible que el que los envía sea un tal Heimdall...

—No sé quién es ese. Te repito, no sé absolutamente nada de nada, solo que hay negocios que mueven grandes sumas de dinero.

—Los correos electrónicos encriptados —continuó—. ¿Sabes qué lenguaje de encriptación usan?

—No tengo ni puta idea —rugió.

Liam volvió a colocarse frente a él, aunque esta vez extrajo un arma paseándola de una mano a otra en actitud amenazante. Peter se removió incómodo.

—Oye, yo...

—Tansel Wood, ¿te suena? —Le interrumpió Liam, el cual sacaba el cargador de la pistola y tras comprobar que estaba cargado lo volvía a

introducir con un chasquido.

—No, no, no... —respondió temeroso.

—Comprende que te hemos traído aquí para obtener información — continuó con voz sosegada—, y no estoy obteniendo nada.

—Es que no sé nada. ¿Te crees que no te lo diría? Soy el primero que quiere que Anya esté a salvo.

Aquello lo irritó más aún e hizo que pusiese su arma en la rodilla.

—¿A qué has ido entonces a su piso?

—Simplemente buscaba información, pero no iba a revelársela a Pierce. Quiero que Anya esté bien, lo único que quiero es prevenirla...

—Ya —Le interrumpió Mike—. Por eso mismo afirmaste que estabas tramitando el expediente de Charlotte, ¿verdad?

Peter miró asombrado a aquel hombre.

—¿Cómo sabes...?

—Responde —Le instó Liam.

—Yo... yo no estoy tramitando ningún expediente. Simplemente es lo que le dijo Pierce a Anya, no sabía qué hacer...

—Ya sabemos que no estás tramitando nada —Le interrumpió Roy—. Pero encubriste a tu jefe.

—¿Y qué querías que hiciese? —gritó hacia él—. No quiero acabar como Charlotte.

Liam dio unos pasos hacia atrás y apartó la pistola de su rodilla, haciendo que Peter se relajase levemente. Por lo visto no sabía nada, si hasta se había orinado en los pantalones...

—No dirás nada a tu jefe sobre esto..., de lo contrario, te mataré — comentó Liam guardando el arma en su cinturón.

Peter asintió rápidamente y durante unos segundos cerró los ojos y agachó su cabeza recuperando el aliento.

Liam señaló a Mike para que lo cogiese. Al momento, lo sujetó con fuerza del brazo poniéndolo en pie.

—Un placer hablar contigo, Peter —ironizó Liam mientras Mike colocaba de nuevo la bolsa cubriendo su cabeza, ocultándole toda vision. Escuchó el gemido de él y al momento comenzó a tirar conduciéndolo hacia la puerta. Miró hacia Roy hasta que escuchó la puerta del piso cerrarse y se quitó el pasamontañas. Lo arrojó sobre la mesa y se pasó la mano por el cabello, despeinándose—. Maldito hijo de...

—Está claro que no sabe nada. Es un simple pringado —dijo Roy.

Liam aceptó y se apoyó sobre la mesa, intentando templar los nervios para no arrojarla al suelo. Aquello no había servido de nada, no habían logrado adivinar nada que no supiesen.

—Necesitamos saber qué se trae Pierce entre manos —pronunció sin mirarlo.

Roy aceptó mientras se colocaba a su lado. Liam lo miró.

—¿Has logrado saber ya si el móvil al que llamó Pierce es el de Tansel Wood?

Roy negó mientras se colocaba frente al ordenador.

—No. Tardará horas aún.

Aquello volvió a desesperarlo y se secó una gota de sudor que resbalaba por su frente.

—Está bien —Suspiró y se cruzó de brazos—. Ve a casa y descansa...

—Me quedaré aquí hasta saber...

—No —Le cortó—. Ve a descansar. Mi hermana estará preocupada por ti —pronunció sin mirarle.

—¿Quieres venirte un rato a casa? —preguntó—. Creo que te irá bien que te despejes un poco.

—No. Voy a ir con Anya. Hans también querrá irse a descansar —dijo mientras cogía su chaqueta y se la ponía—. Nos vemos mañana por la mañana, aquí. —Fue hacia la ventana y vio salir el coche en el que Peter iría maniatado. Maldito fuese, pensaba que lograrían aclarar algo con el interrogatorio, pero no habían sacado nada en claro—. Dile a Mike que no hace falta que vuelva, que nos vemos aquí por la mañana —pronunció abrochándose la cazadora y dirigiéndose hacia la puerta, pero Roy le cortó el camino, con mirada preocupada.

Liam enarcó una ceja cuando Roy le cortó el paso.

—¿Tú estás bien? —preguntó—. Jamás te había visto perder los nervios así —Le susurró señalando la silla donde había estado Peter.

—Si encuentran a Anya la matarán —Se justificó.

—Ya. Anya —pronunció coqueto—. La chica es muy guapa... —Liam resopló ante la insinuación e intentó rodear a su cuñado, pero él volvió a detenerlo—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad?

Liam aceptó y sonrió agradecido a Roy.

—Ya lo sé —dijo dando una palmada en su hombro.

Dicho esto, se alejó.

—Ve a casa con tu mujer y tu hija, Roy —dijo mientras salía del piso.

Sabía que Roy lo recogería todo, como siempre hacía, y luego se marcharía. No esperó a escuchar su contestación, cerró la puerta y bajó hasta el garaje donde guardaban unos cuantos coches.

Aquellas últimas palabras de su cuñado lo habían dejado pensativo. Sí, Anya era preciosa, no le resultaba indiferente y era obvio que su cuñado lo conocía demasiado bien como para no darse cuenta de ello.

Desde la primera vez que la había visto le había resultado extremadamente atractiva, una chica graciosa y tierna. ¿Para qué iba a negárselo? Le atraía, y mucho, y aquello era un verdadero problema si los sentimientos se interponían con su trabajo porque, tal y como había observado Roy, su paciencia se agotaba antes y se volvía más agresivo.

Se conocía a sí mismo y sabía lo peligroso que podía ser aquello. No sería la primera vez que mataba a alguien. Si debía hacerlo para que ella estuviese a salvo lo haría. Quizá en otra situación dudaría, pero no sería así si lo que estaba en juego era la integridad de Anya.

Aún notaba cómo le temblaban las manos, pero no de miedo, sino de rabia contenida hacia Peter Bailey.

Intentó conducir relajado hasta su piso. Cuando finalmente aparcó en su garaje se dio cuenta de que tenía varios mensajes en su móvil.

El primero era de Mike, el cual le decía que ya estaba todo hecho y que mañana se verían a primera hora.

El segundo era de Roy y contenía un archivo adjunto. Se sorprendió al ver la foto de su preciosa sobrina durmiendo. Aquello lo calmó e incluso le hizo sonreír. Aquella niña le tenía el corazón robado.

Guardó su móvil y fue al ascensor para subir hasta su piso.



Cuando abrió la puerta de su piso había absoluto silencio. La luz del comedor estaba encendida.

Cerró la puerta tras de sí y caminó despacio.

Hans estaba sentado en el sofá, con el arma sobre la mesa del comedor y una cerveza en la mano.

—Veo que has encontrado la cerveza —rió Liam mientras dejaba la cazadora sobre la silla.

Hans se levantó con una sonrisa y le guiñó el ojo mientras guardaba su arma.

—Están donde siempre, no ha me ha sido difícil —bromeó.

—¿Dónde está Anya?

Hans fue a la silla y cogió su cazadora.

—Me ha preguntado si se podía dar una ducha, y le he dicho que sí. — Depositó el botellin de cerveza sobre la mesa y se puso su chaqueta— ¿Va a quedarse aquí?

—No puede volver a su piso —pronunció mirando hacia el pasillo, de donde le llegaba el sonido del agua al caer. Hans asintió—. Esta noche la pasará aquí, mañana ya veremos. No sé hasta qué punto este piso es seguro.

—Nadie sabe que estamos metidos en esto.

—Ya, pero no me fio —pronunció mirándolo de reojo.

Hans se abrochó la chaqueta.

—Llévala a uno de los pisos de protección de testigos, allí están vigilados a todas horas.

Liam negó.

—No quiero involucrar a nadie más, y se debería introducir su nombre en la base de datos de testigos protegidos para asignarle un piso. No olvides

que hay un miembro de la CIA en Baréin.

Hans hizo un gesto de aprobación.

—¿Crees que la CIA está metida en algo de esto? —preguntó con cierto reparo.

—Sé que ese tal Tansel, extrabajador de la CIA, está en el mismo hotel al cual Pierce realizó la llamada. No me da buena espina.

—A mí tampoco —susurró Hans.

Liam afirmó y se volvió hacia él.

—Mañana hemos quedado a primera hora en el piso. Nos vemos allí.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Cuando Hans abandonó su vivienda Liam cerró la puerta con llave. Sabía que, por el momento, nadie tenía pistas sobre el paradero de Anya y que, gracias a que Roy había borrado las imágenes de la grabación del vestíbulo, nadie sabía quién era el misterioso hombre que la había ayudado a escapar. No quería tentar demasiado a la suerte, sabía que Pierce tenía acceso a un gran número de recursos y que no pararía hasta dar con ella.

Debía cambiar de domicilio lo antes posible. Fue hacia la cocina, cogió una cerveza, la abrió y dio un buen sorbo, cuando escuchó unos pasos por el pasillo.

—¿Hans? —Escuchó la voz de Anya.

—Hans se ha marchado. Ya estoy aquí —pronunció saliendo de la cocina.

Anya se había vestido de nuevo, tenía el cabello mojado y algunos mechones húmedos se enganchaban a su rostro.

Lo miró de arriba abajo y afirmó.

—Le he pedido si podía darme una ducha —pronunció tímida.

—Sí, está bien. No hay problema. Siéntete como en tu casa —respondió con agilidad.

Ella afirmó y se mordió el labio, avergonzada con la situación.

—¿Tienes hambre? —preguntó Liam. Ella negó—. Tienes que comer algo y recuperar fuerzas —explicó mientras se metía de nuevo en la cocina.

Ella lo siguió y se apoyó contra el marco de la puerta mientras se pasaba las manos por el cabello húmedo.

Liam extrajo un plato precocinado de pasta y lo metió directamente en el microondas. Se giró hacia ella y se quedó observándola. Que le matasen si no comenzaba a enamorarse de aquella muchacha.

—¿Voy a quedarme aquí? —preguntó paseando la mirada por la cocina.

—Hasta que no se aclare este asunto no puedes volver a tu piso — explicó apoyándose contra el mármol—. Es peligroso.

Ella se pasó la mano por la frente mientras daba unos pasos hacia delante hasta sentarse en la silla. Se masajeó las manos y luego lo miró con ternura.

—Gracias por haber venido a buscarme —susurró—. Te arriesgaste mucho.

—Ya te dije que te mantendríamos a salvo.

Ella aceptó y se apoyó contra la mesa. Cuando el pitido del microondas sonó Liam sacó el plato de pasta y lo colocó ante ella. Lo dividió en dos platos y le tendió uno.

—Toma. Come —pronunció mientras se sentaba a su lado. Observó cómo ella removía el plato y se apoyó contra el respaldo—. Tenemos que hablar —pronunció con delicadeza.

Ella lo miró confundida pero no dijo nada, permaneció en silencio, esperando que él continuase.

—El micro que pusiste en el despacho de tu responsable ha dado sus frutos. Hemos escuchado una conversación...

Ella tragó saliva nerviosa y soltó el tenedor.

—¿Con quién?

Liam se acercó un poco más a ella, sin apartar la mirada de sus ojos.

—Con Peter.

Ella irguió su espalda y miró de un lado a otro, nerviosa.

—¿Con Peter Bailey? ¿Mi amigo? —preguntó incrédula.

Aquella pregunta le hizo sonreír con ironía.

—Ya. Tu amigo —dijo apoyándose de nuevo contra el respaldo—. Peter está metido en todo esto.

—¿Qué? —gimió.

—Sabía lo que le había ocurrido a Charlotte.

Ella se llevó la mano a la boca, totalmente horrorizada.

—Pero él...

—Te mintió —Le recordó—. Ya te dije esta tarde que estaba tramitando el expediente de Baréin, cuando es falso. Encubrió a su jefe. —Ella negó con su rostro, como si no diese crédito—. Tenemos una conversación grabada en la que habla con Pierce, y Pierce le ordena que te encuentre...

Ella gimió.

—¿Peter me está buscando?

—De hecho, ha ido a tu piso a ver si te encontraba o podía adivinar quién te había ayudado.

Ella estuvo a punto de levantarse de la mesa, desesperada.

—Pero yo... yo confiaba en él —comentó con los ojos rasos.

—Él ayuda a Pierce a encubrir cualquier tipo de información que pueda filtrarse en el Departamento de Seguridad Nacional, para así cubrirse las espaldas. Pero no tiene conocimiento de nada más, no hemos podido sonsacarle para quién trabaja Pierce.

Ella lo miró extrañada.

—¿Sonsacarle?

Liam suspiró.

—Mike lo ha cogido cuando salía de tu piso. —Luego la miró con determinación—. Le hemos interrogado.

Ella se levantó al instante por la impresión de aquellas palabras. Sabía lo que aquello implicaba, lo que hacía la CIA en un interrogatorio y cuáles eran sus métodos.

—¿Ha ido a mi piso? ¿Lo habéis...?

—Se ha llevado unos cuantos puñetazos —respondió—, pero no más que eso... —Se pasó la mano por el cabello despeinándose—. Te cuento esto porque necesito que rememores cualquier cosa sobre Peter. Si se ha visto con alguien últimamente, si escuchaste alguna conversación de Peter y tu jefe..., cualquier cosa que pueda ayudarnos.

Ella se sentó poco a poco, mientras intentaba asimilar todo aquello. Se pasó la mano por los labios, notando que tenía la boca seca.

—No —respondió pensativa—, él nunca me explicó nada. Todos los que trabajamos en el departamento firmamos contratos de confidencialidad. Ni entre nosotros mismos podemos intercambiar documentación sin que nos autoricen. —Liam aceptó mientras la contemplaba, parecía realmente nerviosa. Ella giró su cabeza hacia él—. ¿Qué voy a hacer? —gimió.

Él se acercó de nuevo y cogió su mano, acariciándola e intentando tranquilizarla.

—No tienes que hacer nada.

—Me buscarán...

—Eh —La cortó de nuevo al ver que su voz transmitía terror. Pasó una mano por su cabello castaño, húmedo—, no tienes nada que temer si te quedas a mi lado.

—¿Pero voy a tener que esconderme toda mi vida? —preguntó

mirándolo fijamente.

Liam se acercó un poco más, intentando infundirle algo de valor, pero se descubrió descendiendo su mirada hasta sus labios carnosos.

La mirada de ella era asustada, como si no pudiese encajar todo aquello. Sus labios estaban entreabiertos por la respiración acelerada producto de los nervios.

Sin ser consciente de lo que hacía, descendió lentamente hacia sus labios y los rozó con los suyos. No se dio cuenta de lo que había hecho instintivamente hasta que notó que ella colocaba sus manos en su nuca, acariciando su cabello corto.

Se acercó más, rodeándola con su brazo, atrayéndola hacia él e intensificando el beso.

Quizá aquello no fuese buena idea, sabía que mezclar sentimientos con su trabajo era una temeridad, pero ya era demasiado tarde y aquello era algo que había deseado hacer desde un principio. Ahora ella estaba junto a él y la protegería de cualquier amenaza, acabaría con cualquiera que intentase dañarla sin dudarle un segundo. Ella se había convertido en su principal prioridad.

Paseó la mano por su mejilla con ternura, notando la suavidad de su piel bajo las yemas de sus dedos, sus labios húmedos y temblorosos moviéndose bajo los suyos, hasta que fue ella la que se apartó poco a poco, abriendo los ojos con lentitud.

Liam la observaba con una mirada cargada de pasión, aún con su mano en su mejilla, acariciándola suavemente.

Anya lo observaba con una mezcla entre fascinación y temor.

—¿Ocurre algo? —preguntó delicado al ver que ella parecía dudar.

Ella negó y luego se apartó mientras una sonrisa nerviosa inundaba su rostro. Se colocó un mechón de cabello tras la oreja y paseó la mirada por la cocina hasta que se encogió de hombros.

—No, no pasa nada.

—¿Te ha molestado que te bese? —preguntó, atrayendo la mirada de ella.

—No —dijo rápidamente—. Es solo que no lo esperaba.

Aquella respuesta sincera hizo que él sonriese y acabó aceptando, observando cómo las mejillas de ella pasaban de un tono pálido a uno rosado. Se separó un poco de ella, poniéndose erguido y le cogió la mano de nuevo, acariciándola.

Desde la primera vez que lo había visto se había sentido atraída, le había parecido un hombre atractivo a rabiarse y varonil. No estaba ciega para no darse cuenta del hombre que tenía delante, pero lo que menos imaginaba es que él acabase besándola. Aunque había sido amable y protector con ella en todo momento, no esperaba aquella reacción por parte de él.

En ese momento fue consciente de la forma en que él la miraba, algo de lo que no se había dado cuenta hasta entonces. Su mirada era dura, decidida, pero también pasional.

—Deberías comer —dijo mientras le acercaba el plato.

Ella removió el plato de pasta con el tenedor, consciente de que él la observaba. Finalmente probó bocado. Bueno, no estaba mal y, como él le había dicho poco antes, le iría bien tener algo en el estómago.

—¿Y qué es lo próximo que vamos a hacer? —preguntó intentando cambiar de tema—. ¿Vas a interrogar a Pierce?

Liam comió un poco de pasta y se giró para coger una botella de agua. Llenó los dos vasos y le ofreció uno.

—No. —Dio un sorbo y la observó un segundo—. Pierce contactó precisamente con una persona en Baréin.

—¿En Baréin?

—Roy ha podido localizar la llamada, pero aún no sabemos quién es el propietario de ese móvil. —Comió un poco más y volvió a mirarla—. El GPS ha ubicado la llamada en un hotel de la zona. Un hotel de lujo. —Ella escuchaba atenta—. Hemos mirado las personas que están alojadas.

—¿Y? —preguntó nerviosa.

—Una de esas personas es un exmiembro de la CIA.

Ella soltó su tenedor, mirándolo asombrada.

—¿Un compañero tuyo? —preguntó sorprendida.

—No lo conozco. Dejó la CIA hace unos siete meses.

—¿Y qué hace allí?

—Eso me gustaría saber a mí.

—¿Crees que puede estar siguiéndole la pista al interlocutor de la llamada de Pierce? —preguntó intrigada.

Él suspiró.

—No lo sé. Lo único que sé es que tu responsable, Pierce Simmons, habló con alguien alojado en ese hotel, y parecía estar al corriente de todo.

—¿Tienes las grabaciones? —Él afirmó—. Quiero escucharlas.

Liam la miró e hizo un gesto de aprobación.

—De acuerdo. Mañana te las pondré.

Anya se quedó pensativa.

Si Pierce había contactado con alguien de Baréin, es que lo sabía todo sobre ese asunto, pero recordaba que le habían dicho que habían examinado su ordenador sin encontrar nada al respecto.

—Roy dijo que no tenía ningún expediente en su ordenador —pronunció sin mirarle.

—Y así es —Le dio la razón Liam—. Peter nos ha asegurado que recibe órdenes.

—¿De quién?

Liam la miró y enarcó una ceja hacia ella, luego le sonrió.

—Si lo supiese no tendríamos este problema —bromeó.

Ella aceptó y volvió a descender la mirada, contrariada.

—¿Peter sabe quién eres?

—No, no sabe absolutamente nada. Pero sospecha que estás con nosotros.

—¿Te ha dicho algo sobre mí? —preguntó intrigada.

—¿Algo como qué? —dijo sorprendido.

Ella negó, pero chasqueó la lengua.

—Me engañó... —susurró—. Me hizo creer que estaba interesado en mí para sacarme información, para saber si yo podía...

—No creo que te engañase en eso —pronunció mientras se metía más pasta en la boca, sin mirarla.

Ella alzó una ceja.

—¿Qué?

Liam elevó su mirada mientras se pasaba la servilleta por la boca.

—Que no creo que te engañase en eso —repitió tranquilo—. No sería extraño que se sintiese atraído por ti. —Ella apartó la mirada de él, intimidada por sus palabras y por lo que transmitían, sobre todo, teniendo en cuenta lo que había ocurrido entre ellos hacía escasos minutos—. Pero eso no quita que sea un mentiroso, que te haya utilizado, que en cierto modo sea cómplice de un asesinato y, sobre todo —La señaló y chasqueó la lengua—, que sea un capullo integral. —Ella le hizo un gesto de desagrado y resopló ante la atenta mirada de él—. Hiciste bien en buscarme —acabó diciendo. Ella lo miró y le sonrió de forma tierna. —Y... —dijo acercándose con aquella mágica mirada de nuevo, lo cual la volvió a intimidar—, lo del beso... —Ella puso su espalda recta y miró hacia sus labios instintivamente—, me ha gustado... mucho —

susurró.

Estuvo a punto de atragantarse. Desde luego, a sincero no le ganaba nadie. Se obligó a apartar la mirada de él, notando cómo su mano temblaba levemente. Si cuando lo vio la primera vez, arrojándola al interior de aquel piso con nula delicadeza, hubiese imaginado que acabarían besándose no hubiese dado crédito.

Aquel hombre transpiraba agresividad por cada poro de su piel, sabía que era extremadamente peligroso si se lo proponía, pero la forma en que la había besado era totalmente diferente. Notó cómo su cuerpo temblaba al observarlo. Liam tuvo que ser consciente de ello porque la miró y cogió su mano de nuevo como si así pudiese calmarla.

—Todo saldrá bien.

Ella afirmó y luego miró de forma tímida.

—No... no tengo ropa. Ni nada.

La observó como si fuese consciente de ello en aquel momento.

—Le diré a Roy que te traiga algo mañana. —Ella lo miró sin comprender, lo que hizo que él sonriese—. No es que a Roy le guste tener ropa de mujer —bromeó—. Pero mi hermana debe tener más o menos la misma talla que tú. Roy es mi cuñado.

Ella lo miró sorprendida. Ahora comprendía que hubiese tanta afinidad entre ellos.

—Ah —dijo sin saber qué responder a ello—. De acuerdo, gracias.

Liam cogió su móvil y comenzó a teclear mientras se metía el tenedor repleto de pasta en la boca.

Despertó asustada, recordando las imágenes de aquella persecución por su lugar de trabajo. No pudo contener el grito y se sentó directamente sobre la cama, llevándose las manos hacia la boca. Había faltado muy poco para que la cogieran.

A oscuras, buscó el interruptor de la pequeña lámpara que había en la mesita de noche al lado de la cama.

Liam le había enseñado el piso y le había ofrecido una habitación que tenía para invitados. Seguramente, alguna vez, su sobrina se había quedado a dormir ahí, porque en una de las dos camas, sobre la almohada, había unos cuantos peluches.

Consiguió encender la luz cuando escuchó la puerta de su habitación

abrirse con cierta urgencia. Liam se asomó preocupado.

—¿Estás bien?

Ella tardó un par de segundos en responder, intentando todavía recuperar el aliento. Tragó saliva y tras apartarse el cabello del rostro afirmó.

—Una pesadilla —susurró.

Se quedó contemplándola unos segundos bajo el marco de la puerta y finalmente dio un paso adentro. Vestía unos pantalones azul marino y una camiseta de tirantes blanca. Se acercó hasta colocarse a su lado, con las manos en su cintura.

Cuando ella elevó su mirada lo encontró ahí. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había acercado tanto. Era sigiloso, demasiado.

—No te preocupes —intentó suavizar su voz—. Estoy bien.

Él enarcó una ceja y se sentó a su lado, ante la mirada sorprendida de ella. Anya, pudorosa, no pudo evitar subir un poco más la sábana hasta cubrir su pecho. Le había dejado una camisa blanca para dormir y estaba cómoda, pero era fina y dudaba que no se transparentase algo.

—A mí no me lo parece. Estás asustada.

Ella resopló.

—Como para no estarlo —ironizó, luego ladeó su cabeza hacia él—. Ya se me pasará.

Él afirmó y miró hacia la silla donde había depositado los dos peluches.

—¿Quieres hablar de algo? —preguntó volviendo la mirada hacia ella.

Le pilló por sorpresa aquella pregunta y dudó un poco. Luego sonrió debilmente hacia él.

—Mi padre me dijo una vez que la vida de un adulto no era fácil, pero no esperaba que fuese a complicarse tanto.

—Tu padre era un hombre sabio —sonrió él—. ¿Lo recuerdas? —preguntó intentando darle conversación. Ella tuvo que darse cuenta de que intentaba distraerla porque le sonrió con ternura.

—Sí, no tengo muchos recuerdos, pero los que tengo son bonitos —susurró—. Recuerdo cuando me llevó a la Plaza Roja por primera vez, a visitar la Catedral de San Basilio. Siempre que pasábamos en coche por aquella zona me quedaba observándola, tiene tanto colorido —rio ella como si aquellos recuerdos la alegrasen—. Un día me llevó a visitarla por sorpresa. Creo que fue uno de los días más felices de mi vida. Es un lugar que recuerdo con mucho cariño —dijo pensativa.

—¿Has vuelto a Moscú?

—No. Aunque me gustaría volver —pronunció mordiéndose el labio—. Es mi hogar.

Él se quedó contemplándola y asintió.

—Tus padres estarían orgullosos de ti —pronunció mientras cogía su mano.

Ella rio amargamente.

—Seguramente mis padres me hubiesen echado una buena reprimenda por meterme en este lío.

Él rio al escuchar aquello.

—Sí, y estaría más que justificada.

Ella suspiró y luego negó hacia él.

—¿Cómo puedes vivir así?

—¿Así? ¿Cómo?

—Arriesgándote cada día. ¿No te asusta?

Él ladeó su cabeza hacia ella.

—Alguien tiene que hacerlo. No es fácil —admitió—, pero te acabas acostumbrando.

Ella sonrió.

—Ojalá yo pudiese decir lo mismo. Creo que jamás me acostumbraría a algo así, a estar alerta a cada momento, a vivir con miedo a que me descubran o sepan mi identidad.

Él se encogió de hombros.

—Yo no entiendo cómo puedes pasarte horas delante de un ordenador sin acabar golpeándote contra la mesa. ¿Hay algo más aburrido que eso? —bromeó.

Ella comenzó a reír e hizo un gesto gracioso con su lengua.

—Supongo que no —admitió—, pero también tiene su parte de emoción.

—Supongo que acumulas mucha adrenalina —ironizó.

Ella golpeó levemente su mano y sonrió hacia él, pero él volvió a cogérsela y se la acarició con ternura. Aquel gesto le hizo poner la piel de gallina. Tragó saliva y lo contempló, incluso con aquella poca luz sus ojos azules destacaban, brillaban como dos luceros.

Liam pareció dudar unos segundos, gesto que sorprendió a Anya.

—¿Quieres que me quede? —preguntó, aunque no detectó ninguna mirada que desprendiese sensualidad, solo preocupación.

Estuvo tentada de afirmar, de decirle que no quería estar sola y que, aunque se quedase dormida, estaría mucho más tranquila sabiendo que él

estaba allí. Se mordió el labio y negó lentamente.

—Tranquilo, estoy bien.

—No me digas más eso —susurró—. Cualquiera persona en su sano juicio estaría al borde de un ataque de nervios.

Ella suspiró y se mordió el labio.

—Creo que he tenido unos cuantos —reconoció.

Él se aproximó un poco más y puso su mano en la nuca de ella para obligarla a mirarle.

—¿Estás segura? —Ella dudó unos segundos, lo cual hizo que él tomase una rápida decisión—. Me quedaré en la cama de al lado. No te preocupes —dijo directamente.

—Liam, yo... no quiero...

Él se puso en pie y se acercó a la cama quitando la colcha.

—¿Qué?

—No quiero molestarte. Tú debes descansar también.

—Tú no me molestas, parece mentira que digas eso —dijo mientras sacaba la colcha.

En aquel momento Anya se dio cuenta de que una leve sonrisa inundaba el rostro de él al observar la sábana. Tenía dibujos infantiles de animales.

—Esa sábana no le pega nada a un peligroso agente de la CIA —bromeó ella.

Él se giró y le sonrió con sorna.

—Ya —dijo mientras de su espalda sacaba un arma y la colocaba debajo de su cama. ¿Había tenido la pistola todo el rato ahí? Liam tuvo que darse cuenta de que ella lo miraba entre asustada y sorprendida y sonrió más abiertamente—. Y supongo que esto no pega con las sabanas —bromeó mientras se tumbaba, echándose únicamente la fina sábana por encima.

—¿Vas con el arma a todos lados? —preguntó en tensión.

—Hay que estar preparado para todo —respondió cerrando los ojos.

—¿Con un arma? —preguntó ella elevando un poco más el tono de voz. Aquello hizo que él volviese a mirarla.

—Sí, con un arma. —Luego chasqueó la lengua y volvió a mirar hacia el techo—. Tranquila, tiene el seguro puesto.

—Eso no me preocupa, me preocupa el hecho de dormir en una habitación donde hay una pistola. Es peligroso.

—No, la pistola es solo un arma. Lo peligroso es quien la usa. —Ella resopló y se tumbó en la cama de lado, observándolo—. Descansa tranquila.

—No sé si voy a poder con eso ahí —gimió.

Él giró su cabeza y la miró con convicción.

—Estoy aquí para protegerte, y es lo que pienso hacer. —Llevó la mano hasta el interruptor y la observó un segundo antes de apagar la luz—. Si necesitas algo despiértame.

En poco más de dos minutos escuchó la respiración tranquila de él.



Miró el escritorio vacío de Anya mientras se dirigía al ascensor. Todo se había torcido, aquella muchacha poseía información que hacía peligrar su misión. Aquello lo mantenía en tensión.

Pasó al lado de Peter, el cual miraba atento el ordenador y se detuvo a su lado.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó Pierce al ver el rostro amoratado de Peter.

Él se giró levemente, y contestó sin mirarlo.

—Ayer salí de copas —mintió—. Acabé peleándome con un tío.

Pierce enarcó una ceja, incrédulo, pero luego sonrió.

—No esperaba que fueses de ese tipo de hombres.

Peter se encogió de hombros.

—Pues ya ve que sí.

Pierce asintió y se acercó más a él.

—¿Cómo va la búsqueda?

Fue entonces cuando Peter se puso en tensión. Recordó lo que aquellos hombres le habían dicho. Lo observaban.

—Estoy analizando el móvil de Anya. No hay nada —susurró señalándole la pantalla.

Pierce gruñó cerca de su hombro y finalmente se puso erguido.

—Encuétrala —ordenó en voz baja mientras se colocaba correctamente la americana.

Dicho esto, siguió caminando hacia el ascensor. La reunión que tenía programada a las diez de la mañana era de vital importancia. Una incursión en Corea del Norte. Debían planificar la estrategia, decidir los enviados y, ante todo, programar la incursión en un territorio extremadamente hostil.

Cuando salió del ascensor, dirigiéndose a la novena planta donde disponían de una enorme sala de reuniones, notó cómo su teléfono vibraba.

La secretaria se acercó a él con una sonrisa y unas cuantas carpetas en la mano.

—Señor, ya está todo listo para...

—Disculpa —Le cortó dando media vuelta y alejándose. Reconoció el teléfono desde donde llamaban y notó cómo la respiración se le entrecortaba—. Mierda —susurró antes de descolgar el teléfono y llevárselo al oído. No dijo nada, simplemente se fijo en que estuviese solo y esperó a que hablasen al otro lado.

—Me han dicho que tienes problemas —pronunció el interlocutor.

Reconoció la voz de Heimdall al otro lado de la línea. Tragó saliva y se deshizo un poco el nudo de la corbata. Fue hasta una de las pequeñas salas vacías y entró. Necesitaba intimidad para poder hablar sin problemas.

—Es un pequeño contratiempo —pronunció rodeando la enorme mesa, dirigiéndose al ventanal desde donde podía verse toda la ciudad, en constante movimiento.

—¿Habéis dado con ella? —preguntó directamente.

Pierce tragó saliva y se giró para observar el pasillo por donde algunos de sus compañeros se dirigían a la sala de juntas donde se celebraría su reunión.

—Aún no. Pero estamos cerca —pronunció con voz temblorosa—. Supongo que entre hoy y mañana...

—Pásame todos los datos de la muchacha —Le cortó—. Me encargaré yo mismo.

Aquello le hizo poner los pelos de punta y, durante unos segundos, notó cómo el corazón se le iba a salir por la boca. Puede que Anya lograra esconderse de él, pero sabía que Heimdall daría con ella con toda facilidad.

—Claro, se lo pasaré hoy mismo.

—De acuerdo. —Luego escuchó una especie de suspiro al otro lado—. No podemos permitirnos este tipo de errores —pronunció con voz grave.

—Lo sé. Ha sido un contratiempo inoportuno. No volverá a ocurrir —dijo en un susurro, con un tono de voz que clamaba misericordia.

Heimdall no respondió y cortó la comunicación sin decir nada más.

Guardó su móvil con gesto tembloroso. Sabía que Heimdall no se pondría en contacto directamente con él si la situación no lo requería, pues para eso mismo estaba el intermediario, para notificarle a él todo lo que

tuviese que conocer Heimdall.

Notó cómo una gota de sudor frío resbalaba por su mejilla y se quedó observando el pasillo, donde su secretaria esperaba nerviosa que él saliese.

Se anudó de nuevo el nudo de su corbata y salió de la sala dirigiéndose hacia ella, que le entregó la documentación al momento.

—¿Va todo bien? —preguntó al ver la expresión demacrada de su jefe.

—Sí —respondió sin mirarla, dirigiéndose con paso decidido a la sala de reuniones.

Anya se removió inquieta mientras observaba a Liam teclear compulsivamente en el ordenador.

Casi no había podido dormir aquella noche, aunque debía confesar que la presencia de Liam a su lado la había calmado, pero cada vez que cerraba los ojos no paraba de repetirse la misma escena en su mente.

Lo superaría, aquel temor iría desapareciendo poco a poco, pero hasta que aquello ocurriese se sentía vulnerable, aunque contase con cuatro hombres sobradamente preparados.

Roy confirmó.

—Es su número. —Miró a Liam y luego paseó la mirada por sus compañeros, los cuales lo miraban con gestos serios—. No hay ninguna duda. El número es de Tansel Wood.

Liam resopló y observó a Anya, la cual permanecía sentada frente a la mesa, en silencio, escuchando todo lo que decían.

Se apoyó contra la silla y colocó sus manos detrás de su cabeza, pensativo.

—¿Así que la CIA está metida en esto? —preguntó Mike, el cual no salía de su asombro.

—Tansel dejó la CIA hace siete meses. No trabaja para ningún departamento —Le recordó Roy.

—Ya, bueno, según lo que pone en su ficha —susurró Liam. Se giró y miró hacia Roy—. ¿Hay más agentes de la CIA en Baréin?

Roy comenzó a buscar ante la pantalla del ordenador.

—Bueno —intervino Hans—, está claro que ese tío está colaborando con Pierce.

Anya alzó su mano como si quisiese intervenir, lo cual hizo que todos la mirasen sorprendidos.

—¿Y no es posible que se haya infiltrado? —preguntó. Todos sonrieron ante la pregunta.

—Lo dudo —respondió Liam observándola un segundo, aún con pose desenfadada.

—Pero es una posibilidad —insistió ella.

—Desde luego sin más información eso no lo podemos saber. De momento sabemos que ese móvil pertenece a Tansel y que ha hablado con Pierce. No creo que sea un infiltrado, Anya, ya no trabaja para la CIA.

—Pues quizá por eso mismo no aparece, para pasar desapercibido.

Liam volvió a sonreír y ladeó su cabeza hacia ella.

—Eres muy inocente —susurró—. Te esfuerzas en pensar bien de la gente y eso me produce ternura —bromeó ante la mirada divertida de sus compañeros—. Pero las cosas caen por su propio peso. No creo que sea un infiltrado, ya has escuchado la conversación con Pierce.

Ella se removió inquieta y decidió quedarse callada. Quizá él tuviese razón, pero que le hablase así ante sus compañeros la avergonzaba. No quería que usase ese tono meloso ante ellos, así que se cruzó de brazos con una mirada fría, lo cual hizo que Liam enarcase una ceja hacia ella, cuando Roy les interrumpió.

—Tenemos seis compañeros en Baréin.

Liam se giró hacia él.

—¿Con qué misión?

—De reconocimiento y a la espera de nuevas órdenes.

Liam se pasó la mano sobre los ojos. No podían sacar nada más en claro. Ya sabían que seguramente Tansel sería su contacto en Baréin, que era un exagente de la CIA y, por lo tanto, era un hombre preparado para todo. No obstante, allí no podían averiguar nada más. Si querían obtener más información debían moverse.

—Está bien —dijo Liam con determinación—, nos moveremos al epicentro, ¿estáis de acuerdo?

Todos afirmaron con efusividad, aunque sus miradas volaron hacia Anya, la cual no parecía comprender nada.

—¿Y qué hacemos con ella? —preguntó Mike, el cual recibió una mirada interrogativa por parte de la muchacha, que no comprendía nada.

—Busca un piso franco, pero nada de base de datos de la CIA —respondió Liam mirándola fijamente.

—Eh, eh —interrumpió Anya nerviosa—. ¿Qué significa eso? ¿Qué piso

franco?

—Te quedarás un tiempo en un piso franco —explicó Liam—. No te preocupes, nadie sabrá que estás...

—No, no, no... —comenzó a decir—. No pienso quedarme sola —gritó.

—Nadie sabrá dónde estás —insistió Liam.

Ella se puso en pie, con todos los músculos en tensión.

—¿Y vosotros?

Liam suspiró.

—Debemos viajar a Baréin. Desde aquí no podemos averiguar nada más de lo que ya sabemos.

Ella lo observó con los ojos muy abiertos.

—¿A Baréin?

—Sí.

—Pero....

En ese momento el teléfono de Roy sonó, así que todos desviaron la mirada hacia él. Roy chasqueó la lengua con fastidio.

—Mierda —susurró.

—¿Qué? —preguntó Liam tenso por la conversación que estaban manteniendo.

—El jefe —dijo mostrándole el móvil.

Mike miró a Liam con fastidio.

—¿Nuevas órdenes?

Roy se encogió de hombros y se alejó un poco mientras contestaba, todos estaban escuchando hasta que Anya llamó su atención.

—Yo no pienso quedarme aquí —dijo con voz decidida—. Me están buscando para matarme —gimió—. Voy con vosotros.

Todos pusieron su espalda firme y miraron de reojo a Liam. Aquellas palabras le habían golpeado como una piedra arrojada contra él a gran velocidad.

—No. Es peligroso.

—¿Y no es más peligroso que me quede aquí sola? —gritó señalándolo.

—Te pondremos personal de confianza para que te proteja.

—Ni hablar —gritó ella—. Esto se inició porque yo encontré esos documentos, mataron a mi amiga y ahora me buscan a mí. Estás loco si piensas que voy a quedarme aquí. —Liam iba a hablar, pero ella le interrumpió—. ¡No! —sentenció con más fuerza de la que pretendía.

Liam rugió y se cruzó de brazos mientras daba un paso acercándose,

notando cómo la ira iba apoderándose de nuevo de su cuerpo.

Iba a contestarle cuando Roy se aproximó a ellos.

—Creo que tenemos una nueva misión —pronunció hacia el grupo.

Todos se giraron hacia él.

—¿Era Vincent? —preguntó Hans, a lo que Roy afirmó.

—¿Piensan enviarnos a algún lugar? —preguntó Liam enfurecido. Si les iban a asignar una misión nueva aquello podía paralizar sus planes para buscar a Heimdall.

—No lo sé. Tengo que ir a recoger las nuevas órdenes esta tarde.

Liam aceptó y luego miró hacia ella, aunque no se dirigió a Anya.

—Está bien, esperaremos a ver lo que Vincent nos dice.

Pero Anya insistió.

—No pienso quedarme aquí sola —susurró entre dientes.

Liam rugió, pero se contuvo y se giró, ignorándola, prestando toda su atención a Roy.

—De acuerdo, Roy, nos vemos luego —dijo señalándole hacia la puerta para que se marchase—. Hans, Mike —dijo mirando a sus compañeros—, mirad si alguno de nuestros compañeros de Baréin es de confianza.

—Está bien —respondieron poniéndose manos a la obra.

Se giró y miró a Anya, la cual permanecía aún en pie, con los brazos cruzados y la espalda erguida, totalmente tensa.

Se acercó a ella colocando las manos en sus bolsillos.

—Abandona esa posición, no te favorece —Le susurró, pero ella no se movió, al contrario, clavó sus pupilas en las suyas, con una mirada totalmente decidida—. Me parece que no eres consciente de lo que haremos en Baréin —susurró entre dientes.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué? —Le retó—. ¿Vais a disparar? Te recuerdo que he estado en un tiroteo. ¿Vais a torturar a alguien? Ví el cuerpo de mi amiga muerta... recuérdalo. Pocas cosas me pueden afectar ya —susurró—. Además, me prometiste que me protegeríais.

Liam paseó su mirada por aquel rostro decidido. No pudo evitar quedarse mirando un segundo sus enormes ojos azules y sus labios entreabiertos.

—No —volvió a decir denegando su petición, y automáticamente se alejó de ella sin darle opción a réplica.

Ella siguió cruzada de brazos, observándolo. Que dijese lo que quisiera.

Ella no pensaba quedarse allí con una banda de asesinos buscándola.

Roy esperaba ser llamado sentado en el pasillo. El edificio, situado en pleno centro de Washigton, era un edificio lujoso, donde se apilaban los despachos de abogados, arquitectos..., y donde pasaba más desapercibida la ubicación de este departamento.

Cuando la joven, alta y rubia muchacha, de enormes ojos azules se puso frente a él, le indicó un movimiento sensual que le siguiera.

Lo acompañó, conduciéndolo a través de aquel largo pasillo hasta una de las últimas puertas. No era la primera vez que acudía. Normalmente solía ir Liam, en representación de todo el equipo, pero aquel último año daba la impresión de que la CIA intentaba contactar con cada uno de sus trabajadores, haciéndolos sentir importantes al querer hablar con ellos personalmente, si bien todos sabían que aquello no era más que una forma de mantener el control y supervisar al personal.

Vincent Foster elevó la mirada cuando Roy entró en su despacho, un despacho decorado con un gusto exquisito. La alfombra roja, sobre la que se situaba el escritorio de madera de corte clásico, dotaba aquel despacho de vitalidad. Las estanterías, en la misma madera oscura que la mesa, estaban repletas de libros, figuras y alguna bandera americana, *souvenirs* que habría ido adquiriendo con el paso de los años.

En la pared de la derecha había un enorme cuadro del presidente de Estados Unidos y, justo enfrente, en la pared situada tras la mesa, el enorme estandarte de la CIA.

—Sargento Adams —dijo Vincent levantándose de la silla y tendiendo su mano sobre la mesa. Roy se la estrechó y se sentó frente a él. —Me alegro de volver a verle.

—Igualmente, señor —pronunció Roy adoptando una postura amigable.

Vincent paseó sus ojos azules por unas carpetas que tenía sobre la mesa y, finalmente, abrió una. Cogió el enorme sobre blanco, donde debía haber varios documentos en su interior y se lo pasó.

—¿Una nueva misión para el equipo, señor? —preguntó mientras aceptaba el sobre.

Vincent colocó sus dos manos sobre la mesa y las entrelazó, poniendo su espalda recta.

—En realidad es una misión para usted. —Aquello despertó la

curiosidad de Roy que lo miró sorprendido—. Usted es uno de los mejores francotiradores que tenemos. —Roy aceptó de buen grado aquel cumplido—. Creemos que usted es el más cualificado para realizarla. —Vincent se apoyó contra el respaldo en actitud relajada mientras observaba a Roy abrir el sobre—. Se trata de un objetivo. Es de vital importancia su eliminación. —Aquello pilló por sorpresa a Roy, el cual lo observó algo preocupado antes de seguir abriendo el sobre. ¿Ahora se iba a convertir en un asesino a sueldo?

—¿Por qué es tan importante este objetivo? —preguntó mientras comenzaba a sacar documentos.

—Verá, no estoy al corriente de todo —respondió con una sonrisa—. Es una misión de importancia uno. La misión viene de las altas esferas. Precisan a un hombre experimentado, ya que puede que el objetivo esté recibiendo ayuda. —Roy enarcó una ceja hacia él, pero contuvo el aliento cuando extrajo del todo los documentos y observó la fotografía de su objetivo. Era una foto de carné de Anya. Se la veía sonriendo, feliz, con sus enormes ojos azules y su cabello castaño cayendo sobre su pecho. Notó cómo el corazón se le desbocaba y se le secaba la boca. —Han requerido para esta misión a un hombre experimentado y, dado que el objetivo vive aquí, me he permitido recomendarle personalmente.

Roy se quedó totalmente estático, observando sin pestañear la fotografía.

—¿Ocurre algo? —preguntó Vincent.

Roy negó rápidamente y volvió a meter los documentos en el sobre, aún incrédulo.

—Se trata de una chica joven. ¿Por qué quieren eliminarla? —preguntó intentando parecer sereno.

Obviamente aquella pregunta no pareció del agrado de su superior, el cual ladeó su cabeza hacia él.

—Ni siquiera he mirado el sobre. No sé de quién se trata. Pero eso, sargento Adams, no es de su incumbencia —prosiguió con tono serio—. Usted es un soldado y como tal debe cumplir las órdenes que se le encomienden.

Roy lo miró fijamente. Durante unos segundos estuvo tentado de coger a su superior y golpearlo, obligarlo a hablar para saber de dónde provenían aquellas órdenes, pero se contuvo. Tenía claro que si se negaba o mostraba alguna duda le pasarían el encargo a otro de sus hombres.

—Claro, disculpe señor. —Acabó de guardar todos los documentos y lo miró de forma directa—. ¿De qué plazo de tiempo dispongo?

—No se sabe el paradero del objetivo, así que dispone de una semana

para llevarlo a cabo. Espero que no me decepcione, sargento Adams. Esta misión es muy importante y lo he recomendado a usted personalmente, no me defaude.

Roy aceptó, aún con los músculos tensos.

—No le decepcionaré, señor —pronunció poniéndose en pie.

—Por cierto —dijo también levantándose para estrecharle la mano. La cogió, pero no la soltó, lo cual llamó la atención de Roy—, insisto en que la misión debe ser un éxito —Y esta vez sonrió de forma maliciosa, lo cual hizo que Roy enarcase una ceja. Soltó su mano finalmente y Vincent abrió otro cajón extrayendo otro sobre—. Este sobre solo lo puede abrir cuando salga del edificio. Me dijeron que se lo entregara si dudaba. Es un incentivo que sabrá valorar para que cumpla su misión.

Roy cogió el sobre notando cómo el corazón se le disparaba. Aceptó sin comprender muy bien.

No pronunció nada más mientras se dirigía a la puerta. Solo observó cómo Vincent se sentaba tranquilamente sobre la silla, con una leve sonrisa, y comenzaba a ojear otros expedientes.

Caminó rumbo al ascensor con la mente absorta. Tenían un problema, y muy grave. La CIA había fijado como objetivo a Anya, lo cual le daba que pensar. Además, existía la posibilidad de que la misión no fuese encomendada solo a él. Sabía que el único equipo operativo en Washington era el de ellos, pero no podía descartar la posibilidad de que la misión se la diesen a varios hombres más.

Debía poner al corriente a Liam y prevenirlos a todos.

Caminó hasta fuera del edificio, donde una corriente de aire entreabrió su chaqueta negra. Notaba todos los músculos de su cuerpo en tensión. Jamás se había sentido así.

Fue hasta su coche y en cuanto abrió la puerta se sentó arrojando aquel sobre al asiento del copiloto. Cogió el otro sobre que le había dado Vincent y lo abrió.

Al momento notó que sus ojos se empañaban. ¿Pero qué era aquello?

Diane y su preciosa hija aparecían en la foto. Sabía lo que significaba aquello, ese era el “incentivo” que le daban para que cumpliera su misión, para que no fallase. Notó cómo sus manos temblaban mientras sujetaba la fotografía de su esposa y su hija. Si fallaba, si no cumplía su misión, ellas se convertirían automáticamente en el objetivo de otro.

Aquello iba en serio.

—¡Joder! —gritó mientras golpeaba el volante con todas sus fuerzas, haciendo que un hombre que pasaba al lado del vehículo lo mirase sorprendido.

Había escuchado muchas veces que la CIA usaba esas técnicas para persuadir a sus empleados, cuando algo les urgía o era de vital importancia, pero no había querido creerlo. Aquello era inhumano. Y lo peor es que si no cumplía su misión su familia correría un grave peligro.

Cerró los ojos y rugió, notando una quemazón que subía desde su estómago a su garganta. Se quedó pensativo mientras cogía el móvil, debatiéndose en qué hacer a continuación, hasta que tomó una decisión. Lo que tenía claro es que no pondría en peligro a su familia.



Cinco horas después Roy entraba al piso. Mike se asomó por la puerta y lo saludó, acto seguido desapareció de nuevo.

Mientras avanzaba hacia la habitación intentó calmarse, aparentar normalidad, pero no pudo evitar suspirar cuando entró en la habitación y lo primero que observó fue a Anya coger un trozo de pizza de la caja que tenían abierta.

—Con Kevin Donsons tuve una misión hace unos cuatro años — explicaba Hans mientras se limpiaba las manos con una servilleta de papel—. Es de fiar. —Miró a Liam y este aceptó—. A Malcolm Payne lo he visto unas cuantas veces. Lleva en el equipo de Kevin bastante tiempo. A Samuel, Joseph y Jim no los conozco, pero si están en el mismo equipo seguro que son de fiar.

Roy apartó la mirada de Anya y se forzó a concentrarse en lo que decían. Liam elevó la mirada hacia él.

—Eh, ¿cómo ha ido? —preguntó volviendo la mirada al ordenador—. ¿Alguna nueva misión?

Roy carraspeó un poco antes de contestar, mientras se dirigía a la mesa y observaba la pizza.

—No. Tenemos vía libre. Solo quería contrastar unos datos de la operación Mosaico.

Aquello atrajo la mirada de todos, incluso la de Anya.

—Esa misión fue la que investigó Chalotte —Les recordó.

—Anya, no era nada de eso. Solo quería contrastar unas fechas. — pronunció Roy. Miró a Liam y afirmó—. No es nada.

Liam lo miró extrañado, pero aceptó.

—Está bien. Así que tenemos vía libre. —Miró hacia Hans y aceptó—. Contacta con ellos.

Roy se acercó.

—¿Contactar con quién?

Liam se levantó y rodeó la mesa para ponerse a su lado mientras cogía un trozo de pizza.

—El equipo que se encuentra en Baréin. Hans conoce a un par de ellos. Les explicaremos lo que ocurre y les pediremos su colaboración.

Roy aceptó.

—Entiendo.

Liam volvió a mirarlo y se acercó un poco más a él.

—¿Va todo bien? —preguntó en un susurro.

Roy lo observó un segundo y suspiró.

—Sí, todo bien.

—¿Seguro?

Él volvió a afirmar y rodeó la mesa para colocarse al lado de Hans, el cual tenía los expedientes de sus compañeros abiertos, aun así, no pudo evitar echar de nuevo una ojeada a Anya, plácidamente sentada a su lado, observando la pantalla.

—De acuerdo, Mike —dijo señalándolo—. Saca los vuelos para Baréin. Organiza la ida al aeropuerto. Cuando los tengas y sepas horarios comunicádselos al equipo de Baréin, para que se preparen para nuestra llegada. Hans —llamó a su otro compañero—. ¿Estás con ello?

—Sí, ya tengo su teléfono. —Se levantó y cogió uno de los móviles que había sobre la estantería y que mantenían una línea segura, apartándose para hablar tranquilamente con ellos.

Anya miró a Mike, el cual parecía estar visitando páginas de internet para comprar vuelos. Se levantó y se colocó delante de él, el cual ni siquiera levantó la mirada hacia ella.

—¿Cuántos billetes vas a sacar?

Mike enarcó una ceja y miró de reojo a su jefe.

—Cuatro —dijo Liam acercándose.

—¿Por qué cuatro? —protestó ella—. Te he dicho que no pienso quedarme aquí sola.

Liam volvió a ignorarla y se giró hacia Roy.

—Por favor, busca un piso franco que no esté siendo usado y donde pueda quedarse.

—¡No! —gritó ella—. No, no puedes dejarme aquí —dijo colocándose en frente.

—Es peligroso que vengas con nosotros.

—Es más peligroso que me quede aquí sola —gruñó. Luego se removió inquieta—. Tú... tú me prometiste que me protegerías... que...

—Vas a estar más protegida aquí que allí —pronunció él elevando un poco más el tono de voz.

Ella se cruzó de brazos y, para sorpresa de todos, fue hacia uno de los ordenadores y apartó un poco a Roy para ponerse frente a la pantalla.

—¿Qué haces? —preguntó Liam con tono seco.

—Ya te lo he dicho. No pienso quedarme aquí. Voy a comprarme un billete para Baréin.

Liam rugió y fue hacia ella cogiéndola del brazo.

—¿Cómo? ¿Usando tu tarjeta de crédito? ¿Poniendo tus datos? —La soltó del brazo mientras empezaba a desesperarse—. Si pones tus datos y te están buscando no tardarán más de diez minutos en derribar esa puerta.

Ella puso su espalda recta y se cruzó de brazos. Luego miró al resto de los compañeros, pues parecía imposible convencer a Liam.

—Puedo ayudaros —gimió—. Sé... sé mucho de ordenadores...

—Para eso está Roy.

—Pero mejor dos informáticos que uno, además sé analizar cuentas bancarias, procesadores... Podría servir de ayuda. Así él podría estar pegando tiros. —Señaló hacia Roy, el cual resopló al escuchar aquello. —No en vano, pertenezco al Departamento de Seguridad Nacional...

—Ya no —Le recordó Liam.

—Pero conozco a gente que, en un determinado momento, si necesitamos ayuda, podría echarnos un cable. Además, sé cómo funciona el sistema operativo, cosa que vosotros no. Podría hackearlo sin problemas y obtener toda la información que necesitáis.

Liam se pasó la mano por la frente, agobiado.

—No voy a poder estar pendiente de ti —dijo Liam.

—No quiero que estés pendiente de mí —gimió ella—. Lo que sí quiero salir de esta maldita ciudad. ¡Nadie me buscará en Baréin! No tendría lógica, ¿no crees?

Aquello le hizo enarcar una ceja y miró al resto de sus compañeros, los cuales se encogieron de hombros. Suspiró mientras meditaba esa opción.

Roy se acercó.

—A mí me parece bien. Que venga —propuso mientras se llevaba una mirada encolerizada de su cuñado—. Tiene razón en lo que ha dicho. —La

señaló, y Anya comenzó a afirmar compulsivamente—. Y la verdad, no creo que nos venga mal que ella se encargue de la informática. —Luego señaló a Liam—. Y sabes que tiene razón en lo de Baréin, nadie la buscará allí.

Liam se rascó el cabello y miró enfadado hacia ella. Finalmente se giró hacia Mike.

—Consíguele una nueva identidad antes de comprar los billetes — pronunció señalándola.

Ella se controló, aunque en aquel momento hubiese dado un salto de alegría. No es que le hiciese especial ilusión viajar a Baréin, pero eso significaba que podría continuar bajo la protección de ellos. En esos momentos, él era la única persona en quien confiaba, y sabía que la protegería pasase lo que pasase.

Hans entró de nuevo en la habitación y miró directamente hacia Liam.

—Ya está. He hablado con Kevin. No tienen conocimiento de que Tansel Wood se encuentre allí.

Mike resopló.

—El muy hijo de put...

Liam lo interrumpió.

—¿Se lo has explicado?

—Todo. Nos ayudarán. También tienen ganas de pillar al cabrón de Heimdall. Le pasaré toda la información por una vía segura y cuando sepamos la fecha de nuestra llegada lo prepararán todo.

Liam se cruzó de brazos y se acercó levemente a él.

—¿Le has dicho que esto es ajeno al departamento?

—Sí —Luego le guiñó el ojo—. Ya te dije que era de fiar.

Liam aceptó y se giró, Roy estaba apoyado contra la mesa, cruzado de brazos, con la mirada clavada en un punto de la habitación.

—Roy —Llamó su atención, haciendo que él despertase de un sueño—. Envía toda la información donde te diga Hans por un servidor seguro.

—Claro.

Anya metió en la maleta de mano que le había dado Liam la ropa que su hermana le había prestado. Tuvo razón en que más o menos usaban la misma talla. Estaba un poco más delgada que Diane, y ella debía ser un poco más alta porque le arrastraban un poco los pantalones, pero al menos le servirían y no se vería obligada a salir a comprar ropa, ni a ir a su piso, pues lo podían tener

vigilado.

Cerró la cremallera de la maleta y observó su nuevo pasaporte. "Aleksandra Ivanova", aquel era su nuevo nombre, el que debería dar a todos los que le preguntasen. Tenía también un nuevo carné de conducir y un montón de documentos que aprenderse. Nuevo padre, nueva madre, hermanos y carrera universitaria.

Liam le había dado aquel nuevo dossier que debía aprenderse de memoria. En un principio sabía que no sería necesario usarlo, pues no pensaba entablar conversación con nadie, pero no estaba de más aprendérselo. Lo prefería así por si hacía falta.

Tenían un largo viaje por delante. Irían por separado hasta el aeropuerto de Nueva York y allí se encontrarían.

Anya tuvo suerte, decidieron que ella fuese la que cogiese un avión desde Washington hasta Nueva York. El trayecto duraba poco más de una hora. El resto viajaría por separado. Liam iría en coche, Mike y Hans en tren, aunque tomarían diferentes líneas, y Roy en autobús, lo cual le llevaría entre tres o cuatro horas de trayecto.

Se encontrarían en el aeropuerto de John F. Kennedy, en Nueva York, donde cogerían todos juntos un vuelo hasta Estambul, Turquía, y de allí otro hasta Baréin. En total, casi dieciocho horas de trayecto.

Al principio no le había gustado tener que tomar el primer vuelo sola hasta Nueva York, pero realmente era lo más seguro. Sabía que dentro de los aeropuertos había seguridad, y que una persona no podría entrar con armas.

Después, deberían encontrarse en la puerta de embarque del vuelo de Nueva York a Turquía. No se hablarían, no se mirarían, nada... harían como si no se conociesen.

Aquello iba a ser realmente aburrido, pero aprovecharía para memorizar el dossier con su nueva vida.

Salió del dormitorio y miró a Liam, el cual depositaba su maleta de mano al lado de la puerta, preparado para salir. Se giró sorprendido, pues no esperaba que ella ya estuviese allí.

—¿Ya estás?

—Sí.

Miró el comedor inspeccionando para no olvidarse nada y asintió.

—Está bien. Vamos —dijo cogiendo su maleta.

Pasaron a recoger a Roy cerca de una parada de autobús, el cual se subió en el asiento trasero. El trayecto hasta el aeropuerto fue rápido. A las

tres de la madrugada, por suerte, casi no había tráfico. Se mantuvieron en silencio, pensativos. Los tres sabían que lo que iban a hacer era peligroso, pero debían hacerlo.

Detuvo el vehículo en la puerta de la terminal y apagó el coche. Ella miró hacia el edificio, totalmente iluminado, donde varias personas hacían cola en la parada de taxi. Daba igual la hora que fuese, el aeropuerto siempre estaba repleto.

Su vuelo no salía hasta las diez de la mañana, pero Liam necesitaba llegar en coche hasta Nueva York, y antes debía dejar a Roy en la estación de autobuses.

Anya suspiró mientras se mordía el labio, observando aquella terminal. Allí estaría sola, y aunque supiese que aquel sitio era seguro le daba miedo separarse de él. Quizá no hubiese sido tan buena idea acompañarlos, quizá hubiese sido mejor aceptar el piso franco que le ofrecían.

Intentó relajarse y se giró para observar a Liam.

—Nos vemos en Nueva York —pronunció antes de abrir la puerta, pero Liam la detuvo cogiéndola del brazo, con la mirada al frente.

Ella se giró para observarlo, con cierta timidez al encontrarse Roy en el asiento trasero.

—Toma, cógelo —dijo tendiéndole un móvil—. Es una línea segura. Cualquier problema que tengas avísame.

Ella cogió el móvil, se quedó observándolo durante unos segundos y, en ese momento, deseó desesperadamente abrazarse a él, notar su cuerpo contra el suyo, su protección.

—Avísame cuando pases el arco de seguridad. Nos vemos en Nueva York —dijo él seriamente.

Ella asintió y salió del coche sin decir nada más, saludando con un ligero movimiento de su cabeza a Roy.

Anya se giró varias veces hacia atrás mientras accedía a la terminal. Él permanecía allí, mirándola desde el interior del vehículo, al igual que Roy. Estaba segura de que se quedarían allí hasta que les informase de que había pasado el arco de seguridad.

Liam se recostó en el asiento y suspiró.

—¿Cómo se ha tomado Diane que te tengas que marchar de nuevo?

Roy miró un segundo hacia delante y bajó su cabeza.

—No le ha hecho mucha gracia, aunque lo comprende. Esta tarde las he llevado a casa de mi hermana. No quiero que estén solas.

Liam asintió y se pasó las manos por los ojos.

—¿Tu hermana? Su marido es policía, ¿verdad? Haces bien.

Escuchó el suspiro de Roy y se giró unos segundos para observarlo, permanecía con la mirada clavada en la ventana, pensativo.

—¿Seguro que va todo bien? —preguntó preocupado.

La respuesta de Liam a su mensaje de que había pasado el arco de seguridad fue un simple "Ok".

Se sentó en uno de los asientos que había cerca de la puerta de embarque y pasó las horas leyendo aquel nuevo dossier, intentando memorizar cualquier dato, por insignificante que pareciese.

Fue testigo de cómo iba amaneciendo y, para cuando llegó la hora de embarcar, ya había memorizado más de medio dossier.

Intentó descansar la hora y cuarto que duraba su vuelo de Washington a Nueva York. Por suerte, le había tocado en el asiento contiguo una mujer de avanzada edad que se quedó dormida al momento, lo cual le permitió echar alguna cabezada que otra, pero le fue imposible conciliar un sueño profundo.

Aunque mientras surcaba los cielos estaba tranquila había acumulado tantos nervios en su interior que le era difícil dejar la mente en blanco. Lo único que hacía era rememorar todo lo ocurrido la última semana. La muerte de Charlotte, la traición de Peter, saber que su responsable estaba involucrado en turbios asuntos..., y solo el recuerdo de Liam conseguía calmarla.

El aeropuerto de John F. Kennedy era realmente enorme. No era la primera vez que estaba allí, pero en aquel momento todo era diferente. Llegó hasta la puerta de embarque para el vuelo a Turquía y se sentó. Aún quedaban dos largas horas de espera.

Miró de un lado a otro y reconoció a Mike, el cual la observaba sentado en un bar tomando un café. Estuvo a punto de saludarle, pero Mike apartó la mirada de ella como si no la conociese de nada. Vaya, sí que se tomaban en serio su trabajo.

Aprovechó para leer de nuevo el dossier, intentando concentrarse en ello. A medida que la hora se acercaba se ponía más nerviosa. Había visto a Roy pasear cerca de la puerta, pero nada de Hans y Liam. ¿Y si no llegaban a tiempo? Hans no tendría problemas ya que venía con transporte público, pero Liam venía en coche. ¿Y si le había ocurrido algo? ¿Un accidente? ¿Retenciones a la entrada de Nueva York?

Estuvo tentada de llamarlo cuando escuchó la voz de la azafata informando de que se abrían las puertas de embarque para el vuelo con destino a Turquía.

Miró de un lado a otro y vio cómo Hans se ponía en la cola, seguido de Roy.

Avanzó hasta la cola justo cuando vio aparecer a Liam.

Suspiró aliviada y cerró los ojos durante unos segundos, agradecida de que hubiese llegado.

Se puso de nuevo en tensión al entregar su pasaporte falso a la azafata, pero entró sin problemas tal y como ya había ocurrido en el aeropuerto de Washington.

Mientras se dirigía hacia su asiento, ubicado cerca del ala y, por suerte, al lado de la ventana, tuvo la necesidad imperiosa de buscar con la mirada a sus compañeros.

El avión era enorme, distribuido a lo largo en tres espacios, individualizados a través de unas cortinas. Las filas eran de tres asientos a un lado, cinco en el centro, y otros tres al otro lado, separados por dos estrechos pasillos.

Dejó la bolsa de equipaje en los cajones superiores y se sentó abrochándose el cinturón.

De nuevo, volvió a buscar con la mirada a todos sus compañeros.

Hans se ubicaba unos asientos por delante de ella. A Roy lo había visto detenerse en el primer compartimento y Mike había cruzado hasta el tercero.

Su mirada se topó con Liam, que avanzaba con el equipaje de mano por su pasillo. Colocó la maleta unos cajones por delante de ella y fue a su asiento mirando el billete.

Anya se quedó observándolo mientras se acomodaba en el asiento de al lado, como si nada. Liam la miró de reojo mientras se ponía el cinturón y luego pronunció un "*Hola*" como si la acabase de conocer.

Ella asintió, notando cómo el corazón le latía con fuerza. Bueno, al menos lo tendría al lado durante el viaje. Lo agradecía infinitamente.

Se puso erguido y pronunció mirando hacia delante.

—¿Todo bien?

—Sí.

Liam controló la ubicación del resto de sus compañeros y después cerró los ojos. Ellos estaban acostumbrados a eso, pero ella tenía la adrenalina por las nubes y el corazón en un puño.

Se giró y observó por la ventana hasta que el avión comenzó a surcar los cielos. Solo entonces se sintió más tranquila. Se alejaban, estarían lejos de todos aquellos que la buscaban, casi al otro lado del mundo.

Se giró y observó a Liam, que respiraba tranquilo con los ojos cerrados. Seguramente estaría agotado, pues había conducido durante casi cuatro horas y encima de madrugada, sin dormir nada, para llegar a tiempo al aeropuerto de Nueva York.

Durante unos segundos sintió deseos de acariciar su mejilla, de darle las gracias por cuidarla, protegerla y por portarse de aquella forma con ella, pero se sorprendió cuando abrió los ojos y la miró fijamente, como si fuese consciente de que lo observaba.

—Intenta descansar —susurró mientras se cruzaba de brazos y miraba de reojo al joven que se había situado a su lado. No debía llegar a los veinte años, y se había puesto unos cascos. Estaría escuchando música porque de vez en cuando movía su cabeza con cierto ritmo.

Anya se fijó en el joven muchacho y sonrió, pero se sorprendió al darse cuenta de que Liam también lo observaba, divertido, como si le hiciese gracia aquel la actitud de aquel chico.

—¿Es el dossier? —susurró hacia ella, la cual asintió al momento.

—Sí, me lo estoy aprendiendo.

Él hizo un gesto de aprobación y se quedó observándola.

Suspiró y volvió a recostar su cabeza contra el asiento, sin apartar la mirada de su perfil mientras ojeaba el dossier. Era realmente preciosa, delicada y valiente. Aquello lo estaba enloqueciendo. La mezcla de nerviosismo por llevarla con él y la felicidad de poder tenerla a su lado se entremezclaban.

—Intenta dormir algo —Le sugirió de nuevo antes de cerrar los ojos.

Ella se volvió para observarle y asintió mientras depositaba el dossier en la canastilla que tenía justo delante.



El vuelo de Estambul a Baréin, a pesar de ser más corto que el anterior, se le había hecho eterno. Despegaron a las tres y veinte para llegar a las diez de la noche hora local.

Anya se había pasado la mayor parte del trayecto en silencio, solo habían intercambiado alguna palabra cuando les habían servido la cena. Por lo demás, descansó un par de horas, memorizó algunos datos más del dossier y se pasó un buen rato mirando por la ventana.

No supo bien qué hacer cuando todos se pusieron en pie para salir del avión. Se limitó a coger su equipaje y caminar detrás de Liam hasta llegar al enorme aeropuerto.

Iba a detenerse para esperar al resto de compañeros, pero Liam la cogió del brazo tirando de ella.

—Vamos.

—¿No los esperamos?

—No.

Fuera del aeropuerto el calor casi la echó para atrás. A pesar de ser más de las diez de la noche era como estar en un horno. ¿Cómo sería aquello durante el día?

Se dirigieron hasta la parada de taxis y comprobó cómo Roy se ponía también en la cola, unos metros por detrás, sin siquiera mirarlos. La verdad es que era difícil hacer como si no los conociese.

—¿Llevas alguna chaqueta en la maleta?

Ella enarcó una ceja hacia él.

—Sí.

—Póntela. —Luego le hizo un gesto hacia las mujeres que pasaban a su lado, todas vestidas con túnicas negras y el velo sobre su cabello.

Anya suspiró e hizo lo que le pedía. Llevaba una camiseta de tirante ancho, y suponía que aquello no era muy bien visto allí.

El trayecto hasta el hotel fue largo, más de lo que esperaba. La aglomeración de coches, incluso a aquellas horas de la noche, era espantosa en el centro de la ciudad.

Cuando se detuvieron ante el hotel bajó del taxi y quedó totalmente impresionada. El edificio era el más alto de la zona, de color crema con dos grandes vidrieras. Era espectacular, y llamaba la atención, pues solo había otro edificio que le hiciese sombra a su lado. Tembló cuando se dio cuenta de qué hotel era: Gulf Hotel.

Miró a Liam, el cual cogió las maletas de ambos y pagó al taxista.

—Vamos —dijo mientras subía las escaleras del enorme porche.

Ella dio unos pasos rápidos colocándose a su lado.

—Es... es el mismo hotel donde...

Él la miró sorprendido.

—Claro, ¿qué esperabas? —preguntó asombrado por su reacción—. Venimos hasta aquí para investigar precisamente a esta persona. Es mucho más fácil si nos alojamos en el mismo hotel.

Ella tragó saliva y asintió.

El hotel era excesivamente lujoso. Jamás se había alojado en un hotel de las mismas características y dudaba que alguna vez más fuese a hacerlo.

Se dirigieron al mostrador de mármol oscuro, donde unos recepcionistas vestidos con uniformes azules les esperaban con una sonrisa.

—Buenas noches —dijo uno de ellos situándose enfrente, en un perfecto inglés.

Liam depositó las maletas en el suelo y abrió la suya extrayendo una carpeta.

—Tenemos una habitación reservada —pronunció tendiéndole el documento al recepcionista.

Ella lo miró impresionada. ¿Una habitación?

El hombre tecleó en el ordenador hasta que una enorme sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sí, señor Harrison. Bienvenidos al Gulf Hotel Bahrain.

—Gracias —pronunció cordial.

—Felicidades por su compromiso. —Anya dio un respingo—. Espero que nuestro hotel garantice un perfecto viaje de luna de miel.

Liam sonrió.

—Estamos seguros de que sí. —Aunque nada más responder giró su cabeza hacia ella, la cual parecía haber entrado en shock. Enarcó una ceja hacia ella mientras el recepcionista entraba los datos y, al final, se obligó a volver la mirada al hombre cuando llamó de nuevo su atención—. La habitación está en la planta número doce —pronunció tendiéndole una tarjeta con la llave electrónica que permitiría el acceso—. Si es tan amable, ¿puede firmar aquí?

Liam firmó con aquel apellido falso y cogió la llave.

—El desayuno se sirve de seis a diez de la mañana. Pueden acceder a todas nuestras instalaciones cuando gusten.

—Está bien —dijo cogiendo las dos maletas—. No, no hace falta —dijo rápidamente al ver que aquel hombre llamaba a uno de los botones para cogerles las maletas—. Muchas gracias.

—Que disfruten de la estancia —Se despidió con una sonrisa.

Justo se dirigían al ascensor cuando vieron cómo Roy entraba por la puerta del hotel con unos documentos en la mano.

Anya se apoyó contra la pared del ascensor, observando de reojo a Liam.

—Un hotel muy bonito —pronunció él mientras el ascensor abría sus puertas.

Ella se mordió el labio y lo siguió sin decir nada. A decir verdad, no paraba de sorprenderse con los lujos de los que ese hotel hacía gala.

Cuando la puerta de la habitación se abrió y encendieron las luces se quedó totalmente boquiabierta. Ya no era solo el enorme ventanal desde donde podía divisarse toda la ciudad, sino que era la habitación más grande y bien decorada que había visto nunca.

Dio unos pasos al frente mientras él depositaba las maletas en el suelo y su mirada voló hacia la enorme cama en medio de la habitación. A cada lado de esta se ubicaba una mesa baja con una lámpara de lectura y varias revistas donde suponía que podría encontrar todo lo que aquel magnífico hotel les ofrecía.

Frente a la enorme cama reposaba colgada de la pared una enorme pantalla plana. A aquella espaciosa y ostentosa habitación no le faltaba de nada: un enorme escritorio, varias sillas y unos largos y profundos armarios empotrados.

Se giró para observar a Liam, que estaba entretenido investigando el baño. Luego se acercó a ella.

—Podrías haberme dicho que nos haríamos pasar por recién casados — murmuró ella molesta.

Él se encogió de hombros como si aquel dato no tuviese mucha importancia.

—Está al final de tu cuaderno, ¿no has llegado? —Le preguntó mientras abría su maleta y comenzaba a extraer cables.

Ella se enfurruñó y comenzó a ojear el dossier, ansiosa.

—Pone que estás casada con Edgar Harrisson —explicó él.

—¿Y tú eres Edgar?

Él le sonrió de forma provocativa.

—Pues parece que sí, soy yo —continuó mientras conectaba un cable al ordenador portátil que acababa de extraer de la maleta—. Pasaremos mucho más desapercibidos si creen que somos una pareja joven, recién casada.

Sí, ella no ponía aquello en duda, pero le ponía nerviosa. ¿Alojarse con él en la misma habitación?

Aunque sabía que era una simple ficción tuvo que girarse, pues notaba que sus mejillas se ponían coloradas. Disimuló y fue hacia el aseo. Sí, estaba roja como un tomate.

Abrió el grifo y se pasó la mano mojada por la nuca, mientras se observaba en el espejo. Iba a salir del aseo cuando se topó de repente con él y tuvo que dar un paso atrás. Se había desabrochado la camisa hasta el tercer botón y llevaba los enseres de ducha en la mano.

—Si no te importa, tengo que ducharme —pronunció entrando en el aseo—. He quedado ahora.

Ella lo miró intrigada.

—¿Has quedado? —preguntó mientras se colocaba bajo el marco de la puerta.

—Sí, estaré una hora fuera como mucho.

—¿Y con quién has quedado?

Liam se desabrochó del todo la camisa y la dejó colgada del pomo de la puerta.

—Es un asunto sin importancia.

—¿Ahora? —repitió

—Sí —pronunció mientras se giraba hacia la enorme ducha acristalada y comenzaba a desabrocharse los pantalones.

Anya no lo soportó más. Se giró y fue hacia la habitación. Si seguía allí se pondría a babear.

Se acercó a la ventana y observó. Desde allí podía verse el mar, la ciudad totalmente iluminada. Parecía mentira que en medio de aquel desierto pudiese existir tal esplendor.

Se sentó en la silla del escritorio y cogió de nuevo su dossier, leyendo atentamente la parte donde explicaba que estaba casada con un empresario. La empresa fabricaba tuberías de cobre. Resopló y se pasó la mano por la frente.

Estuvo leyendo hasta que escuchó cómo llamaban a la puerta. Aquello la puso en tensión, y estuvo a punto de salir corriendo hacia el aseo cuando escuchó que Liam abría la puerta de este.

—Abre, es Roy —dijo sin asomarse.

Ella se acercó y miró por la mirilla. Sí, era Roy. Nada más abrir, este entró acelerado a la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—Hola —dijo ella con una sonrisa.

Roy la observó durante unos segundos detenidamente y luego resopló mientras se pasaba la mano por su cabello negro, despeinándose, como si algo lo importunase.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella al notar que la observaba fijamente.

Afirmó cuando la puerta del aseo se abrió del todo. Liam salió con los pantalones puestos y pasó entre ellos dirigiéndose con premura hacia la maleta. Sacó una camiseta y se la puso.

—¿Todo listo? —preguntó a Roy.

Roy asintió mientras se ponía las manos en la cintura y daba unos pasos hacia él, observando la habitación. Luego miró de reojo a Anya.

—Ella se queda aquí, ¿verdad?

—Sí. —Liam miró un momento a Anya, la cual lo observaba con disgusto—. Ya te he dicho que no tardaré más de una hora. Puedes aprovechar para ver la televisión —dijo mientras rebuscaba en su maleta. Cogió un teléfono móvil y lo guardó en su bolsillo.

—Hans y Mike ya han cogido un taxi hacia el punto de encuentro.

—Perfecto —dijo pasando al lado de ella, dirigiéndose hacia la puerta, pero antes de salir se giró hacia Anya que lo miraba preocupada—. Cierra las cortinas y no le abras a nadie. Cualquier cosa avísame al móvil—dijo señalándole la ventana. Luego suavizó la mirada—. No te preocupes, no tardaré.

Ella asintió.

Dicho esto, cerró la puerta de la habitación y se dirigió junto a Roy al ascensor.

—Bonita cama de matrimonio —bromeó Roy mientras pulsaba el botón para bajar a la recepción.

Liam lo miró de reojo y suspiró.

—Tú siempre tan gracioso. —Se metió las manos en los bolsillos y miró de soslayo a su cuñado.

—Oye... —Se debatió unos segundos y luego miró a Liam de reojo—. ¿Estás seguro de que esto funcionará?

—Sí. —Fue lo único que contestó mientras miraba fijamente la puerta cerrada del ascensor.

El Ibrida Club era el mayor club nocturno en Baréin. Uno podía encontrar de todo: alcohol, música, comida..., de todo excepto bailarinas. Sin duda, era el club al que acudían todos los turistas, ya que nada más entrar se dio cuenta de que la mayoría de personas eran occidentales.

Liam se movió entre toda aquella gente, iluminado de vez en cuando por los rayos de luz de diversos colores que provenían del techo. Había decidido entrar él solo, mientras el resto de su equipo esperaba fuera. La música era buena, y hacía que cientos de personas bailasen en la inmensa pista que dominaba el centro del enorme local.

Se dirigió hacia la barra, sin perder un segundo, y llamó a uno de los camareros. Al poco, un joven de unos veinticinco años se puso frente a él.

—¿Qué desea? —preguntó en inglés.

Lo bueno de países como aquel, con tanto turismo, es que allá donde fueses podías hablar y entenderte perfectamente en inglés. Igualmente, no tendría ningún problema si tuviese que hablar en árabe, pues era un idioma que conocía bastante bien.

—Busco a Farid.

El muchacho asintió y fue al final de la barra, acercándose a uno de los chicos que acababa de servir una copa.

Liam aprovechó para mirar hacia los lados, cuando comprobó que una chica rubia con ojos azules se había puesto a su lado y sonreía sin parar.

—Hola —pronunció sonriente, y se acercó un poco más a él—. Me llamo Liza.

Liam sonrió al ver la actitud de la muchacha, que había tomado algunas copas de más e intentaba adoptar una postura sensual para llamar su atención.

—Encantado, Liza —dijo divertido, aunque al momento desvió la

mirada hacia delante, cuando un nuevo camarero se puso ante él, mirándolo fijamente. —¿Farid? —preguntó hacia él.

—Sí —dijo acercándose más.

Liam iba a hablar cuando aquella muchacha se apoyó en su hombro con un gesto cariñoso y se cogió a su brazo.

Se removió un poco incómodo e intentó deshacerse de la chica con cuidado, pero si la soltaba perdería el equilibrio y caería. Cogió un taburete y la sentó en él. Liza dejó caer su cabeza sobre la barra.

Cuando volvió la mirada de nuevo hacia Farid, aquella actitud no pareció sorprenderle, seguramente eso se repetía varias veces durante la noche.

—Me envía un amigo en común. Kevin.

Farid aceptó y miró a ambos lados, asegurándose de que ningún compañero suyo estuviese cerca. Se llevó la mano al bolsillo y extrajo una llave que le pasó directamente.

Luego se giró, cogió un vaso limpio, puso dos cubitos de hielo y comenzó a servir alcohol. Finalmente vertió un refresco de cola y lo acercó a Liam mientras se apoyaba contra la barra.

—El coche está aparcado en la calle de atrás. Un Toyota Land Cruiser negro —dijo contra su oído. Después se separó y sonrió hacia él—. Serán diez dinares.

Liam extrajo la cartera y le dio el billete mientras cogía el cubata.

—Gracias —pronunció mientras echaba una mirada a la muchacha, la cual parecía haberse quedado dormida sobre la barra.

Quizá en otras circunstancias hubiese ayudado a la pobre muchacha, pero ahora no tenía tiempo que perder. Resopló y volvió sobre sus pasos, depositando el cubata en una de las barras, sin dar un solo trago y esquivando a todos aquellos bailarines que contorsionaban sus cuerpos al ritmo de una música electrizante.

Salió fuera del local, donde divisó a sus compañeros en una de las esquinas.

Se dirigió hacia allí y sin mediar palabra comenzó a caminar rodeando el local.

—Hans —busca un par de taxis—. No tardamos nada.

Hans se separó de ellos volviendo a la carretera principal mientras él divisaba al final de la calle el vehículo que buscaban.

Liam apretó el botón de la llave antes de llegar, emitiendo el vehículo

unos destellos anaranjados.

Roy se quedó vigilando a unos metros mientras Mike y Liam abrían el maletero. El compartimento que buscaban estaba escondido en la zona de la rueda de repuesto. Sacó cuatro bolsas de deporte negras y fue pasándolas a Mike y a Roy.

Cerró el vehículo y se alejaron rápidamente de allí, cada uno con una bolsa.

Por suerte, Hans había detenido ya a tres taxis. Le pasó una de las bolsas a su compañero y fue directo al primer taxi.

—Mañana a primera hora —comentó antes de subirse en él dejando la pesada bolsa a su lado.

Tras dar la dirección del hotel al taxista se alejó de allí, observando cómo Roy y Mike subían en otros taxis y Hans conseguía detener a uno que iba en dirección contraria.

Mientras se dirigía al hotel pasó la mano sobre la bolsa de deporte, notando el metal en su interior, y se esforzó por relajarse.

Por suerte, no tardó más de un cuarto de hora en llegar. Pagó la cuenta de la carrera al taxista y entró en el hotel a paso apresurado, dirigiéndose al ascensor.

Aquella era siempre la peor parte de sus misiones. La detestaba, pero era necesaria y, lo más importante, sin eso no podrían actuar.



Nada más abrir la puerta entró y depositó la bolsa en el suelo. Dio unos pasos hacia delante y se detuvo en seco al ver a Anya.

Anya permanecía de rodillas sobre la cama, asustada, con una mano temblorosa en el pecho.

—Qué susto —gimió hacia él—. No te esperaba tan pronto.

—Perdona. Ya te he dicho que no tardaría mucho —pronunció observando las cortinas cerradas.

Aquel gesto la preocupó un poco.

—¿Va todo bien? —preguntó bajando de la cama, depositando el dossier sobre el colchón.

—Sí. —Se giró, cogió la enorme bolsa de deporte y la colocó frente a la cama.

—¿Qué es eso? —preguntó acercándose temerosa.

Liam la depositó sobre el colchón y luego la miró de reojo, medio sonriente.

—Cosas para trabajar. —Abrió la cremallera y extrajo unas cuantas cajas de plástico duro dejándolas sobre la colcha.

Anya se puso a su lado, observando atentamente. En ese momento la observó de reojo, llevaba puesto un camisón amarillo de tirantes, un poco por encima de las rodillas, y olía a jabón, sin duda habría salido de la ducha hacía pocos minutos. Notó cómo su respiración se aceleraba y se obligó a centrar su atención en sacar aquellas cajas rectangulares alargadas.

—Vamos a ver —susurró extrayendo la última. Tiró la bolsa de deporte al suelo y abrió la primera de ellas.

—¿Esto qué es? —preguntó sin comprender.

Liam la miró y sonrió más abiertamente, como si le divirtiese la

situación. Fue uniendo algunas de las partes de metal hasta que le mostró un arma perfectamente montada.

—Oh, oh —dijo Anya dando un paso atrás, ante la mirada divertida de él—. ¿Todo... todo esto son armas?

Él se encogió de hombros y comenzó a unir más piezas.

—También hay balas... y armas blancas.

Ella lo miró impresionada, aunque él mantenía su vista fija en las cajas.

—¿Armas blancas? —preguntó con recelo.

Liam ni siquiera se giró. Abrió una caja y cogió un puñal, mostrándoselo.

—Madre mía —gimió ella—. ¿Para eso has salido? ¿A buscar armas?

Chasqueó la lengua mientras metía el cargador en una de las pistolas que acababa de montar y apuntaba hacia la pared, fijándose en si estaba equilibrada.

—Dudo que me hubiesen dejado pasar todo esto en el aeropuerto —pronunció con el brazo hacia delante. Lo bajó, asintió como si estuviese conforme con lo que le habían dado y fue hacia las otras cajas.

Anya no se atrevió a acercarse. Le daba bastante impresión todo aquello, no podía comprender cómo podía estar tan fresco montando aquel arsenal en el dormitorio, encima de la cama.

—¿Esto va a quedarse aquí?

Liam se giró un segundo para observarla, estaba tiesa como un palo.

—Parte, sí.

—¿A qué parte te refieres con “parte”? —preguntó asustada.

En ese momento Liam encajó de nuevo un cargador, haciendo que el chasquido hiciese dar otro paso atrás a Anya.

—Dejaré unas cuantas armas escondidas. Conocerás su ubicación. —Se giró y la miró de arriba abajo, luego ladeó su cabeza con una sonrisa bastante sexy—. ¿Has disparado alguna vez?

—No pienso coger eso —Le señaló de los nervios.

—Hace unos días me pediste un arma —bromeó, luego exageró más su sonrisa—. No te iría mal aprender. Nunca se sabe.

Ella tragó saliva y negó compulsivamente.

—No hace falta. Recuerdo que me dijiste que ya te encargabas tú de las armas.

—Anya, yo no voy a estar aquí todo el día, tendré que salir... —Le explicó.

—¿Y te acuerdas ahora?

Él se encogió de hombros.

—Esto ha sido muy precipitado...

—Podrías haberme enseñado en Washington.

—Pero si no hemos tenido un segundo de respiro —Se quejó él—.

Además, es muy sencillo... —dijo dando un paso hacia ella para cogerla del brazo, pero ella lo esquivó, lo que hizo que él enarcase una ceja—. ¿Pero qué haces?

—No, ¿qué estás haciendo tú? —Se quejó ella esquivando de nuevo su mano. Liam se movió rápido y la cogió del brazo acercándola a la cama.

—Ven aquí, que no muerden —bromeó.

Ella resopló contemplando todas las cajas.

—Veamos... —continuó Liam sin soltarla, reteniéndola a su lado. Cogió una de las armas que acababa de montar y se la ofreció—. Toma, cógela. En serio, no muerde.

—No.

—Cógela —insistió.

Ella comenzó a notar un tic en el ojo.

—Esto no me hace ni puñetera gracia —susurró del mal humor y le cogió de mala gana la pistola, lo cual hizo que Liam sujetase su mano rápidamente.

—Eh, trátala con delicadeza —Se quejó. Ella suspiró e intentó calmarse.

—Pesa lo suyo.

Él asintió.

—La teoría es la siguiente. Debes sujetarla con las dos manos, siempre, pues el retroceso puede echarte hacia atrás, y cuando aprietes el gatillo intenta flexionar una de las piernas para contrarrestar la gravedad. —Ella cerró los ojos unos segundos e intentó devolverle el arma, pero Liam se la mantuvo en la mano. La alzó y le mostró un punto—. Cierre de seguridad, así está cerrado el cañón. —Pulsó y escuchó un pequeño clic—. Así está lista para disparar, ¿de acuerdo? —Volvió a ponerle el seguro y esta vez sí se la quitó de la mano. Sacó el cargador y le enseñó las balas, eran más grandes de lo que esperaba—. Cada cargador contiene treinta balas. —Lo volvió a poner y se la pasó de nuevo.

—No, no... —Se quejó ella separándose de nuevo.

—No iría mal que te acostumbrases a tener una en la mano, a su peso.

Ella chasqueó la lengua mientras seguía dando pasos hacia atrás.

—No hace falta —sonrió con ironía.

Liam estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Suspiró y se giró de nuevo hacia todo el material que tenía sobre la cama. Sabía que en el resto de bolsas que llevaban sus compañeros habría mucho más material: rifles de asalto, pasamontañas, bombas de humo e incluso granadas.

Al menos, el material de aquellas cajas estaba en perfecto estado. Kevin les había enviado un buen cargamento.

—¿Vas a recoger todo esto? —preguntó impaciente.

Liam observó. Todo estaba en perfecto estado. Cogió tres armas y, ante la atenta mirada de Anya, depositó una en el armario detrás de unas almohadas, otra en el cajón del escritorio y la tercera la colocó debajo de la cama.

—¿Te importa si duermo a este lado? —preguntó poniéndose en pie.

Ella lo miró mosqueada mientras rodeaba la cama por el otro lado.

—No. —Luego descendió su voz al susurro—. Cualquiera te niega algo —ironizó, provocando una sonrisa en él.

Depositó las cajas en el pasillo que quedaba entre su lado de la cama y el armario empotrado y, cuando estuvo todo en orden, tal y como quería, fue hacia su bolsa de equipaje y la dejó sobre la cama, extrayendo unos pantalones y una camiseta de manga corta. Dentro de la habitación la temperatura era agradable.

Anya se sentó en la cama y, aún tirante, se apoyó contra la almohada.

—¿Has quedado con tus compañeros de aquí? —preguntó mientras cogía el dossier y volvía a ponerlo a su lado.

Alzó la mirada y contempló cómo Liam se quitaba la camiseta que llevaba. Tuvo que apartar la mirada al ver aquel torso tan bien definido, tan musculado.

Cuando Liam alzó su mirada hacia ella la encontró con los ojos posados en el dossier.

—No. Quedaremos mañana. —Luego dio un paso hacia delante—. ¿Ya te lo has aprendido? Llevas desde ayer con eso.

—No tengo otra cosa que hacer —pronunció con la mirada clavada en las hojas.

Liam cogió los pantalones y se fue hacia el aseo.

Anya suspiró. Bueno, al menos tenía la decencia de quitarse los pantalones en el lavabo. Se pasó la mano por el cabello echándolo para atrás, notando los latidos de su corazón más acelerados de lo normal. Compartir

habitación con él la hacía sentirse tranquila, ya había dormido con él anteriormente, pero... no en la misma cama.

Cuando lo vio aparecer de nuevo se había puesto el pijama.

Fue directamente hacia el ordenador que había puesto a cargar cuando habían llegado y lo cogió. Fue hacia la cama y se sentó a su lado.

Ella se removió incómoda, pero él no pareció percatarse. Colocó bien su almohada y se apoyó contra ella mientras colocaba el ordenador en sus rodillas.

Anya fue mirando de reojo la pantalla. Parecía estar conectándolo a la red wifi del hotel.

La verdad es que las cajas con armas ahí, en vez de tranquilizarla, la ponían muy nerviosa. Brincó en la cama cuando sonó el teléfono móvil de Liam, que la miró sorprendido por su reacción.

—Cálmate, solo es un teléfono —Le susurró divertido mientras lo llevaba a su oído—. Dime, Mike —dijo mientras se pasaba la mano por el cabello.

Mike se encontraba en el vestíbulo, sentado en uno de aquellos enormes butacones, con una revista en la mano.

—¿Adivina quién está en el vestíbulo? —preguntó con ironía.

Liam saltó de la cama.

—¿Qué está haciendo? —preguntó rápidamente.

Mike giró su cabeza para observar a Tansel que, vestido con un traje, hablaba con el recepcionista del hotel.

—Está hablando con el conserje. Me ha parecido escucharle hablando por teléfono conforme que había quedado —pronunció levantándose.

—Joder —susurró mientras se dirigía a la ventana y corría levemente la cortina para observar.

—Voy a seguirle.

Liam dudó un instante y resopló.

—Está bien.

—Pero necesito que avises para que vengan a buscar la maleta, me lo he encontrado al entrar.

Liam se miró de arriba abajo. No iba vestido adecuadamente y llamaría la atención.

—Ahora baja Roy. —Colgó y marcó el número de teléfono de su cuñado.

—¿Qué pasa? —preguntó Anya.

Él le indicó que esperase un segundo y en cuanto escuchó que Roy descolgaba al otro lado habló acelerado.

—Necesito que bajas ya a recepción. Coge la maleta de Mike. Tansel está allí.

Roy tuvo que comprender lo que ocurría.

—Voy —contestó firme antes de colgar.

Liam se quedó al lado de la ventana, contemplando. Solo esperaba que Roy fuese lo bastante rápido como para llegar al vestíbulo y coger la maleta antes de que Tansel decidiese salir del hotel, pues Mike no podía dejar aquella maleta allí y tampoco podía irse a la habitación, o le perderían el rastro.

No pasaron más de cinco minutos antes de que viese a Mike salir por la puerta del hotel y llamar a uno de los taxistas. Caminó muy despacio hacia el taxi justo cuando reconoció la figura de Tansel, dirigiéndose hacia un todoterreno.

Lo vio subirse a él, acto seguido rodeó la rotonda y fue en dirección a la carretera. Al momento el taxi al cual acababa de subirse Mike se puso en marcha.

Iba a llamar por teléfono cuando este le volvió a sonar.

—¿La tienes, Roy?

—La tengo —contestó.

—Examina el material.

—Eso iba a hacer.

Liam asintió y se giró para observar a Anya, que aún lo miraba con gesto preocupado.

—Voy a llamar a Mike, te voy informando.

Colgó y se giró de nuevo hacia la ventana. Podía ver los dos coches en la lejanía. Mike cogió el teléfono al segundo tono.

—Estoy en ello —comentó.

—Lo sé —pronunció observando cómo los dos vehículos se perdían tras girar una esquina—. No te acerques. Solo observa.

—Ya lo sé —pronunció sonriente—. No te preocupes, te informo de todo.

—Manda la ubicación de donde se detenga el vehículo a Hans. Si ves que puede haber problemas, avísalo primero a él. Le diré que vaya.

—Está bien.

Anya comenzaba a impacientarse. Se levantó de la cama y caminó despacio hacia él, colocándose justo enfrente.

Liam la observó unos segundos, si ella no se encontrase allí hubiese salido disparado tras Tansel, pero no quería dejarla sola de noche y al menos necesitaba que hubiese otro de sus hombres en el hotel. La observó fijamente y no pudo evitar descender su mirada hacia aquellos labios mientras se llevaba de nuevo el teléfono al oído.

Se obligó a apartar la mirada de ella cuando Hans contestó al teléfono.

—Dime Liam.

—Mike está siguiendo a Tansel.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—No jodas... —susurró.

—Te enviaré la ubicación del lugar donde se detengan los vehículos.

Acude en su ayuda, pero mantened las distancias.

—De acuerdo.

—E infórmame de todo.

—Por supuesto.

Colgó y miró de nuevo a Anya, la cual continuaba a su lado esperando una explicación. Liam apartó la mirada de ella, pensativo.

—¿Están siguiendo a Tansel? —preguntó ella en un susurro.

—Sí.

—¿Adónde crees que ha ido? —preguntó preocupada.

Él ladeó su cabeza y le medio sonrió mostrándole el móvil.

—En breve lo sabremos.

—¿Pero no es peligroso? —preguntó nerviosa.

—¿Y qué crees que íbamos a hacer aquí? —ironizó.

Ella resopló y se fue directa a la cama. Liam se pasó la mano por el cabello, removiéndolo mientras la observaba. Parecía bastante preocupada, incluso asustada. Tenía presente que aquella no era su vida, el trabajo de Anya consistía en analizar información, aquella era una experiencia nueva y arriesgada para ella.

—Perdona —dijo mientras se acercaba a la cama—. A veces olvido que este no es tu modo de vida —pronunció mientras la observaba de forma tierna—. No tienes por qué preocuparte. Hacemos esto continuamente. Sabemos movernos.

Ella aceptó mientras se mordía el labio.

Se sentó en la cama al lado de ella y cogió el dossier de sus manos, depositándolo en la mesita de noche del lado de su cama.

—Descansa un poco —dijo mientras se recostaba a su lado y cogía el

mando de la televisión. Le sonrió y apretó un botón del mando.

Al momento un hombre con barba negra y piel oscura apareció en la pantalla dando las noticias.

Liam depositó el mando a su lado y estiró las piernas.

Anya observó la televisión, pero no entendía nada de lo que decían. Miró de reojo a Liam, el cual parecía realmente interesado en las noticias que estaban dando.

—¿Hablas árabe? —preguntó sorprendida.

Él la miró de reojo.

—Es árabe bajreiní —Le informó—. Es el dialecto más usado aquí. Aunque también hablan bastante el persa y el urdu.

—Ah.

—Están hablando del circuito de Baréin —Le sonrió—. En tres semanas hacen la carrera aquí. —Le sonrió abiertamente, luego colocó sus brazos por detrás de la cabeza, apoyándose, y miró hacia la televisión—. Me encanta la Fórmula uno —susurró.

Al momento las imágenes del circuito aparecieron en la enorme pantalla plana.

Mike se giró desde la barra de aquella lujosa discoteca. Había seguido a Tansel hasta aquel lugar. Por suerte, llevaba dinero suficiente como para costearse la entrada y pagarse alguna copa. Miró su móvil y suspiró.

Le perdió el rastro nada más entrar, entre toda aquella gente. El ambiente era oscuro, iluminado únicamente por unos rayos de colores que iluminaban la pista y unos tubos fluorescentes azules que había bajo la barra donde estaba sentado y en algunas esquinas del local.

Tras dar una vuelta por la discoteca, lo encontró hablando con uno de los vigilantes de seguridad que custodiaban el acceso a la zona vip. Volvió su mirada cuando notó la mano de alguien en su espalda. Hans se sentó a su lado y pidió un refresco, luego enarcó una ceja hacia él al ver que estaba tomando una cerveza.

—¿Qué? —preguntó con ironía—. La situación lo requiere —dijo entre dientes.

Hans ladeó su cabeza y sonrió mientras miraba a su alrededor. Mike se acercó un poco más a su compañero.

—Ha entrado en la zona vip. —Señaló hacia delante. Luego miró su

reloj de pulsera—. Hace veinticinco minutos.

—¿Qué estará haciendo ahí dentro?

—Yo que sé. —Se encogió de hombros y dio un sorbo a su botellín de cerveza—. Habrá quedado con alguien... con una prostituta, quizá.

Hans volvió a sonreír hacia él y miró su cerveza.

—No deberías beber estando de servicio —susurró divertido.

Mike se encogió de hombros.

—Me apetecía.

—Ya. —Miró una vez más de un lado a otro—. ¿Lo has visto con alguien?

—No. Ha hablado con el de seguridad y ha entrado sin más.

Los dos volvieron la mirada hacia ese enorme chico árabe con traje negro que custodiaba aquella sala.

—Bien, ¿me cubres? ¿O te cubro yo? —preguntó directamente.

—Cúbreme tú —respondió Mike mientras se levantaba de su asiento con la cerveza en la mano y se la mostraba—. Todo tiene su porqué, observa.

Se giró y fue hacia el lugar dando unos pasos erráticos, simulando ir borracho. Hans se levantó alejándose de la barra, dejando el refresco que acababa de pedir sin apenas probarlo. Extrajo su móvil y comenzó a mirarlo. Lo levantó como si estuviese escribiendo un mensaje y echó un par de fotografías al vigilante de seguridad.

Luego centró su mirada en Mike que iba decidido hacia la puerta con una gran sonrisa. Había una pequeña cortinilla que tapaba la entrada. Fue hasta allí e iba apartarla cuando el vigilante de seguridad lo detuvo colocando la mano en su pecho.

—Eh, ¿adónde crees que vas?

Mike lo miró sorprendido, como si no esperase que alguien le fuese a impedir el paso.

—Pues al lavabo —dijo dando unos pasos atrás, simulando perder el equilibrio.

El hombre lo cogió del brazo para que no cayese mientras sonreía por la situación.

—El lavabo está por ahí, hombre —dijo señalándole en dirección contraria.

Mike lo miró sorprendido.

—¿En serio? Vamos, no me jodas... —exageró—. ¡Me estoy meando! — El hombre volvió a reír por la actitud de aquel joven, el cual, a su parecer, iba

bastante pasado de copas. —¿No hay uno más cerca?

—Me temo que no.

Mike puso cara de fastidio.

—Jo...

—Vamos, márchate —dijo en actitud cordial.

—...der. Me voy a mear en los pantalones.

—Pues corre, ya tardas.

Mike resopló y cuando se giró para tomar la dirección que el vigilante de seguridad le había indicado miró a Hans y suspiró.

Rodeó la barra perdiéndose entre la gente, colocándose al lado Hans.

—El tío está al loro de todo —ironizó—. No he podido ver nada.

—Eh, eh... —dijo señalando hacia la zona vip.

En ese momento Tansel salía de allí. Saludó al vigilante de seguridad y comenzó a caminar entre la gente.

—Mierda —susurró Mike siguiendo con la mirada a Tansel, el cual se dirigía directo a la puerta de salida. —Hay que seguirle, vamos... —Dio unos pasos hacia delante y se giró al notar que Hans no le seguía. Lo encontró observando fijamente la puerta del acceso vip. Se acercó con un movimiento ágil, cogiéndolo del brazo—. Vamos —Le apremió, pero Hans se había quedado totalmente petrificado—. Oye, ¿qué te pasa?

Siguió la mirada de Hans hasta aquella zona, donde un chico joven acababa de salir de la zona vip y hablaba con el vigilante de seguridad. Pareció darle unas cuantas instrucciones y volvió adentro.

—Eh —Le insistió Mike—. Venga, se va a marchar.

—Espera. Yo conozco a ese tío —dijo volviendo la mirada hacia Mike.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.



Liam abrió los ojos lentamente al escuchar unos golpes. Tenía el cuello girado hacia un lado. Lo primero que observó fue el sol entrar con fuerza por la ventana, a través de un resquicio entre las cortinas.

Cuando finalmente Hans y Mike habían vuelto de su persecución él había conseguido dormir tranquilo. No había dormido muchas horas, pero sí las suficientes como para que su cuerpo se recuperase del largo viaje del día anterior. Se pasó la mano por los ojos mientras intentaba incorporarse para sentarse, pero algo se lo impidió.

Se giró y pudo observar que Anya se había desplazado hacia su lado de la cama y apoyaba la cabeza sobre su hombro. ¿O se habría desplazado él?

Se quedó totalmente absorto al verla. Estaba dormida, su respiración era lenta y sus rasgos relajados. Unos mechones de cabello caían sobre su rostro. Estuvo tentado de apartarlo con sus dedos de forma delicada, pero se contuvo. Verla allí, en esa posición, le hizo darse cuenta de lo importante que era para él. Tuvo que frenarse con todas sus fuerzas para no echar un brazo sobre su cintura, acercarla y besarla. Aún recordaba el sabor de sus labios, y cada vez que lo hacía se estremecía.

Iba a despertarla cuando los golpes se repitieron, y esta vez sí pudo identificarlos. Estaban llamando a la puerta.

Suspiró y se obligó a moverse con sigilo, depositando a Anya sobre la cama con el máximo cuidado para no despertarla.

Con un movimiento ágil salió de la cama y observó su reloj. Las siete menos diez de la mañana.

Los golpes se repitieron, esta vez con más intensidad. Liam se agachó para coger el arma justo cuando ella abrió los ojos y se despertaba.

Rodeó la cama comprobando que el arma estuviese cargada justo cuando

ella se incorporó sobresaltada al verlo. Se puso de rodillas sobre la cama, mirándolo fijamente.

—¿Qué...?

Él le hizo un gesto para que se mantuviese en silencio.

Fue hasta la puerta y observó a través de la mirilla. Roy esperaba con la mirada nerviosa, observando de un lado a otro.

Suspiró, se pasó la mano por los ojos y abrió la puerta.

—Ya era hora —susurró Roy intentando entrar, pero Liam le cortó el paso y negó con su cabeza, luego le hizo un gesto hacia dentro de la habitación.

—Anya —Le susurró.

Sabía que ella se sentiría cohibida si él entraba, al ir vestida solo con su corto camisón.

Roy lo miró interrogante y luego chasqueó la lengua.

—Tenemos que hablar. Ya.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—Tenemos nueva información.

Liam volvió a mirar hacia atrás y finalmente asintió hacia Roy.

—Nos vemos en tu habitación en diez minutos.

—De acuerdo.

Cerró la puerta y se dirigió al interior. Anya había saltado de la cama y se había puesto al lado del escritorio, con la mano en el cajón. Le hizo gracia verla allí, con esa pose, pues en ese cajón había guardado la noche anterior un arma.

—Roy —Le explicó—. Tengo que reunirme con él.

—¿Ahora? Son las siete de la mañana —pronunció sorprendida.

Él se encogió de hombros mientras se dirigía al armario. Sacó una camiseta de manga corta, unos tejanos y los depositó sobre la cama.

—Parece que sí.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó intrigada.

Liam se quitó la camiseta de tirantes arrojándola sobre la cama y se puso la nueva. Al menos, no había la suficiente claridad en la habitación como para que él se percatase de que las mejillas de ella volvían a teñirse de carmín.

—Es posible.

Anya tuvo que girarse cuando observó cómo se quitaba los pantalones del pijama y cogía los tejanos. Fue hacia la cama y se sentó de espaldas a él, mirando el móvil que marcaba ya las siete y tres de la mañana.

Liam se sentó sobre la cama y se puso los zapatos, luego fue hacia el aseo y regresó a los pocos minutos a la habitación. Ella se encontraba asomada a la ventana, pero se giró cuando escuchó sus pasos.

—No salgas de la habitación —Le explicó—. Cuando vuelva bajaremos a desayunar.

Ella aceptó. Liam se giró para salir, pero ella lo detuvo.

—¿Tardarás mucho? —preguntó dando unos pasos hacia él.

Se giró con una leve sonrisa en su rostro.

—No creo. —Luego señaló hacia la cama—. Aprovecha para descansar un poco más y recuperar las horas de sueño.

Anya hizo un gesto afirmativo, pero cuando Liam se giró ella volvió a cortarle el paso.

—Y... ¿No podría ir contigo?

Liam se giró y la miró con gesto dubitativo. Durante unos segundos, al verla allí de pie, tan frágil, tuvo deseos de decirle que se vistiese y le acompañase. No obstante, tenía que hablar de temas importantes, y llevarla con él no haría más que complicar las cosas.

—Prefiero que te quedes aquí. Aprovecha y descansa —dijo dando un paso hacia ella. Puso sus manos en su cintura y ladeó su cabeza—. No te preocupes. Luego te lo explicaré todo.

No esperó a que ella respondiese, dejarla allí sola no es que le hiciese mucha gracia, pero tenía obligaciones.

Salió de la habitación sin echar la vista atrás y se dirigió a la tercera planta del hotel donde Roy tenía su habitación.

Cuando Roy le abrió la puerta se dio cuenta de que no estaba solo. Las voces de Mike y Hans le llegaban desde el pequeño distribuidor.

—Buenas —pronunció al entrar. Todos lo saludaron con un movimiento de mano. Su mirada voló hacia los dos ordenadores que tenían sobre la mesa — ¿Qué ocurre?

Roy pasó a su lado.

—Tenemos problemas —dijo acercándose a la mesa y cogiendo una silla, sentándose frente al ordenador.

Liam se cruzó de brazos y se acercó a ellos.

Hans fue quien comenzó a hablar.

—Ayer me reuní con Mike en la discoteca.

—Sí, lo sé —pronunció mirando la pantalla del ordenador.

—Seguimos a Tansel hasta allí...

—Pero Tansel entró en una zona vip —continuó Mike—. Intentamos colarnos, pero el de seguridad nos pilló.

Liam se giró hacia Mike.

—¿Tuvisteis problemas?

—No, ninguno —continuó—. Nos quedamos allí hasta que vimos salir a Tansel. Estuvo dentro una media hora. —Acto seguido le mostraron la foto que Hans había hecho de la zona vip y del vigilante de seguridad.

—¿Le seguisteis?

—Volvió al hotel —Le explicó Hans—. Pero ese no es el problema. Samuel Cox.

Liam miró a Hans extañado.

—¿Se supone que debo conocerle?

Hans le indicó que mirase la pantalla de nuevo.

—Aún no lo conoces, esta noche lo harás. Pertenece a la división de la CIA de Baréin. Lo vimos salir de la zona vip poco después de que Tansel abandonase el reservado.

Liam miró la fotografía que le mostraba Roy en el ordenador. Ya la había visto anteriormente: un chico joven, no llegaría a treinta años, de piel morena, cabello negro y ojos de color marrón verdoso.

—¿Habéis pedido explicaciones a Kevin?

—No le hemos dicho nada. Cuando hablé con él para explicarle la situación nos aseguró que no tenía conocimiento de que Tansel estuviese aquí.

—Es verdad —susurró pensativo.

—Pero hay más —continuó Roy—. He estado investigando —dijo sonriente, como si aquello le enorgulleciese—. Samuel tiene dos teléfonos móviles. Con uno de ellos realizó una llamada a las diez y treinta y dos de la noche, la única llamada que hizo a partir de las cinco de la tarde. He hecho un seguimiento de la llamada y adivina a quién llamó —bromeó.

—¿Tansel?

—¡Premio! —dijo mientras chasqueaba los dedos.

—Joder —susurró—. ¿Por qué no me lo dijisteis ayer? —preguntó molesto.

Roy se giró hacia él encogiéndose de hombros.

—La situación estaba controlada, y bueno.... estabas con Anya...

—Roy... —Le riñó él.

—Yo que sé —dijo encogiéndose de hombros, volviéndose hacia la pantalla—. Nos encargamos nosotros. No tuvimos problemas.

Liam se pasó la mano por su rostro, agobiado ante la insinuación que su cuñado le acababa de hacer. Pudo ver cómo una sonrisa lasciva se reflejaba en la pantalla del ordenador, tras lo cual propinó a Roy un golpe en el hombro.

—Eh —Se quejo Roy, aún sonriendo. Luego intentó ponerse serio—. ¿Qué hacemos con este? —Señaló la pantalla, indicando con su dedo índice la fotografía de Samuel.

Liam se giró hacia Hans.

—Dijiste que eran de fiar.

—Y pensaba que lo eran —contestó inquieto—. De hecho, pondría la mano en el fuego por Kevin, estuve en una misión con él varios meses y ni por asomo se me pasaría por la cabeza pensar que pudiese traicionarnos.

—Bueno, a la vista está... —Le interrumpió Mike.

Liam elevó su mano para que guardasen silencio y volvió su atención hacia su cuñado.

—¿Has mirado el móvil de Kevin?

—Sí.

—¿Y? —preguntó extendiendo los brazos hacia él.

—No recibió ninguna llamada ayer. De hecho... —dijo pulsando las teclas—, no ha recibido ninguna llamada en los últimos dos días.

Liam asintió y miró a Hans.

—¿Es posible que no esté al corriente? —Hans se encogió de hombros—. ¿Cuánto hace que Samuel está en esta división?

Roy volvió a recuperar la ficha de Samuel.

—Tres meses —susurró.

—¿Y el resto?

—La división se formó hace seis años —explicó Roy mientras leía—. Kevin y Malcolm fueron los primeros. Hace cinco años se incorporaron Joseph y Jim.

—¿Explican a qué se debe esta nueva incorporación?

Roy permaneció unos segundos en silencio.

—No. Simplemente que se unió para dar apoyo.

Hans miró con fuerza a Liam.

—Ese tío no es de fiar. Créeme, Kevin me hubiese dicho algo sobre Tansel si lo hubiese sabido. Es legal.

—Ya —dijo Liam no muy convencido. Se pasó una mano por el cabello y se cruzó de brazos.

Mike miró a sus compañeros nervioso, hasta que posó la mirada en su

jefe.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos? ¿Quedamos o pasamos de ellos?

Liam suspiró y afirmó con dureza.

—Prefiero ir con pies de plomo. Esto es lo que vamos a hacer...

Liam entró en su dormitorio una hora y media después. Había mucha luz. Anya había abierto las cortinas de la habitación de par en par.

Avanzó hasta la cama, pero no había nadie. Al momento escuchó el grifo de la ducha. Fue hasta el aseo y llamó repetidas veces a la puerta.

—¿Anya? —preguntó.

El grifo se cerró.

—¿Liam? —escuchó su voz nerviosa.

—Sí, ya estoy aquí. ¿Vamos a desayunar?

—Salgo enseguida —respondió a la vez que el grifo volvía a abrirse.

Se dirigió al dormitorio y lo observó todo. Anya había colgado la mayor parte de su ropa en el armario.

Fue hacia las cajas y abrió una de ellas. Acabaría de montar algunas armas y dejarlo así todo listo para aquella noche. La protección de sus hombres estaba por encima de todo.

Mientras montaba otra arma escuchó abrirse la puerta del aseo. Anya apareció en la habitación con unos pantalones de algodón y una camiseta de manga corta, mientras se peinaba el cabello mojado, deshaciendo los nudos.

Su mirada voló hacia abajo, donde Liam cerraba una de las cajas y guardaba el resto en el armario. Cuando acabó se giró para observarla. Así, descalza, la diferencia de altura entre ambos aún era más marcada y él encontró gracioso acercarse a ella, totalmente erguido.

—¿Ya estás lista?

Ella dio un paso atrás ante su proximidad y lo miró extrañada.

—Sí, ya estoy —pronunció girándose mientras se dirigía al aseo para dejar el peine—. ¿Ha ido todo bien?

Liam meditó unos segundos. Sabía que tenía que ponerla al corriente de todo. Cuanto más supiese, más protegida estaría y, de todas formas, en pocas horas se reunirían en su habitación para acabar de pulir el plan, así que acabaría enterándose sí o sí. En realidad, lo único que le apetecía en ese momento era bajar a desayunar como una persona normal.

—Te lo explicaré todo cuando vengamos de desayunar. Tengo hambre —

pronunció sonriente al verla aparecer de nuevo.

Ella se cruzó de brazos.

—Tú tendrás hambre, pero a mí se me cierra el estómago con la incertidumbre —dijo cogiendo su pequeño bolso.

—¿Te lo llevas? —preguntó sorprendido.

Ella se encogió de hombros.

—Llevo la documentación y todo...

—Es documentación falsa —pronunció divertido.

Ella volvió a observarlo con cara de circunstancias y dejó el bolso sobre la cama.

—Está bien. —dijo—. Pues vamos a desayunar.

Liam cogió el cartel de “*No molestar*” y lo colocó en el pomo al cerrar la puerta.

—Vamos —dijo cogiéndola del brazo, dirigiéndose hacia el ascensor.

Al bajar a la primera planta, el recibidor estaba repleto. Había varias personas haciendo cola con las maletas, para devolver la llave de la habitación, y otras cuantas esperando a que se les asignase otra.

El bufé del hotel era impresionante: embutidos, fruta, yogures, todo tipo de bollería, platos típicos, fritos, etc.

Se sentaron en una mesa al lado de un enorme ventanal que daba a un patio interior, en el cual se veía una enorme fuente rodeada por un pequeño lago.

Tras servirse un café con leche, algo de fruta, unos pocos embutidos y tostadas se dio cuenta del hambre que tenía, aunque ni de lejos era tan atroz como la de Liam, el cual se había llenado un plato con embutidos y otro con fritos.

—Bueno —susurró ella—, ¿vas a explicármelo? ¿O no?

En ese momento Anya observó cómo Hans entraba por la puerta del comedor y estuvo a punto de saludarlo, pero la voz de Liam la detuvo.

—No lo conoces —pronunció mirándola fijamente. Ella se mordió el labio dándose cuenta de su error.

—Sí, es verdad, perdona. —Cogió su café y dio un sorbo—. Es que no me acostumbro. Caray, qué fuerte está este café.

Liam suspiró y engulló su plato ante la mirada atónita de ella.

—De verdad, espero que luego lo quemes todo —dijo impresionada.

Él le sonrió.

—Suelo quemarlo —pronunció mientras le guiñaba un ojo a la vez que

se metía un trozo de tortilla en la boca.

—Vale, venga, empieza —dijo algo nerviosa.

—Aquí no. Ya te lo he dicho, en la habitación.

—¿Y qué más da? Nadie está pendiente de nosotros. Piensan que somos una pareja de recién casados —ironizó, a lo que Liam le sonrió.

Miró hacia los lados y ladeó su cabeza hacia ella.

—¿Recuerdas ayer por la noche? —pronunció con tono bajo—. Cuando te expliqué que Mike había interceptado a...

—Sí, que Hans le siguió.

—Exacto. —Tragó y esta vez pinchó una salchicha—. Lo siguieron hasta una discoteca —explicó mirando el plato.

—¿A una discoteca? ¿Hay discotecas aquí? —preguntó sorprendida.

Él sonrió abiertamente.

—Te sorprendería ver el ambiente de la noche. Aunque está claro que los que lo disfrutan son los extranjeros, no los de aquí. —Ella hizo un gesto de desagrado al escuchar aquello—. Se metió en una sala vip.

—¿Quién? ¿Mike? ¿Hans?

Él negó con rotundidad.

—Ah, el otro —dijo comprendiendo.

—Intentaron entrar, pero les fue imposible. Sí que vieron a una persona ahí, que Hans reconoció.

Ella lo miró sorprendida.

—En la misma sala vip que... —Luego se cortó—, ¿El innombrable?

—Sí.

Ella se acercó más a él por encima de la mesa.

—¿Y quién era?

—Uno de la misión de Baréin.

A Anya se le cayó el tenedor sobre el plato.

—¿Qué? —preguntó totalmente sorprendida.

Liam resopló y le hizo un gesto para que guardase la compostura.

—Si ya sabía yo que no era buena idea hablar aquí —susurró cerrando los ojos como si estuviese controlándose.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó alarmada, aunque se notaba que intentaba esforzarse para no gritar por los nervios.

—¿Cómo que qué vamos a hacer? Creo que está claro.

—Para mí no —dijo ella sin comprender aquello.

Liam suspiró, adoptando una pose relajada mientras cogía un trozo de

pan tostado y comenzaba a untarse mantequilla por encima.

—Necesitamos saber hasta qué punto están implicados.

—¿Y vais a quedar con ellos esta noche? —preguntó asustada—. Por Dios —gimió ante la mirada enfurecida de Liam al ver que ella elevaba de nuevo la voz, aunque luego volvió a susurrar—. ¿Qué necesitáis para daros cuenta de que no son de fiar? Uno de ellos estaba en la misma sala que la persona a la que venimos a investigar, a la que llamó mi jefe después de intentar matarme —Le recordó entre dientes.

—Ya —dijo no muy convencido—, pero esta persona lleva pocos meses aquí, se unió hace relativamente poco, mientras que el resto lleva años. Y el jefe de ese grupo le aseguró a Hans que no tenía conocimiento de nada.

—¿Y tú te fías?

Él enarcó una ceja hacia ella.

—¿Quién ha dicho que me fie?

No fueron sus palabras, sino el tono que empleó lo que hizo que Anya se removiese incómoda.

—Entonces, vais... ¿vais a quedar con ellos?

Liam se apoyó tranquilo contra el respaldo.

—Este hombre, el del equipo de Baréin al que vieron en la discoteca, realizó una llamada a... —carraspeó—, pero ninguna a nadie de su equipo.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo tensa.

Liam suspiró y su mirada voló durante unos segundos sobre la espalda de Roy, el cual se había sentado unas mesas por delante.

—Tenemos que aclarar este asunto —dijo volviendo la mirada hacia ella.

Ella lo miró fijamente, parecía asustada. Cogió el yogur que se había servido en una taza y comenzó a tomarlo pensativa, sin decir nada más.



Liam se giró para observar a Anya, la cual estaba tumbada en la cama y viendo en la televisión una película de un canal en inglés.

Eran las ocho de la noche, y hacía poco más de tres horas que se había puesto el sol. Amanecía muy pronto, pero el sol se ponía demasiado temprano.

Se puso en pie mientras guardaba un arma en su cinturón y se ponía una fina chaqueta encima para taparla. Cogió la maleta y guardó unas cuantas armas más.

Ella lo observó de reojo, en aquellas últimas horas no habían hablado prácticamente nada. Liam había estado comprobando las armas o repasando cosas en el ordenador.

Anya se giró hacia él, contemplándolo. Había pasado las últimas horas dándole vueltas a lo que había dicho, al hecho de que uno de los hombres con el que fuesen a reunirse se hubiese visto con Tansel. Aquello no le daba buena espina. ¿Y si les ocurría algo?

Se removió incómoda y dio unos pasos hacia él, que se encontraba de espaldas guardando las cajas de las armas en el armario.

Se cruzó de brazos a pocos metros.

—¿No es demasiado peligroso? —preguntó con cierto temor.

Él continuó introduciendo las cajas.

—No pasa nada. Hacemos esto constantemente.

—¿Y si os han tendido una trampa? —preguntó más preocupada.

Aquel tono de voz le hizo girarse y mirarla con ternura. Ladeó su cabeza y dio un paso hacia ella, cogiéndola suavemente del brazo.

—Eh, no te preocupes. Llevo toda mi vida haciendo esto —Ella chasqueó la lengua—. Si ocurriese algo lo único que tienes que hacer es dirigirte al aeropuerto y coger un vuelo. En mi cajón hay tarjetas de crédito

que podrías...

—No digas eso —Le cortó ella temblorosa.

Él suspiro y dio un paso más, acercándose con una leve sonrisa en sus labios.

—¿Estás preocupada por mí? —preguntó enarcando una ceja, aunque lo dijo con ternura en la voz.

Aquella pregunta la pilló de improviso.

—Yo... bueno, pues... sí, ¿y qué?

—No deberías.

—Cuando vas a dar un paseo tranquilo, no llevas armas. —Le señaló hacia su cintura—. Eso claramente es porque existe un peligro real.

—Sé defenderme. —Ella puso los ojos en blanco—. Eh, eh... —dijo cogiéndola por los brazos, acercándola. Colocó una mano en su nuca y la obligó a mirarlo—. No te preocupes por nada. Antes de las doce estaré aquí. —Ella se quedó observándolo—. Verás como todo va bien.

Definitivamente se estaba enamorado de Anya a todas luces. El hecho de verla preocupada le hizo sentir un cosquilleo especial por todo su cuerpo.

Ella tenía razón, aquello era peligroso, así que no iba a perder más el tiempo.

Descendió sus labios hasta los suyos y los besó con ternura. Deseaba hacer eso a cada momento, pero en las circunstancias en las que se encontraban no era lo más idóneo.

Paseó su lengua sobre sus labios e incrementó la pasión del beso, notando cómo ella se sujetaba a sus hombros y poco a poco elevaba su mano hasta su cabello rubio oscuro.

Liam bajó sus manos por su cintura, sujetándola, la hizo girar y la acercó a la pared, apoyándola.

Anya se apoyó contra la pared mientras él se comprimía contra su cuerpo, sujetando sus caderas y dejando sus labios para comenzar a pasearse por su cuello.

No pudo evitar un gemido al notar la lengua de él desplazándose por su clavícula, la suavidad con que la tocaba.

Se sujetó fuerte a él, a aquel hombre que la besaba con pasión desmedida, consciente de que había puesto patas arriba todo su mundo para protegerla.

Liam llegó a sus labios de nuevo cuando escuchó que golpeaban la puerta.

Se distanció levemente de ella. Anya aún mantenía sus ojos cerrados, sus labios entreabiertos y su pecho subía y bajaba con celeridad, pero no fueron aquellos golpes lo que hizo que ella abriese los ojos, sino el hecho de que él se hubiese detenido.

—¿Qué pasa? —susurró hacia él, aún mareada.

—Han llamado a la puerta.

Una vez más volvieron a aporrear la puerta, esta vez con mayor intensidad.

Suspiró y se separó de ella unos pasos mientras se rascaba la cabeza.

—Debe de ser Roy —pronunció mientras se alejaba. Pocos segundos después Anya escuchó cómo abría.

—Ya era la hora —Reconoció la voz de Roy.

—Estaba acabando de arreglarme.

—Ya —dijo dubitativo.

Anya se puso firme y se alisó la ropa, luego fue directamente hacia su cabello, peinándose. Justo en ese momento Liam apareció de nuevo en la habitación. Él parecía estar totalmente recuperado o lo disimulaba muy bien; ella no, ella aún estaba flotando en una nube.

—Tenemos que irnos —dijo mirándola.

Se mordió el labio justo cuando Roy apareció a su lado, echando una mano en el hombro de su cuñado.

—No tardaremos mucho —continuó mientras cogía una de las bolsas de deporte. Se giró hacia ella y esta vez adoptó una pose seria—. Recuerda lo que te he dicho. En el cajón está la tarjeta de...

—No —Le cortó nerviosa—. No hará falta.

Él la observó unos segundos, suspiró y asintió.

—Está bien —pronunció no muy seguro, como si se debatiese entre decirle algo o dar unos pasos hacia ella para besarla de nuevo.

La mano de su cuñado en su hombro le disuadió.

—Hay que irse. Hans y Mike ya han salido hacia allí hace diez minutos.

—No te preocupes, Anya —pronunció Liam antes de darse la vuelta.

Anya observó cómo se alejaba, echando una última mirada antes de cerrar la puerta.

Liam bajó del taxi junto a Roy. Aquella zona estaba mucho más apartada, cerca del puerto de Manama. No había nadie paseando por los alrededores. Se

podía divisar a lo lejos la playa, con la enorme luna reflejada sobre el mar.

Había unos cuantos edificios viejos, abandonados, que seguramente sirvieron para almacenar y arreglar las barcas de los pescadores.

Miró el reloj y vio que marcaba las nueve. Hans y Mike aparecieron caminando por una de las calles. Hans depositó la bolsa en el suelo y la abrió. Repartió unas cuantas armas a cada uno y luego escondió la bolsa de tela tras unas tablas viejas de madera y unos bidones.

—¿Sabéis dónde es? —preguntó a sus compañeros.

—Está a unos diez minutos a pie.

Comenzaron a caminar en silencio. Habían decidido quedar un poco alejados para poder esconder la bolsa y repartirse las armas.

Caminaron en silencio, observándolo todo. A cada lado de la estrecha calle había naves abandonadas, de poca altura, algunas de ellas sin puertas ni ventanas o simplemente con la pared frontal derribada.

Por suerte, la luna llena y la luz que llegaba de la lejana ciudad los iluminaba lo suficiente como para caminar sin problemas.

Tras varios minutos Mike les indicó con un movimiento de su mano que se detuviesen.

—Es esa nave de ahí —Señaló asomándose a la esquina.

Todos miraron una pequeña casita, a varios metros, donde podía intuirse que había alguna luz encendida. Volvieron a colocarse tras la pared a medio derribar.

—Bien —susurró Liam—, lo haremos tal y como hemos planeado. —Miró a sus compañeros con convencimiento—. No quiero peleas ni disparos. Intentaremos dialogar con ellos y que se expliquen, pero... si es necesario no dudéis en apretar el gatillo. —Todos aceptaron. Miró el reloj, pasaban cinco minutos de las nueve—. Vamos.

Fueron aproximándose a la casa abandonada cuando escucharon unos pasos acercarse.

Liam se giró justo cuando un hombre aparecía tras la esquina, apuntándolos con un rifle.

Hans dio un paso al frente y extendió los brazos hacia él.

—¡Kevin! —dijo con una gran sonrisa.

—¡Eh! —gritó Kevin—. ¡Muchacho! —Se acercó a él y se fundió en un abrazo—. ¡Cuánto tiempo!

—Cuatro años —respondió separándose de él.

—¿Ya hace cuatro años de lo de Corea? —preguntó sorprendido—.

Cómo pasa el tiempo...

—Demasiado rápido —rio él. Luego se giró hacia el resto—. Estos son mis compañeros. Mi superior, Liam —Se acercó y le estrecho la mano—, y estos dos son Mike y Roy.

Ellos lo saludaron con un movimiento de su rostro.

—Perfecto, vamos para adentro. Os presentaré a mi equipo.

La casa no estaba nada adecuada y le recordaba bastante a su piso franco en Washington: un par de mesas, sillas, ordenadores e impresoras. Le sorprendió ver que tenían un par de camping gas para iluminar la enorme sala.

Cuatro chicos más conformaban el equipo de Kevin: tres de ellos se encontraban sentados y el cuarto estaba de pie, detrás de ellos, observando la pantalla. Pudo reconocer a Samuel al momento, pues había observado su fotografía durante horas.

—Os presento —comentó mientras cerraba la puerta. Se acercó a la mesa y les indicó—. Jim, Samuel, Malcolm y Joseph. —Todos se levantaron de su asiento para estrechar la mano.

—¿Cómo te va todo? —preguntó Kevin acercándose y dándose un abrazo con Hans, se giró hacia sus compañeros con una sonrisa y pasó su mano por sus hombros—. Con este granuja estuvimos en Corea. Menudas ostias repartía —explicó divertido—. ¿Aún sigues teniendo el mismo gancho derecho?

—Lo he mejorado —rio.

—Eso está bien —Le señaló mientras se acercaba a los ordenadores—. Nunca se sabe cuándo puedes necesitar usarlo.

Hans sonrió ante aquello.

—Bueno, vamos a ver muchachos —prosiguió Kevin—, habéis hecho un viaje muy largo y supongo que no es para tener esta conversación. —Miró a Hans y adoptó una posición más seria mientras se sentaba en la mesa—. Lo que me comentaste por teléfono...

—Sí —dijo Hans girándose hacia sus compañeros—. Mi superior os informará de todo —dijo dando un paso a un lado.

Todos miraron hacia Liam, el cual se encontraba apoyado contra otra de las mesas.

—¿Y bien? —preguntó Kevin.

—¿Conocéis a un tal Tansel?

Kevin miró hacia Hans.

—Es el que me comentaste por teléfono, ¿no? —Hans afirmó—. No, la

verdad es que no. No habíamos escuchado hablar de él. Además, vimos la fotografía que nos enviasteis y tampoco nos suena —pronunció mirando a sus compañeros—. Por lo que entendimos de la documentación que nos hicisteis llegar, parece que el jefe del Departamento de Seguridad Nacional y él son amigos, ¿no? —bromeó, haciendo referencia a que habían leído todos los informes.

—Eso parece. —Liam se encogió de hombros—. Ese hombre trabajó en la CIA hasta hace unos meses.

Aquello pareció pillar por sorpresa a Kevin.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Miró un segundo de reojo a Samuel, el cual mantenía una postura bastante relajada, y luego volvió la mirada de nuevo hacia el responsable del otro equipo—. Tansel recibió una llamada de Pierce, el responsable del Departamento de Seguridad Nacional, pidiendo instrucciones. Sabemos que está metido en esto.

—¿Quieres decir que Tansel es Heimdall? —preguntó sorprendido.

—Lo dudo. Es un extrabajador de la CIA. Puede que esté vendiendo información o yo qué sé —Se encogió de hombros—. Hasta hace siete meses trabajaba para nuestra organización. Heimdall lleva años en activo. Es posible que le pase información a H.

—O algo peor... —intervino Mike—. Siempre que han aparecido estos correos electrónicos se han creado nuevos ejércitos y ha habido un auge en la compraventa de armas. Tal y como están las cosas, no descartamos que el movimiento yihadista haya atraído a Heimdall.

—Compraventa de armas —susurró Jim, uno de los miembros del otro equipo—. Tendría sentido.

—Pero... —volvió a hablar Liam—, Tansel no puede nutrirse ahora mismo solo del negocio de armas, no trabaja para ninguna organización gubernamental.

—Al menos que sepamos —volvió a decir Kevin.

—Es militar, como todos nosotros, así que no podemos descartar que tenga contactos extralaborales.

—¿Sabeis por qué dejó la CIA?

—No lo especifican en su ficha. Simplemente pone que la abandonó hace siete meses. Desde ese momento se ha vuelto invisible, no trabaja para nadie.

—Sin embargo, aquí está —intervino Hans—. Y recibe llamadas del

director del Departamento de Seguridad Nacional.

—¿Y Pierce Simmons? ¿Es posible que sea él? ¿Heimdall?

Liam sonrió algo forzado.

—Si él fuese el jefe no creo que llamase a Tansel para pedir instrucciones —bromeó.

Kevin aceptó, quedándose pensativo.

—Está bien. ¿Qué proponéis? ¿Le hacemos un seguimiento a Tansel?

Liam se giró hacia el resto de sus compañeros, con la espalda más recta y luego miró directamente hacia Samuel.

—¿Dónde estabais ayer a las diez de la noche? —preguntó desviando la mirada hacia Kevin.

Kevin lo miró sin comprender.

—¿Por qué lo preguntas?

Liam extrajo su arma al momento y apuntó a Kevin, el resto de sus compañeros apuntaron al resto de los miembros del equipo de Baréin, haciendo que todos diesen un paso atrás, asustados, con las manos en alto.

—Eh —gritó Kevin— ¿Pero a qué cojones viene esto?

—¿Dónde estabais ayer a las diez de la noche? —gritó esta vez dando un paso hacia delante, con el brazo totalmente estirado hacia él—. Mis hombres no dudarán en comenzar a disparar si es necesario.

—Joder —gimió Kevin—. ¡Yo estaba cenando! ¡En casa!

Liam giró su rostro directamente hacia Samuel.

—¿Y tú? ¿Dónde estabas, Samuel? —Samuel dio un paso atrás y miró de reojo a su responsable—. ¿Dónde cojones estabas?

Kevin se giró, aún con las manos en alto, mirando confundido a Samuel.

—¿Pero de qué va todo esto? —volvió a gritar.

—Cállate Kevin —gruñó Liam hacia él, dando unos pasos hacia Samuel—. Responde —Le ordenó—. No te lo volveré a preguntar, lo próximo será un disparo en la rodilla.

Pudo observar cómo la mandíbula de Samuel se tensaba.

—Llegaste a este equipo hace unos tres meses, ¿verdad? —preguntó Liam desafiante—. ¿Por qué te destinaron justamente aquí?

Kevin volvió a intervenir.

—Pedimos refuerzos, justamente por lo de la amenaza yihadista. Yo mismo solicité un hombre más —gritó.

—¿Y controlas a tus hombres a todas horas? —gritó hacia él, aunque volvió a girarse sin apartar el arma de Samuel—. Responde, ¿dónde estabas

ayer a las diez de la noche? ¿O prefieres que lo diga yo? —Le retó.

Samuel apretó los labios, mirando fijamente a Liam.

—No me obligues a dispararte —susurró Liam.

Kevin los observaba totalmente sorprendido, pero le llamó la atención el hecho de que Samuel no respondiese a aquella pregunta.

—Samuel —Le gritó su responsable—. ¿Dónde estabas?

Liam miró de reojo a Kevin, el cual parecía totalmente sorprendido, al igual que el resto de sus compañeros.

Samuel dio un paso hacia delante, con la mirada fija en el arma.

—Hijo de puta —susurró. Justo en ese momento extrajo un cuchillo de su cinturón, abalanzándose hacia el pecho de Liam, el cual lo esquivó con acierto, aunque no pudo evitar llevarse un pequeño corte en el brazo, un poco por debajo del hombro.

El disparo resonó en toda la vivienda y Samuel cayó al suelo gritando, llevándose las manos hacia la pantorrilla.

Liam se giró para observar cómo Roy se había acercado con el arma, con la mirada enfurecida hacia Samuel.

—¿Estás bien? —preguntó a su cuñado.

Liam se llevó la mano al brazo, intentando parar la herromagia. Asintió y miró a Samuel.

—Cabrón de mierda —susurró mientras le daba una patada, haciendo que Samuel se revolviese de dolor.

—¿Qué es todo esto? —gritó Kevin.

—Tu hombre —gritó Liam hacia él—, mantiene contactos con Tansel. Ayer, Mike y Hans lo vieron reunirse con él en una discoteca.

Kevin se quedó totalmente paralizado.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Tienes un topo en tu equipo. —Luego se giró hacia el resto del equipo de Baréin, aún intentando contener la hemorragia—. Si alguien más tiene algo que decir será mejor que lo haga ahora, porque os aseguro que voy a llegar al fondo de este asunto, y no os gustaría tenerme por enemigo.

—Eh, eh... —Le cortó Kevin—. No teníamos ni idea de todo esto. ¿Acaso crees que os hubiésemos preparado las maletas con las armas si estuviésemos involucrados en algo? Joder —gritó bajando los brazos. Fue hacia Samuel dando largas zancadas y le propinó otra patada en la pierna donde le habían disparado—. Maldito hijo de puta —escupió hacia él—. ¿Es

lo que hacías aquí? ¿Espíarnos? ¿Pasabas información? —gritó.

Samuel se removía, gritando, intentando contener la hemorragia de su pierna.

Liam se agachó a su lado, recibiendo la mirada furiosa de Samuel, pero en vez de hablar puso el cañón de su arma en la otra pierna, amenazándolo.

—Responde. Ya.

Samuel gruñó mientras su respiración se aceleraba cada vez más hasta que finalmente miró a Kevin.

—Solo tenía que cubrirle las espaldas a Tansel —acabó admitiendo entre gritos de dolor—. Informarle de nuestros pasos e intentar tapar los suyos.

—¿Por qué? —preguntó Liam apretando el arma contra la pierna—. ¿Qué es lo que está haciendo aquí? —Samuel agachó su cabeza, gimiendo, mientras apretaba su herida.

—¡Joder! ¡Necesito un médico! Voy a desangrarme.

—¡Responde! —gritó Liam.

Samuel respiró hondo, como si estuviese recuperando el aliento.

—¡Armas! —gritó—. No sé mucho, solo sé que Tansel es un intermediario, que mueve las armas del mercado negro, que es un señor de la guerra, así les llaman.

—¿Para quién las mueve? —preguntó esta vez Kevin.

—Y yo qué cojones sé —gritó.

Liam volvió a apretar el arma de nuevo contra su pierna.

—Esa no es la respuesta —inquirió.

—¡No lo sé! —gritó.

—¿Quién te contrató? ¿Quién te envió aquí con nosotros? —preguntó Jim acercándose.

—A mí me contrató Tansel. Se presentó un día en mi base militar ofreciéndome este trabajo, mucho mejor remunerado, y acepté. Luego me trajeron aquí. No sé con quién contactó ni qué hilos movió para traerme.

Liam gruñó, pero luego una idea pasó por su mente, y aquello le hizo ponerse en pie, lentamente.

—¿Le explicaste a Tansel que estamos aquí? —preguntó con cierto temor. Samuel lo observó y luego apartó la mirada de él, asustado—. Joder... —susurró—. ¿Se lo dijiste?

—¡Ayer! —gritó—. Le dije que un grupo de Washington había llegado, pero nada más.

—¿Nada más? —preguntó Roy.

—No, nada más. Hasta ahora no sabía ni vuestros nombres, ni siquiera dónde os alojáis.

—Maldito hijo de... —susurró Liam removiéndose. Miró hacia sus compañeros, enfurecido—. Hay que extremar las medidas de segu... —pero se quedó totalmente callado. Se giró hacia él, pensativo—. ¿Le dijiste que habías quedado hoy con nosotros?

Samuel volvió a gemir cuando Kevin le apretó con fuerza el orificio de entrada de la bala.

—Sí. Mañana tenía que informarle de todo.

—Joder —susurró guardando su arma en su cinturón, moviéndose directamente hacia la puerta. Si ayer le había comunicado que otros miembros de la CIA se encontraban allí, era posible que hubiesen comenzado a investigar. Sabía que era difícil dar con ellos, habían viajado por separado y con nombres falsos. No sería fácil encontrarlos, pero no podía fiarse absolutamente de nadie. Si Samuel le había dicho que hoy había quedado con ellos, no podía descartar que los hubiesen seguido hasta allí, que hubiesen averiguado el hotel donde se hospedaban. —Anya —susurró ante la puerta de salida.

—Roy —gritó hacia él—. Encárgate de todo.

Roy supo lo que pasaba por la mente de su cuñado Liam, pues él había pensado exactamente lo mismo.

Corrió calle abajo a la vez que extraía el teléfono móvil de su bolsillo. Olvidó por completo el dolor del brazo, lo único en lo que podía pensar era en Anya.

Habían extremado todas las precauciones, y Tansel confiaba en el hombre que tenía infiltrado en la división de Baréin. Era poco probable que hubiesen puesto un seguimiento, pero no podía fiarse.

Marcó el número de teléfono móvil que le había dado a Anya mientras seguía corriendo por las calles, rumbo a la carretera por donde había visto pasar algún taxi.

Cuando sonó el tercer tono sin responder comenzó a desesperarse.

—¿Sí? —Reconoció la voz confundida de Anya.

—¿Anya? —susurró sin dejar de correr.

—¿Liam? ¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí. Estoy bien ¿Dónde estás? —preguntó girando una esquina.

—¿Dónde voy a estar? —preguntó alterada—. En la habitación. —Hubo unos segundos de silencio—. ¿Ocurre algo? —Y en ese momento detectó cómo

su voz temblaba.

—No, no, todo bien. Pero hazme un favor... —comentó mientras llegaba a la carretera. A lo lejos vio que un taxi se aproximaba y elevó su mano para detenerlo—. ¿Recuerdas dónde están las pistolas? —Ella no contestó—. Coge una, métete en el aseo y echa el cerrojo.

—¿Qué dices?

—¡Haz lo que te digo! —gritó mientras el taxi se detenía frente a él—. No tardo nada —Colgó y abrió la puerta trasera del taxi diciéndole al conductor la dirección del hotel.



Avanzó hasta el ascensor, mirando a cada una de las personas que había en el recibidor, observando sus movimientos. Todo parecía estar en calma.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron tras él se contempló en el espejo. En ese momento se dio cuenta de que tenía la fina chaqueta que llevaba manchada de sangre a la altura del brazo.

—Mierda —susurró quitándose la chaqueta. Debajo, la camisa estaba aún más empapada—. Joder —gritó de los nervios mientras doblaba la chaqueta y la echaba sobre su hombro, tapando la parte ensangrentada para pasar desapercibido. Se fue a dar media vuelta cuando se percató de que llevaba la culata de la pistola fuera de los pantalones. Gruñó y se sacó la camisa por fuera, ocultando así el arma.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor salió corriendo hacia su habitación. Por suerte, no había nadie en el pasillo.

Nada más abrir la puerta notó que algo no iba bien. No había luz en el interior de la habitación. Buscó a ciegas el interruptor y la encendió mientras con la otra mano cogía el arma.

Avanzó unos pasos. La cama estaba deshecha, las cortinas echadas. Miró directamente al aseo. La puerta estaba cerrada.

—¿Anya? —pronunció acercándose. Abrió la puerta y encendió la luz.

Anya se encontraba en una esquina, de cuclillas, con el arma entre sus manos, temblando. Tenía los ojos rojos y las mejillas sonrosadas de tanto llorar.

—Eh —susurró hacia ella, acercándose. Se arrodilló a su lado y le quitó la pistola de sus manos temblorosas, aunque reparó en que no le había quitado el seguro—. Tranquila.

Ella parecía estar en trance, nunca la había visto así, ni siquiera cuando

intentaron atraparla en el edificio del Departamento de Seguridad Nacional, días atrás.

—Shhhh —dijo mientras la abrazaba, acariciando su cabello—. Ya está. Ya estoy aquí.

Ella gimió, agarrándose más fuerte a él.

—Pensaba que había entrado alguien en la habitación —sollozó.

Él negó con su cabeza.

—No, tranquila.

Liam apoyó su frente contra la cabeza de ella, acariciándola, intentando calmarla.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué me has dicho que me metiera en el aseo con un arma?

Suspiró y se apartó un poco de ella para observarla.

—Ven, vamos a la habitación —dijo ayudándola a levantarse.

—¿Estás herido? —preguntó mirando hacia la manga ensangrentada.

—No es nada.

—¿Cómo que no es nada? —preguntó asustada—. Estás sangrando mucho.

—Ya ha dejado de sangrar —dijo para quitarle importancia.

—Déjame, déjame que te vea.

—No te preocupes, no es nada, de verdad.

—Por favor —insistió cogiéndole del brazo.

Se miraron durante unos segundos y finalmente Liam aceptó. Se desabrochó poco a poco la camisa y ella le ayudó a sacarse la manga.

El corte no era muy profundo, no necesitaría puntos, pero sí era bastante largo.

—Creo que en una de las bolsas de deporte hay un pequeño botiquín —dijo él mirándose la herida en el reflejo del espejo.

Anya salió de la habitación con paso presto, notando cómo sus piernas aún temblaban.

Rebuscó entre las bolsas mientras Liam cogía las pistolas que había dejado en suelo, ponía los seguros y las depositaba en el mármol. Se mojó la herida limpiando la sangre de los laterales.

Se quedó observándose en el espejo, tenía unas gotas de sudor por la frente. Escuchó cómo ella removía por el armario hasta que poco después apareció bajo el marco de la puerta, con un pequeño neceser en sus manos.

Se quedó mirándola. Si le hubiese ocurrido algo no se lo perdonaría en

la vida. Era consciente de la importancia que estaba cobrando poco a poco para él, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de lo intenso de sus sentimientos hacia ella.

Anya depositó el neceser sobre el mármol y sacó unas gasas y algo de instrumental quirúrgico para suturar.

—No necesita puntos —dijo él cogiendo su mano, al ver que temblaba.

Ella asintió apretando los labios y extrajo un pequeño bote de agua oxigenada. Lo abrió y humedeció una gasa estéril.

—¿El resto está bien? —preguntó colocando la gasa húmeda sobre la herida.

Liam no se quejó.

—Sí, están todos bien. —Se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de Roy, ante la atenta mirada de ella, que guardó silencio.

—Hola —contestó Roy al otro lado—. ¿Todo en orden?

—Sí, todo bien. ¿Y vosotros?

—Todo controlado.

—De acuerdo, avisadme cuando lleguéis.

—Si, oye... ¿y el brazo?

Liam se observó de nuevo en el reflejo mientras ella extraía una venda.

—No es nada. Sobreviviré.

—Ja —bromeó Roy—. Luego te informo, cuando lleguemos al hotel.

Colgó el teléfono y lo dejó sobre el mármol. Ella lo observaba de reojo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con cierto dolor, como si el hecho de que él estuviese herido le causase angustia.

—¿Recuerdas el chico del que te hable esta mañana? Samuel.

—¿Es el que vieron Mike y Hans en la discoteca junto a Tansel?

—El mismo. —Suspiró y se pasó la mano por el cabello mientras ella comenzaba a vendarle el brazo, sobre el corte—. Es un topo.

Ella lo miró horrorizada.

—Entonces, ¿trabaja para Tansel?

—Sí, por lo que ha dicho, parece que Tansel lo contrató para que vigilase justamente al equipo de la CIA de aquí. Estaba infiltrado. De esa forma, si recibían alguna información importante él podía pasarle todo a Tansel. —Ella suspiró y se mordió el labio—. Los chicos se han quedado allí, supongo que seguirán interrogándolo...

Anya miró confusa a Liam tras aquel comentario.

—¿Y por qué has venido tú? —preguntó con recelo—. ¿Por qué me has

dicho que me escondiese? ¿Te ha dicho algo de mí?

—No —La tranquilizó rápido—. Ayer, cuando se reunió con Tansel en la discoteca le informó de que un grupo de la CIA de Washigton había venido. — Se encogió de hombros—. Nunca puedes fiarte, y si Tansel tenía conocimiento de que estamos aquí es posible que esté investigando quiénes somos. —Anya dio un paso atrás, pero Liam cogió su mano—. No te preocupes, ninguno de nosotros ha viajado con su nombre real, todos tenemos identidades falsas. No es fácil dar con nosotros.

—Ya —respondió confundida, mientras hacía un nudo a la venda—. Pero es posible...

—Es casi imposible.

—Parecías asustado, alarmado cuando me has llamado.

Él le medió sonrió, algo avergonzado.

—Me he preocupado al principio, pero es una tontería.

—¿Tenías miedo de que me siguiesen?

Se quedó mirándola fijamente y finalmente afirmó de forma lenta.

—Tenía miedo de que pudiesen hacerte daño —susurró hacia ella.

Se quedaron mirándose unos segundos, contemplándose, hasta que Liam la cogió de la cintura y la apoyó contra el mármol. Pasó una mano por su mejilla, acariciándola, y volvió a descender sus labios hasta los de ella. Aquello era lo que necesitaba, lo que estaba ansiando desde que se había marchado hacía unas horas. La necesidad aumentaba por momentos.

Anya se abrazó a él con todas sus fuerzas, necesitada de contacto. Jamás un hombre le había atraído tanto como él. Aquella mezcla de fuerza, agresividad y ternura la tenían embelesada.

Liam bajó sus manos hasta las caderas de ella sin dejar de besarla y la subió al mármol. Al momento, comenzó a bajar por su cuello, notando cómo su piel se iba poniendo de gallina, cómo su mano se paseaba por su cabello, acariciándolo.

Llevó su mano hasta su pierna y comenzó a subir lentamente por debajo del camión. Anya no se resistía, colaboraba complacida facilitando los movimientos de Liam. Flexionó su pierna y rodeó la cadera de él, colocándose Liam entre sus piernas.

Anya pasó sus manos sobre el pecho descubierto de él, sobre los músculos definidos, notando cómo se contraían ante sus caricias.

Liam la recostó más sobre el mármol, haciendo que apoyara su espalda en el espejo, y tiró de sus piernas hacia él para encajarse bien.

Aquel movimiento fue la desesperación de ambos, provocándoles una impaciencia indescriptible, anhelo de un contacto más íntimo.

Se recostó sobre ella, besándola con pasión, para luego avanzar por su cuello.

Anya gimió mientras paseaba una mano por su espalda y con la otra se sujetaba fuerte al cabello de él, aquellas sensaciones eran tan intensas que pensaba que se rompería en mil pedazos.

Liam fue subiendo una mano por su pantorrilla, mientras con la otra le bajaba el tirante. Descendió sus labios y comenzó a besar su pecho.

El gemido de Anya se tornó más intenso. Liam notó cómo comenzaba a tirar de su cabello, pero lejos de hacerle daño, aquel gesto lo excitaba mucho más.

Fue a buscar con su boca el otro pecho mientras comenzaba a masajear con su otra mano el que había dejado libre. La respiración de ella cada vez era más acelerada.

Anya pasó sus manos por su espalda, por su cuello, por su cabello. Nunca había sentido tanto placer como en ese instante. Nunca en la vida se había sentido tan deseada.

Liam volvió a besar sus labios con ansiedad, con una necesidad que no había conocido hasta entonces y comenzó a quitarle la ropa interior con movimientos un tanto agresivos por la impaciencia.

Se desabrochó el cinturón y se bajó los pantalones. Se echó de nuevo sobre ella, sin dejar de besarla un segundo y, sin más preámbulos, entró en ella.

En otro momento hubiese sido más calmado, tranquilo, cuidadoso..., pero la tensión de aquellas últimas horas y pensar que podían arrebatársela le habían hecho ser consciente de lo importante que era esa chica, de la necesidad que sentía desde que la había visto por primera vez.

Entró del todo notando cómo ella apretaba su espalda y casi clavaba sus uñas en él, mientras un gemido de placer inundaba aquel aseo.

La besó con pasión y comenzó a mecerse sobre ella, colocando una mano en el espejo para apoyarse y rodeándola con el otro brazo por las caderas, facilitándole y acompañándole los movimientos acompasados a su cuerpo.

Anya se sujetó a sus hombros, mientras él se movía con celeridad sobre ella, haciendo que ambos experimentasen un placer extremo.

Aquella, sin duda, era la experiencia más excitante que jamás había

tenido. Ni siquiera estaba del todo desnuda, aún tenía el camisón puesto, pero las manos de él se movían libres por todo su cuerpo. Había tenido pareja en la universidad, pero era bastante remilgado. Jamás le habían hecho el amor de aquella forma, con tanta pasión.

Perdió incluso la noción del tiempo, de dónde se encontraba y de todo lo que había ocurrido durante aquellos últimos días. Allí solo estaban ella y él, juntos.

Estuvo a punto de clavar sus uñas en los hombros de él cuando notó que aceleraba un poco más y que el placer más extremo que había conocido se iba apoderando de su cuerpo, de cada fibra de su ser. Comenzó a temblar ante tal sensación y no pudo evitar abrir los ojos para observar que Liam la miraba atento, a escasos centímetros, estudiándola, pero a la vez con una sonrisa al percibir el placer que ella sentía.

Se tumbó totalmente sobre ella, cubriéndola con su cuerpo, aunque intentando no cargarle todo su peso, sin dejar de moverse y sujetando su pierna junto a su cadera.

Se abrazó a ella, notando cómo se retorció entre sus brazos, hasta que el placer también lo invadió a él. Emitió un pequeño gruñido y se dejó caer sobre ella, agotado, exhausto, e intentando recuperar el aliento que le faltaba, con el corazón desbocado.

Anya respiraba rápido y profundo, pero acogió la cabeza de Liam en su pecho, acariciando su cabello, intentando relajarse.

Elevó su cabeza y besó el hombro de Liam con delicadeza.

Aquel gesto sorprendió a Liam que se giró para observarla, mientras ponía una mano en su mejilla y comenzaba a acariciarla con ternura.

Se quedó unos segundos observándola, mientras pasaba su dedo pulgar sobre los labios algo amoratados de ella por el fervor de los besos. Le sonrió y volvió a besarla, esta vez con más calma, saboreándola con tranquilidad.

Apartó un mechón de cabello que había caído sobre sus ojos y le sonrió con ternura.

Despertó cuando la luz de un nuevo día inundaba la habitación.

Había conseguido dormirse de madrugada, tras intercambiarse unos mensajes con Roy para quedar a primera hora de la mañana. Luego se había dedicado de nuevo a Anya, en cuerpo y alma.

Sin duda, era lo mejor que le había pasado en la vida. Ella era tierna,

preciosa y tenía una sonrisa capaz de coser corazones rotos. Jamás se había sentido tan atraído por una mujer.

A sus treinta y dos años, y a pesar de haber estado con muchas mujeres, jamás se había planteado tener una relación en serio. Aquella era la primera vez que se lo planteaba, y que aceptaría gustoso.

Se giró para observarla. De nuevo recostaba su cabeza sobre su hombro, totalmente dormida, con sus rasgos relajados.

Pasó su dedo índice por su mejilla y apartó un mechón de cabello que caía cerca de su nariz.

Anya abrió los ojos poco a poco, adormilada. Una sonrisa se dibujó en su rostro en cuanto fue consciente de la proximidad de Liam.

—Buenos días —susurró él.

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—Las seis y media.

Ella gimió y volvió a cerrar los ojos, acercándose más a él.

—Es muy pronto.

Se apoyó más contra su hombro y él aprovechó para abrazarla. Besó su frente y se relajó durante unos minutos, sintiendo la suavidad de su piel.

—He quedado a las siete —dijo acariciando su cabello.

Ella se incorporó para mirarlo.

—¿Con los chicos? —Él afirmó. Anya lo observó durante unos segundos, mientras se colocaba un mechón de cabello tras la oreja—. ¿Puedo ir?

Liam sonrió.

—Puedes esperarme aquí, en la cama. No tardaré.

—No, Liam, escucha —insistió ella—. Me... me gustaría ir. De verdad.

La contempló unos segundos y finalmente aceptó. De todas formas, ya la tenía al corriente de todo, lo prefería así.

—Está bien —susurró colocando una mano en su mejilla. Se incorporó y la besó. Ella se distanció un poco para sonreírle, pero aquel gesto no pareció ser del agrado de Liam que la atrajo de nuevo para besarla con intensidad. Resopló, rio y la tumbó sobre la cama colocándose sobre ella, mientras sus manos comenzaban a bailar sobre el cuerpo femenino.

Desde luego, era una buena forma de comenzar el día.



Roy abrió la puerta de su habitación. Al principio se sorprendió al ver a Anya al lado de Liam, pero luego le sonrió y miró a su cuñado con malicia mientras les dejaba pasar.

El resto de los compañeros no parecieron sorprenderse tanto al verla allí, y reaccionaron con sonrisas, saludándola efusivamente.

—Al fin puedo decirlos hola —bromeó Anya acercándose a ellos—. Se me hace difícil cruzarme con vosotros sin decirlos nada.

Todos sonrieron al escuchar aquello y comenzaron a explicarle lo difícil que había sido para ellos acostumbrarse a esa situación las primeras veces.

Roy aprovechó para ponerse al lado de Liam y se acercó más a él, en actitud tirante.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó en un susurro.

—Quiero que esté bien informada —respondió sin apartar la mirada de la espalda de ella.

Roy se cruzó de brazos, no muy convencido.

—¿Sobre todo?

Liam iba a contestarle cuando Hans se acercó para colocar una mano en el hombro de Liam.

—¿Cómo va ese brazo?

—Bien, ni me acordaba —sonrió hacia él. Miró de reojo a Roy y luego suspiró—. De acuerdo, ponédme al corriente de todo. ¿Le sacasteis más información a Samuel?

Mike fue quien intervino.

—No mucha más. Tal y como nos dijo había quedado hoy con Tansel en que lo llamaría y le pondría al corriente sobre todos nosotros.

—Iba a darle nuestros nombres y el del hotel donde nos alojamos —

explicó Roy. Luego miró a Hans y medio sonrió—. Pero él tenía razón —Le señaló—. El resto de la división de Baréin nos ayudará.

—Me alegra saber eso —respondió Liam—. ¿Dónde había quedado?

—En la misma discoteca que el otro día —continuó en Mike.

—¿Y ahora dónde está?

—Retenido. Donde ayer —rio Roy—. Lo atamos a una de las columnas.

Liam puso cara de fastidio, pero afirmó. Miró hacia Anya que se había distanciando un poco sentándose en la silla que había frente al escritorio.

—¿Saben que ella está aquí?

Aquella pregunta provocó un respingo en Anya, que los miró preocupada.

Todos se giraron un segundo para observarla, luego negaron.

—No. Creemos que no.

—Está bien. —Liam se pasó la mano por la cabeza, removiéndose el cabello—. Hoy comenzaremos la misión.

Aquello sorprendió a Anya.

—¿No la habéis comenzado aún?

Liam la miró y le sonrió.

—De momento solo nos hemos amoldado al terreno —respondió. Miró hacia Mike y le señaló—. ¿Sabes en qué habitación se aloja Tansel?

—Sí, planta trece, habitación ciento treinta y cuatro.

—¿Tienes los micros?

Anya se puso en pie acercándose.

—¿Vais a realizar escuchas?

Liam se encogió de hombros, como si fuese lo más normal del mundo.

—Claro. Para eso estamos aquí, ¿no? —bromeó—. Bien, esta noche saldrá hacia la discoteca. ¿A qué hora te ha dicho Samuel que había quedado con él?

—A las diez —respondió Hans.

—De acuerdo. Mike, instalarás los micros en su habitación. Tú, Hans, te quedarás en el hotel vigilando que Mike pueda hacer bien su trabajo. Nosotros —señaló hacia Roy—, lo seguiremos a la discoteca y os iremos informando de sus pasos, para preveniros por si volviese antes de que pudieses acabar, Mike.

—¿Y yo? —preguntó Anya. Todos se giraron, sorprendidos—. Bueno... —Se encogió nerviosa al recibir todas las miradas—, pensaba que podría ayudar en algo.

—Gracias —respondió Liam con una sonrisa—, pero no hará falta, tranquila.

—Ya, pero... me gustaría colaborar —insistió.

—De momento no es neces...

—¿Y su ordenador? —preguntó directamente. Luego extendió los brazos hacia ellos—. Os dije que era buena hackeando ordenadores, es mi trabajo. Seguramente tenga un portátil, ¿habéis buscado la señal?

Hans miró a Liam bastante sorprendido.

—Aún no —respondió.

—Ese es el próximo paso a seguir —continuó Liam.

—Vale, pues yo podría meterme en ese ordenador y averiguar todo lo que tiene.

Liam se removió incómodo.

—Roy puede hacerlo —Señaló a su compañero.

—Roy te va a acompañar a la discoteca —dijo rápidamente—. Podría aprovechar. —Miró a Mike con determinación—. ¿Cuánto tardas en poner los micros?

—Ummmm... —comenzó sin saber cómo responder, mirando de reojo a su jefe. Finalmente, Liam suspiró y le indicó con la mano que respondiese a Anya—. No es solo poner los micros. Hago un registro de la habitación y le colocó también algunos GPS. En total, entre un cuarto de hora y veinte minutos.

—Tengo tiempo de sobras para hacerle una buena inspección a ese ordenador —sentenció.

Todos miraron a Liam, esperando una respuesta.

Liam dudó. Quería que ella estuviese al corriente de todo, sabía que lo mejor era tenerla informada pues así estaría prevenida, pero el hecho de que se inmiscuyese tanto no le hacía gracia y prefería tenerla encerrada en la habitación, protegida, sabiendo que no corría ningún riesgo. Por otro lado, Anya tenía toda la razón del mundo. Sería un estúpido si dejase pasar la ocasión.

—De acuerdo, lo harás, pero a distancia.

—¿A distancia?

—Sí, Mike conectará un *pendrive* como el que conectaste en tu trabajo.

—Eso podría hacerlo si tuviese un ordenador potente...

—Lo tienes —Le cortó.

—¿En serio?

—Tienes cuatro ordenadores potentes —confirmó—. Lo harás desde nuestra habitación —Y al pronunciar aquellas palabras sintió una especie de felicidad. Nuestra habitación. Estuvo a punto de echarse a reír, pero se controló—. ¿Seguro que podrás hacerlo?

Esta vez fue ella la que ladeó su cabeza, con una sonrisa de autosuficiencia.

—Creo que me has infravalorado un poco —Seguía con aquella sonrisa en sus labios, lo cual hizo que él también ladease su cabeza con una sonrisa tremendamente sexy para su gusto—. Lo mío es la contabilidad, pero trabajo con ordenadores todo el día. Me sé desenvolver mejor de lo que crees. —Esta vez fue ella la que le guiñó un ojo—. Y tú que no querías traerme, ¿eh? —bromeó.

Liam chasqueó la lengua y rio sorprendido.

—De acuerdo —continuó sonriente—. Roy, ¿podrías mirar si alguna señal proviene de esa habitación? Si es así intenta adivinar la clave de acceso.

Roy fue a la mesa y encendió su ordenador. Anya se sentó a su lado, entusiasmada con poder colaborar. Al menos, había logrado algo con lo que distraerse y ser útil al equipo.

Liam se quedó observando a Roy, el cual parecía tenso por la presencia de Anya allí, incluso la miraba de reojo.

Intentó despejar su mente y concentrarse en lo que le mantenía allí.

—¿Habéis quedado hoy con Kevin y su equipo?

Mike tomó la palabra.

—Le dijimos que nos pondríamos en contacto con él.

Liam aceptó y se aproximó un poco más a Mike.

—¿Seguro que son de fiar?

—Al cien por cien.

Suspiró y tras unos segundos se cruzó de brazos.

—Llámales y explícales el plan. No nos iría nada mal que estuviesen al corriente. Además, intuyo que Tansel sospechará algo cuando Samuel no contacte con él. Que mantengan la zona bien vigilada, es posible que Tansel intente buscar a su topo, y que sepa que ellos se reúnen en...

—Ya les dijimos eso mismo ayer. —Le cortó Hans—. De hecho, esa no es su base. Nos citaron en otro lugar. Querían asegurarse de que éramos de fiar —bromeó—. Su base de operaciones está bastante alejada.

—Ayer mismo Jim y Malcolm comenzaron a trasladar todo el material de su base de operaciones principal a una nueva. Está controlado —acabó de

explicarle Mike.

—De acuerdo.

Mike cogió su teléfono y se distanció al pasillo para llamar a Kevin, tal y como su superior le había ordenado.

No pudo evitar girarse de nuevo y observar a Anya, con la mirada clavada en la pantalla del ordenador, hablando con Roy.

—No —susurró señalando un punto de la pantalla—. No creo que use el wifi del hotel. Seguramente llevará algún módem externo para tener una mayor cobertura.

Roy levantó las manos como si estuviese sufriendo un atraco, sonriendo a Anya. Luego le indicó el ordenador, ofreciéndoselo.

—¿Quieres?

Ella lo miró fijamente y sin contestar movió su silla acercándose a la mesa, girando el ordenador hacia ella.

—Gracias —dijo con una sonrisa enorme, como si acabase de recibir un regalo.

En ese momento Roy giró su rostro hacia atrás, coincidiendo con la mirada divertida de Liam. Se encogió de hombros y volvió a mirar la pantalla, atento a lo que ella hacía.

Liam tuvo que apartar la mirada de ellos porque Mike se acercaba con pasos acelerados.

—Ya está. —Guardó su móvil en su bolsillo—. Tienen nueva base. Han despejado y limpiado la de ayer y se han llevado a Samuel con ellos. —Miró a Liam—. Dicen que se apuntan a lo de esta noche. Parece que están haciendo cantar a Samuel. Les ha dicho que para acceder a la zona vip hay una clave.

Liam lo miró sorprendido.

—¿Una clave? —preguntó divertido.

—Parece que se reúne bastante gente dentro de la zona vip: jeques árabes, hombres de negocios y gente influyente, tanto local como extranjera. Ah, y hacen espectáculos de la danza del vientre.

Hans levantó la mano, entusiasmado.

—¡Me ofrezco voluntario para probar la clave y entrar!

Liam chasqueó la lengua divertido y volvió su atención a Mike.

—¿De cuántas personas hablamos?

Mike se encogió de hombros.

—El aforo es de unas ochenta personas.

Liam se quedó pensativo y luego señaló a Hans. Eran bastantes personas

para poder pasar desapercibido.

—Vosotros dos acudisteis ayer a la discoteca, así que es posible que el de seguridad os reconozca. ¿Cuál es la clave?

—Oh, vamos... —Se quejó Hans.

—*Zamani jams iznani tisa.*

Liam enarcó una ceja.

—¿En serio?

Mike se encogió de hombros.

—Es lo que me ha dicho. La cambian cada día a las doce de la noche, así que esa clave servirá para hoy.

Liam se pasó la mano por su rostro, rascándose los ojos como si estuviese agotado.

—Son poco originales. Esperaba más.

—Eh —Les llamó Roy—. Tenemos la red de Tansel.

Todos fueron hacia allí, rodeándolos. Liam puso una mano sobre el hombro de Anya.

—¿Te has metido en el ordenador?

—No. Pero hay señal. Hay una conexión ajena al wifi del hotel.

Se quedó mirando la pantalla, pensativa, con las manos sobre el teclado, sin hacer nada.

—No puedo hacerlo —continuó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Liam alarmado.

Ella señaló la pantalla.

—Está usando una línea segura.

—¿Y no puedes interceptarla? —preguntó Roy.

—No es tan fácil. Seguramente tenga algún módulo de seguridad y avisaría de la intrusión. Nosotros tenemos esos módulos en el trabajo. Si nos entra un hacker, avisa.

—Entra en modo *MS-DOS* —sugirió Roy—. Así no te detectará.

—Eso ya lo sé. Puedo conseguir la clave, pero igualmente puede que...

—Que, ¿qué? —insistió Liam.

Ella se giró hacia él.

—Hay que ir con mucho cuidado. Puedo conseguir la clave del ordenador, entrar por *MS-DOS*. El sistema operativo crea un registro de usuarios y claves y los guarda en la carpeta de Windows del disco duro. Eso no es problema, pero seguramente los archivos que queramos investigar, los que nos interesen —remarcó esa palabra—, no estén en las carpetas

compartidas, o los tenga restringidos para copiar o compartir. He trabajado con muchos ordenadores así, y este seguramente sea uno de ellos. Este ordenador trabaja por líneas seguras, así que tendrá un módulo de seguridad. No tendría lógica que después tuviese los documentos que nos importan en carpetas habilitadas para ser compartidas.

—¿Y qué significa eso?

Roy se giró hacia él, con gesto preocupado.

—Que si nos metemos desde otro ordenador nos arriesgamos a que salte la alarma.

Liam cerró los ojos unos segundos intentando calmarse y se apoyó contra el respaldo de la silla de Anya.

—¿Y qué podemos hacer?

Ella apretó los labios y se volvió hacia la pantalla.

—Podría hacerlo desde un ordenador externo, pero sinceramente me llevaría días, y aun así no garantizo que pudiese entrar. La única forma es averiguar la clave y acceder al ordenador directamente.

Liam se puso erguido al momento.

—¿Directamente?

—Sí, como si fuese él. Coger el ordenador y manipularlo. No es seguro que tenga esos módulos de protección, pero no podemos descartar esa opción. —Suspiró y se giró hacia él—. Si accedo desde otro ordenador, existe una elevada probabilidad de que nos descubra. —Liam resopló y se removió inquieto—. Es más, aunque consiga entrar a esos archivos manipulando personalmente el ordenador, es posible que no me permita copiarlos.

—¿Y entonces?

Ella se giró con una sonrisa.

—La cámara de fotos del móvil. Siempre puedo tomar fotos —bromeó.

Liam resopló y miró a Mike. Lo que contuviese aquel ordenador era de vital importancia. Allí podría haber una agenda con todos sus contactos, e incluso, con suerte, podrían averiguar quién era Heimdall.

—¿Crees que con un cuarto de hora tendrás suficiente? —preguntó volviendo la mirada hacia ella.

—Depende de la cantidad de archivos que tenga para investigar. Luego tendría que acceder al historial y borrar la hora de última entrada al archivo.

—¿Y eso cuánto tiempo te lleva?

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Depende de la cantidad de archivos —susurró desesperada—. No es

lo mismo abrir cinco archivos que cincuenta. —Liam resopló mientras se pasaba la mano por su rostro y dio unos pasos hacia atrás, como si aquella idea que al principio le había entusiasmado ahora comenzase a detestarla—. Oye —dijo ella poniéndose en pie, modulando su tono—. No lo sabré hasta que no acceda a ese ordenador. Pero si no lo hago no lo sabremos nunca.

Liam la miró fijamente, sin disimular la tensión que acumulaba.

—No quiero que vayas a esa habitación —susurró con dolor, sin ser consciente de que había pronunciado aquello delante de sus compañeros.

Ella dio unos pasos hacia él.

—Es posible que sea más sencillo de lo que te estoy diciendo —pronunció con ternura—. Además, estaré con Mike, y vosotros vigilaréis que Tansel no vuelva. No pasará nada —dijo cogiéndole la mano—. Pero necesito hacerlo. Charlotte murió asesinada. No puedo mantenerme al margen. Necesito saber lo que hay en ese ordenador, saber el porqué de la muerte de Charlotte.

Liam acarició su mano y luego se soltó. Permaneció callado varios segundos hasta que al final suspiró y miró a Mike. No tuvo que decir nada, Mike aceptó directamente.

—No me separaré de ella ni un segundo. Te lo prometo.

Él aceptó y se giró hacia ella.

—Tendrás solo el tiempo que tarde Mike en instalar los micros y el GPS. Ni un minuto más. No quiero que nadie os vea entrar ni salir de esa habitación y, a la mínima sospecha de que alguien pueda estar vigilando, se abortará la misión.

Ella asintió con el rostro muy serio.

—Está bien, averiguaré la clave de acceso —pronunció volviendo a su asiento.

—¿No habrá problema con eso? —preguntó sin moverse.

Ella contestó sin apartar la mirada de la pantalla.

—No, a esos datos puedo acceder por *MS-DOS*, puedo conseguir su usuario y contraseña sin problema. Aunque no iría mal que la comprobásemos de nuevo cuando él saliese del hotel, antes de dirigirnos a la habitación —explicó mientras tecleaba—. Muchas veces cambian las claves a diario para dificultar la intrusión en su sistema. Seguramente la clave que rescate ahora no nos sirva para mañana.

Liam suspiró y se cruzó de brazos.

—De acuerdo.

Liam se acercó a ella por la espalda. Anya se encontraba secándose el pelo frente al espejo del aseo.

Ya se había arreglado, se había puesto el único traje que había traído, de color gris oscuro. Sabía que si iban a intentar la entrada en la zona vip debían aparentar ser hombres de negocios.

Colocó sus manos en la pequeña cintura de ella y se acercó a su cuello para besarla. Ella rio, como si le hubiese hecho cosquillas.

Apagó el secador y se recogió el cabello en una cola alta. Se giró hacia Liam, el cual apoyó sus manos sobre el mármol rodeándola. La besó y luego la miró con cierto temor.

—No te preocupes —pronunció con tono despreocupado—. Ya has oído a Mike, no se separará de mí ni un segundo. Estaremos en la misma habitación.

Él suspiró y aceptó a regañadientes.

—Ya lo sé. Es solo que...

—¿Qué?

Pasó una mano por su mejilla, acariciándola.

—Es un riesgo que no me gusta que corras.

Ella rio.

—¿Qué riesgo? No hay ninguno. Tansel no estará, vosotros lo estaréis vigilando. Serán pocos minutos.

Liam resopló y dio unos pasos atrás. Miró el reloj de su muñeca y vio que marcaba las ocho y media.

Hans había bajado al recibidor del hotel para controlar y avisar cuando Tansel se marchase. Ellos habían decidido ir antes a la discoteca. Preferían estar en aquella zona vip antes de que Tansel llegase y, por otro lado, no querían arriesgarse con la clave de acceso a aquella zona.

A falta de diez minutos para irse a la discoteca con Roy, notaba que el corazón le latía con fuerza, y sabía cuál era la razón. La mujer que tenía frente a él.

Sabía que en realidad no correría ningún riesgo, que no habría nadie en esa habitación, que Hans vigilaría, y que Mike estaría con ella cada segundo, pero aquello no era lo que quería para ella.

Ella no había elegido ese tipo de vida, se había visto arrastrada. Él sí, siempre había sido su meta.

Ladeó su cabeza hacia ella y la miró con una sonrisa tierna.

—Cuando todo esto acabe y volvamos a casa, voy a llevarte a cenar a un

buen restaurante.

Ella sonrió más abiertamente y notó cómo sus mejillas tomaban color. Tuvo que desviar la mirada de él por la timidez que sentía, pero aceptó.

—Claro, me encantaría.

Él metió las manos en sus bolsillos y la observó con devoción, aunque luego su rostro y sus músculos volvieron a entrar en tensión. Se llevó la mano a su espalda y extrajo una pequeña pistola.

—Toma.

Ella lo miró aterrorizada.

—No —susurró.

—Claro que sí —dijo cogiendo su mano con impaciencia y depositándola en ella—. Es pequeña, no pesa nada. Puedes guardarla en tu bolsillo.

—No quiero llevar armas.

—Te recuerdo que me pediste una.

—Ya... bueno... —dijo observándola—. Es diferente a cuando tienes una en la mano.

—Oye —pronunció cogiéndola por los hombros—. No te estoy diciendo que la uses, es solo como medida de seguridad. Ya sé que no habrá nadie en la habitación y que no ocurrirá nada, que estaremos vigilando, pero yo estaré más tranquilo si la llevas.

—¿Mike no va a llevar su arma? —preguntó mirando la pequeña pistola.

—Supongo que sí. Pero esta es para ti. Quiero que la lleves, al menos mientras yo no esté aquí.

Tras unos segundos de silencio Anya finalmente aceptó. Liam cogió la mano donde tenía el arma.

—Este es el seguro —señaló—. Desplázalo y ya estará lista. Tiene cinco balas. —Luego cogió su mano y la sacó del aseo. Sobre la cama estaba una de las bolsas de deporte abierta. Rebuscó en su interior y sacó un par de cargadores más. —Observa —ordenó mostrándole un cargador.

Cogió el arma y cambió el cargador ante ella. Luego se lo pasó.

—Ahora tú.

Ella suspiró y lo hizo, aunque mucho más lenta que él.

—Muy bien. Aquí hay diez cargadores más como este.

Ella se mantuvo callada, mordiéndose el labio con ansiedad.

—¿Esta es la ropa que te vas a dejar? —preguntó mirándola de arriba abajo. Se había puesto unos pantalones de algodón color azul marino bastante

frescos y una camiseta azul cielo. Ella asintió y Liam extrajo un pequeño micrófono y un auricular.

—¿Qué haces?

—Mike también lo llevará. Siempre lo hacemos así. Debemos estar comunicados en todo momento. Súbete la camiseta.

Ella suspiró e hizo lo que le ordenaba. Enganchó un pequeño micro cerca de su pecho, al lado del sujetador, y no pudo evitar pasar su mano por su vientre plano y rodear su cintura con su brazo.

Aquello le preocupaba. Nunca se había puesto tan nervioso como en las misiones en las que ella había participado.

—Podrás hablar y te escucharemos. —Luego le pasó el auricular—. No te lo quites hasta que yo vuelva. —Ella se lo colocó en el oído y se lo tapó con el cabello—. Cuando salgáis de la habitación de Tansel te irás con Mike a la suya. Allí me esperarás.

Ella aceptó mientras apretaba los labios.

En ese momento el móvil de Liam sonó. Lo cogió y observó la llamada perdida de Roy. Había llegado el momento.

—Roy ya está de camino a la discoteca. Hemos decidido que lo mejor era ir cada uno por su lado. —Guardó el teléfono en su bolsillo y puso una mano en la nuca de ella, atrayéndola. La besó con pasión mientras la sujetaba con fuerza contra él, como si quisiera fundirla con su cuerpo.

—Todo saldrá bien —pronunció contra sus labios.

Ella le sonrió.

—Ya lo sé —afirmó.

Le dio un corto beso, suspiró y fue directo a la puerta.

—Cuando Mike te haga la perdida ve a la planta trece, pero vigila que nadie te siga. Si ves que hay alguien contigo en el ascensor no bajes en esa planta hasta estar sola. Y recuerda comprobar la clave de acceso al ordenador antes de subir.

—De acuerdo.

Se quedó observándola unos segundos y finalmente le sonrió.

—Nos vemos luego.

Ella aceptó.

Salió de la habitación y nada más cerrar la puerta se dirigió a paso apresurado al ascensor, mientras se abrochaba la americana y se colocaba correctamente las mangas.

En el distribuidor, bastante repleto, pudo distinguir a Hans, sentado en

una mesa tomando un café mientras leía una revista.

Intercambió una mirada con él y salió del hotel notando cómo el clima era sofocante, incluso horas después de que el sol se hubiese puesto.

Llamó a un taxi y subió.



Liam bajó del taxi y miró hacia la discoteca. Había una larga cola, decenas de turistas esperaban su turno para entrar al local.

Hizo cola tras dos jóvenes chicas que se giraron para observarlo y le sonrieron coquetas.

Sacó su móvil y se lo llevó al oído, aunque no era necesario, pues si bien todos llevaban puestos los micros y el auricular (y con un simple golpecito en el pecho lo activaría y podría comunicarse con todos), no quería parecer un loco hablando solo.

—Roy, ¿dónde estás? —preguntó después de rozar su pecho.

La voz de Roy le llegó con alguna interferencia.

—Aquí adentro. Estoy en la barra...

—Yo estoy en la cola —respondió.

—De acuerdo. Intento la entrada a la zona vip.

—Recibido. Informa cuando entres. Informa también si hay algún problema.

Liam se disponía a entrar en la discoteca cuando la voz de Roy inundó de nuevo su cabeza.

—Estoy dentro. La clave es correcta.

Liam no respondió. Entró en la discoteca y miró de un lado a otro. Estaba a reborar. Cientos de turistas bailaban al son de una música electrificante. Los rayos de luz que descendían desde el techo, en constante movimiento, iluminaban los rostros de las personas que bailaban poseídas por aquella pegadiza canción.

Caminó mirando a lado y lado, esquivando a todas aquellas personas, llevándose algún pisotón que otro.

En ese momento reconoció la voz de Hans.

—Hans —dijo primero para identificarse—. Tansel acaba de abandonar el hotel.

Se detuvo y observó el local con detenimiento, buscando la zona vip mientras se llevaba la mano al pecho.

—Aquí Liam. Mike, ya sabes lo que hay que hacer. ¿Tenéis la clave del ordenador?

—Aquí Mike —contestó—. Iniciamos. ¿Anya?

En ese momento su cuerpo entró en tensión. Aguantó la respiración hasta que la voz femenina de Anya inundó su cabeza. Liam se relajó un poco y sonrió tontamente.

—Sí, aquí estoy. La tengo —contestó avergonzada.

—Dirígete al ascensor, Anya.

—Voy —respondió reuniendo todo el valor que pudo.

Liam dio una vuelta por la discoteca, hasta que finalmente encontró la puerta de acceso a la zona vip.

Respiró hondo y repitió la clave para sí mismo: *Zamani jams iznani tisa*, o lo que en su idioma vendría a ser *ocho cinco dos nueve*. Una sucesión de cuatro números que probablemente cambiarían cada venticuatro horas.

Fue hasta allí, cuando el vigilante de seguridad se puso a su lado.

Lo miró fijamente y se acercó en actitud intimidante al vigilante.

—*Zamani jams iznani tisa* —pronunció directamente.

El vigilante de seguridad no dijo nada, simplemente abrió un poco la cortinilla para darle acceso.

Aquella sala era totalmente diferente al resto de la discoteca. Allí no había luces de colores que se moviesen de un lado a otro, solo unos grandes focos que dotaban a aquella enorme sala de una radiante luminosidad. Tampoco había música, aunque con la que llegaba desde la discoteca había suficiente.

Había diversos sofás repartidos por la enorme sala circular, algunas mesas altas con taburetes altos donde varios hombres charlaban animadamente y en el centro una gran barra en forma de círculo, igual que la estancia, donde dentro tres camareros iban sirviendo las copas que pedía la gente.

Caminó por la sala hasta que divisó a Roy sentado en una alta mesa, en un lateral, sobre uno de los taburetes.

Sus miradas coincidieron al momento, y Liam se dirigió hacia allí. Le tendió la mano, estrechándosela, como si se hubiesen reunido para hablar de trabajo, y Liam se sentó frente a él.

Roy se acercó un poco por encima de aquella mesa.

—Hay tres cámaras —pronunció bajando el tono—. No me he dado cuenta hasta hace escasos segundos. Una colocada sobre la barra mirando hacia la puerta de entrada, otra allí —dijo señalando con la cabeza hacia la izquierda—. Y otra por encima de nosotros. Puede que haya más.

Liam aceptó.

—No creo que sean ningún problema, serán de vigilancia, no de reconocimiento —respondió mirando de un lado a otro—. Y aunque fuesen de reconocimiento tenemos identidades falsas.

—Lo sé.

Liam se giró hacia Roy, mirándolo, iba a hablar cuando uno de los camareros se acercó depositando sobre la mesa un enorme vaso de refresco.

—Tráigame lo mismo, gracias —pronunció Liam al camarero, el cual aceptó y se dirigió a la barra para preparar la bebida.

Hans irrumpió de nuevo en sus cabezas.

—Kevin y los suyos ya están fuera de la discoteca, esperando. Nos avisarán cuando vean aparecer a Tansel.

Roy y Liam se miraron. El camarero trajo la copa y se alejó de nuevo, Liam la probó y arqueó una ceja hacia Roy.

—Un refresco de cola —pronunció sorprendido.

—¿Qué esperabas? ¿Con ron?

Liam se encogió de hombros. Roy se quedó mirándolo y luego se acercó más a Liam.

—¿Lo tienes activado? —Le preguntó señalándose el pecho. Liam negó, sorprendido por la pregunta. Roy se apoyó contra el respaldo del alto taburete, estudiando a su cuñado.

—¿Qué pasa?

Roy lo observó enarcando una ceja, con una sonrisa divertida.

—Te gusta, ¿verdad?

Liam se pasó la mano por su rostro, como si aquella pregunta le agobiase.

—Roy, no es momento de...

—¿Cómo que no? ¿Qué mejor momento que este? —Liam resopló y desvió la mirada hacia la puerta, por donde entraba un hombre trajeado—. Vamos, cuñado... te conozco hace muchos años, somos de la familia.

Liam lo miró con cara de fastidio. Chasqueó la lengua y finalmente se puso serio de nuevo, reflexionando.

—Sí —respondió al final—. Mucho.

Roy aceptó y luego suspiró.

—Eso complica las cosas. Lo sabes.

—No complica nada, seguiremos con el plan como hasta ahora.

—¿Seguro?

—Haremos lo que hemos hablado. Ha de ser así. ¿Has conseguido lo que te pedí?

—Estoy en ello. —Roy lo miró con gesto preocupado.

Iba a volver a hablar cuando llevó la mano a su pecho para contactar con sus compañeros.

—Aquí Liam. Mike, ¿cómo va?

Mike tardó un poco en responder.

—Todo bien. Acabamos de entrar.

—Aquí Hans —interrumpió—. Kevin me acaba de avisar. Tansel acaba de llegar. Los meto en la frecuencia.

—De acuerdo —contestó Liam.

Liam movió su taburete para colocarse en una posición desde donde viese la puerta de entrada a la zona vip sin tener que girarse. Roy seguía observándolo, con gesto preocupado.

—Creo que tendríamos que hablar —pronunció hacia él.

—Ahora no es el momento —respondió Liam.

Roy se acercó un poco más a él, sobre la mesa.

—¿Y cuándo lo será?

La voz de Kevin interrumpió la conversación.

—Tansel ya ha entrado en la discoteca. Estamos fuera en dos coches.

—Perfecto Kevin. Os vamos informando —Le respondió Liam.

Roy volvió a removerse incómodo, mientras miraba fijamente a su cuñado.

Liam lo señaló.

—Está claro que este no es el mejor momento —respondió a su pregunta. Miró hacia la puerta y observó a Tansel. El vigilante de seguridad había desplazado la cortina tal y como había hecho con él. Iba vestido informal: unos tejanos oscuros y una camisa blanca. —Ya está aquí.

Roy no se giró, siguió mirando hacia delante, hacia su cuñado.

Se apretó un momento el pecho y desvió la mirada hacia Roy mientras veía de reojo cómo Tansel se sentaba unas mesas por delante de ellos, junto a una pared, y pedía al camarero una copa.

—Ya está en la zona vip —comentó a todos sus compañeros—. Tengo contacto visual con él.

Observó que Tansel miraba su reloj de muñeca y él hizo lo mismo. Las diez menos cinco minutos. Recordaba que había quedado con Samuel a las diez. Desde luego era puntual.

La voz de Mike volvió a inundar sus cabezas.

—Abortamos la misión del ordenador.

Liam se sobresaltó y miró directamente a Roy, preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó con ansiedad.

—Tenemos un cuaderno con el lenguaje de encriptación.

Roy y Liam se miraron fijamente, conmocionados ante lo que acababan de escuchar. Si aquello era cierto, si tenían un cuaderno con la explicación de la encriptación podrían averiguar, al fin, qué era lo que se traían entre manos y con qué traficaban realmente.

Liam desvió la mirada hacia la espalda de Tansel.

—Consíguelo —pronunció Liam.

—Estamos en ello.

Sin duda, aquello era mucho más importante que lo que encontrasen en el ordenador. Podrían descifrarlo todo, absolutamente todas las conversaciones de aquellos correos electrónicos.

En ese momento observó cómo Tansel miraba de nuevo su reloj. Liam hizo lo mismo. Las diez y dos minutos.

El camarero se acercó a Tansel sirviéndole una copa y se alejó hacia la barra circular.

Liam se dirigió a Roy.

—Me parece que Tansel no va a esperar mucho. —Se apretó de nuevo el pecho—. Mike, daos prisa —pronunció mientras Tansel vaciaba de un largo trago la mitad de su copa.

Liam dio un sorbo a su refresco y observó cómo Tansel cogía su teléfono móvil y miraba de un lado a otro, momento que Liam aprovechó para mirar y sonreír a Roy como si le estuviese dando conversación. Tansel volvió a sentarse correctamente en el taburete y se llevó el teléfono al oído.

—Está haciendo una llamada —informó Liam al equipo.

Tras varios segundos Kevin contestó.

—Jim me acaba de decir que le ha sonado el teléfono a Samuel. Lo está llamando.

—Joder —susurró Liam mirando a Roy, el cual estaba totalmente

erguido. Observó cómo Tansel miraba el móvil de nuevo, luego lo guardaba, daba un sorbo acabando su copa y se ponía en pie—. Mierda —susurró mientras se llevaba la mano al pecho—. Tansel va a abandonar la zona vip.

—Lo seguimos nosotros —Reconoció la voz de Kevin.

—Mike —dijo viendo que Tansel se acercaba a la barra para pagar la copa—. Tenéis diez minutos, como mucho.

Mike tardó un poco en responder.

—Joder —Liam reconoció la voz de Mike, lo cual le sorprendió bastante, ya que nunca había escuchado a Mike quejarse de ese modo—. Anya, ¿dónde estás?

Liam se puso en pie de inmediato, mirando fijamente a Tansel que recogía el cambio y lo guardaba en su cartera.

—Anya —dijo él. Esperó unos segundos y no recibió respuesta. Notó cómo su pulso se aceleraba. Roy se puso en pie con gesto preocupado—. Mike, ¿dónde cojones está Anya? —preguntó mientras observaba a Tansel salir de la zona vip.

Fueron los tres cuartos de hora más largos de su vida. No se puso la televisión para escuchar todo lo que dijese por los auriculares. Se quedó sentada durante todo aquel rato hasta que escuchó la voz de Hans notificando que Tansel abandonaba el hotel. Nada más escuchar aquello comprobó una última vez que la clave del ordenador de Tansel siguiese siendo la misma. Pasaron pocos minutos hasta que Mike hizo una llamada perdida a su móvil. Sabía que lo significaba, se acercaba el momento. Debía prepararse. De hecho, estaba preparada desde hacía más de media hora.

Se puso unas bailarinas y cogió una chaqueta fina del armario. Al menos, aquella chaqueta le iba más o menos bien, teniendo en cuenta que era de la hermana de Liam.

Ni siquiera los recuerdos de la noche anterior y de aquella mañana con él la habían logrado tranquilizar, así que cuando escuchó la voz de Mike en su cabeza estuvo a punto de desmayarse.

—Aquí Liam. Mike, ya sabes lo que hay que hacer. ¿Tenéis la clave del ordenador?

—Aquí Mike —contestó—. Iniciamos. ¿Anya?

Ella misma pidió colaborar en aquella misión, pero ahora que estaba a punto de iniciarla no sabía si había sido buena idea. El corazón le latía de una

forma desenfundada y le costaba incluso respirar.

—Sí, aquí estoy. La tengo —contestó avergonzada.

—Dirígete al ascensor, Anya.

—Voy —respondió reuniendo todo el valor que pudo.

Salió de su habitación y caminó por el pasillo hasta el ascensor donde una persona esperaba.

Debía subir una planta, hasta la trece, donde se ubicaba la habitación de Tansel, y allí debería encontrarse con Mike.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron una pareja de unos cincuenta años estaba ya dentro.

Estuvo a punto de echarse a llorar. Lo primero que le había dicho Liam era que nadie la viese ir a la planta trece.

Observó que habían pulsado el botón de la planta cero. Suspiró y se pasó la mano por la frente mientras escuchaba cómo la pareja conversaba sobre las visitas que tenían programadas para el siguiente día.

Se apoyó contra la pared, notando que las piernas le flaqueaban, hasta que el ascensor se detuvo en la planta tres.

Al verlo aparecer, casi se echó a los brazos de Mike, el cual estaba esperando también el ascensor. Se miraron un segundo y Mike se colocó al otro lado del ascensor, con las manos en los bolsillos, tan tranquilo. Lo cierto es que no entendía a esos hombres, ¿cómo podían llevar años trabajando en aquello sin haber sufrido un infarto?

Cuando el ascensor se detuvo en la planta cero la pareja salió. Ella se quedó descolocada, sin saber qué hacer. ¿Debía salir, dar una vuelta y volver a coger un ascensor? ¿O se suponía que debía quedarse allí? ¿No sería raro quedarse en aquel ascensor una vez habían llegado a la planta cero?

Dio un paso al frente, pero Mike avanzó hasta ella y la cogió del brazo disimuladamente, apoyándola de nuevo contra la pared. Pulsó el botón de la planta trece y esperó a que las puertas se cerrasen.

Cuando el ascensor comenzó a ascender Mike se fijó en que Anya parecía estar abatida, apoyada contra la pared del ascensor, con el rostro palideciendo por momentos.

—¿Estás bien? —Le preguntó.

Ella no dijo nada, simplemente afirmó con rapidez.

El ascensor no se detuvo en ninguna planta más y fue directo hasta la trece. Por lo visto, a esas horas, todos los huéspedes del hotel estaban ya cenando en el comedor.

Mike le cogió la mano, con toda la calma del mundo.

—Tranquila —susurró poniéndose a su lado, mirando la puerta del ascensor—. Actúa con normalidad y todo saldrá bien.

Al menos, la firme mano de Mike la ayudó a mantener el equilibrio.

Nada más salir del ascensor se dirigieron por el pasillo a la derecha. Mike iba como una flecha, casi arrastrando a Anya.

Cuando se cruzaron con una persona ni siquiera la miró. Mantenía la mirada fija hacia delante.

Mike se detuvo frente a la habitación ciento treinta y cuatro, se soltó de su mano y miró de un lado a otro del pasillo. Por suerte estaba desierto. Extrajo una tarjeta electrónica, igual que la que tenía para su habitación, y la introdujo en la rendija de la puerta. Al momento se escuchó un chasquido y la puerta se abrió.

Mike entró primero, introduciendo la tarjeta en el interruptor general de tarjeta de la habitación. Un segundo después hubo luz en el interior, pero corrió hacia las cortinas cuando se dio cuenta de que había un pequeño resquicio entre ellas, colocándolas correctamente para que no pudiese verse luz en aquella habitación desde la calle.

Anya entró y cerró la puerta tras de sí. Se dirigió por el pasillo hasta el centro de la habitación. Aquella era mucho más elegante que la suya, e incluso el doble de grande.

—Madre mía —susurró. Luego miró a Mike que se sacaba del bolsillo unas cuantas bolsas transparentes, depositándolas sobre un escritorio—. ¿Cómo es que tienes la tarjeta de esta habitación? —preguntó colocándose a su lado.

—La he programado. Es fácil de hacer —pronunció mientras extraía unos cuantos micrófonos y miraba la habitación de un lado a otro—. Bien, escucha, no toques nada de la habitación, tiene que quedar tal y como está ahora. Si mueves algo, fíjate en cómo estaba inicialmente y luego vuelve a colocarlo.

—De acuerdo —susurró.

—Busca el ordenador —dijo cogiendo unos cuantos micros en su mano—. Mira si lo tiene en el escritorio, si no puede que esté en el armario.

Ella afirmó y se dirigió primero al escritorio. No había nada sobre él, excepto unos cuantos libros y cuadernos. Abrió los tres cajones sin encontrarlo.

Cuando se giró para ir hacia el armario se fijó en que Mike iba

escondiendo algunos micrófonos por diferentes partes de la habitación.

—Miraré en el armario —Le informó.

En ese momento la voz de Liam llegó hasta ellos.

—Aquí Liam. Mike, ¿cómo va?

Mike se agachó para colocarse debajo del escritorio y enganchar un micro allí.

—Todo bien. Acabamos de entrar.

—Aquí Hans —interrumpió—. Kevin me acaba de avisar. Tansel acaba de llegar. Los meto en la frecuencia.

—De acuerdo —contestó Liam.

Mike acabó de pegar un micro bajo el escritorio y fue hacia la mesita de noche mientras Anya buscaba en el armario, intentando no remover demasiado. Allí no había nada, ningún ordenador o tableta.

—Mierda —susurró cerrando el armario—. No encuentro nada —gimió mirando de un lado a otro. Se tiró al suelo y miró debajo de la cama. Estuvo a punto de gritar de alegría cuando observó que bajo la cama había el típico maletín para guardar un ordenador.

—Ya está en la zona vip —Reconoció la voz de Liam en su cabeza. — Tengo contacto visual con él.

Notó cómo el corazón se le disparaba en ese momento. Liam estaba al lado de ese hombre. Si Tansel se enterase de lo que estaban haciendo seguramente los mataría a todos.

Cogió el maletín y lo depositó sobre el escritorio, apartando un poco los cuadernos que había sobre la mesa. Iba a abrirlo cuando uno de los cuadernos llamó su atención.

Era bastante grueso, no tenía portada y estaba encuadernado. Lo cogió y lo abrió. Se quedó totalmente helada al descubrir lo que contenían sus páginas. Lo reconoció al momento, los números mezclados con aquellas vocales y consonantes, sin sentido.

Había una larga lista, y cada una de aquellas combinaciones estaba traducida al lado.

—Mike —Lo llamó. Se giró y observó que la luz del aseo estaba encendida. —Mike —repitió aumentando el tono de su voz—. Mike, ven, Mike... aquí, hay algo que...

Mike salió rápido del aseo y se dirigió a ella.

—¿Qué ocurre?

—Mira —Le mostró el cuaderno—. La encriptación —dijo acelerada—.

Es la encriptación de los correos electrónicos.

Mike cogió el cuaderno y lo ojeó rápidamente.

—Joder —susurró—. Usa la cámara del móvil.

—Hay muchas hojas —gimió—. Hay que hacer fotocopias. Puedo sacar las arandelas sin problemas.

Mike la observó un segundo y le entregó el cuaderno de nuevo. Extrajo su cartera y le dio un par de billetes.

—A recepción. Ya. Paga en metálico.

Cogió los billetes metiéndoselos en el bolsillo, volvió a depositar el ordenador bajo la cama y salió de la habitación con el cuaderno junto a su pecho.

Antes de entrar en el ascensor escuchó la voz de Mike en su oído.

—Abortamos la misión del ordenador.

—¿Qué ocurre? —Reconoció la voz de Liam.

—Tenemos un cuaderno con el lenguaje de encriptación.

Pulsó el botón de la planta cero y rezó para que nadie se subiese.

—Consíguelo —pronunció Liam.

—Estamos en ello.

Cuando el ascensor se abrió en la planta cero fue directamente al mostrador, intentando parecer tranquila.

—Buenas noches —dijo al recepcionista que la esperaba con una sonrisa.

—Buenas noches, señora Harrisson. —Se sorprendió de que recordase su apellido, su matrimonio ficticio con Liam—. ¿Está siendo una estancia agradable?

—Sí, mucho. Me interesaría hacer fotocopias, ¿disponen de ese servicio?

—Claro, por supuesto.

Ella sacó las tres arandelas con que se sujetaban todos los documentos y sonrió al recepcionista.

—Necesitaría que me fotocopiase esto.

El hombre lo cogió.

—Por supuesto, se las hacemos y se las llevamos a su habitación.

—No, no. Las necesitaría ahora —dijo con una sonrisa—. Para ya. Si no le importa.

El hombre aceptó.

—Claro, como desee —comentó cogiendo los documentos. Fue hacia el

otro lado de la recepción y colocó los documentos en la fotocopidora. Luego se puso a atender a otro cliente.

Se giró y observó la recepción. Reconoció a Hans sentado en una de las mesas, con una revista en las manos. Coincidió la mirada con ella un segundo y volvió su atención a la revista.

Ella suspiró, al menos se sentía mucho más tranquila con él ahí cerca, pero de nuevo entró en tensión cuando escuchó la voz de Liam en su cabeza.

—Me parece que Tansel no va a esperar mucho. Mike, daos prisa.

¿Que no iba a esperar mucho? Se fijó en que aún no iba ni por la mitad de los documentos fotocopiados. Aquella máquina hacía mucho ruido, pero era lenta.

—Aquí Liam —Volvió a escucharle—. Está haciendo una llamada.

—Jim me acaba de decir que le ha sonado el teléfono a Samuel. Lo está llamando.

¿Y quién era ese? No pudo reconocer su voz, pero intuyó que debía ser uno de los compañeros de la división de Baréin.

—Mierda —continuó Liam—. Tansel va a abandonar la zona vip.

—Lo seguimos nosotros —Volvió a decir el que imaginaba que debía ser del otro grupo.

—Mike. Tenéis diez minutos, como mucho.

Anya miró hacia la fotocopidora. Parecía que al menos, ahora que se había calentado, había cogido algo más de velocidad.

Mike tardó un poco en responder.

Aprovechó para girarse y mirar de nuevo a Hans, el cual estaba tan tranquilo, sin inmutarse, como si fuese ajeno a toda aquella conversación y a lo que estaba ocurriendo.

—Joder —reconoció la voz de Mike—. Anya, ¿dónde estás?

Justo en ese momento el recepcionista se puso delante de ella con las fotocopias.

—Ya está, señorita.

—¿Cuánto es? —preguntó llevando la mano a su bolsillo.

—Anya —dijo la voz de Liam en su oído. —Mike, ¿dónde cojones está Anya?

—No se preocupe, lo cargo en la cuenta de su...

—No, no —respondió sacando los billetes que Mike le había dado—. Prefiero no cargar muchas cosas —Le sonrió mientras le pasaba uno de los billetes.

—Está conmigo —Reconoció la voz de Hans—. No hay problema.

Ella estuvo a punto de girarse para gemir de alivio hacia él, pero se contuvo y mantuvo la mirada fija en el hombre que tenía delante.

—Son diecisiete dinares. —Ella observó el billete de veinte y se lo entregó—. Quédese el cambio. Ha sido muy amable.

—Oh, muchas gracias.

—A usted —pronunció mientras cogía todo el taco de documentos.

—Buenas noches, señorita Harrisson.

Ella le sonrió intentando parecer convincente y avanzó directamente hacia el ascensor.

—Vamos, vamos... —gimió al ver que estaba bajando desde la planta décima.

—Soy Hans —dijo él por el micrófono—. Mike, te la envío ya.

Ella volvió a girarse. Él ni siquiera tenía la mirada alzada, sino que pasaba página tras página de la revista, impertérrito.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron y salieron todos, entró, apretó el botón de la planta trece y tuvo que apoyarse contra la pared para recuperar el aliento.

La voz del hombre de Baréin volvió a hablar.

—Le estamos siguiendo. Se dirige al hotel en taxi.

—Aquí Mike. ¿Tiempo aproximado?

—Soy Kevin. Unos siete minutos.

Anya gimió.

—Mierda, mierda, mierda... —comenzó a susurrar. Se agachó en el suelo y comenzó a meter los documentos en orden en las anillas.

—Aquí Liam. Salid de ahí. Ya. Mike, fuera de la habitación —ordenó.

—Anya, ¿dónde estás? —reconoció la voz de Mike.

—Estoy en el ascensor —sollozó mientras intentaba insertar los documentos en las anillas, pero tenía tal temblor que ni atinaba.

—¿Anya? —insistió Mike.

—Mierda —susurró. Tenía que activar el micro con un golpe o no la escucharían. Iba a rozarse el pecho cuando la voz de Hans intervino.

—Soy Hans. Está en el ascensor. Subiendo.

Estuvo a punto de quitarse el pinganillo y tirarlo. Aquellas voces no hacían más que ponerla nerviosa. Logró meter la anilla en el primer agujero e iba a comenzar con la segunda cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Miró directamente la pantallita del ascensor, un metro por encima de

ella. Planta trece.

Se levantó cogiendo todos los documentos y salió disparada hacia la habitación de Tansel.

Cuando tomó el pasillo se dio un golpecito en el pecho.

—Soy Anya. Mike, ya estoy. Ábreme.

Justo se plantó delante de la puerta cuando Mike abrió, cogiéndola del brazo y metiéndola en la habitación con urgencia.

La soltó y fue corriendo hasta el armario. Anya fue hacia el escritorio depositando los documentos y las dos anillas que le faltaban por insertar mientras Mike iba poniendo en el interior de algunas chaquetas y pantalones los GPS para controlarlo, consistentes en pequeñas pegatinas negras. Acabó de sacar una manga y pegó el último, volviéndola del revés y colgándola de nuevo en la percha.

—Aquí Kevin. Está entrando en el recinto del hotel.

Ella gimió mientras acababa de introducir en la segunda anilla todos los documentos. Escuchó cómo Mike cerraba el armario y se dirigía hacia el escritorio, a su lado, guardando en su bolsillo los micrófonos que no había puesto. Echó una ojeada a la habitación.

—Aquí Liam, ¿habéis salido de la habitación?

Anya resopló mientras introducía los documentos en la tercera anilla. Mike echó una ojeada a toda la habitación y como si lo recordase en ese momento fue hacia las cortinas y las abrió levemente, tal y como había visto que estaban al principio.

—Aquí Hans. Está entrando al hotel, se dirige al ascensor. ¿Intervengo?

—Aquella vez la voz de Hans sonó más nerviosa.

Mike se puso a su lado de nuevo.

—¿Cuánto te falta? —preguntó a Anya con urgencia.

Acabó de meter los documentos y cerró la última anilla.

—Ya está —dijo colocando el cuaderno en la misma posición que lo había visto.

Mike la cogió de la mano, tirando de ella de forma brusca, mientras Anya sujetaba las copias contra su pecho.

—Soy Mike. No hace falta que intervengas —pronunció.

Sacó la tarjeta de la rejilla y salieron de la habitación cerrando la puerta. Guardó la tarjeta en su mano y se dirigieron con urgencia hacia el ascensor.

Justo estaban llegando cuando las puertas de este se abrieron. Anya no

comprendió qué ocurría, pero Mike echó un brazo sobre sus hombros atrayéndola hacia él y se inclinó un poco como si besase su mejilla, cubriéndole parte de su rostro.

En ese momento lo comprendió, justo cuando vio que Tansel pasaba a su lado en dirección a la habitación. Todo ocurrió a cámara lenta, como si aquellos segundos se dilatasen en su mente por los nervios. Cogió con fuerza los documentos contra su pecho, ocultándolos, notando cómo todo su cuerpo temblaba preso de los nervios.

Se mantuvo en esa posición hasta que entraron al ascensor y Mike apretó la tercera planta cerrándose las puertas.

Anya comenzó a hiperventilar.

—Shhh... tranquila, ya está —dijo Mike sujetándola, pues iba a desmoronarse en cualquier momento. Le cogió los documentos que apretaba contra su pecho y la apoyó contra la pared—. Respira tranquila —intentó calmarla. Se llevó la mano a su pecho, con la mirada fija en ella—. Aquí Mike. Ya está todo. Vamos a la habitación.



Mike estudió los documentos que Anya había fotocopiado mientras controlaba el ordenador. Había activado los micrófonos nada más llegar, programando la orden para que se encendiesen cuando hubiese sonido, así grabaría todas las conversaciones.

Los pequeños GPS que había puesto en algunos pantalones y chaquetas garantizarían el hecho de poder tenerlo controlado, geoposicionado.

Giró su cabeza y observó a Anya, sentada frente a él. Los primeros diez minutos los pasó totalmente callada, en trance. Mike la respetó, no le había querido mencionar mucho, solo palabras tranquilizadoras, pero sabía que ahora ella era consciente de que no corría peligro, así que solo era cuestión de tiempo que se le pasase el susto y los nervios sufridos.

Hans se quedó abajo, controlando hasta que sus compañeros llegasen, luego se reunirían todos.

—Mira —dijo Anya leyendo uno de los correos electrónicos que Charlotte había puesto en su bolso—. NH3 —Luego señaló al correo y al libro—. Significa solicitud de presupuesto.

—Hijo de... —susurró Mike—. Son todo armas. Están vendiendo nuestras armas —dijo conmocionado. Tenían la sospecha de que podía tratarse de algo así, pero la confirmación era como si le echasen un jarro de agua fría lentamente sobre la cabeza. No podían olvidar que Tansel había sido compañero de fatigas, miembro de la CIA. Siguió buscando con el dedo una de las combinaciones encriptadas hasta que la encontró—. Cañón automático antiaéreo ZU-23 —susurró.

Ella lo miró fijamente.

—Eso es malo, ¿verdad?

—Muy malo —contestó mientras seguía ojeando.

En ese momento llamaron a la puerta. Mike se puso directamente en pie y sacó su arma, haciéndole un gesto a Anya para que se quedase quieta.

Fue hasta la puerta de puntillas, observó a través de la mirilla y luego suspiró.

Nada más abrir la puerta Liam, Roy y Hans entraron apresurados.

—¿Todo bien? —preguntó Roy cerrando la puerta. Mike afirmó y miró a Liam.

—Ella está bien. Asustada aún, por eso.

Liam fue directamente hacia Anya, la cual tenía el rostro blanquecino, mientras el resto le seguían.

—Anya —susurró agachándose a su lado, inmediatamente pasó una mano por sus hombros atrayéndola hacia él—. ¿Estás bien?

Ella afirmó mientras se mordía los labios.

—Sí, es... son los nervios.

—Es normal, tranquila —dijo cogiendo su mano—. Ahora ya está todo hecho.

Mike se sentó de nuevo frente a ella.

—Y no lo hubiésemos logrado sin ti —dijo de forma cariñosa.

Ella le sonrió y asintió. Luego se giró hacia Liam.

—Tranquilo, se me pasará. Es mi primera vez. Demasiadas emociones juntas.

Estuvo tentado de negar, de decir que sería la primera y última vez que la metía en algo así. Que sus nervios y su corazón no soportarían que ella corriese peligro de nuevo. No dijo nada, simplemente afirmó, no quería iniciar ese tipo de conversación con el resto de sus compañeros delante, aunque estaba claro que no eran tontos y que sabían que entre ellos dos había algo. Roy se había dado cuenta, pero también el resto de sus compañeros. Lo conocían demasiado bien.

—¿A vosotros os ha ido bien? —preguntó ella hacia Liam.

Él afirmó y le sonrió.

—Sí. —Volvió su rostro hacia el resto de sus compañeros.

Mike le pasó los documentos, con una mirada cargada de furia.

—Samuel dijo la verdad. Se trata de compraventa de armas. —Liam cogió los documentos y se sentó en el apoyabrazos del sofá donde estaba Anya—. Hizo una petición de presupuesto.

—¿De qué armas hablamos?

—De momento he encontrado del tipo cañón automático antiaéreo ZU-

23.

—Joder —susurró ojeando los documentos. Se detallaban cientos de armas, balas, metralletas, armas blancas, explosivos... Todas las armas que pudiera conocer y cualquier cosa que pudiese servir para montar un ejército lo encontraría allí—. Descifrad los correos electrónicos, quiero saber todo lo que se está moviendo en el mercado negro.

Mike afirmó mientras cogía de nuevo los documentos. Se apoyó contra el respaldo y se cruzó de brazos.

—Necesitamos saber a quién envía esos correos electrónicos —continuó.

Anya se giró hacia él.

—Para eso necesitaríamos su ordenador. Podría rastrear su señal sin problemas... —Liam ya estaba negando—. ¿No? ¿Por qué?

—Los ordenadores se rastrearán, pero no volverás a intervenir con nosotros. Lo hará Roy —Le señaló.

Ella se puso en pie, ofendida. Todos miraron a Liam fijamente.

—¿Por qué? —protestó ella—. ¿Acaso no lo he hecho bien?

—No es eso —dijo poniéndose él también en pie y colocando una mano por delante de él para intentar calmarla—. Pero es muy peligroso.

—Vosotros lo hacéis cada día.

—Nosotros somos de la CIA, Anya —contraatacó.

—Me da igual. Este caso es mío, ¿entiendes? Yo fui la que te dio la voz de alarma, la que metió los micrófonos en el despacho de Simmons y la que ha conseguido estos documentos. No estaríais aquí si no fuese por mí.

Liam suspiró.

—Ya hablaremos de esto más tarde.

—No, no hay nada de qué hablar. —Luego miró a Roy—. No te ofendas Roy, pero yo conozco mejor los sistemas operativos que él —dijo volviendo su mirada hacia Liam.

—Hablaremos luego —pronunció con paciencia, aunque con un tono de voz que daba a entender que no pensaba continuar con aquella conversación.

Ella se removió furiosa y volvió a sentarse en el sofá.

De acuerdo, había pasado muchos nervios, seguramente fuese uno de los momentos que más tensión había pasado en su vida, pero aun así quería estar dentro de aquella operación. El recuerdo de Charlotte le hacía coger fuerzas, y arriesgaría incluso su vida por sacar todo aquello a la luz. Ella era la única familia que había tenido aquel último año, y no pensaba rendirse.

—Bien —dijo Hans—. ¿Cuál es el próximo paso?

Liam miró otra vez a Mike.

—¿Cuántos micros y GPS has puesto?

—Cuatro micros. Tres en la habitación y uno en el aseo. GPS he puesto siete. Tres en chaquetas y cuatro en pantalones. Ahora solo falta que se los ponga. El tío tenía mucha ropa.

Liam volvió su mirada hacia Hans.

—Contacta con Kevin, necesitamos saber si Samuel sabe algo más que...

—Eh —interrumpió Mike mientras se levantaba y apretaba el botón del ordenador—, está hablando.

Todos guardaron silencio.

—Joder —Escuchó que decían a través de los altavoces. Luego volvió el silencio.

Hans miró hacia Mike.

—¿Habla solo? —Mike se encogió de hombros.

Guardaron un par de minutos de silencio, esperando por si decía algo más, pero no hubo nada, aunque poco después escucharon que ponía la televisión.

Liam se pasó la mano por la frente y volvió a mirar a Hans.

—Llama a Kevin, pregúntale si han averiguado algo más de Samuel. Explícales que tenemos el lenguaje de encriptación. Escanea los documentos y envíaselos.

Hans se separó un poco de ellos para hablar con calma.

—Bien, ¿y el ordenador? —insistió Anya. Liam suspiró y la miró—. Lo tiene escondido bajo la cama.

Liam miró hacia Roy.

—Aprovecharemos cuando Tansel salga fuera de la habitación y el GPS lo sitúe lejos.

Anya quiso intervenir otra vez, pero Liam se giró hacia ella y puso su mano sobre su brazo.

—Luego hablamos —dijo. Anya suspiró y se dio por vencida—. Roy, intenta averiguar las últimas llamadas de Tansel, a ver si encontramos algo...

—El móvil de Samuel ha vuelto a sonar —dijo Hans volviendo a ellos—. Tansel ha debido intentar contactar con él de nuevo.

—Roy, ponte a ello. —Roy aceptó—. Y pásales la nueva información por un canal seguro.

—De acuerdo. Cualquier cosa avísame —dijo mientras se dirigía a la

puerta de la habitación.

—Lo mismo digo —pronunció Liam mientras su cuñado se iba a su habitación, donde cogería su propio ordenador para intentar averiguar la información que necesitaban, pero pudo detectar cómo antes de cerrar la puerta miraba de nuevo a Anya, con gesto preocupado.

—Samuel no ha dicho nada más —continuó Hans.

Liam aceptó y se pasó la mano por los ojos, como si estuviese agotado.

—De acuerdo. Mike —dijo poniéndose en pie—. Cualquier cosa que escuches o si Tansel se mueve infórmanos. Hans, ponte con la encriptación. — Luego tendió la mano hacia Anya, para ayudarla a ponerse en pie—. Nos vemos mañana a primera hora de la mañana.

—De acuerdo.

—Buen trabajo —dijo mientras comenzaba a tirar de ella hacia la puerta—. Nos vemos mañana.

Anya entró en la habitación y caminó directamente hacia el centro, al lado de la cama. Tenía los músculos tensos. Se giró hacia Liam, el cual avanzaba hacia ella con calma. Se acercó a la mesita de noche y depositó el arma en el cajón.

Ella se cruzó de brazos, y lo observó expectante.

—¿Y bien? —preguntó cruzándose de brazos.

Liam suspiró y comenzó a sacarse la camisa del pantalón. Se desabrochó unos botones sin decir nada, pensativo.

—Oye... —susurró ella cohibida—. ¿He hecho algo que te haya molestado?

Liam ladeó su cabeza y dio unos pasos acercándose.

—No. Al contrario. Lo has hecho muy bien.

Ella abrió los brazos ante él, incrédula.

—¿Y por qué esa negativa a que os siga ayudando? —Liam chasqueó la lengua—. De no ser por mí no hubiésemos dado con el cuaderno de encriptación.

—Eso ya lo sé —suspiró y arrojó la camisa sobre la cama—. Pero ha estado muy cerca.

Ella comprendió lo que quería decir. Tansel había estado a punto de descubrirlos. Un minuto más tarde y los habría encontrado en su habitación.

Anya miró con ternura a Liam.

—No tienes que preocuparte por mí. Estoy aquí por elección propia.

—Claro que tengo que preocuparme por ti. ¿Cómo no voy a hacerlo? —preguntó lento. Se acercó y cogió su mano, acariciándola con sus dedos—. Si te ocurriese algo no sé qué haría —susurró al final—. Y pensar que Tansel ha estado a punto de cogeros... No debería haberte dejado venir —dijo soltándose de su mano.

Ella suspiró y lo vio acercarse de nuevo a la cama para coger la camiseta de tirantes blanca que usaba para dormir.

—Ya, pero... es que yo quiero estar aquí —dijo al final—. No es decisión tuya, al fin y al cabo —pronunció con delicadeza—. Necesito estar aquí, averiguar de qué va todo esto.

—Yo puedo averiguarlo.

Ella resopló y caminó hacia él con rapidez.

—Oye, Liam, quiero que te quites eso de la cabeza. No voy a estar en ningún sitio más segura que contigo. Tú solo piensas en lo que podría haber pasado, pero eso no ha ocurrido. Todo ha salido bien.

—Prefiero no arriesgarme más.

Ella apretó los labios y se cruzó de brazos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no intervendrás más.

Ella arqueó una ceja.

—Ni hablar. Yo no trabajo para ti.

—¿Y para quién trabajas? —Le retó con ironía—. ¿Para el Departamento de Seguridad Nacional? ¿Para Pierce Simmons que intentó matarte?

—Trabajo por mi cuenta —resolvió ella.

—Ya —comentó divertido mientras se quitaba los pantalones y se ponía los del pijama.

—Es verdad, a mí no me paga la CIA, ni pertenezco a tu equipo. No tengo por qué obedecerte.

—Ah, ¿no? ¿Y qué vas a hacer?

Ella se puso firme y lo miró enfadada.

—Maldito seas, Liam. Ni se te ocurra apartarme de este caso —rugió.

Liam dio un paso hacia ella elevando una mano para calmarla.

—Has hecho muy buen trabajo, pero... —suspiro de nuevo—. No me gusta que corras peligro. Es algo innecesario para ti.

—¿Y tú? Tú corres más peligro que yo.

—Yo tengo formación militar, llevo muchos años en esto —informó—.

Aunque bueno, eso ya lo sabes, te miraste todo mi expediente —apuntó risueño.

Ella le devolvió una sonrisa con ironía.

—Oye, mira... solo te pido poder acceder a ese ordenador. Solo eso. Roy es bueno con la informática, pero yo controlo más los programas con los que trabajáis, por Dios, es mi trabajo. No vas a encontrar una persona más cualificada que yo para ello. Solo eso Liam. Es lo único que te pido —rogó. Él la miró fijamente—. He pasado por mucho, ni te lo imaginas... —Él chasqueó la lengua—. Me merezco eso al menos. Luego me apartaré de todo, te lo prometo. No te pediré nada más, ni te insistiré. —Él la miraba fijamente, como si estuviese barajando la posibilidad o, al menos, hubiese una duda en su mirada, así que aprovechó para insistir—. Me quitaron lo único que quería, la única familia que tenía, por favor. Solo diez minutos con ese ordenador y te aseguro que podré extraer toda la información que necesitamos sin que nos pillen. Serán, única y exclusivamente, diez minutos —pronunció convencida.

Liam la observaba aún, sin pestañear. Luego apartó la mirada y la descendió a la cama, sopesando la idea, hasta que al final sonrió con cierta incredulidad.

—Me da la sensación de que me preocupo yo más por ti que tú misma. A veces no es bueno arriesgar tanto.

—Tansel estará lejos. En todo momento estará controlado por los GPS y, además, se le estará realizando un seguimiento y yo no estaré sola.

Él dio un paso hacia ella, acercándose.

—¿Arriesgarías tu vida por diez minutos con ese ordenador? —preguntó sorprendido.

—Arriesgaría mi vida con tal de encontrar el motivo por el que asesinaron a Charlotte, y por hacer justicia con quienes lo hicieron. —Liam la miraba cada vez más sorprendido—. ¿Qué esperabas, Liam? —continuó—. Tú serás de la CIA, pero yo soy del Departamento de Seguridad Nacional. Mi trabajo, como el tuyo, es evitar catástrofes y atentados terroristas. No somos tan diferentes, solo que tú eres un hombre de acción y yo me manejo mejor en el interior de un edificio.

—Hay bastante diferencia —apuntó.

—Además, creo que es mucho más peligroso lo que hice con Pierce Simmons que esto.

—No te equivoques, aquí estamos en territorio hostil. No estamos en Washington.

—Eso ya lo sé —susurró. Se removió algo incómoda cruzándose de brazos y finalmente lo miró, suplicante—. Por favor —acabó rogando—. Te prometo que haré todo lo que me pidas, seguiré tus órdenes. Te garantizo que no habrá ningún problema.

—Nunca digas eso —dijo él. Se pasó la mano por el cabello, removiéndolo, y se acercó a ella. La cogió por la cintura y la atrajo hacia él. —Diez minutos, ni uno más. Y solo entrarás cuando Tansel esté lo suficientemente lejos como para no ponerte a ti en riesgo.

Ella comenzó a sonreír, pero no pudo acabar de hacer ese gesto, pues Liam bajó hacia sus labios besándola con pasión.

Debía estar loco, pero todo lo que ella había dicho era cierto. Tenía toda la razón del mundo. Ella era la más cualificada para llevar a cabo esa tarea. No obstante, él personalmente se encargaría de garantizar que Tansel se encontrase bien lejos y de hacerle el seguimiento mediante GPS antes de ordenar a Anya que entrase en aquella habitación.

La sujetó más fuerte de la cintura, queriendo fundirse con su cuerpo. Era lo único que necesitaba después de los nervios que había vivido. Amarla, sentirla...

Se apartó un segundo de ella para quitarse la camiseta que se había puesto hacía escasos segundos y, sin mediar palabra, hizo lo mismo con Anya, desnudándola de cintura para arriba.

Era extraño cómo la tensión que habían vivido esas últimas horas les hacía sentir la necesidad de buscarse mutuamente.

La tumbó sobre la cama, le quitó los pantalones y la ropa interior e hizo lo propio con sus propias vestimentas.

Cuando se tumbó sobre ella la cogió por la cintura y la hizo rodar colocándola encima de él. Tenerla sobre él era lo más excitante que había sentido en la vida. Poder tocar y ver su cuerpo sobre el suyo, notar su suavidad, notar cómo su piel se erizaba ante su contacto.

Ella se sentó a horcajadas sobre él y se agachó para besarlo mientras Liam le apartaba el cabello de su rostro. Se fundieron en un apasionado beso mientras las manos de ella viajaban libres por su pecho, notando cómo sus músculos se contraían bajo sus manos.

Liam se incorporó sentándose, sujetándola con un brazo junto a él mientras con su mano libre apretaba su nuca, besándola de forma desesperada.

Anya se abrazó a él, la necesidad de sentirlo iba creciendo en su interior, más aún cuando le hizo arquear el cuello para tener vía libre para

pasear su lengua. Un gemido se le escapó y se apretó más fuerte contra él cuando fue descendiendo hasta llegar a su pecho. Colocó sus manos sobre el cabello corto de Liam y lo agarró con fuerza.

Sus respiraciones se aceleraron mientras la lujuria se iba apoderando de sus cuerpos.

Liam subió de nuevo hasta sus labios y la giró, tumbándola en la cama y poniéndose sobre ella, instalándose entre sus piernas.

Anya se abrazó con urgencia a él, mientras él escondía su rostro en su cuello y seguía besándolo hasta que, con un lento movimiento, entró en su interior.

A pesar de la necesidad que los invadía intentó controlarse. Las anteriores veces no había sido delicado, no se habían dado su tiempo.

Se quedó quieto mientras la besaba.

Ella tenía los ojos cerrados, como si de aquella forma fuese más consciente del cuerpo de él, del placer que le daba, hasta que los abrió y coincidió con su mirada.

Liam se movía lentamente sobre ella mientras sus labios viajaban sobre los suyos de forma delicada, saboreando el momento, disfrutando de la pasión que los invadía y transportándose a un mundo donde solo existían ellos dos y aquella habitación de hotel en medio del vasto desierto.



Tansel salió del ascensor visiblemente alterado. Aquello no le gustaba. Había pasado la noche prácticamente en vela, sin poder conciliar el sueño. No es que le tuviese un especial cariño a Samuel, pero le era de mucha utilidad. Tener a un miembro de la CIA infiltrado era perfecto para que este le informase sobre los movimientos que la CIA llevaba a cabo en la zona y para ocultar su propio paradero. La noche anterior había quedado con él, pero no tuvo noticias suyas, lo cual ya era bastante extraño de por sí. Samuel siempre se había caracterizado por ser puntual, jamás dejaría de acudir a una cita con él. Por si todo eso no fuese suficiente, tampoco le cogía el teléfono.

Se pasó la mano por la frente mientras caminaba a paso acelerado por el distribuidor del lujoso hotel, hacia la salida, donde Hakim lo esperaba subido en el todoterreno, con las ventanas subidas.

Nada más salir, afuera el sol cayó sobre él como decenas de ladrillos que amenazaran con estrellarlo contra el caliente asfalto.

Las nueve de la mañana y el calor era asfixiante. Se desabrochó el primer botón de su camisa azul, como si así pudiese conseguir algo más de oxígeno.

Avisó a Hakim poco antes de las ocho de la mañana para que fuese a recogerle al hotel. No pensaba ir a ningún lado, pero recordaba las palabras que Samuel le había dicho hacía unos días, y estaba seguro de que algo tenía que ver con su desaparición.

Samuel le había explicado que un grupo de la CIA iba a venir para colaborar con el equipo de Baréin. No descartaba que aquel equipo fuese la causa de su desaparición. Aquello podía ser un aviso. Si los miembros de su equipo lo habían descubierto él corría peligro. Conocía los métodos de la CIA, él mismo los había empleado durante años cuando trabajaba allí y sabía

que, tarde o temprano, conseguirían los datos que necesitaban para dar con él.

Fue hasta el todoterreno, abrió la puerta y se subió con un rápido movimiento. Hakim tenía el aire acondicionado a máxima potencia, tanto que se le puso la piel de gallina.

—¿Adónde vamos? —preguntó observándolo de reojo.

—A ningún lado —Se giró hacia él adoptando una pose condescendiente—. Samuel ha desaparecido. —Aquello pareció intrigar a su acompañante—. Hace unos días me alertó de que el grupo de Baréin se incrementaría con más hombres.

Hakim irguió su espalda.

—¿Lo han descubierto?

Tansel suspiró y miró al frente, pensativo.

—No lo sé —Luego adoptó un tono autoritario—. Necesito que des con él.

—¿Dar con él?

—Usa los equipos de rastreo, lo que haga falta, pero necesito saber si lo han descubierto. —Hakim lo miró fijamente—. ¿Sabes lo que es un equipo de rastreo?

Aquella pregunta pareció ofenderle, pero igualmente contestó con calma.

—Haré lo que pueda.

—No te estoy pidiendo que hagas lo que puedas. Te estoy ordenando que des con él.

Apretó los labios como si se contuviese de responder de malas formas y aceptó.

Tansel se relajó unos segundos, disfrutando de la fresca temperatura que había en el interior del vehículo.

—Pasa a buscarme a las cinco. Cerraremos hoy la operación. Y Hakim... aumenta la vigilancia y los hombres.

Dicho esto, bajó del coche sin siquiera despedirse. Dio un portazo y aumentó el paso hacia el hotel, observando de reojo cómo el vehículo del que acababa de bajar se alejaba.

Abdel Azim había aceptado los presupuestos que se le habían dado, y Heimdall había respondido con el día, hora y lugar donde se haría la entrega del material solicitado. Solo quedaba comunicárselo a Abdel Azim, obtener su aprobación y la operación estaría cerrada. Necesitaba darse toda la prisa que pudiese, acabar con ese asunto y marcharse un tiempo de allí, hasta que las cosas se calmasen.

Se detuvo en el portal, antes de entrar, y observó todo a su alrededor. Debía ir con pies de plomo, conocía todos los mecanismos de la CIA y, aunque podía estar casi al cien por cien seguro de que no habían dado con él, prefería extremar las precauciones. Samuel llevaba más de doce horas desaparecido, lo cual no era nada esperanzador.

Aunque no había desayunado y aquel calor amenazaba con causarle una lipotimia, cogió su móvil y marcó el número de Heimdall.

Al tercer tono descolgaron, mientras se ponía a la sombra. De nuevo, Heimdall no contestaba.

—Cerraré la operación hoy mismo.

Tardaron un poco en contestar.

—De acuerdo.

Tansel se removió incómodo.

—Tengo un pequeño problema. —Esperó unos segundos antes de continuar hablando—. Samuel, mi infiltrado en el equipo de la CIA de Baréin, me aseguró que la división vería aumentada con más hombres su dotación. Ayer quedé con él, pero no acudió. Ha desaparecido. —Se removió incómodo—. No estoy seguro de que hayan tenido algo que ver, y si es así... —Dejó la frase sin acabar.

—Cierra la operación hoy mismo. Yo me ocupo del resto. —Dicho esto, colgó sin decir nada más.

¿Podía quedarse tranquilo con sus palabras? Heimdall era un hombre de influencias, podía confiar en que haría todo lo posible para que la operación llegase a buen puerto, pero lo cierto es que él era el que estaba allí, el que corría peligro. Necesitaba alejarse lo antes posible.

Guardó el móvil en el bolsillo y entró de nuevo al hotel, donde una vez más el recibidor estaba atestado de gente que se dirigía a desayunar.

Debía tomar todas las precauciones posibles, conocía para su suerte o desgracia los métodos de la CIA y, aunque tuviese sus dudas, no podía descartar la idea de que él mismo fuese objeto de vigilancia en esos momentos.

Miró de un lado a otro, aunque le pasó desapercibido el hombre que lo observaba apoyado contra el mostrador, como si esperase ser atendido.

—Aquí Hans —dijo llevando la mano a su pecho—. Tansel se dirige de nuevo a la habitación. Tengo que subir, ¿verdad? —preguntó de mala gana.

—Sí. —Reconoció la voz de Liam.

—Justo ahora, cuando bajo a desayunar. Me muero de hambre, joder —susurró mientras se dirigía al ascensor.

Tansel subió primero que él, y se dirigió directamente a su habitación. Se aseguraría de que nadie lo mantuviese vigilado.

Cuando entró en su habitación miró a su alrededor. Lo primero que hizo fue mirar las esquinas de la habitación, mover las cortinas..., nada, absolutamente nada.

Sabía que podían instalar cámaras, micrófonos..., y que, si Samuel había desaparecido, era porque le seguían la pista.

Se mantuvo callado mientras hacía toda la inspección, revolviéndolo prácticamente todo. Se agachó para mirar debajo de la silla y luego se colocó bajo el escritorio. Estuvo a punto de gritar cuando descubrió el pequeño micro, camuflado con cinta negra, en la oscuridad de una de las esquinas.

"Malditos hijos de puta", pensó, aunque no pronunció nada para que no pudiesen escucharle.

Decidió dejar el micrófono donde estaba, para no levantar sospechas. Lo mejor sería hacer como si no lo hubiese encontrado. De todas formas, si había uno podía haber más. Ahora sí estaba metido en un buen lío, tenía la certeza de que habían dado con él. Le surgieron muchas preguntas: quién habría dado con él, cómo lo habrían descubierto... Aquella misma noche saldría del país, una vez hubiese cerrado la operación con Abdel.

Se metió debajo de la cama y extrajo el maletín donde guardaba el ordenador. Podía asegurar que no habían accedido a él, pues tenía un programa de seguridad de la CIA que no permitiría el acceso y, aunque lo lograsen, le saltaría una alarma en el móvil informando de una intrusión.

Cogió las maletas e introdujo toda la ropa en su interior. Aquella misma tarde abandonaría el país. No le importaba lo que pudiese decir Heimdall, solo quería salir con vida de allí.

Mike miró a Liam y chasqueó la lengua.

—Falsa alarma —pronunció mientras observaba el ordenador donde seguían mediante GPS los pasos de Tansel—. Está subiendo a su planta.

Liam se pasó la mano por el rostro y miró a Anya. Habían diseñado un plan a primera hora de la mañana. Cada uno de ellos vigilaría el GPS de Tansel cada tres horas, día y noche. A la mínima que detectasen movimiento por parte de él, se pondrían en marcha.

Liam y Roy iniciarían una persecución a distancia, guiados en todo momento por Hans, el cual se quedaría en su habitación del hotel

monitorizando todos los movimientos de Tansel. Mike y Anya irían a la habitación de Tansel para intentar extraer la información del ordenador. El equipo de Baréin les había dejado un todoterreno con el que podrían desplazarse sin ningún problema. Aquello era una ventaja, ya que no deberían esperar a un taxi.

Además, ya habían alertado al equipo de Baréin, así que cuando Liam y Roy saliesen por la puerta, Hans contactaría con ellos para indicarles los pasos a seguir.

Mike abrió la puerta de su habitación y dejó entrar a Hans, el cual llevaba la mano en el estómago.

—Si se va a su habitación no hay peligro, podemos bajar a desayunar por turnos. Hans tiene el primero, ¿verdad?

Liam suspiró.

—Siéntate, serán diez minutos.

Mike resopló mientras tomaba asiento. Se apoyó contra el respaldo y cerró los ojos unos segundos.

—Se ha metido en un todoterreno, no sé quién era el que conducía pero era de etnia árabe. Ha mantenido una conversación de un minuto con él y ha bajado del coche. Luego ha llamado por teléfono —dijo, luego se pasó los dedos por los ojos como si estuviese agotado.

—Roy, mira las llamadas de Tansel.

Roy cogió su propio ordenador y tecleó efusivamente.

—Es el mismo número al que llamó el otro día, el que acaba en cincuenta y dos.

—¿De quién es?

—No lo sé, es difícil saberlo, es de prepago.

—Necesito que lo encuentres.

—Estoy en ello —pronunció sin apartar la mirada de la pantalla. —Desde luego tonto no es. Sabe ocultar sus pasos. —Permaneció unos segundos en silencio y luego aguantó la respiración—. La llamada se ha realizado a Estados Unidos...

—¿Qué? —Liam se levantó y se colocó a su lado observando la pantalla del ordenador—. ¿A qué estado?

—No lo sé, estoy intentando averiguarlo.

—Bien —dijo Liam apretando su hombro—. Pincha su teléfono móvil.

Roy se giró hacia él.

—¿Que pinche su teléfono móvil? Joder Liam, puede darse cuenta,

recuerda que es un extrabajador de la CIA. Puede que escuche las interferencias cuando está apagado...

—En estos últimos días no lo ha apagado nunca —dijo.

—¿Y si se sobrecalienta?

—Hace calor. Sería normal.

—¿Y que se le agote la batería antes? Eso sería sospechoso.

Liam resopló.

—Tú simplemente pínchalo —ordenó.

—Nos puede descubrir —susurró—. Se dará cuenta, no es tonto. Intuirá que lo estamos observando.

Liam se pasó la mano por los ojos, perdiendo los estribos.

—Pínchalo.

—Necesitaré entrar en el programa de la CIA.

—No necesariamente —intervino Anya mientras se ponía en pie. Se acercó al ordenador y se sentó al lado de Roy, observando la pantalla—. Necesito una tarjeta de crédito.

Todos la miraron sin comprender.

—Venga, va —insistió extendiendo la mano hacia ellos.

Liam suspiró y sacó su cartera, luego le dio una de sus tarjetas. Anya la observó y sonrió al ver que la tarjeta pertenecía a un tal señor Harrisson, su nombre falso. Le hizo un gesto gracioso y le quitó la tarjeta de la mano a Liam mientras daba un par de codazos a Roy para colocarse en su sitio.

—¿Qué vas a hacer?

—Nunca le dejes una tarjeta de crédito a una mujer —comentó Mike con una sonrisa hacia Liam.

Ella lo miró sonriente.

—Ya —chasqueó la lengua mientras comenzaba a teclear—. Pero da la casualidad de que yo soy la señora Harrisson, ¿recuerdas? —bromeó hacia Mike—. Esta tarjeta también es mía. —Luego miró con una sonrisa forzada a Liam, el cual resopló ante su ocurrencia—. ¿Tienes dinero en la cuenta? —ironizó.

—¿Para qué? —preguntó directamente.

—Voy a comprar un *software* que nos va a permitir acceder al móvil de Tansel sin alertar a la CIA. —Luego miró hacia los chicos, los cuales la miraban impresionados—. Se puede conseguir en cualquier tienda de espías... —explicó.

—Ya, pero aparecerá que lo hemos comprado.

—No si lo hacemos en el mercado negro. Solo hay que pagar con *bitcoins* y listo. Dispones de mil euros, ¿verdad?

Liam se cruzó de brazos mientras el resto sonreía ante la situación.

—¿Mil euros?

—En una tienda puede costar unos mil trescientos o mil cuatrocientos. Pero estoy segura de que si regateo un poco puedo conseguirlo por debajo de los mil euros —explicó sin apartar la mirada de la pantalla. Liam suspiró y agachó su cabeza hacia el suelo—. ¿Sí o no? —insistió.

—Sí —acabó pronunciando con infinita paciencia.

—Bien —respondió ella volviendo la mirada a la pantalla—. Vamos a ver qué hay por aquí que nos pueda servir —dijo mientras abría páginas—. Si supieseis la de cosas que se pueden conseguir por aquí... —pronunció con una sonrisa traviesa haciendo que esta vez fuesen todos los que la mirasen extrañados—. Cuando consiga uno bueno y a buen precio lo instalo y ya tendrás el teléfono de Tansel pinchado.

—Esta chica es una caja de sorpresas —pronunció Liam.

Ella le sonrió por lo que acababa de decir. Miró la pantalla del ordenador y sonrió.

—Este es muy caro —susurró—. Este también... Mira, este parece bueno... ¿Qué compañía telefónica usa?

El teléfono de Pierce Simmons comenzó a vibrar. Pierce palideció por momentos al observar quién llamaba. Cerró la puerta de su despacho, echando una última ojeada a sus trabajadores, y se dirigió a su enorme butacón.

Suspiró y descolgó. Le costó usar la voz, era como si sus cuerdas vocales se hubiesen paralizado.

—¿Sí?

La voz de Heimdall le llegó directa, grave, sin un ápice de temblor, todo convencimiento.

—¿Se ha autorizado el envío de nuevos contingentes para el grupo que opera en Baréin?

Pierce titubeó un poco y luego llevó la mano hacia su ratón, abriendo determinadas carpetas que tenía en el escritorio de su ordenador.

—No, que yo sepa.

—Uno de mis informadores me ha dicho que varios miembros de la CIA han acudido a Baréin.

Pierce siguió tecleando durante unos segundos hasta que resopló.

—Yo no he dado ninguna orden así.

—Uno de mis informadores ha desaparecido.

Aquello lo dejó mudo. Su mirada voló a través de las rendijas de la cortina por donde veía la mesa vacía de Anya. Le había encargado a Peter que la localizase, pero no había logrado dar con ella. Sabía incluso que, por parte de la CIA, se había dado orden de búsqueda y captura, pero sin resultados. Una mujer como Anya, a pesar de que era buenísima en su trabajo, no lograría esconderse tan bien como para que no la encontrasen sin la ayuda de gente experimentada, pero aquello no iba a decírselo.

—Investigaré sobre el tema. Respecto a lo de Anya...

—Ya me ocupo yo.

Dicho esto, Heimdall colgó. Pierce guardó su teléfono en el bolsillo, notando cómo una gota de sudor resbalaba por su mejilla. ¿En qué momento había decidido meterse en aquello? Pensaba que podría ser una oportunidad de conseguir dinero fácil, pero jamás habría imaginado que pudiese complicarse tanto. Por mucho que deseara dejarlo, ahora ya no podía: conocía demasiada información y, si Heimdall o alguno de sus informadores o espías intuían que iba a delatarlos o bien a apartarse del caso, acabarían con él. Sabía que no se andaban con tonterías, a la más mínima sospecha de una amenaza potencial que pudiese poner en jaque los planes de Heimdall, acabarían con él y con quien hiciese falta. Bien lo habían demostrado.

Se levantó y fue hacia su puerta. Su mirada voló hacia Peter.

—Peter, a mi despacho —gritó haciendo que su voz sonase por encima del murmullo de los trabajadores.

Peter estuvo a punto de saltar de su asiento, ya que estaba totalmente evadido mirando la pantalla de su ordenador.

Se levantó y fue hacia allí intentando calmar los latidos de su corazón.

Pierce cerró la puerta de su despacho en cuanto entró y se dirigió a su asiento.

—¿Alguna noticia sobre Anya?

Ni siquiera le había dado tiempo a dirigirse al asiento. Se removió incómodo, poniéndose correctamente la americana y negó.

—No, nada. No consigo encontrarla.

Pierce dio un golpe sobre la mesa, demasiados nervios acumulados.

—Encuétrala —rugió. Peter dio un paso hacia atrás, jamás había visto a su jefe de aquella forma—. Y necesito que averigues si alguno de tus

compañeros ha enviado, sin mi permiso, refuerzos a Baréin.

—¿Refuerzos a Baréin?

—Sí. Parece ser que la dotación de hombres en esa zona se ha incrementado sin mi autorización.

En ese momento lo comprendió todo. El equipo que lo había capturado e interrogado aquella noche era seguramente el mismo que había ayudado a Anya y, muy probablemente, el que se había desplazado hasta allí.

Tragó saliva, sin saber qué decir ni qué hacer. Si eran los mismos hombres los descubrirían. Además, había buscado a Anya por todos lados y no daba con ella. ¿Era posible que ella también hubiese viajado a Baréin?

—¿Qué haces ahí parado? —rugió de malos modos su jefe—. Haz lo que te ordeno. ¡Ya! —gritó.

Peter salió de su despacho y se dirigió a su mesa. Se encontró mirando de reojo el escritorio que Anya había ocupado aquel último año. La echaba de menos. Jamás hubiese querido que algo así le ocurriese, la apreciaba, incluso se había llegado a enamorar de ella.

La había buscado por todos lados, pero no para delatarla, ni para ir tras ella con el fin de entregarla a su jefe, sino para alertarla. Sabía que él, en ese momento, no estaba jugando en el lado bueno. Era consciente de ello, sin duda.

Que su jefe le confirmase que el equipo de Baréin había recibido más contingentes sin su autorización probablemente guardaba relación con Anya, era lo más plausible.

Notó cómo, en cierto modo, se calmaba. Sí, ahora estaba seguro de que Anya seguía con vida y de que alguien la protegía.



Roy volvió a escuchar la conversación mientras notaba cómo su mano sobre el ratón amenazaba con apretarlo tanto que este saliese disparado en mil pedazos.

—El muy hijo de... —susurró mientras volvía a escuchar aquellas voces.

“—¿Alguna noticia sobre Anya?”

—No, nada. No consigo encontrarla.”

Pierce debió dar un golpe con fuerza sobre la mesa y, durante unos segundos, se escucharon las voces a los lejos.

“—Encuéntrala. Y necesito que averigues si alguno de tus compañeros ha enviado, sin mi permiso, refuerzos a Baréin.

—¿Refuerzos a Baréin?”

—Sí. Parece ser que la dotación de hombres en esa zona se ha incrementado sin mi autorización.”

Cuando escuchó aquellas palabras por primera vez se quedó de piedra. Aquella conversación, sin duda, tenía que ver con lo que le había escuchado hablar por teléfono, donde habían mencionado también el nombre de Anya.

“—¿Qué haces ahí parado? —rugió de nuevo Pierce—. Haz lo que te ordeno. ¡Ya!”

Por suerte, el micrófono que Anya había instalado bajo la mesa de Simmons antes de que tuviese que salir huyendo no había sido descubierto y les había revelado un nuevo dato. Simmons sabía que el número de hombres en Baréin se había incrementado, si bien nadie había autorizado aquella misión.

Aquello podía representar un verdadero problema. La única forma de que se hubiesen enterado era a través de Tansel, al informar a su jefe de la desaparición de Samuel. Era la única explicación lógica que podía encontrar.

Lo que pretendían que fuese una operación totalmente secreta podía salir a la luz y amenazar con destruir todo lo que habían conseguido. No podía asegurar al cien por cien que no tuviesen conocimiento de que ellos se encontraban allí. Si lo descubrían, acabarían muertos.

Iba a coger el teléfono para llamar a Liam y prevenirle cuando observó que entraba un nuevo correo electrónico en su bandeja de entrada. Depositó de nuevo el teléfono con cuidado sobre la mesa mientras abría el correo.

Estaba enviado sin remitente consignado, pero su asunto era claro: "*Misión. 48 horas*". No decía nada, simplemente llevaba unos archivos adjuntos.

Lo que le faltaba, ¿ahora los requerían para otra misión? Tal y como estaban las cosas no podían abandonar Baréin sin antes llegar al fondo de la cuestión.

Abrió el documento para ver de qué se trataba cuando notó que la respiración se le cortaba. Tuvo que parpadear varias veces para ser consciente de lo que estaba viendo.

Había varias fotografías. En la primera de ellas reconoció perfectamente la vivienda de su hermana, donde había enviado a Diane y a Layla aquellos días y, a través de una ventana, pudo reconocer a su esposa. En la segunda fotografía Diane llevaba a su hija en brazos, mientras entraba por el portal.

Cogió el teléfono móvil para marcar el número de su hermana y enviarle un mensaje cuando cayó en la cuenta. Seguramente podían intuir que estaban en Baréin. Si estaban vigilando a su familia, si habían encontrado a Diane y su hija, seguramente habrían puesto micrófonos por toda la vivienda y alrededores.

Maldijo varias veces por lo bajo mientras soltaba de nuevo el teléfono sobre la mesa, consciente de por qué se las enviaban. No había olvidado la misión que se le había encargado: dar con el paradero de Anya y acabar con ella.

Todo aquello le suscitaba dudas: ¿acaso sabían que él estaba con ella? ¿Intuían que estaban en Baréin?

Se pasó la mano repetidas veces sobre su frente cuando escuchó que su móvil sonaba.

Estuvo a punto de arrojarlo contra la pared. ¿Qué iba a hacer? No podía permitir que nada malo le sucediese a su familia. Por otro lado, sabía cuál era el motivo por el que le habían encargado que acabase con Anya: ella sabía más de lo que debía saber. En principio ni él ni nadie deberían estar al

corriente de nada, excepto la persona que había ordenado matar a Anya, alguien muy por encima de su superior, Vincent Foster, que solo hizo de intermediario al encomendarle la misión.

Roy tenía claro que Anya era una pobre inocente y que su mayor pecado había sido investigar la corrupción de su departamento. Además, sabía que Liam, su cuñado, se sentía atraído por ella.

Observó el móvil y vio que era Hans quien lo llamaba. Resopló y se llevó el teléfono al oído.

—Dime.

—Se mueve. Comenzamos la misión.

—Bajo —pronunció antes de colgar.

Liam depositó un par de armas sobre la cama y se quedó contemplando la espalda recta de Anya, la cual observaba a través de la ventana el vasto paisaje. Era increíble como había llegado a ser de importante para él. Durante unos segundos pensó en cogerla y llevarla muy lejos de allí, iniciar una vida nueva junto a ella, con identidades secretas, desconocidas para todo el mundo. Podrían irse a Sudáfrica, a Finlandia, o incluso a Australia. Comenzarían de cero. Olvidarían todo aquello y destinarían su vida a ser felices. No había nada que le apeteciese más en aquel momento, pero sabía que el gobierno se esforzaría en buscarlos y dar con ellos.

Se obligó a apartar la mirada de ella y a concentrarse en preparar todo. Cuando Hans diese la voz de alarma y Tansel se marchase del hotel comenzarían su misión, sin duda, la más importante que habían hecho hasta ahora.

Cogió la bolsa y metió unas cuantas armas más, ya habían acondicionado aquel mediodía el todoterreno que les habían dejado, pero nunca estaba de más llevar algún arma extra.

Anya se giró hacia él. Su rostro parecía pensativo, e incluso preocupado.

—Si no quieres no tienes por qué hacerlo. Mike puede encargarse del ordenador.

Ella negó y sonrió finalmente.

—A Mike se le dan mejor las armas —bromeó.

—¿Tienes la que te di?

Ella afirmó. Liam se acercó y colocó las manos en sus hombros. Vestía unos pantalones de lino blancos y una camiseta amarilla. Con aquella ropa se

intuía su esbelta figura.

—Mike estará contigo en todo momento —intentó calmarla.

—Sí, ya lo sé.

—¿Y qué te preocupa?

Anya se encogió de hombros.

—No me preocupa entrar en la habitación de Tansel, un traficante de armas... —bromeó—. Lo que me preocupa es qué haré luego, cuando todo esto acabe. Si con suerte conseguimos los archivos y logramos averiguar quién es ese tal Heimdall, ¿qué haremos? Ese hombre debe tener influencias. No creo que sea fácil meterlo entre rejas.

—Ese no es nuestro problema. Será problema de la justicia.

Ella chasqueó la lengua y se apartó de sus manos.

—Justicia —susurró, luego hizo un gesto bastante cómico—. No creo mucho en ella. —Se dirigió a la cama y se sentó para ponerse unas chanclas sin tacón—. E igualmente, ¿qué haré luego? Lógicamente no puedo volver a mi puesto de trabajo.

Esta vez fue él quien sonrió.

—Quizá pueda conseguirte uno nuevo.

Ella lo miró fijamente.

—¿En la CIA? —bromeó.

Liam se encogió de hombros.

—Eres buena —pronunció sentándose a su lado—. A parte, con esa cara que tienes nadie sospechará nunca de ti.

Ella rompió en una carcajada.

—¿Eso es un cumplido? —preguntó mientras cogía la otra chancla y se la ponía.

Se sentó a su lado y le cogió la mano.

—No te preocupes por eso —susurró—. Debes concentrarte en extraer la información necesaria. Cuando la tengas, ya sabes, te vas con Mike...

—Sí, ya lo sé. ¿Cuántas veces me lo has dicho ya? —rio—. Voy a la habitación de Mike y no me muevo de allí hasta que lleguéis.

—Eso mismo —dijo apretando su mano. La contempló a los ojos y bajó sus labios hasta los suyos, besándolos con suavidad, notando su delicadeza.

Iba a reclinarla sobre la cama cuando escuchó sonar su móvil. Chasqueó la lengua y se levantó rápido hacia el escritorio.

Se giró para observar cómo ella se ponía en pie, en tensión, mientras se llevaba el teléfono al oído.

—Dime.

La voz de Hans sonó al otro lado de la línea.

—Se mueve.

—Avisa al resto.

—Ya están avisados. Roy ya se dirige al todoterreno.

—Voy.

Iba a colgar cuando Hans le interrumpió.

—Hay una cosa extraña... —Liam se quedó quieto—. Todos los GPS que Mike instaló en sus chaquetas y pantalones se mueven.

—¿Por separado?

—No, juntos.

Liam se quedó unos segundos en silencio.

—¿Ha hecho las maletas? ¿Lleva toda la ropa con él?

—Seguramente...

Liam notó cómo las palpitaciones de su corazón se intensificaban.

—Seguramente cerrará la operación hoy y querrá marcharse del país.

Alerta al resto.

Dicho esto, colgó y cogió el pequeño auricular.

—Póntelo —dijo pasándole uno a Anya. Se quedó observándola unos segundos cómo se ponía el auricular y, cuando terminó, la cogió de la cintura y la besó con pasión—. Nos vemos en breve.

Ella aceptó mientras Liam cogía la bolsa de deporte y se dirigía a la puerta de la habitación.

—Liam —Interrumpió sus pasos. Él se giró un segundo antes de abrir la puerta—. Ten cuidado, por favor.

Aquellas palabras le enternecieron. No eran solo las palabras, sino el tono que había usado, que denotaba una extrema preocupación.

—No te preocupes. Siempre lo tengo —Le sonrió.

Ella afirmó y lo vio salir de la habitación sin decir nada más. Con suerte, en pocas horas tendrían la información necesaria, solo necesitaban que esta vez Tansel se alejase lo suficiente como para permitirle a ella trabajar tranquila.

Liam se dirigió al ascensor. Por suerte, podrían controlar a Tansel sin problemas.

Colocó su mano en el pecho para dar un pequeño golpe y activar el micrófono mientras las puertas del ascensor se cerraban y echaba una última ojeada a la puerta de su habitación.

—Aquí Liam. Estoy bajando.

La voz de Roy sonó al otro lado de la línea.

—Te espero en la puerta con el *Jeep*.

Así fue, nada más salir por la puerta del hotel el todoterreno negro que les habían prestado se colocó frente a él. Frenó lo justo para que Liam depositase la bolsa con las armas en la parte de atrás y se subiese de copiloto.

—Hans —dijo apretando su pecho mientras Roy aceleraba en dirección a la carretera—. Indícanos hacia dónde se dirige.

—Tomad el primer desvío a la derecha —indicó.

Roy afirmó dándole a entender que lo había escuchado.

—Mike, Anya —continuó Liam hablando—. Esperad hasta que os dé la orden para subir a la planta de Tansel.

—De acuerdo. Esperamos órdenes.

—Aquí Hans. El vehículo se encuentra a poco más de una milla de vosotros. Ya está avisado el grupo de Kevin. Les indicaré el camino.

—De acuerdo Hans.

Roy aceleró un poco adelantando a una camioneta y miró de reojo a Liam.

—Eh —susurró. Liam lo miró de reojo, pero le sorprendió que le hiciese el gesto de cortar la comunicación con el resto. Lo miró sorprendido, pero hizo lo que le ordenaba y tapó su altavoz con la mano. Cuando Roy observó su gesto suspiró y lo miró unos segundos antes de volver su atención a la carretera—. Tenemos problemas... y muy graves. Hay, hay algo que...

Liam elevó su mano para que guardase silencio.

—Aquí Hans. Han tomado dirección al puerto.

Roy lo observó durante unos segundos, con una mirada asustada.

—Toma dirección al puerto —pronunció Liam mientras señalaba hacia su izquierda.

—Aquí Hans. Kevin y su equipo ya se dirigen hacia allí.

Liam miró de reojo a Roy y luego dio unos golpes en su micrófono.

—¿A qué distancia se encuentran?

—Van tres millas por detrás de vosotros —Le informó Hans.

—Abre las comunicaciones con ellos —ordenó. Luego volvió a mirar a Roy, el cual parecía estar en tensión, pues apretaba el cuero del volante con fuerza. —Ahora hablamos —Le indicó a su amigo. Al momento, escucharon cómo las comunicaciones con el otro equipo se abrían—. Aquí Liam. Kevin, ¿puedes oírme?

Tardó unos segundos en responder.

—Alto y claro —Reconoció su voz.

—Hans nos ha dicho que Tansel ha tomado dirección al puerto. Nos mantendremos a distancia de ellos. Puede que se haya llevado el ordenador.

—Ya me lo ha dicho Hans —contestó.

—Mike. Mirad toda la habitación, si ha arrojado algo en la papelera, cualquier nota... lo que sea.

Hans volvió a interrumpir.

—Ha llegado a puerto. Camina por uno de los muelles.

—Hans —interrumpió Liam su explicación—. Busca un sitio desde el que podamos observar sin ser descubiertos e indícanos cómo llegar.

—Voy a ello.

Liam miró de nuevo a su cuñado y le señaló con la mano.

—Explícate —dijo.

Roy suspiró y giró su cabeza hacia él, con un gesto de preocupación en su rostro que Liam no había visto jamás en su cuñado.

—Roy —Le presionó al ver la duda que anidaba en sus ojos. Aquello comenzó a preocuparle—. ¿Qué ocurre?

Su cuñado iba a hablar cuando Hans volvió a interrumpirlos.

—Lo tengo —dijo Hans con una voz bastante animada—. Os paso la ubicación del lugar por GPS. Desde allí podréis observar sin problema.

Liam cogió su móvil apartando la mirada de Roy y miró la situación del GPS, que los conducía a lo alto de una pequeña colina situada cerca del puerto.

—Kevin, ¿la tienes? —preguntó apretándose el pecho.

—La tengo —contestó.

—Nos vemos allí en tres minutos. Mike, Anya, podéis comenzar.

—De acuerdo —respondió Mike.

Estuvo a punto de preguntar a Anya si estaba preparada, solo por escuchar su voz de nuevo, pero se contuvo.

Miró una vez más a Roy, con gesto preocupado y echó la mirada hacia atrás, hacia las bolsas con armas.

—Dime —insistió—. ¿El software que instaló Anya ha dado resultados? ¿Has escuchado algo de Tansel?

—No. Tansel no ha realizado ninguna llamada. Pero ha habido otras...

Liam lo miró sin comprender.

—Explícate.

Roy titubeó un poco, como si no supiese qué hacer, hasta que al final apartó la mirada de la carretera y lo observó durante unos segundos.

—Hay que hacerlo. Ya. —Fue lo único que dijo.



Liam y Roy se encontraban tirados sobre la tierra. La colina no era muy alta, pero sí lo suficiente como para tener una buena perspectiva de todo el puerto. Liam le pasó los prismáticos a Roy.

—Está en el muelle, en compañía de tres hombres. Parece que va a coger uno de los yates. —Se pulsó el pecho y suspiró antes de hablar—. Mike, Anya, ¿cómo vais?

Tardaron un poco en responder, pero finalmente escuchó la voz de Mike en su cabeza.

—Llegamos a la planta. Entramos ya.

—Está bien —comentó mientras miraba su reloj de muñeca, el cual marcaba las cinco y media de la tarde.

Desde el puerto al hotel apenas había diez minutos, pero si salía a dar una vuelta en el yate, tanto Anya como Mike dispondrían de tiempo suficiente para poder investigar el ordenador, siempre y cuando estuviese allí. De lo contrario, siempre podrían revisar toda la habitación en busca de alguna pista. Fuese como fuese, necesitaban averiguar si había dejado algo en la habitación, cualquier cosa, pues si Tansel abandonaba el país sin nada con lo que poderlo encausar no podrían realizar ninguna detención. Tenían el código de encriptación, pero no eran más que fotocopias, y sabían que aportarlo ante un juez no serviría de nada. Nadie podría asegurar que lo habían obtenido de aquella habitación. Por otro lado, estaban las llamadas, eso sí podría servir para aplicar un delito de extorsión, pero no era eso lo que buscaban. Buscaban pruebas para poner de manifiesto que existía tráfico de armas en el mercado negro y, sobre todo, buscaban al responsable que había ordenado todo aquello.

—El yate ha zarpado —pronunció Roy devolviéndole los prismáticos.

—¿Adónde te diriges? —susurró mirando por los prismáticos.

El pequeño yate había comenzado a surcar el mar del Golfo Pérsico, sin ninguna dirección, simplemente alejándose de la costa.

—¿Crees que va a intentar cruzar hacia Al Khobar?

—No lo sé —respondió mirando aún por los prismáticos.

Se giró cuando escuchó el sonido de un todoterreno a lo lejos, lo reconoció al momento. Kevin y el resto de su equipo bajaban del vehículo, el cual habían aparcado al lado del de Roy y Liam, a varios metros. Cogieron unas cuantas bolsas de deporte y se dirigieron hacia ellos. Cuando se aproximaron se arrojaron sobre la tierra y reptaron hasta ponerse a su lado.

—Hola —pronunció Kevin colocándose al lado de Liam, el cual le pasó los prismáticos para que observase, pero Kevin negó y le mostró los que llevaba él. Liam observó al resto de aquel equipo. Joseph, Jim y Malcolm se habían situado tras su responsable, Kevin—. Tansel ha tomado un yate —dijo señalando hacia el mar—. No sabemos adónde se dirige. ¿Y Samuel?

Kevin le sonrió y miró hacia Jim con complicidad.

—Durmiendo la mona. Está en lugar seguro.

Liam aceptó y volvió de nuevo su atención al mar, persiguiendo a través de los prismáticos el yate que sorteaba el oleaje.

—Se está alejando cada vez más —pronunció Jim observando también.

—Quizá podríamos coger una de las lanchas y acercarnos —propuso Kevin.

—Es muy arriesgado. Puede que simplemente esté huyendo. —Luego miró de reojo a Kevin—. Seguramente el hecho de que Samuel no haya aparecido lo ha alertado.

—Eh —interrumpió Roy—. Se acerca un yate hacia él.

Liam volvió a observar a través de los prismáticos. Como Roy les había dicho, un yate de mayor envergadura se aproximaba despacio hacia ellos, demasiado despacio como para no pretender interactuar.

Fijó su mirada en el pequeño yate y a duras penas reconoció a Tansel, vestido con sus pantalones de lino color marrón y una camiseta blanca de algodón. Desvió la mirada a su izquierda, a ese enorme y lujoso yate que se aproximaba, y vio que un jeque salía a la cubierta y saludaba a Tansel.

—Joder —susurró—. ¿Pero qué cojones...? —preguntó Joseph detrás de ellos, que sin duda no se estaba perdiendo nada de lo que ocurría.

—Está claro que Tansel es solo un intermediario —explicó Liam.

Kevin resopló.

—¿Crees que será el comprador?

—Es posible —respondió Liam sin apartar la mirada de aquel yate, donde pudo observar cómo Tansel saltaba y se saludaba de forma cordial con el jeque. Bajó la mirada y leyó el nombre del barco—. Al Azim —susurró. Se apretó el pecho para entablar comunicación—. Hans, necesito que busques de inmediato a quién pertenece el yate Al Azim, ¿me recibes?

—Te recibo —Escuchó la voz de Hans—. Estoy en ello.

Liam pasó los prismáticos a Roy, el cual observó.

—Desde luego, el dueño de ese yate está forrado. Podrá gastarse una gran cantidad de dinero en armas —comentó.

Malcolm se arrastró un poco más sobre la tierra para colocarse al lado de Kevin.

—Entonces tenemos a Tansel, el intermediario, y a un jeque que presuntamente puede ser el comprador, pero... ¿quién suministra las armas?

—Es lo que necesitábamos saber —dijo Liam—. Lo único seguro es que el Departamento de Seguridad Nacional está metido hasta el fondo. Intentaron acabar con Anya.

—¿Con quién? —preguntó Kevin.

En ese momento recordó que no les había comentado nada sobre ella. Miró de reojo a Roy, el cual apartó la mirada contrariado, como si no se sintiese cómodo con aquel tema.

Iba a darles explicaciones cuando Hans interrumpió de nuevo en su cabeza.

—Lo tengo. El yate pertenece a uno de los mayores jeques de Arabia, no hay noticias de por qué se encuentra aquí...

—Haciendo negocios, sin duda —pronunció Kevin.

—Se llama Abdel Azim. Tiene diversas empresas, la financiación de las cuales se ha relacionado específicamente con el yihadismo.

—Hijo de puta...—susurró Liam—. Lo tenemos.

—Hay movimiento en cubierta —pronunció Roy, el cual seguía observando.

Esta vez fue Jim quien le pasó los prismáticos a Liam, que se encontraba en segunda fila.

Liam observó detenidamente. Varios hombres salieron del interior del yate, se acercaron a la pequeña embarcación de Tansel y hablaron con sus tripulantes visiblemente alterados. Al momento, el yate de Tansel maniobró para dirigirse rumbo a la costa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jim desde atrás.

—Los acompañantes de Tansel se vuelven —explicó Kevin.

—¿Y Tansel?

—Sigue en el yate de Abdel Azim. —Explicó Liam, pero hubo algo que no le gustó. Los hombres que salían del interior del lujoso yate para hablar con los compañeros de Tansel se quedaron fuera, vigilantes. —Algo no va bien —susurró. Se llevó la mano al pecho y apretó—. Mike, aquí hay movimiento, ¿cómo vais?

—Puede que la reunión vaya a tardar un rato y los envíen a la costa de nuevo —propuso Jim.

Liam negó mientras le pasaba los prismáticos.

—No. Los hombres que se encuentran en el yate del jeque parecen nerviosos. Estan alerta. —Se llevó de nuevo la mano al pecho e insistió—. Mike, Anya, ¿cómo vais?

Se giró y miró nervioso a Roy.

—¿Mike? —preguntó Roy en ese momento.

Liam se puso de rodillas, angustiado.

—Hans —dijo con un tono de voz estridente—. Ve a mirar por qué no responden.

—Estoy saliendo de la habitación, voy —pronunció con voz agitada.

Aquellos minutos se le hicieron eternos. Quizá solo habían acabado la inspección de la habitación y se encontraban en el ascensor, con gente, sin posibilidad de hablar.

No pudo evitar mirar a Roy con gesto preocupado. Si le había ocurrido algo a Anya no se lo perdonaría. Sabía que Mike sabía defenderse, que la protegería, pero...

Hans salió del ascensor y caminó por el pasillo de la planta de la habitación de Tansel. Giró la esquina y se quedó totalmente parado.

—Mierda... —susurró.

La puerta de la habitación de Tansel estaba entreabierta. Llevó la mano hasta su cintura y extrajo la pequeña pistola mientras se acercaba con pasos muy lentos a aquella puerta. Se colocó al lado y escuchó. Nada, había un silencio sepulcral.

Inspiró con fuerza armándose de todo el valor posible, se colocó ante la puerta y la golpeó con la pierna, entrando con pasos firmes y acelerados, apuntando al frente con el arma, preparado para disparar.

La habitación estaba totalmente vacía, pero algo llamó su atención. La cama estaba deshecha, como si hubiesen estado saltando encima, la mesa

estaba desplazada hacia un lado y la silla tirada en el suelo.

—Joder —susurró mientras miraba de un lado a otro. La respiración se le entrecortó al observar un charco de sangre en la moqueta. —¡Mierda! —gritó.

Se agachó y palpó la sangre. Estaba húmeda.

—Hans, ¿ocurre algo? —Escuchó la voz de Liam en su cabeza.

Hans no contestó, solo rugió. Se puso en pie y corrió fuera de la habitación, mirando de un lado a otro, buscando alguna pista de por dónde podrían haberse ido. Estaba claro que, si la habitación se encontraba en aquel estado y además había marcas de lucha, los habían capturado. El problema era, ¿vivos o muertos? La sangre que se había vertido no era mucha, pero la persona que hubiese sido herida acabaría perdiendo el conocimiento si la hemorragia era constante.

—Hans. Háblame —ordenó de nuevo Liam.

Hans corrió hacia las escaleras de emergencias y entró desesperado, sin siquiera guardar su arma. Miró de arriba abajo sin encontrar a nadie y comenzó a bajar por las escaleras saltando los escalones de dos en dos.

Si habían herido a alguien no se arriesgarían a subirlo en un ascensor, donde podían encontrarse con muchos más huéspedes, así que lo más lógico era que usasen las escaleras de emergencias.

—Hans. ¡Contesta! —gritó Liam.

Hans llegó al rellano de la tercera planta y giró para seguir bajando.

—¡No están! —gritó.

Liam se removió incómodo, mirando al resto del equipo.

—¿Cómo que no están?

—Que no están, joder —gritó mientras seguía bajando las escaleras a toda mecha—. Han debido descubrirlos. —Saltó sobre el rellano de la primera planta y giró para seguir bajando—. En la habitación hay evidencias de un forcejeo y sangre.

Liam se puso en pie como un resorte y observó el yate que Tansel había usado y que se encontraba ya próximo a la orilla. Ahora todo tenía sentido. Los habían descubierto y por esa misma razón había jaleo en el barco del jeque. Seguramente les habrían informado de que habían encontrado a dos personas en la habitación de Tansel.

—Mierda —susurró mirando de un lado a otro.

Hans salió por la puerta de emergencias al rellano, abriéndola desesperado y atrayendo varias miradas confundidas. Corrió entre la gente y

salió del hotel, donde el sol, a pesar de encontrarse bastante bajo en el horizonte, lo cegó unos segundos.

Miró de un lado a otro buscando algún todoterreno sospechoso y corrió hacia la carretera.

—No están —pronunció llevándose la mano al pecho—. No, no, no. ¡Mierda!

Liam corrió al todoterreno mientras sus compañeros se levantaban y lo seguían, excepto Jim, que se quedaba para vigilar.

—Hans, intenta localizarlos de alguna forma, ¿tenían GPS?

—No —pronunció Hans dirigiéndose de nuevo a la escalera de emergencias. No tenía tiempo de esperar al ascensor, iría mucho más rápido si subía hasta su planta corriendo—. Pero puedo intentar localizarlos por el GPS del móvil, si lo llevan encima.

—¡Hazlo! —gritó abriendo el maletero.

Roy se situó a su lado y colocó una mano en su hombro.

—¿Qué haces? —gritó nervioso.

—Se la han llevado —pronunció abriendo una de las mochilas. Automáticamente comenzó a sacar chalecos antibalas y fusiles.

—No sabemos dónde están. —Liam no parecía atender a razones, no paraba de sacar armas y más armas, y comenzó a pasarlas a sus compañeros. Se giró hacia Kevin y lo miró con convicción—. Has dicho que tenías unas lanchas, ¿no?

—Sí —dijo poniéndose el chaleco antibalas.

Cogió otro rifle de asalto y se lo pasó a Roy.

—Vamos a ir al yate.

—¡No están en el yate! —respondió Roy.

—Pero sabrán dónde están —Le increpó.

Desde la lejanía les llegó el grito ahogado de Jim.

—Eh —Alzó un poco la voz, tirado sobre la tierra—. Se aproxima un jeep.

Todos volvieron de nuevo, tumbándose al lado de Jim. Liam cogió los prismáticos que le ofrecía y observó.

El yate había llegado a puerto y, a pocos metros, un vehículo se había detenido. Uno de los hombres bajó del asiento del conductor, otro bajó del asiento del copiloto y dos más de la parte de atrás. Todos iban armados con rifles. A Liam se le encogió el corazón cuando observó cómo sacaban a Mike y a Anya con brusquedad de aquel todoterreno.

Anya tropezó y cayó al suelo, pero uno de los árabes la cogió por el brazo arrastrándola hacia el muelle.

—Mierda, mierda... —gimió Liam.

Mike iba detrás de ella. Los dos caminaban perfectamente, aunque Mike estaba pálido. Pudo fijarse en que habían colocado una chaqueta sobre su hombro, seguramente ocultando una herida.

—Hans —dijo llevándose la mano al pecho—. Los tienen en el puerto.

—¿Qué? —respondió totalmente confundido.

—Los llevan hacia el yate. Ven hacia aquí, ¡ya! —ordenó. Se giró hacia Kevin, el cual esperaba órdenes—. Las lanchas —pronunció mientras se levantaba.

Kevin se levantó y corrió hacia el resto de sus compañeros.

—Jim, Malcolm —Les ordenó—. Conseguid las dos lanchas motoras más rápidas del puerto. ¡Ahora!

Los dos salieron corriendo en dirección al puerto. Si iban a pie no llamarían tanto la atención y podrían recortar camino si bajaban aquella pendiente.

Liam se puso el chaleco antibalas y le arrojó un par más a Kevin, para los compañeros que acababan de ir en busca de las lanchas. Cogió las maletas con las armas y las arrojó al suelo. Luego miró a Roy, con gesto atemorizado.

—¿Lo tienes todo aquí? —preguntó con la mirada fija en él.

—Sí.

—Prepárate. Lo haremos ahora —pronunció mientras se echaba la maleta al hombro y comenzaba a correr junto a sus compañeros.

Mike caminó al lado de Anya, que parecía bastante nerviosa, aunque intentase ocultarlo. Las puertas del ascensor se cerraron y ella se apoyó contra la pared, como si le costase aguantar el equilibrio.

—Será un momento —susurró. Hacía pocos minutos que les habían dado ya el visto bueno para iniciar su misión—. No creo que el ordenador esté, mira cualquier cosa que pueda ayudarnos: libros, los bolsillos de la ropa que aún haya en la habitación, la papelera...

—Lo sé —pronunció.

Las puertas del ascensor se abrieron justo cuando la voz de Liam sonó en su cabeza.

—Mike, Anya, ¿cómo vais?

Mike avanzó un poco asegurándose de que no había nadie en el pasillo e hizo un movimiento con la cabeza a Anya para que le siguiese.

—Llegamos a la planta. Entramos ya —pronunció Mike palpando su pecho.

—Está bien —La voz de Liam la calmó. Era extraño cómo incluso en las peores situaciones, cuando los nervios amenazaban con paralizar todos sus músculos, el hecho de escuchar la voz de una persona la calmaba.

Mike deslizó la tarjeta electrónica por la puerta y esta cedió con un crujido. Anya y Mike entraron rápidamente. Pulsó el interruptor de la luz y ambos corrieron hacia el centro de la lujosa estancia.

Anya se arrodilló directamente al lado de la cama. El maletín estaba allí.

—Sí que está el maletín —dijo con cierta alegría mientras se escurría debajo de la cama y lo sacaba.

Mike abrió el armario y se quedó totalmente pasmado.

—Está vacío —susurró—. Joder —gritó. Se giró hacia Anya y la apremió con un gesto a que abriese el maletín. Sabía lo que eso significaba, aquel hombre no pensaba volver a aquella habitación. Fue hacia el escritorio y abrió los cajones. Todo estaba vacío.

Anya colocó el maletín sobre la cama y lo abrió. Al momento se puso en pie. Mike se había girado para observarla. Anya negó apesadumbrada y le mostró el maletín plateado totalmente vacío. El ordenador no estaba. No había absolutamente nada. Se habían quedado sin pruebas, sin pista alguna para poder llegar hasta Heimdall.

—Mira en el aseo, yo miraré en las papeleras —ordenó Mike mientras se dirigía al rincón de la habitación. Iba a apretarse el pecho para comunicar que Tansel había dejado la habitación totalmente vacía cuando la puerta se abrió sin previo aviso—. ¿Pero qué...?

No tuvo tiempo suficiente para reaccionar. Iba a llevarse la mano a su cinturón, donde guardaba el arma, cuando cuatro hombres irrumpieron en la alcoba. Uno de ellos, el primero, alzó su brazo hacia él y disparó.

Mike salió disparado hacia atrás, golpeándose contra la pared mientras un grito de dolor salía de lo más profundo de su ser.

Anya observó horrorizada desde el aseo y con un movimiento rápido extrajo su arma de su cintura y se apoyó contra la pared, intentando controlar su respiración.

Escuchó cómo los hombres iban hacia Mike y le golpeaban un par de veces, haciendo que se retorciese de dolor.

Anya se asomó un segundo para observar la situación y volvió a apoyarse contra la pared. Mike gemía, con la mano ensangrentada sobre el hombro donde había impactado la bala. Los cuatro hombres rodeaban la figura maltrecha de Mike.

Al momento comenzaron a hablar, pero no pudo entender nada.

Observó el arma en su mano e intentó recordar lo que Liam le había explicado. La estudió, moviéndola de una mano a otra, y recordó quitar el seguro. Si tenía que disparar lo haría. No le quedaba otra.

Estuvo tentanda de llevar su mano hasta su pecho y pedir ayuda, aunque fuese muy bajito y a riesgo de que la escuchasen, pero oyó los pasos de uno de aquellos hombres dirigiéndose hacia el aseo.

Se separó más de la puerta, extendiendo sus dos manos hacia delante, apuntando con el arma hacia la entrada, dispuesta a apretar el gatillo en cuanto entrasen. Estaba tan nerviosa que le costaba respirar y su corazón latía desbocado.

No esperó a que aquel hombre entrase por la puerta, cuando vio aparecer su pie disparó en aquella dirección. El hombre gritó y dio unos pasos hacia atrás. Como mínimo, le habría hecho un buen rasguño con la bala y se lo pensaría dos veces antes de volver a entrar, aunque resultó evidente que aquellos hombres no estaban hechos de la misma pasta que ella pues, sin previo aviso, el hombre entró en el aseo disparando a diestro y siniestro. Anya se agachó escondiéndose detrás del retrete, gritando aterrorizada. Ese hombre estaba loco de atar.

Escuchó cómo las balas se incrustaban en los azulejos y cómo la cerámica saltaba sobre ella haciendo que escondiese su cabeza entre sus brazos. Iba a morir. Sabía que moriría en ese preciso momento.

El hombre gritaba sin dejar de disparar, hasta que se detuvo.

Anya aún estaba temblando cuando observó cómo unos zapatos marrones se colocaban ante ella. No tuvo tiempo de moverse, el miedo la atenazaba por completo. El hombre la cogió del cabello y comenzó a arrastrarla por el suelo mientras ella gritaba.

En cuanto salió del aseo lo primero que observó fue el rostro tirante de Mike, el cual suspiró cuando osbervó que salía viva de aquel aseo. Mike había palidecido por el dolor, pero estaba consciente y no apartaba la mirada de ella.

El hombre la arrojó de malas formas sobre la cama, con bastante ímpetu, haciendo que la colcha de despazase hacia un lado.

Poco después, recibió una orden de uno de los que se encontraban al lado de Mike. No supo qué le habían ordenado, pero pudo intuirlo enseguida.

El hombre la cogió de la pierna tirando hacia él y se colocó sobre ella sujetándole las dos muñecas por encima de su cabeza, con una sola mano. Ella comenzó a gritar y a retorcerse. ¿La iban a violar?

—¡Nooooo! —gritó con todas sus fuerzas mientras pataleaba y se resistía.

Mike intentó moverse, recibiendo un puñetazo en su mejilla.

El hombre la cogió de su camiseta y comenzó a alzarla sin contemplaciones, arañando su piel con las uñas.

—¡Noooo! ¡Bastaaaa! —Anya seguía intentando defenderse.

Aquel hombre la tenía totalmente bloqueada, sujetando sus dos piernas con las suyas y sus dos brazos por encima de su cabeza.

—¡Buscan los micros! —Le informó rápido Mike, el cual se llevó otro puñetazo y al momento escupió sangre.

Aquello, por poco que fuese, la tranquilizó. ¿No iban a violarla? Giró su cabeza hacia él, dejando que el árabe la examinara, apretando sus labios cuando subió del todo su camiseta y encontró el micrófono junto a su pecho.

No lo miró. Lo único que hizo fue mantener la mirada fija en Mike, el cual también la observaba con gesto abatido. Tenía el hombro ensangrentado, allá donde la bala lo había perforado, haciendo que toda su camisa por el lado izquierdo se tiñese de un color rojo picota. Su pómulo derecho, donde había recibido los dos puñetazos comenzaba a inflarse y tenía el labio partido.

Gimió cuando el árabe le arrancó el micrófono de su pecho y lo arrojó al suelo. Otro de los hombres hizo un gesto a un tercero, el cual se arrodilló frente a Mike e hizo saltar los botones de la camisa al abrísela.

El hombre pareció enfadarse más aún cuando descubrió que también llevaba un micrófono y, tras arrancárselo del pecho, golpeó su estómago haciendo que Mike se echase hacia delante con un gemido.

—¡Noooooo! —gritó Anya consternada, mientras aquel hombre seguía inspeccionando su cuerpo.

La cogió por el cuello, le extrajo el auricular de su oreja y se lo mostró al resto. No pasaron más de un par de segundos antes de que otro de los hombres repitiese la acción con Mike, que quedó también despojado de su auricular.

Cuando finalmente el hombre se levantó de encima de ella, la cogió del brazo, la levantó y la arrojó contra la pared, al lado de Mike.

Ella se agachó a su lado asustada y se abrazó a él. Lo único que pudo hacer Mike fue colocar un brazo encima de sus hombros y apretarla contra él.

—Tranquila —Le susurró—. No pueden matarnos. Nos necesitan vivos.

No le dejaron continuar. Uno de los árabes comenzó a gritar en dirección a Mike.

Supuso que estaban haciéndole preguntas sobre qué hacían allí, quién los enviaba... pero Mike no dijo nada al respecto. Ella prefirió cerrar los ojos y apoyar su rostro contra el hombro sano de él. Quizá, si apretaba mucho los ojos y lo deseaba con todas sus fuerzas, despertaría de aquella pesadilla.

No pudo permitirse más que unos segundos en aquella posición. Uno de los hombres la cogió del cabello ante el grito de disconformidad de Mike y la apoyó contra la pared.

Anya gimió. Se quedó muy quieta mientras uno de los hombres extraía el móvil y les tomaba una fotografía. Luego se distanció, como si fuese a llamar por teléfono y los otros comenzaron a examinar la habitación.

—¿Qué pasa? —gimió ella.

Él negó con la cabeza para que se mantuviese callada y centró su atención en el árabe que se había alejado hacia el pasillo con el teléfono en el oído. No acabó de entender bien lo que decía, pues los otros no paraban de hablar y se le cruzaban las conversaciones, pero pudo escuchar con claridad: "*Sí, ahora los llevamos*"

Mike se giró hacia ella, la cual lo observaba con infinito terror en sus ojos vidriosos.

—Haz todo lo que te pidan —susurró antes de que uno de los árabes lo levantase sin ningún tipo de contemplación y colocase una americana sobre el hombro de Mike, ocultando la zona manchada de sangre.

Ella gimió cuando también la pusieron en pie. Uno de los hombres comenzó a hablar hacia ella, gritando.

—No, no entiendo nada... —gimió realmente asustada.

—No habla tu idioma —pronunció Mike en árabe, atrayendo la mirada de los hombres.

El árabe sonrió hacia Mike y luego se giró hacia Anya, a la que sujetaba del brazo, tornando su rostro en una mueca siniestra.

—Tú, zorra americana —pronunció en un inglés muy marcado por el acento árabe—. Mi jefe está deseando verte.

—¿Qué? —gimió ella.

Sin más, comenzaron a empujarlos fuera de la habitación y los

condujeron hacia las escaleras de emergencias.



Se mantuvo totalmente callada mientras el todoterreno los conducía por las calles de Baréin. No dijo nada, se limitó a observar a Mike al borde del llanto. Sabía lo que iba a ocurrir. Los matarían. Primero los interrogarían y harían todo lo que quisiesen con ellos y, finalmente, cuando hubiesen obtenido la información que necesitaban acabarían con sus vidas.

Notó cómo la mano de Mike se desplazaba sobre la suya intentando calmarla. A medida que pasaban los minutos, la mejilla de él se iba inflamando más. No comprendía cómo podía permanecer callado sin quejarse tras haber recibido un disparo y varios puñetazos en su rostro.

Cuando el vehículo se detuvo comprendió finalmente dónde se encontraban. No había sido consciente de adónde se dirigían hasta que la habían sacado de malos modos del todoterreno y había caído sobre el asfalto abrasador.

Lo primero que observó fue las barcas flotando sobre el mar. El puerto de Manama. Lo reconoció al momento, y una ligera esperanza se apoderó de ella cuando recordó que a través de los pinganillos había escuchado que el equipo seguía a Tansel hacia el puerto.

Miró de un lado a otro, nerviosa, consciente de que quizá los estuviesen observando y aún hubiese una mínima esperanza de salvación, cuando comenzaron a arrastrarla por el muelle hacia uno de los yates que había amarrado al final.

Mike caminaba justo detrás de ella, sujeto por los brazos de dos de aquellos hombres. Anya no opuso resistencia, tal y como le había dicho Mike. Hacerlo solo empeoraría las cosas.

Los subieron al yate y los hicieron sentarse bajo un pequeño toldo. Cuando Mike cayó al lado de ella, Anya se arrimó a él sujetándose a su brazo

y miró de nuevo hacia el puerto, buscando alguna pista que delatase la posición de sus compañeros. Ni siquiera sabía si estaban allí. Las comunicaciones se habían interrumpido desde que les habían quitado los auriculares y los micros, pero sabía que harían todo lo que estuviese en sus manos con tal de sacarlos con vida de allí. Liam iría en su búsqueda, no dudaba de ello.

El pequeño yate zarpó del muelle y comenzó a adentrarse en las aguas del golfo, cogiendo cada vez más velocidad. Conforme se iban alejando más sus esperanzas disminuían. Quizá hubiesen tenido escapatoria en tierra, pero en mar un rescate era mucho más difícil.

Suspiró y se apoyó sobre el hombro de Mike, el cual la recibió apoyando su rostro en su frente. Estuvo tentada de preguntarle si le dolía, pero uno de los hombres se situó frente a ellos con uno de los rifles en su mano.

¿Quizá iban a acabar con sus vidas y los arrojarían en medio del Golfo Pérsico? Se estremeció ante tal idea y se acercó más a Mike, el cual la rodeó con un brazo, como si así pudiese protegerla de alguna forma.

Se mantuvo callada, con los ojos cerrados, sin querer mirar al frente para no ver aquel rifle amenazador apuntándolos, hasta que varios minutos después percibieron que la velocidad del yate disminuía.

El corazón de Anya se disparó al notar que iban frenando. Poco después vio aparecer un enorme y lujoso yate ante ellos. ¿Qué era todo aquello?

La mirada interrogante de ella se encontró con la de Mike, el cual parecía comprender todo lo que ocurría y mostraba una mirada dura hacia todos aquellos hombres. Por el contrario, ella parecía que iba a desmoronarse en cualquier momento.

Los levantaron y con unos cuantos empujones los hicieron cruzar al otro yate, donde varios hombres armados esperaban. Ella volvió a gritar, pero recibió un golpe en su mejilla que le hizo ser consciente de que lo mejor era quedarse callada y pasar lo más desapercibida posible.

Giró su cabeza hacia atrás, mientras la arrastraban hacia el interior del lujoso yate, comprobando que Mike caminaba tras ella, con la mirada fija en sus ojos.

El ambiente en el interior era fresco. Lo primero que le llamó la atención fue lo lujoso que era. Tenía el suelo de parquet, sofás de cuero a ambos lados de aquel enorme salón totalmente blanco, una mesa de cristal entre los dos enormes sofás, de donde venía un agradable olor a té de menta y, al fondo, una mesa de madera donde había todo tipo de manjares.

No tuvo tiempo de ver más, los arrojaron a los dos al suelo, arrodillándolos. Al momento dos piernas se situaron frente a ellos. No se atrevió a levantar la mirada, aunque Mike sí lo hizo, totalmente firme.

—Vaya, vaya... —dijo una voz masculina. Anya notó que ponían una mano en su barbilla y se la elevaban. Finalmente abrió los ojos. Lo reconoció al momento. Tansel. Tansel Wood, el hombre al que habían estado siguiendo durante los últimos días, se encontraba delante de ella con una extraña sonrisa de satisfacción—. Anya Petrova.

Ella apartó la barbilla de su mano e intentó retroceder, pero notó en su espalda el cañón de un fusil, quedándose totalmente inmóvil.

—No te esperábamos aquí —pronunció con una sonrisa lacónica.

Ella lo miró sin comprender y observó de reojo a Mike, el cual seguía firme.

—Y Mike Hudson. —Señaló hacia él, luego miró hacia atrás y Anya se dio cuenta de que no estaba solo. Un jeque corpulento observaba desde atrás. Tansel se giró hacia atrás para explicarle—. Pertenece a la CIA.

—A la CIA —repitió el jeque de no muy buen agrado.

Tansel se giró hacia ellos, encontrándose con la mirada asustada de Anya. Se arrodilló delante de ella y apartó con delicadeza un mechón de su cabello que había caído sobre sus ojos.

—No la toques, sucio bastardo —rugió Mike hacia él.

Tansel solo tuvo que coincidir la mirada con el hombre que tenía Mike a su espalda para que este le propiciase un fuerte golpe por detrás, arrojándolo hacia delante.

Anya gritó, pero Tansel cogió su mejilla con su mano, apretándola, y le hizo mirarle fijamente.

—Te han estado buscando por todo Washington —Le explicó—. Es una sorpresa encontrarte aquí. Mi jefe se ha sorprendido bastante cuando le he enviado la fotografía que os han hecho en el hotel.

Ella volvió a apartar su mejilla de malos modos y estuvo a punto de escupirle en la cara.

—¿Por tu jefe te refieres a Heimdall? —pronunció con ira.

Tansel puso su espalda recta al escuchar aquello y la miró fijamente.

—Tenía razón cuando me dijo que teníamos que eliminarte. Sabes demasiado, niñata.

Ella se puso recta mientras observaba cómo Mike volvía a incorporarse. Tansel le aguantó la mirada hasta que dio un paso al lado colocándose

frente a Mike. Se arrodilló y observó durante unos segundos su rostro inflamado, su labio ensangrentado y el disparo de bala que tenía en el hombro.

—Dime Mike, ¿cuántos hombres sois? —Mike apretó los labios, sin apartar la mirada de él—. ¿No vas a hablar? —ironizó con una sonrisa. Luego se encogió de hombros—. Bien. —automáticamente extrajo una pistola y la apuntó hacia su cabeza, colocándola en su frente. Mike cerró los ojos y suspiró, como si se preparase para lo peor. Aquel gesto no gustó nada a Tansel que llevó su mirada hacia Anya, la cual lo observaba asustada, gimiendo, y sonrió hacia ella—. Bien, Anya, ¿cuántos hombres?

Mike giró su cabeza levemente hacia ella y negó, rogándole con la mirada que no le diese aquella información, pero Tansel detectó aquel movimiento y arremetió con la culata de la pistola en la frente de Mike, que cayó al suelo de nuevo.

—¡No! —gritó ella—. ¡Basta!

Tansel se colocó frente a Mike, el cual quedó tumbado en el suelo, y colocó su arma en su sien.

—¿Cuántos hombres de la CIA hay en Baréin, Mike?

Ella titubeó mientras intentaba controlar su respiración, haciendo que su pecho subiese y bajase a gran velocidad.

Tansel se quedó unos segundos esperando que ella hablase, con la mirada clavada en los ojos azules de Anya.

—¿No vas a decir nada? —Le retó—. Está bien —pronunció haciendo más presión en la sien de Mike y comenzando a apretar el gatillo. Observó cómo Mike apretaba su mandíbula por la tensión, pero igualmente no dijo nada.

—De acuerdo —gritó ella deteniéndolo con una mano—. Te lo diré. Te diré todo lo que quieras saber, pero no le hagas daño —gimió.

Tansel aceptó y apartó el arma de la sien de Mike, que al momento fue levantado entre dos hombres y puesto de rodillas.

Tansel se colocó frente a ella y la observó con una sonrisa maliciosa.

—¿Cuántos hombres sois, Anya?

Ella gimió de nuevo y miró a Mike otra vez antes de volver su mirada hacia Tansel.

—No sé el número exacto de hombres de la CIA que hay en Baréin —susurró. En ese momento notó la mirada fija de Mike sobre ella—, pero viajé aquí junto a tres hombres más. —Mike resopló, como si no estuviese de acuerdo con que ella confesase. ¿Pero qué quería? ¿Que le cosieran a balazos?

De aquella forma al menos conseguían algo de tiempo—. Sé que se han visto con más hombres, pero el número exacto lo desconozco.

—Ya veo —dijo Tansel con una sonrisa, paseando su arma de una mano a otra—. ¿Quién autorizó esta misión?

Ella se removió inquieta y miró de reojo a Mike. En ese momento lo comprendió, si decía que no estaban autorizados, que dicha misión no existía, Tansel sabría que nadie estaba al corriente de que ellos estuviesen allí. Solo tendrían que eliminarlos y todo caería en el olvido. Nadie les echaría de menos.

Ella tragó saliva y se removió incómoda.

—Como sabrá eso es secreto, ni los mismos miembros del Departamento de Seguridad Nacional sabemos muchas veces quiénes solicitan la misión... — Tansel comenzó a elevar su arma de nuevo hacia la sien de Mike—. Peter — dijo ella—. Sé que el expediente estaba firmado por un tal Peter y que estaba autorizado.

—Peter —rio él, luego se puso en pie y negó con la cabeza, como si no diese crédito—. Ya, ¿Peter? ¿Del Departamento de Seguridad Nacional? ¿Peter Bailey? —pronunció riendo—. ¡Mientes! —dijo con tono siniestro.

—¡No! —gritó intentando parecer convincente—. ¿Por qué iba a mentirte? El expediente estaba firmado por Peter Bailey y aceptado por Pierce Simmons.

Mike miró fijamente a Tansel, comprendiendo que Anya lo único que quería hacer era descolocararlo y ganar tiempo. Aquello cogió desprevenido a Tansel, el cual se giró un segundo hacia Abdel Azim, que permanecía observando la escena en el más absoluto silencio.

—Permíteme que lo dude —pronunció ladeando su cabeza hacia ella.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo te crees que hemos obtenido toda la información para llegar hasta aquí? ¿Cómo sabíamos en qué habitación del hotel te alojabas? —preguntó ella—. ¿De verdad crees que Pierce iba a ser tan estúpido como para no cubrirse las espaldas? —Se aventuró a preguntar.

Tansel dio un paso atrás, estudiando el rostro convencido de Anya. La chica había logrado sembrar la duda, que ya era mucho dada la delicada situación.

—Sé que Pierce trabaja para Heimdall —prosiguió ella—. ¿Qué ocurrirá si os descubren? ¿Crees que él permitiría que este escándalo le salpique? ¿Al responsable del Departamento de Seguridad Nacional? No. Él quiere salvar su reputación, así que es muy fácil para él autorizar una misión y,

si en algún momento todo esto sale a luz, aunque intentasen incriminarlo, él podría presentar unos documentos conforme autorizó una investigación sobre este tema. —Lo miró fijamente—. ¿Una persona que trafica con armas autorizaría una investigación si estuviese involucrada? Desde luego todo el mundo creería su testimonio cuando presentase los detalles de la investigación, cuando revelase los gastos que ha generado el hecho de tener que dar luz verde al envío de más efectivos de la CIA a Baréin para investigar lo que os traéis entre manos.

Tansel se pasó la mano por la frente, como si aquel escenario le incomodase. Iba a volver a preguntarle cuando Abdel Azim dio unos pasos hacia ellos, mirando a los hombres que permanecían a la espalda de ellos.

—¿Os ha seguido alguien? —preguntó el jeque hacia los hombres. La respuesta tuvo que ser negativa porque Abdel Azim asintió y se giró hacia Tansel—. No me importa qué problemas puedas tener, pero he invertido un dinero y un tiempo en esto...

—Te aseguro que es solo un contratiempo —afirmó Tansel, intentando calmar a su comprador—. Tendrá las armas tal y como se acordó. Esto no cambia nada.

Abdel asintió una segunda vez y luego contempló a Mike y a Anya, arrodillados frente a ellos.

—De todas formas —prosiguió el jeque—. No creo que haya inconveniente en matarlos. Los hombres de la CIA mueren en misiones y, si por lo que he entendido, el jefe del Departamento de Seguridad Nacional quiere cubrirse las espaldas, también lo hará si dos de sus trabajadores mueren, ¿no? Dudo que quiera que se sepa que fue él quien autorizó la misión.

Anya miró de reojo a Mike, el cual observaba fijamente al jeque.

—Te equivocas —comentó Mike—. Como ella ha dicho, tenemos más compañeros aquí. Ellos darán la voz de alarma si nos ocurre algo.

Abdel sonrió con ironía y se encogió de hombros.

—Eso si encuentran vuestros cuerpos. Sin cuerpo, no hay delito. ¿Se dice así? —preguntó a Tansel con ironía.

Automáticamente, Tansel asintió y elevó la mirada hacia los dos hombres situados tras Mike y Anya, una mirada que lo decía todo, que daba una orden bien clara.

Anya notó cómo colocaban el cañón de un rifle en su nuca. El frío acero apuntando justo por debajo de su cuello. No pudo evitar echar una última mirada a Mike, el cual la miraba con cierta melancolía en sus ojos.

Cerró los ojos con un único pensamiento en su mente. Liam. Aunque fuese a morir, había merecido la pena todo aquello: conocerlo, saborear sus labios, pasar su mano sobre aquella mejilla donde asomaba una barba de dos días, dormir notando el calor de su cuerpo...

Inspiró con fuerza, consciente de que sería la última vez que sus pulmones tomarían oxígeno, y cerró los ojos con fuerza. Aunque no podía verlo, puesto que estaba a su espalda, fue consciente de cómo aquel hombre ejercía presión sobre el gatillo. Estuvo a punto de escuchar el clic que precedía la entrada de la bala en el cañon cuando los gritos se sucedieron en cubierta.

Liam se ató con fuerza el turbante sobre su cabeza, tapando su rostro y colocándose la tela blanca encima de su pecho. El viento salado azotó sus ropajes mientras sorteaban las olas del mar.

Habían conseguido dos barcas pesqueras. No eran las más rápidas que conocían, pero sí con las que pasarían más desapercibidos y las que habían sido más fáciles de obtener.

Se habían puesto sus uniformes con el chaleco antibalas sobre ellos y se habían tapado con unas sábanas blancas. Con su propia ropa se habían hecho un turbante sobre su rostro, evitando así ser descubiertos con facilidad.

Se dividieron en dos barcas, cargadas de redes pesqueras y boyas. En la primera iban Kevin, Jim y Joseph, que se acercarían por el lado izquierdo del yate. En la segunda iban Roy, Malcolm y él, y se acercarían por el lado derecho.

El plan era que la primera embarcación iniciase una ráfaga de disparos hacia el yate, llamando la atención de todos, y que ello permitiese a los de la segunda embarcación subir a cubierta por el otro lado, aprovechando el momento de confusión generado.

Apretó con fuerza el fusi entre sus manos y miró hacia Roy con convencimiento. Sabía que lo que iban a hacer era arriesgado, pero realmente era lo único que podían intentar si querían sacar a Mike y a Anya con vida de aquel yate, si querían tener la más mínima esperanza de salir victoriosos.

Mientras se acercaban al yate se permitió unos segundos de paz, donde imaginó que Anya estaba entre sus brazos, notando su calor, su cuerpo delicado rozando su piel. A la vez, experimentó también el miedo más atroz que hubiese sentido nunca. Si aquello no salía tal y como lo habían planeado

la perdería para siempre.

Se giró para observar el rostro serio de Roy.

—Todo saldrá bien. Te lo prometo —pronunció su cuñado.

Liam aceptó y volvió la mirada al frente, concentrándose en llevar a cabo su misión lo más rápido posible.

Observó cómo la primera barca comenzaba a acercarse con cierto disimulo al yate.

—Estamos preparados —Escuchó la voz de Kevin en su cabeza.

—Unos segundos —pronunció Roy llevando la mano a su pecho—. Necesito acercarme unos metros más al yate.

En ese momento se dio cuenta de que los hombres que había sobre la cubierta del yate los estaban observando.

—Nos van a descubrir —susurró Liam aganchando su rostro. Apretó su pecho y respiró con fuerza, consciente de que cuando diese la orden de atacar deberían moverse con rapidez. Cerró los ojos unos segundos y cuando los abrió la determinación se había apoderado de su rostro—. Disparad —pronunció con voz grave apretando su pecho.

No pasaron más de dos segundos antes de que Kevin y su equipo echasen la sábana a un lado y apuntasen hacia el yate. Habían conseguido la proximidad suficiente para que, mediante los fusiles, pudiesen dar en el blanco.

Cuando escucharon los primeros disparos desconcertando a toda la tripulación del lujoso barco, Roy aceleró la embarcación hasta quedar al lado del enorme yate.

Liam no perdió un segundo y saltó para cogerse a la baranda del yate y subir por ella, mientras Roy y Malcolm apuntaban hacia cubierta. Sabían que los disparos efectuados desde el otro lado del yate les darían los segundos que precisaban para poder subir a cubierta.

Hizo fuerza con sus brazos y se arrodilló en cubierta mientras, con una mano, se quitaba el turbante del cabello para obtener un mayor ángulo de visión y elevar sus brazos con el rifle hacia los tres hombres que tenía de espaldas a él.

Apretó el gatillo hacia el primero de ellos, cuando otro ya caía por la borda por uno de los disparos efectuados desde la barca de Kevin. A su vez, otro de los hombres era rematado por Roy, el cual acababa de situarse a su lado.

Iba a girarse en dirección al interior del yate cuando le llegó una ráfaga

de disparos desde allí. Rodaron sobre cubierta, poniéndose fuera de peligro y se apoyó contra una de las paredes de fibra de vidrio.

Coincidió la mirada un segundo con Malcolm, el cual permanecía aún en la barca, y afirmó mientras cubría su zona, dándole vía libre para subir. Por el otro lado observó cómo Roy hacía lo mismo con los compañeros de la embarcación de Kevin, los cuales subieron al yate en cuanto tuvieron la mínima ocasión.

De nuevo una ráfaga de disparos le hizo agacharse.

Mike no había dudado un segundo en arrojararse sobre Anya para protegerla de los disparos, mientras le había parecido observar cómo sus compañeros subían al yate. Miró hacia arriba y observó disparar sin compasión hacia el exterior del barco a los dos hombres que habían estado a punto de dispararles en la nuca.

Tanto Abdel Azim como uno de sus sirvientes que permanecía tras la mesa donde había una gran cantidad de manjares salieron corriendo en dirección a uno de los pasillos que conducía a las numerosas y lujosas habitaciones del ostentoso yate.

Mike observó cómo Tansel parecía olvidarlos y elevaba su brazo, apuntando su arma hacia el exterior del yate.

Liam miró a Roy mientras los disparos no dejaban de sucederse y le indicó con un movimiento de mano que iba a desplazarse por la parte de arriba del yate.

Roy afirmó, tomó aliento y se giró para contrarrestar los disparos que provenían del interior, ayudado ya por todos sus compañeros.

Liam aprovechó aquel momento para desplazarse todo lo rápido que podía por la cubierta del barco, rodeándolo. Se fijó en los cristales ahumados que rodeaban todo el yate, sin encontrar ninguna ventana abierta en aquella planta.

Elevó su mirada y vio que en la segunda planta había una puerta. No lo dudó. Se echó el rifle a la espalda sujetándolo por un pequeño cinturón y saltó cogiéndose a la barandilla. Se aupó, y justo iba a caer en la segunda planta cuando uno de los hombres que formaban parte de la tripulación del yate salió en su búsqueda.

Echó mano a su rifle cogiéndolo del cinturón y golpeó la culata de este contra el rostro del hombre, que cayó al suelo sin sentido.

Se arrodillo sobre cubierta, cogiendo con fuerza el rifle con sus manos, subiéndolo a la altura de su hombro y se dirigió a la puerta que en ese

momento se encontraba abierta. Suponía que debía ser por donde acababa de salir aquel hombre.

El sonido de las balas no cesaba en la primera planta, pero aquello no lo desconcentró. Estaba acostumbrado a moverse en ese tipo de situaciones.

Entró por la puerta apuntando todo a su paso. Se encontraba en la sala de control, desde donde conducían el barco. Apuntó de un lado a otro y continuó por uno de los pasillos. Aquel era el yate más lujoso que había visto nunca. Las paredes estaban forradas en madera tallada. El suelo, de parqué, estaba enmoquetado en algunas zonas.

Inició su marcha apresurada por aquel estrecho pasillo, con diversas puertas a cada lado, hasta que encontró una escalera a mano derecha.

No lo dudó un segundo y comenzó a bajar por ella. No había llegado al final cuando ante él pasaron Abdel Azim y su sirviente corriendo despavoridos. Acabó de bajar las escaleras y sin pestañear disparó a la espalda del jeque, que cayó directamente al suelo.

El sirviente se giró un segundo, horrorizado, antes de entrar por una de las puertas que había al final de aquel enorme pasillo.

Liam se arrodilló a su lado. Su túnica blanca se manchó de rojo. Puso la mano en su cuello, buscando pulso sin éxito. No sintió remordimiento alguno. Se levantó y corrió por el pasillo en dirección a donde provenían los disparos.

Nada más llegar a la puerta de aquel lujoso comedor se escondió. Se fijó en que Mike se encontraba situado sobre Anya, protegiéndola con su cuerpo. Por otro lado, varios hombres más se habían replegado en aquel comedor, concretamente seis, todos ellos armados a conciencia.

Enseguida reconoció a Tansel. Aunque no podía ver su rostro, el hecho de vestir con pantalones (a diferencia del resto que vestían con túnicas) lo delataba.

Liam dio un paso hacia delante elevando su rifle hacia la espalda de Tansel. Desvió un poco su rifle a la izquierda y disparó. No lo quería muerto, lo necesitaba vivo, de momento.

Tansel salió despedido hacia delante mientras una bala atravesaba su hombro, salpicando de sangre el parqué pulido. Cayó dando un grito y soltó su arma, que salió despedida un metro por delante de él.

Aquel disparo llamó la atención del resto de hombres que se giraron para contrarestar el ataque, haciendo que Liam tuviese que retroceder rápido y volver al pasillo.

Mike elevó la mirada hacia Tansel, el cual permanecía tumbado sobre el

parqué, retorciéndose de dolor, pero en un determinado momento rugió y comenzó a reptar hacia el arma.

Mike se levantó, gateó hacia Tansel, lo agarró por la espalda, lo giró y luego le golpeó con todas las fuerzas que pudo en el hombro herido, haciendo que Tansel emitiese un grito ensordecedor.

—Maldito hijo de puta —gritó Mike mientras golpeaba su rostro.

Se arrastró por el suelo y cogió el arma de Tansel apuntando directamente a uno de los hombres que disparaba hacia la zona de Liam. Cuando este salió despedido hacia atrás otro de los hombres se giró apuntando a Mike, pero Liam lo remató desde debajo del marco de la puerta, haciendo que cayese directamente al suelo.

Corrió hacia Anya, la cual se encontraba tumbada en medio del salón, sin moverse, protegiéndose la cabeza con los brazos, y se colocó sobre ella.

—Anya, Anya... —Le gritó.

Ella apartó las manos de su rostro y abrió sus ojos llenos de lágrimas.

—Liam —susurró.

Automáticamente se incorporó y se abrazó a él sollozando, pero los disparos no cesaban. Aunque la situación parecía estar controlada no podían fiarse.

—¿Estás herida?

Ella negó. La besó en la frente, la cogió de la cintura levantándose con ella y la empujó hacia la puerta del pasillo.

—Aléjate —Le gritó mientras elevaba su arma hacia uno de los hombres que aún seguía disparando hacia fuera. Ella pareció dudar—. Corre, ahora voy —insistió antes de disparar a uno de los hombres.

Liam tuvo que agacharse y colocarse tras el sofá cuando una ráfaga de disparos pasó por su lado. Se giró para ver cómo Anya corría por el pasillo, alejándose de aquel comedor.

Suspiró y, aguantando la respiración, apuntó de nuevo hacia uno de los tres hombres que quedaban en pie. No erró en el disparo. Le atravesó la pierna haciendo que cayese al suelo mientras sus compañeros entraban ya en el salón derribando al resto de hombres.

Miró directamente a Mike, el cual permanecía tumbado en el suelo y corrió hacia él. Mike presionaba con su mano sobre la herida de bala de su hombro, intentando detener la hemorragia.

—Eh, tranquilo —dijo Liam mientras de uno de los bolsillos sacaba una pequeña correa con la que hacerle un torniquete.

Observó cómo el resto de sus compañeros iban desarmando al resto de hombres que permanecían tirados en el suelo, gimiendo.

Roy fue hacia Tansel, mientras lo apuntaba con el arma y se agachó a su lado.

—Roy —Le llamó la atención Liam—. Tansel es mío —dijo con agresividad. Luego señaló al pasillo—. Encárgate de Anya —pronunció.

Roy lo miró fijamente, como si no estuviese de acuerdo, y finalmente fue corriendo hacia el pasillo por donde la había visto alejarse.

Liam controló que todos los hombres se encontraran desarmados. Acabó de apretar el torniquete en el brazo de Mike y lo ayudó a apoyarse contra la pared.

—Kevin, Jim... revisad el barco. Que no haya nadie escondido.

Los dos salieron del salón en busca de supervivientes.

Anya seguía escuchando los disparos. Tenía el corazón desbocado. Era extraño, en el momento en que tuvo la certeza de que iba a morir no sintió miedo, cuando había notado el frío acero en su nuca. Era como si se hubiese mentalizado, como si se hubiese resignado. Pero el miedo se manifestó una vez más cuando escuchó los disparos en cubierta, cuando había renacido la esperanza.

Liam había vuelto a por ellos, sabía que lo haría, solo que no estaba segura de que llegase a tiempo. Al menos seguía viva, y Mike también.

Corrió hacia uno de los pasillos y se detuvo, girándose para observar. Nadie la seguía, sabía que Liam protegería aquella puerta para que nadie corriese tras ella. Allí estaría a salvo hasta que fuesen en su búsqueda.

En ese momento tuvo deseos de llorar, los nervios dieron paso a la desesperación y tuvo que inclinarse para facilitar la entrada de aire en sus pulmones. Todo había acabado. Ya no tendría que vivir con miedo, al menos, no como antes. Sabía que la amenaza de Tansel y aquel jeque sobre el que había saltado hacía unos segundos acabaría y, aunque no pudiesen atrapar a Heimdall, le costaría recuperarse de lo vivido en aquella misión.

Elevó su mirada al frente, ya no se escuchaban disparos. Estuvo a punto de dirigirse hacia el comedor cuando escuchó aquel clic tan característico a su espalda. Elevó las manos lentamente y se giró.

Un muchacho joven, de facciones árabes, la apuntaba con un arma. Lo reconoció al momento: era el joven que había estado junto al jeque, su

sirviente.

El muchacho tenía su brazo tirado hacia delante, sujetando el arma con mano temblorosa.

Ella dio un paso atrás.

—Tranquilo, no te ocurrirá nada —gimió intentando calmar al muchacho.

Pero este, lejos de calmarse, dio unos pasos hacia ella y la cogió del brazo, empujándola hacia la habitación de donde había salido.

—Maldita zorra americana —gritó colocando su arma en su cabeza.

—No, no, escucha —gimió Anya—. Déjame que hable con ellos, no te pasará nada. Te prometo que todo...

El muchacho alzó su mano y golpeó con la culata la frente de ella, arrojándola al suelo.

—Los americanos siempre os metéis en todo —gritó empuñando el arma con las dos manos—. Os creéis los salvadores del mundo.

Anya notó un ligero mareo por el golpe, pero se incorporó arrodillándose ante él.

—Te aseguro que no harán nada contra ti, que en ningún momento te tocarán si dejas que...

—¡Cállate! —gritó escupiendo—. Tú —susurró—. Tú debes morir.

Ella gimió.

—Por favor. Yo no he...

En ese momento Roy apareció detrás del muchacho, tapó su boca y colocó su arma en su espalda disparando.

La sangre salpicó parte del rostro de Anya que se encontraba frente al muchacho. Roy aún sujetaba su cuerpo inerte mientras lo arrastraba al final de aquella habitación.

Anya se quedó en shock, de rodillas. Se llevó la mano a la frente y se enjugó unas pequeñas gotitas de sangre. Notaba cómo todo el cuerpo temblaba, era como si todo aquello lo viese desde fuera, como si ella no fuese la que se encontraba allí arrodillada, en aquella habitación del lujoso yate.

Gimió intentando controlar la respiración, quitarse de su mente la grotesca imagen que acababa de presenciar.

Se giró y observó cómo Roy depositaba al muchacho en el suelo, dejándolo caer. Al momento la sangre que vertía aquel cuerpo comenzó a crear un fino río sobre el parqué. Roy cogió el arma de aquel joven y la observó unos segundos, luego su mirada voló hacia Anya, la cual se levantaba

despacio, sin apartar la mirada de aquel cuerpo inerte.

Anya lloró y se lanzó a los brazos de Roy, que se dejó abrazar comprendiendo los nervios de ella. No la rodeó con los brazos, permaneció estático mientras ella lo abrazaba y le expresaba su gratitud una y otra vez. Roy observó la pistola que tenía en su mano, la que acababa de quitar a aquel joven muchacho, y suspiró. Se armó de todo el valor que pudo y tomó una determinación. Aquella era la única forma que tenía de proteger a su familia, y por mucho que le doliese tener que hacerlo debía pensar en su mujer y su hija.

Se distanció de ella y cerró levemente la puerta, gesto que llamó la atención de Anya, sobre todo cuando se giró hacia ella y la miró fijamente.

—Roy —susurró ella—. ¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

Roy apretó los labios mientras la miraba fijamente.

—¿Qué pasa? —inició cada vez más preocupada—. ¿Liam está bien?

Roy se movió hacia ella, la cogió del brazo y la colocó contra la pared ante la asombrada mirada de ella.

—¿Pero qué...? —preguntó asustada, aunque su respiración se encontrecortó cuando Roy colocó su arma en su costado—. Roy... ¿Qué estás haciendo? —gimió llorando impotente.

—Lo siento, Anya —dijo con los ojos vidriosos, como si le costase horrores hacer lo que estaba haciendo—. Pero tienen a mi familia. ¿Lo entiendes? —preguntó nervioso—. Si no lo hago, ellos acabaran con mi mujer y mi hija —dijo mientras una lágrima comenzaba a resbalar por su mejilla—. ¿Lo entiendes, Anya? Para que ellos vivan, tú... debes morir.

—Roy... —suplicó ella, consciente de lo que iba a ocurrir—. Por favor... seguro que hay otra forma.

—No la hay —dijo esta vez más convencido—. Ellos no dejarán de buscarte hasta que estés muerta. ¿Lo entiendes? Si no lo hago yo otro lo hará —dijo apretando más su arma contra el costado de ella.

—Roy, por favor... —gritó ella, aunque al momento él tapó su boca para evitar que siguiese gritando.

—Lo siento, pero es la única manera, Anya.

Dicho esto, y sin pensarlo más, apretó el gatillo. Anya se contorsionó por el dolor mientras Roy la mantenía firme contra la pared, soportando su peso.

Mantuvo su mano sobre su boca, evitando que los gritos alertasen al resto de sus compañeros, hasta que vio cómo ella perdía el conocimiento, momento en que la dejó caer sobre el suelo.

—Lo siento, pero no tenía otra opción —gimió colocando una mano en el pecho de ella, intentando reconfortarla en aquellos últimos segundos.



Roy caminó por el pasillo con los brazos caídos, con su arma en la mano, aún en shock por lo que acababa de hacer. Era como si aquel pasillo fuese encogiéndose a medida que avanzaba hacia el salón. Sentía claustrofobia. Sabía lo que debía hacer para proteger a su familia, no era la primera vez que mataba o disparaba a una persona, pero aquella vez le había sido mucho más difícil, casi imposible.

Se detuvo en la puerta del salón, donde la mayor parte de sus compañeros vigilaban a aquellos hombres. Liam permanecía de espaldas a él, cacheando a Tansel, el cual no dejaba de quejarse de dolor.

En un determinado momento las miradas volaron hacia Roy, el cual tenía el uniforme manchado de sangre y esperaba en shock en la puerta, sin moverse.

Liam se giró hacia él y lo miró sorprendido, observó de un lado a otro y enarcó una ceja hacia él.

—¿Y Anya?

Roy tragó saliva y dio un paso hacia atrás, aún conmocionado.

Liam se puso en pie.

—¿Dónde está Anya? —gritó angustiado.

—Yo... —balbuceó Roy—. No he podido evitarlo. Había un muchacho escondido en una de las habitaciones, tenía a Anya y no he podido evitar que...

Liam salió corriendo en dirección al pasillo, igual que parte del resto de sus compañeros.

—¡Anya! —gritó mientras corría por el pasillo, sin saber hacia dónde dirigirse—. ¡Anya!

Frente a él aparecieron dos de sus compañeros, Jim y Kevin, los dos miembros que habían revisado el yate en busca de supervivientes u hombres escondidos. Salían de una de las habitaciones con el rostro pálido,

conmocionados.

Sus miradas apenas volaron directamente hacia Liam, el cual los observaba totalmente en tensión.

—Liam... —comenzó a decir Kevin.

—No, no, no... —gimió Liam mientras los apartaba de un empujón.

Se colocó ante la puerta y observó la enorme habitación. Notó cómo el corazón se le rompía en mil pedazos y durante unos segundos estuvo a punto de caer, pues las piernas no le aguantaban su peso.

Frente a él había dos cuerpos. El más alejado era el de un joven árabe, al que reconoció al momento: el muchacho que había huído en compañía del jeque. Y frente a él, Anya.

Yacía tumbada en el suelo, sobre un pequeño charco de sangre.

Se arrodilló a su lado observando su rostro blanquecino, sus ojos cerrados.

—No —gimió. Llevó sus manos hacia sus hombros y la balanceó levemente—. Anya. ¡No! —gritó mientras llevaba su mano hacia el cuello de ella, buscando su pulso. Estuvo así unos segundos hasta que rompió a llorar por la impotencia. —No, no, no... Anya —gritó mientras la acogía entre sus brazos.

—Liam... —pronunció Kevin, sin saber qué decir ante aquella escena.

Roy apareció tras Kevin y Jim, con los ojos llorosos.

—Lo siento, no he podido hacer nada... —gimió señalando hacia el joven árabe que yacía muerto a pocos metros de él.

Liam gimió mientras acunaba a Anya entre sus brazos, mientras los llantos de dolor y de impotencia inundaban todo el yate.

Kevin entró un poco más en la estancia, intentando calmar a su compañero, el cual estaba al borde de un ataque de nervios, pero Liam lo observó enfurecido y descargó toda su rabia contra ellos.

—¡Largo! ¡Salid de aquí! —Les espetó—. ¡Largo!

Roy colocó una mano en el hombro de Kevin, con la mirada fija en Liam, y le empujó levemente hacia la puerta.

—No he podido protegerte —Le escuchó gemir mientras la abrazaba—. Lo siento, lo siento...

—Dejémoslo solo unos minutos —pronunció Roy.

Mientras cerraba la puerta observó cómo su cuñado se tendía sobre el cuerpo inerte de Anya, totalmente destrozado. Tuvo deseos de gritar por lo que acababa de ocurrir, pero sabía que era la única forma.

Cerró la puerta y se apoyó contra la pared observando cómo sus compañeros se alejaban hacia el salón. Controló el grito de dolor y se obligó a calmarse.

Roy había vuelto al salón con sus compañeros, los cuales eran ya conocedores de la noticia. Mike se encontraba apoyado contra la pared, totalmente en silencio, con los ojos cerrados.

Sabía que Liam necesitaba aquellos minutos de calma, y él iba a procurárselos. Era lo único que podía hacer, pero se sorprendió cuando lo vio aparecer en el salón, con el rostro desencajado y el uniforme manchado de sangre.

Liam estaba totalmente en shock.

Roy se acercó a él y colocó una mano en su hombro, llamando su atención.

—Liam... —susurró Roy haciendo que él volviese su rostro hacia su cuñado.

Jamás había visto una mirada así en él, era como si la furia y la ira dominase su cuerpo. Roy tragó saliva y apretó los labios.

—Me encargaré de todo —susurró mientras tomaba el pasillo rumbo a la habitación donde se encontraba el cuerpo de Anya.

Todos se quedaron observando a Liam. Se encontraba erguido, con el cuerpo totalmente en tensión. Jamás lo habían visto de aquella manera.

Bajó su mirada hasta Tansel, el cual tenía el rostro ensangrentado por los múltiples puñetazos que había recibido. Pese a todo, Tansel Wood aún estaba inconsciente.

Fue hacia él, arrodillándose, lo cogió del cuello y golpeó su rostro con todas las fuerzas que pudo, haciendo que escupiese más sangre.

—Maldito hijo de puta —gritó hacia él mientras volvía a golpear su rostro.

Sus compañeros se quedaron impasibles ante lo que veían, tampoco iban a hacer nada para evitar aquellos golpes.

Tansel escupió sangre una vez más y observó a Liam con el único ojo que podía abrir.

—Jódete —Le susurró, y luego le dedicó una sonrisa—. Ella está muerta —continuó con alegría. —Es como tenía que ser. Lo que quería mi jefe, que esa puta muriese. Tú... has perdido —Y comenzó a reír.

Liam no lo soportó más y elevó su puño estrellándolo con todas sus fuerzas contra la nariz de Tansel, que salió despedido contra el parqué, golpeándose la cabeza. No contento con eso, Liam le golpeó varias veces más, a pesar de que Tansel había perdido el conocimiento tras el primer impacto contra el suelo.

—Liam... —susurró Mike, con ojos tristes, aún apoyado contra la pared, en una posición que denotaba abatimiento.

Liam elevó la mirada hacia su compañero, el cual negó al ver que planeaba dar otro golpe a Tansel. Finalmente, se mordió el labio e intentó guardarse la rabia para sí mismo.

Tardó unos segundos en recuperar el control, pues todo su cuerpo le pedía que siguiese golpeándolo, pero de nada serviría la pérdida de Anya si no lograban coger al culpable de todo aquello.

Volvió a cachear el cuerpo de Tansel hasta que extrajo su teléfono móvil. Miró la agenda y le sorprendió lo que vio, la última llamada era a Heimdall, así aparecía en la agenda de su móvil.

Notó cómo el corazón se le paralizaba y buscó el número que pertenecía a aquel nombre. Se quedó contemplando la pantalla cuando el número apareció ante él.

Elevó la vista y miró a Mike, el cual se esforzaba para mantenerse sereno. Entendía que debía sentirse culpable por Anya, él había sido la última persona que había estado con ella antes del fatal suceso.

—Mike. La última llamada que recibió Pierce Simmons fue desde un número acabado en cincuenta y dos, ¿verdad?

A Mike le costó reaccionar, pero finalmente asintió.

—Sí, creo que sí.

Liam se puso en pie.

—Te tengo, hijo de puta —susurró mientras daba unos pasos hacia atrás.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kevin desde atrás.

Liam hizo un gesto con la mano para que guardasen silencio mientras seguía manipulando el teléfono, hasta que pulsó la tecla de llamada y se llevó el móvil al oído.

Aguantó la respiración mientras sus compañeros captaban lo que estaba haciendo.

Descolgaron al otro lado de la línea, pero no escuchó nada, era como si el interlocutor esperase a que hablasen primero. Inspiró, consciente de que al otro lado debía estar la persona a la que llevaban años buscando.

—¿Heimdall? —preguntó en un susurro.

—Dime —contestaron con voz queda.

En ese momento un escalofrío atravesó toda su espalda. Aquella voz... La reconoció de inmediato. Había hablado infinidad de veces con él. Aquella voz, tan característica, tan ronca, tan grave... solo podía pertenecer a una persona. Lo tenía. Tenía a Heimdall.

Liam intentó parecer sereno y continuó hablando con su voz en un susurro, pues lo que menos quería era alertarlo.

—Ella está muerta —pronunció.

—Perfecto. Sigue las indicaciones como hasta ahora, hasta que se haga efectiva la entrega. —Dicho esto, colgó.

Liam separó el teléfono de su oído, aún impresionado por lo que acababa de descubrir, sin poder dar crédito. Se quedó totalmente estático hasta que fue consciente de que sus compañeros lo miraban fijamente.

—Liam... ¿Qué...? —preguntó Mike al ver que él corría hacia cubierta.

Liam salió y tuvo que agacharse para recuperar el aliento. Jamás en la vida hubiese imaginado algo así. Durante unos segundos, mientras se recuperaba del impacto que le había causado la llamada, dudó sobre si aquella voz era de veras la que había escuchado, si su mente no le estaría jugando una mala pasada, pero no, no podía engañarse a sí mismo. Lo había escuchado con toda claridad, no había duda. Ahora ya sabía quién era Heimdall.

Cuando se giró se encontró con que Malcolm, Joseph y Kevin estaban esperando una explicación, bastante próximos a él, observándolo fijamente.

Respiró un par de veces más y se puso erguido.

—Tansel había hecho la maleta. Había cogido toda su ropa...

—Y el ordenador —intervino Mike, aún tirado sobre el parqué, sin siquiera poder moverse.

—Encontradlo. La venta se hará efectiva, pero no sé la fecha ni dónde se realizará la entrega. En el ordenador debe ponerlo.

Los tres afirmaron, pero solo Malcolm y Joseph se dirigieron al interior del yate para buscar lo que se les había ordenado. Kevin dio unos pasos hacia él, observando su rostro preocupado.

—¿Estás bien?

Liam se pasó pensativo la mano sobre su cabello corto, rubio, y negó con la cabeza.

—No, no estoy bien —susurró respirando profundamente.

—Liam... —pronunció dando unos pasos hacia delante, intentando

reconfortarlo de alguna forma, pues quedaba claro que la muerte de Anya lo había trastocado. ¿A quién no le afectaría la muerte de un ser querido? —Sé que...

—Kevin —le cortó—. Ahora no.

Kevin aceptó mientras apretaba los labios, comprendiendo que quizá aquel no era el mejor momento para mantener una charla con él.

—De acuerdo.

Lo observó alejarse mientras en el interior Joseph interrogaba a los hombres que habían caído y el resto de sus compañeros comenzaban la búsqueda del ordenador. Tampoco le pasó desapercibida la mirada desgarrada de Mike cuando Roy entró en el comedor con el cuerpo inerte de Anya entre sus brazos.

La había envuelto entre unas sábanas, lo cual era bastante mejor que verla sin vida.

Todos guardaron silencio mientras Roy se dirigía hacia fuera, hacia cubierta.

Roy se quedó obseando a Liam. Liam, destrozado, recorría aquella sábana que cubría el cuerpo de Anya con su mirada, y pudo ver cómo su brazo caía hacia abajo, con la mano ensangrentada. Tuvo que contenerse de echarse a gritar y a llorar como un niño chico, por más que le doliese la pérdida de Anya.

Colocó sus manos en su cintura y miró de reojo a Roy, como si no pudiese aguantar la mirada sobre el cuerpo que Roy acunaba entre sus brazos.

—Sácala de aquí, Roy —gimió sin mirarlo.

Roy aceptó. Sin decir nada más, pasó a una de las pequeñas barcas pesqueras con las que habían llegado hasta allí y colocó el cuerpo de Anya a su lado.

La mirada de Roy y Liam coincidió un segundo. Pudo identificar el dolor de él, la desesperación... sabía que estaba enamorado de ella, era su cuñado, lo conocía demasiado bien... pero aquello fue lo único que pudo hacer para mantener a todos a salvo. Situaciones desesperadas que requirieron medidas desesperadas.

Liam se quedó en el yate mientras sus compañeros hacían la inspección del barco, observando cómo aquella barca pesquera, conducida por Roy, se alejaba cada vez más, sorteando las olas. No se apartó de allí, mientras el ardiente viento echaba sus cortos cabellos hacia atrás, consciente de que Anya Petrova había abandonado su mundo para siempre. Notó cómo el dolor lo

embargaba, como las ganas de gritar clamaban en su interior mientras el yate se mecía sobre las olas.

Permaneció así varios minutos hasta que la voz de Kevin le hizo reaccionar.

—Liam —pronunció con suma delicadeza. Él se giró para observarlo—. Tenemos el ordenador.

Entró en el salón donde Malcolm ya depositaba el ordenador sobre la mesa.

—Dejadme verlo —Mike intentó levantarse sin éxito, así que Jim y Kevin lo ayudaron, sentándole en la silla.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó Liam colocándose a su lado.

—Yo no sé tanto como A... —Al momento se quedó callado y cerró los ojos, como si el dolor le invadiese—. Puedo intentarlo, pero nos iría bien que Roy lo mirase.

—Roy ahora no está —dijo Liam, que necesitaba con urgencia aquellos datos.

Mike encendió el ordenador con la mano temblorosa por el dolor y al momento solicitó una clave.

Liam no se hizo esperar. Cogió el té de menta que había sobre la mesa y lo arrojó sobre el rostro de Tansel, haciendo que despertase al momento. Supuso que debían escocerle bastante las heridas porque comenzó a gritar como un loco.

Liam se arrodilló a su lado cogiéndolo por los hombros, obligándolo a mirarle. Lo agarró del cuello de la camisa y lo medio elevó hacia él, en actitud intimidante.

—La clave del ordenador. Ahora —gritó.

A Tansel le costó reaccionar, como si no se ubicase, pero luego comenzó a reír al recordar la situación.

—Ya te lo he dicho —dijo con una sonrisa maliciosa—. Que te jodan.

Liam lo soltó haciendo que su cuerpo cayese a plomo sobre el parqué, casi como si fuese un muñeco de trapo.

—Está bien, creo que sería mucho más fácil si nos dejásemos de tonterías. Dime la fecha y el lugar de la entrega de armas —Le amenazó.

Tansel no respondió, se limitó a seguir sonriendo con ironía, hasta que Liam apretó su hombro malherido haciendo que volviese a gritar de dolor.

—Puedo estar así el resto del día, de la semana, del mes... hasta que me digas lo que quiero saber. Tengo toda la vida —susurró hacia él.

Tansel gritó, pero en un arrebato de furia miró a Liam y le escupió.

Liam soltó su hombro y se pasó la manga por la cara, limpiándose.

—Está bien —Sacó su arma y la colocó en la rodilla de Tansel—. Te estoy dando la oportunidad de vivir, pero si no sabes aprovecharla... —Automáticamente disparó, haciendo que Tansel echase su cuerpo hacia atrás, gritando por el desgarrador dolor que sintió al notar cómo la bala perforaba su rodilla. Liam cogió su cabello y lo obligó a mirarle—. Por cada diez minutos que pasen sin una respuesta te agujerearé una parte de tu cuerpo. Tú mismo. —Soltó su cabello y este cayó sobre el suelo retorciéndose de dolor.

Liam se desabrochó la correa de su reloj de muñeca, colocándolo al lado del rostro de Tansel, que observó mientras intentaba tragar saliva.

—Cada diez minutos —repitió Liam sin mirarlo, observando la esfera del reloj.

Tansel gimió intentando llevarse la mano a la zona dolorida, pero a duras penas tenía fuerzas para levantarse. Liam lo observó, estaba claro que no viviría mucho tiempo más. Se iría desangrando poco a poco, y él no iba a mover ni un dedo para ayudarle.

Se quedó observándolo, con la mirada fija en los ojos entreabiertos de Tansel, que parecía luchar con el único objetivo de no perder la conciencia.

—Nueve minutos —susurró.

Tansel tragó saliva, tosió y abrió los ojos hacia él.

—Mís... tica —Logró susurrar.

Liam se acercó a él.

—¿Qué has dicho?

—La clave del ordenador... —Tragó de nuevo saliva—. Mística.

Liam se giró hacia Mike, el cual tecleó con no poco esfuerzo en el ordenador. Al instante accedió al escritorio.

—Es correcta —dijo Mike.

Liam se levantó poco a poco, observando el cuerpo malherido de Tansel, que luchaba por respirar.

—A... ayuda... —susurró.

Liam lo miró fijamente.

—Yo no pienso ayudarte. Prueba con alguno de mis compañeros, a ver si tienes mejor suerte —pronunció mientras se colocaba al lado de Mike, el cual tecleaba lentamente en el ordenador.

Observó que había varias carpetas. Mike ladeó su cuello hacia Liam.

—Hay muchas carpetas, ni siquiera sé por dónde empezar —pronunció.

Liam colocó una mano sobre el hombro de su compañero.

—No te preocupes. Llevad el ordenador a vuestra base —ordenó a Kevin—. Allí podremos investigarlo mejor. —Luego miró a su compañero, con cierto dolor—. Necesitas asistencia médica, amigo.

Mike apartó la mirada de él y asintió, apenado.

—Liam, yo... siento lo de Anya —pronunció con delicadeza.

Liam apretó los labios, suspiró reuniendo todas las fuerzas posibles y aceptó, luchando por no desmoronarse allí mismo. Debía concentrarse en poner punto final a aquella misión, luego ya podría dedicarse en cuerpo y alma a llorar la muerte de Anya. Todo aquello no habría tenido sentido si no conseguían paralizar la entrega de armas y coger a Heimdall de una vez por todas. Aquello ya no era solo un tema profesional, ahora ya era personal... Heimdall pagaría por todas sus fechorías.

—Liam —Le llamó Joseph que se había colocado al lado del cuerpo de Tansel. Joseph tenía colocados dos dedos sobre su cuello—. No tiene pulso.

Liam aceptó, sin mediar palabra, y salió de aquel lujoso salón, encaminándose hacia el yate, sin echar la vista atrás.

Necesitaba salir de allí y respirar hondo o acabaría explotando.



Pasaron tres días desde el altercado en el yate.

Se encontraban en el piso franco de la división de Kevin. Los habían acogido allí hasta el día siguiente, cuando partirían rumbo a Washington.

Aquellos días habían sido una verdadera locura. Solo hacían que investigar carpetas, leer archivos... Lo cierto es que aquel ordenador era una mina de oro. Podían saberlo absolutamente todo, los datos más importantes para resolver el caso estaban allí.

—Aquí está —pronunció Roy mientras extraía la hoja de la impresora. Fue hacia Liam, el cual se encontraba frente a otro ordenador, y se la tendió. —Fecha y lugar de la entrega de armas.

Liam suspiró y cogió el documento, estudiándolo. Allí especificaba con pelos y señales todos los pormenores de la operación de compraventa de armas.

Las armas llegarían en una semana a Al Khobar, al aeropuerto de Dhahran, en enormes bidones. Allí esperarían dos días a que los pesados tráilers los cargasen y los llevasen a través de la carretera 80M, atravesando el enorme Golfo Pérsico, hasta Um Al Naasan. En esa pequeña isla tomarían un barco que los llevaría hasta el puerto de Manama, donde ya se distribuirían por todo el país y cruzarían fronteras.

La idea era localizar el vuelo y mantenerlo vigilado hasta que la operación se iniciase, interceptando los camiones en la carretera 80M, pero aquello ya no sería asunto suyo. Ya lo habían puesto en las manos adecuadas y, con suerte, en poco más de una semana lograrían detener dicho cargamento.

—¿Lo has enviado ya? —preguntó a Roy.

Él aceptó y miró de un lado a otro.

—Sí, la orden ha venido aprobada, pero he supuesto que querías

tenerlo.

Liam dobló el documento y asintió, guardándolo en su bolsillo.

Roy se acercó más a él, observando cómo Liam se quedaba embobado mirando de nuevo la pantalla.

—Lo he arreglado todo —pronunció con cautela—. El cuerpo de Anya ya viaja hacia Moscú.

Liam apretó los labios y, tras unos segundos, aceptó resignado.

—Es lo que ella hubiese querido —susurró antes de cerrar la pantalla del ordenador, donde había pasado la última hora obsevando la fotografía de ella.

Se cruzó de brazos y contempló a su cuñado unos segundos, luego medio sonrió.

—Gracias por haberte encargado de todo, ha sido un alivio.

Roy aceptó mientras observaba a sus compañeros pasar a su lado.

—No importa. Es lo mínimo que podía hacer —pronunció mientras daba un pequeño golpecito en el ordenador de Liam.

Se giró y fue hacia el resto de sus compañeros. Liam se quedó observando la espalda de su cuñado, mientras este colocaba la mano sobre el hombro de Mike, el cual había adquirido ya una mayor movilidad tras estar dos días postrado en cama.

Abrió el cajón y volvió a coger la carta, observándola. Sabía que esa era la decisión correcta.

—Por cierto —dijo como si lo recordase—. ¿Sabes si han enviado las cartas del funeral?

Roy se giró y asintió con la cabeza.

—Sí. Todo está listo.

Fue hacia su bolsa de equipaje y metió la carta.

Cuatro días después del altercado en el yate.

—El Pentágono, Washington—

Liam esperaba con su uniforme militar, sentado en una de aquellas cómodas sillas donde había esperado tantas veces. Ahora, aquel lugar le parecía extraño. El pasillo, extremadamente largo e iluminado con potentes luces, a pesar de estar totalmente concurrido por el paso de militares y civiles

de un lado a otro, le parecía vacío.

Sujetó la carta entre sus manos y comenzó a desabrocharse su americana. Notaba que comenzaba a asfixiarse allí. Iba a quitarse la gorra cuando una de las secretarias abrió la puerta y se colocó frente a él.

—Sargento Mayers, por favor —pronunció amable mientras tendía su brazo hacia la puerta que acababa de abrir.

Liam se levantó abrochándose de nuevo la camisa de su uniforme, introdujo la carta en la carpeta que llevaba y entró en el interior de la sala donde los altos rangos militares esperaban.

Un teniente, un comandante, un capitán y el capitán general del ejército se pusieron en pie ante su entrada. La sala era tal y como la recordaba, solo había acudido allí una vez, cuando le habían ofrecido entrar en la CIA, tras examinar a conciencia su expediente, pero ahora, la razón era otra.

—Tome asiento, sargento —Le indicó el capitán general mientras señalaba con un movimiento cortés la silla.

Liam se sentó, colocando la carpeta sobre sus piernas.

—Bien —dijo mirando a sus colegas—, creo que todos estamos en deuda con usted y con su equipo. Han hecho un trabajo excelente.

—No fue solo cosa nuestra.

—Sí, lo sé —pronunció el capitán general abriendo un expediente—. Anya Petrova, perteneciente al Departamento de Seguridad Nacional fue la que dio la voz de alarma. Hemos leído el expediente que nos han enviado. —Liam aceptó—. Se le pondrá una placa conmemorativa en el cementerio militar y su descanso será tratado con todos los honores de un héroe.

Liam no tenía ganas de escuchar palabrería, pero agradeció aquel gesto.

—Se lo agradezco.

—Todo está preparado para la misión. Por lo que sabemos, Heimdall no ha recibido noticia alguna sobre que su operación haya sido descubierta.

—Es un alivio saberlo, señor —pronunció Liam.

—Todo seguirá como está planeado, pero este no es el asunto que nos trae hoy aquí —Extendió la mano hacia Liam, el cual abrió la carpeta, se puso en pie y entregó la carta que había escrito con esmero.

El capitán general la cogió bastante a disgusto y la abrió. Comenzó a leerla en silencio y, tras varios minutos, se la pasó a su compañero.

—¿Está seguro de esta decisión? Tras esta operación podría usted ascender a general de brigada. No tiene por qué abandonar su puesto. Coja unas vacaciones, tómese el tiempo que haga falta...

—La decisión está tomada —Le cortó, luego intentó moderar su tono—. Le agradezco infinitamente su ofrecimiento, pero no me siento con fuerzas para seguir, señor. La misión del viernes en el cementerio será la última que realice para la CIA —sentenció.

—Las cosas cambiarán a partir de ahora...

—No lo dudo —Le volvió a interrumpir—. Pero no es lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quiere, sargento?

Liam ladeó su cabeza hacia él y miró a todos sus superiores.

—Quiero que me ignoren. Ser olvidado.

Aquella respuesta los dejó bastante aturridos, pero no dijeron nada más al respecto.

El capitán general aceptó y, tras unos segundos en los que se quedó pensativo, lo miró con contundencia.

—La CIA pierde a uno de sus mejores miembros. —Liam aceptó aquello como un cumplido—. Esta bien, compañeros, ¿votos a favor de la dimisión del sargento Mayers?

Aunque no parecían estar de acuerdo del todo elevaron sus manos, dando a Liam lo que tanto ansiaba, lo que necesitaba.

No quería permanecer más en aquel mundo, un mundo que, aunque desconocido para muchos, era más peligroso de lo que había llegado a imaginar jamás. Lo único que quería era desvincularse de todo aquello. Desaparecer, olvidarlo todo y comenzar una nueva vida. La vida que le había ofrecido Anya.

Sabía que los inicios eran duros, pero aquel inicio sería mucho más fácil que continuar inmerso en aquel mundo no exento de corrupción.

—Está bien, sargento Mayers. Puede entregar su placa. Queda relegado de su cargo por voluntad propia.

Liam depositó la carpeta de la CIA en la mesa y se puso en pie para entregar su placa.

En ese momento, el capitán general se levantó y le tendió la mano, como símbolo de amistad. Liam se la estrechó.

—Si en algún momento desea volver a unirse no tiene más que pedirlo.

Liam sonrió con condescendencia ante su insistencia, así que no pudo por menos que afirmar.

Se despidió de todos ellos y, cuando cerró la puerta de aquel despacho tras de sí, sintió algo que jamás había sentido. Libertad. Sería libre. Ya no habría más órdenes, más ejecuciones, más vigilancias nocturnas... Ahora

podría vivir en paz, sin tener que girarse constantemente para vigilar su espalda.

Salió del Pentágono y observó a Roy, a Diane y a su pequeña sobrina, que lo esperaban en uno de los coches.

Cogió a la niña en brazos mientras sonreía y besó la frente de su hermana con todo el cariño del mundo.

En ese momento la mirada apenada de Roy coincidió con la de él.

—¿Ha ido todo bien?

Él afirmó mientras soltaba a la niña, que se cogió corriendo de la mano de su madre.

—¿Estás bien? —preguntó Diane.

Él pasó su mano por los hombros de su hermana y la apretó contra él.

—Sí, ahora todo está bien.

Noviembre, 2015

— Washington —

El sol comenzaba a caer sobre el horizonte, dotando de unos tonos pastel al cielo. La hierba bailaba de un lado a otro, movida por la fresca brisa que soplaba.

Colocó sus manos en los bolsillos de su traje negro recién planchado, totalmente erguido, y volvió la mirada hacia abajo mientras un mechón de cabello rubio oscuro recorría su frente.

No había mucha gente y aquello, en cierto modo, era un alivio. Jamás se había sentido cómodo dando el pésame. Había gente que lo hacía de forma natural, que lo sentía cuando expresaba aquellas palabras, pero para él era algo demasiado difícil de pronunciar.

Los pocos que se habían acercado para dar el último adiós ya se alejaban entre los árboles, sin siquiera echar la vista atrás.

Liam se agachó frente a la lápida, sin pisar la tierra batida que habían echado sobre el ataúd hacía menos de diez minutos, y no pudo evitar pasar una mano sobre ella, como si de aquella forma pudiese de nuevo sentir su contacto, tocarla.

Ella. Ella había representado todo en su vida desde que había entrado aquella noche de viernes en su vivienda, hacía poco más de un mes. Ella se había convertido en alguien demasiado importante para él y ahora no

estaba, ya no volvería a existir en este mundo.

Agachó su cabeza hasta colocar su frente sobre su mano mientras intentaba controlar su ira y contener las lágrimas, mientras paseaba su mano sobre el mármol blanco y frío, sobre aquellas letras grabadas.

"Anya Petrova"

1985 - 2015

Contuvo la respiración mientras notaba cómo los ojos se le humedecían y cómo su corazón se aceleraba ante los recuerdos. Aquellas imágenes marcarían su vida. Ver su cuerpo inerte...

Agachó de nuevo su cabeza intentando serenarse. Él no podía permitirse aquellas emociones, aquel dolor, debía concentrarse en su misión, en lo que había venido a hacer allí, a aquel cementerio.

Elevó lentamente su mirada hacia delante, controlando de nuevo a aquellos cuatro hombres enfundados en unos gruesos abrigos, masajeándose las manos a través de los guantes de piel.

Esa era la razón de que él estuviese allí. Le habían arrebatado lo más importante en su vida y pensaba hacer justicia.

Se levantó lentamente, sin apartar la mirada de aquellos hombres, a pocos metros de él, que parecían presentar sus condolencias a otra tumba.

Embaucadores, mentirosos, hipócritas y asesinos. Todo aquello eran esos hombres. Las circunstancias le habían llevado hasta allí, a ese lugar, a ese cementerio, a tener que enterrar a Anya para poder cumplir con éxito su misión.

Comenzó a avanzar en su dirección, con la mirada clavada en aquel rostro tan familiar para él, la causa de su dolor, debatiéndose entre coger la pistola que llevaba en su cinturón o abalanzarse sobre él y matarlo ahí mismo. El mundo sería un lugar mucho más seguro en el que vivir si ese hombre muriese.

Observó cómo varios hombres más se acercaban con cierto disimulo hacia ellos, intentando no levantar sospechas hacia aquel importante hombre y sus guardaespaldas.

Pero tuvo que controlarse de no dispararle cuando el hombre se giró hacia él y le sonrió.

—Sargento Mayers, lamento su pérdida. Me han dicho que Anya era una persona a la que usted apreciaba —pronunció con tono triste, aunque sus ojos expresaban todo lo contrario. Él, equivocadamente, pensaba que había ganado.

Liam se detuvo ante él, llevando su mano disimuladamente a la parte de atrás de su chaqueta, donde guardaba su pistola, controlando cómo sus compañeros se acercaban a paso apresurado, rodeándolo por detrás.

No, no había ganado.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión? —preguntó mientras observaba de reojo a sus compañeros.

—Verá, sargento Mayers, cuando se dirige la CIA se tiene conocimiento de muchas cosas. Por ejemplo... —dijo mientras señalaba la tumba que tenía frente a él—. Tansel Wood, sirvió durante siete años a la organización, fue compañero suyo, ¿sabe?

Liam aceptó y sonrió de forma sarcástica hacia él.

—Ya, pero da la casualidad de que cuando se trabaja para la CIA también se tienen medios de sobras para averiguar muchas cosas, Vincent Foster. —continuó con su sonrisa irónica—. ¿Sabes? Cuando me ofreciste trabajar para ti pensaba que serías una persona honrada, que lucharías por tu país... —Aquellas palabras hicieron que Vincent sonriese, como si no comprendiese el porqué—, no que acabarías vendiendo nuestras armas de forma ilegal a grupos terroristas. Heimdall.

Aquella acusación le hizo dar un paso atrás y miró hacia los lados. En aquel momento fue consciente de que varios hombres se dirigían hacia él, empuñando sus armas, incluso sus guardaespaldas extrajeron sus pistolas y le apuntaron.

Vincent elevó sus manos hacia el cielo.

—Te estás equivocando —pronunció mientras miraba a Liam, totalmente consternado.

—No, no me estoy equivocando —replicó mientras extraía el arma de su cinturón y apuntaba hacia él—. Tú vendistes nuestras armas a diversos grupos terroristas, tú... fuiste el causante de que Anya Petrova muriese —rugió hacia él—. No hay nada peor que compartir cama con tu peor enemigo.

En aquel momento uno de los hombres cogió el brazo de Vincent, obligándolo a arrodillarse.

Vincent observó a su alrededor mientras notaba cómo esposaban sus manos a la espalda.

—Se te ha acabado el chollo —pronunció Liam sin bajar su arma, aún debatiéndose entre si disparar o no—. Pasarás el resto de su vida en prisión.

Mike y Hans lo pusieron en pie, pero Vincent dio un paso al frente, encarándose a Liam.

—¿Sabe, sargento? Me dijeron que ella suplicó por su vida... —Aquello hizo que Liam diese un paso atrás, ante el impacto de aquellas palabras—. Suplicó, ella quería vivir... —pronunció con voz colérica.

Mike fue quien reaccionó, golpeando el rostro de Vicent para hacer que se callase. Al momento comenzaron a arrastrarlo, seguido por algunos de sus hombres.

Varios coches de policía irrumpieron en el cementerio, haciendo sonar sus sirenas a máximo volumen.

Liam observó cómo se alejaba. Sabía que aquella detención no era la única que se estaba realizando en aquel momento. A su vez, en Washington, se efectuaba la detención de Pierce Simmons y de Peter Bailey, y hacía pocos minutos que la división de Baréin se había encargado de incautar todas las armas que Vincent Foster, jefe de la CIA, había ido robando y vendiendo a grupos terroristas. Sabía que el tráfico de armas no acabaría con la detención de todos ellos, pero al menos se ralentizaría durante un tiempo. El mercado negro de las armas era el más potente y el que más dinero movía en el mundo, pero lo que no se podía permitir de ninguna manera era que asociaciones que se habían creado justamente para combatir el terrorismo lo nutriesen con la compraventa ilegal y clandestina de armas.

Cerró los ojos durante unos segundos, dejando que su cabello bailase con la suave brisa, y se giró para caminar en dirección a la carretera, consciente de que ya todo había terminado.

Echó una última mirada a la tumba de Anya mientras pasaba por su lado. Cuando giró su rostro y observó que un coche negro se detenía frente a él no pudo evitar que una media sonrisa brotase de sus labios. Todo había acabado.

Roy bajó del coche y se quedó mirando a su cuñado, acercándose.

Liam se colocó ante él y Roy le sonrió.

—¿Lo tienes todo? —Le preguntó Liam. Roy simplemente asintió—. De acuerdo —pronunció mientras rodeaba el coche para sentarse en el lado del copiloto—. Directos al aeropuerto.

El camino hasta el aeropuerto fue más largo de lo que esperaba, en silencio, sin nada que decir. Después de tanto tiempo y una vez acabada su última misión, se sentía libre. Ahora acababa una etapa de su vida y comenzaba otra, con infinitud de posibilidades ante él.

Aparcó delante de la terminal y ambos bajaron del coche. Fueron hacia el maletero y Roy le pasó una pequeña maleta de mano y otra más grande. Luego sacó de su bolsillo un sobre y se lo pasó. Liam lo abrió y observó el

billete de avión. Cuando elevó su mirada se encontró con la mirada perdida de Roy, incluso dolida.

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres? —preguntó colocando una mano en su hombro.

Liam suspiró y afirmó.

—Es lo que necesito. Lo que quiero —pronunció con convicción.

Se guardó el billete de avión en el interior de su americana y se quedó contemplando a su cuñado unos segundos.

—Lamento que haya acabado así —pronunció Roy con verdadera tristeza.

Liam le sonrió y sin previo aviso se acercó a su cuñado y lo abrazó, fundiéndose ambos en un abrazo.

Cuando se separó de él, su cuñado no se atrevía ni a mirarlo a los ojos, aunque Liam detectó que los tenía llorosos, lo cual le enterneció bastante.

—Nos mantendremos en contacto, tranquilo —pronunció Liam mientras cogía su maleta.

Roy afirmó y finalmente le sonrió mientras lo veía alejarse, con paso firme hacia la terminal del aeropuerto. Liam hizo un ligero movimiento de mano saludándolo y se perdió entre la gente.

EPÍLOGO

Depositó la pequeña maleta de mano en el compartimento superior del avión y se sentó al lado de la ventana.

El despegue fue tranquilo. Por suerte, era un vuelo de noche y eso le permitiría dormir.

Aun así, durante las nueve horas y media de trayecto apenas pudo conciliar el sueño, pues los recuerdos sobre Anya no dejaban de rondar su mente.

Debió quedarse dormido en algún momento de la noche porque cuando finalmente abrió los ojos los rayos de un nuevo día lo iluminaron. Sobrevolaban unas nubes y, a lo lejos, un sol anaranjado avisaba de que se aproximaba a su destino.

En cuanto bajó de avión se dio cuenta de que la temperatura no era la misma. Hacía frío, mucho frío.

Recogió la maleta de la cinta transportadora y lo primero que hizo fue abrirla para ponerse un abrigo más grueso.

Avanzó con el corazón acelerado por la terminal, hacia fuera de aquel enorme aeropuerto, pero cuando salió se quedó sorprendido. No había sido consciente de que nevaba hasta ese mismo momento.

Miró cómo toda la gente se amontonaba en una cola esperando un taxi. Tuvo que frotarse varias veces las manos para entrar en calor mientras esperaba.

Tras unos minutos de espera consiguió su taxi. Por suerte, sabía el idioma perfectamente e indicó a qué lugar quería que le llevaran.

Pasó la mayor parte del trayecto observando por la ventana trasera, pensativo. Conocía la historia del país, su política, su idioma, pero hasta ese momento jamás había visitado Moscú.

Cuando el taxi se detuvo, pagó la cuenta y bajó del vehículo cogiendo las maletas.

Elevó su mirada y se le encogió el corazón.

La Plaza Roja de Moscú. El Kremlin se alzaba majestuoso en un lateral de la plaza.

Cogió su maleta de ruedas y subió las escaleras, esquivando a todos los turistas que paseaban por la plaza, maravillándose ante tal belleza. Realmente era como Anya le había dicho, cuando le había explicado que, a pesar de haberlo visitado un solo día con su padre, lo recordaba con cariño. Era un lugar ciertamente hermoso, majestuoso.

Llegó hasta el centro de la plaza y cerró los ojos, intentando encontrar la paz. Su mente voló atrás en el tiempo, a cuando tras rescatar a Anya del edificio del Departamento de Seguridad Nacional, tras ser descubierta, ella le había confesado que aquel era su lugar favorito, y cómo unos minutos antes había llorado entre sus brazos en el piso franco que tenían habilitado.

“—Me buscarán —sollozó—. Y me matarán, como hicieron con Charlotte —gimió al final.

—Eh —dijo colocando una mano en su nuca, obligándola a elevar su rostro hacia él—. Mirame —susurró—. Te prometo que te mantendré con vida. —Ella lo contempló fijamente a los ojos. Tenía una mirada decidida, sin duda. —Me cueste lo que me cueste —sentenció.”

Liam abrió los ojos al recordar aquellas palabras, al recordar la fragilidad de su cuerpo contra el suyo. Pensaba que podría mantenerla a salvo, pero aquello se había complicado más de lo que esperaba.

Miró de un lado a otro, observando la inmensa plaza, maravillándose de encontrarse allí, en el lugar que ella recordaba con tanto cariño, mientras su mente parecía trabajar a una velocidad impresionante, rememorando todos los acontecimientos por los que había pasado para llegar hasta allí, consciente del mismo momento en que supo que debería tomar medidas drásticas, la noche en que Roy, Anya y él viajaron en coche para dejar a Anya en la terminal e iniciar su viaje a Baréin. Ella había salido del vehículo con una mirada preocupada, pero sin ser consciente del destino que la aguardaba. Ni siquiera él había sido consciente de ello hasta que se había quedado a solas en el coche con Roy y le había explicado.

“Liam se recostó en el asiento y suspiró.

—¿Cómo se ha tomado Diane que te tengas que marchar de nuevo?

Roy miró un segundo hacia delante y bajó su cabeza.

—No le ha hecho mucha gracia, aunque lo comprende. Esta tarde las he llevado a casa de mi hermana. No quiero que estén solas.

Liam asintió y se pasó las manos por los ojos.

—¿Tu hermana? Su marido es policía, ¿verdad? Haces bien.

Escuchó el suspiró de Roy y se giró unos segundos para observarlo,

permanecía con la mirada clavada en la ventana, pensativo.

—¿Seguro que va todo bien? —preguntó preocupado.”

Aquel había sido el momento en que todo se había torcido.

“—No —susurró Roy echando su cuerpo hacia delante—. Hay algo que debo explicarte...”

Esperaba cualquier cosa excepto lo que le había narrado Roy en aquel vehículo a altas horas de la madrugada. Le narró cómo había quedado con Vincent, su superior jerárquico, y cómo le habían encomendado una nueva misión, según su jefe, que provenía de las altas esferas. La misión consistía en liquidar a Anya. Le había enseñado las fotografías que le habían entregado de su hermana y de su sobrina, y se lo había explicado absolutamente todo, pero ambos coincidieron en que lo mejor era guardarlo en secreto: ni Anya ni sus compañeros podían saber nada de todo aquello, de lo contrario el plan podía fallar.

Apartó un copo de nieve que se había posado sobre su cabello y miró de un lado a otro expectante.

Lo cierto es que todo había sido demasiado rápido, más de lo que habían esperado. En ningún momento habían pensado que Roy recibiese, estando en Baréin, un ultimátum de veinticuatro horas para acabar con ella, y mucho menos que aquello coincidiese con el secuestro de Mike y Anya. No era justo, pero era una oportunidad que no podían desperdiciar, pues tal y como su cuñado le había dicho, no descansarían hasta verla muerta, y si no lo hacían ellos otros acabarían con su vida.

Recordó cuando, tras observar cómo aquellos hombres conducían a Anya y Mike por el pantalán rumbo a aquel lujoso yate, hacía un par de semanas, había salido corriendo hacia el todoterreno donde guardaban todo el material, acompañados del equipo de Baréin.

“Miró a Roy, con gesto atemorizado.

—¿Lo tienes todo aquí? —preguntó con la mirada fija en él.

—Sí.

—Prepárate. Lo haremos ahora —pronunció mientras se echaba la maleta al hombro y comenzaba a correr junto a sus compañeros.”

Se pasó la mano por los ojos recordando aquel fatídico momento, cuando había llegado a aquella habitación del yate y la había visto allí, sin pulso, sin respiración. Aquello le había afectado más de lo que esperaba. No había podido evitar gritar y desesperarse cuando había visto la herida de bala. La culpabilidad lo había atormentado, pero era lo que debía hacerse. Sabía

que la vida de su hermana y de su sobrina dependían de que aquello saliese bien. Roy había cumplido su misión.

“Roy apareció tras Kevin y Jim, con los ojos llorosos.

—Lo siento, no he podido hacer nada... —gimió señalando hacia el joven árabe que yacía muerto a pocos metros de él.

Liam gimió mientras acunaba a Anya entre sus brazos, mientras los llantos de dolor y de impotencia inundaban todo el yate.

Kevin entró un poco más en la estancia, intentando calmar a su compañero, el cual estaba al borde de un ataque de nervios, pero Liam lo observó enfurecido y descargó toda su rabia contra ellos.

—¡Largo! ¡Salid de aquí! —Les espetó—. ¡Largo!

Roy colocó una mano en el hombro de Kevin, con la mirada fija en Liam, y le empujó levemente hacia la puerta.

—No he podido protegerte —Le escuchó gemir mientras la abrazaba—. Lo siento, lo siento...

—Dejémoslo solo unos minutos —pronunció Roy.

Mientras cerraba la puerta observó cómo su cuñado se tendía sobre el cuerpo inerte de Anya, totalmente destrozado. Tuvo deseos de gritar por lo que acababa de ocurrir, pero sabía que era la única forma.”.

Cerró los ojos al recordar aquello mientras notaba el frío helado de Moscú filtrarse incluso a través de su grueso abrigo.

Gracias al mercado negro no les fue complicado conseguir un fármaco que simulase la catalepsia o falsa muerte (haciendo que la frecuencia cardíaca y la respiración se ralentizaran). Solo debía inyectarlo. La herida de bala no le causaría la muerte pues sabía dónde disparar, pero la sangre que brotaría de la herida, sumada a la palidez de su rostro y a la aparente falta de movimiento en su pecho provocada por la ralentización de su respiración, así como de su frecuencia cardíaca, simularían la muerte de Anya.

Cuando Roy cerró la puerta permitiendo que Liam se quedase solo con el cuerpo de Anya, este extrajo el inyectable de su bolsillo, lo observó unos segundos y lo clavó con decisión en su pecho, introduciendo todo el bolo. El efecto no se hizo esperar. Anya abrió los ojos asustada y comenzó a sollozar mientras intentaba incorporarse.

—Shhhh... shhhh... —Le susurró Liam mientras la acunaba contra su pecho, notando cómo temblaba.

—Liam, ¿que...?

—Tranquila... todo saldrá bien —susurró intentando controlarla, con

la mirada fija en aquella puerta cerrada, consciente de que si alguien la abría descubriría el engaño—. Tranquila —susurró mientras intentaba calmarla.

Evacuarla de la embarcación había sido fácil, lo único que necesitaban era envolverla en una sábana, pero antes se habían asegurado de que todos pensasen que ella había muerto, sobre todo Tansel y Heimdall.

Recordó cuando Roy se situó delante de él con Anya en brazos.

“—Sácala de aquí, Roy —gimió sin mirarlo.”.

Solo respiró tranquilo cuando vio como se alejaba en aquella lancha. Allí comenzaba su nueva vida, sin que nadie la fuese a buscar nunca más, sin que ella corriese ningún peligro. Recordó cómo, a pesar del dolor que sentía al recrear la imagen de ella en su mente desangrándose, sintió calma mientras el viento abrasador chocaba contra su rostro y el yate se mecía sobre las aguas del Golfo Pérsico mientras observaba la barca donde Roy transportaba a una Anya malherida rumbo a Baréin, donde Hans los esperaba con el todoterreno para trasladarlos.

No había querido intervenir en nada, sabía que todos sus compañeros observarían sus reacciones, estarían más atentos durante los días sucesivos a la presunta muerte de Anya. Por eso había sido Roy quien se había encargado de todo.

“Roy se acercó más a él, observando cómo Liam se quedaba embobado mirando de nuevo la pantalla.

—Lo he arreglado todo —pronunció con cautela—. El cuerpo de Anya ya viaja hacia Moscú.

Liam apretó los labios y, tras unos segundos, aceptó resignado.

—Es lo que ella hubiese querido.”.

En ese momento una corriente de aire helada le hizo cerrar los ojos, pero a pesar de aquel frío no pudo evitar sonreír. Todo había salido a pedir de boca. Recordó el abrazo de su cuñado emocionado en el aeropuerto, cuando se había despedido de él, sabiendo adónde se dirigía. Se sentía tranquilo, sabía que su secreto se mantendría siempre a salvo.

Dudó de que el plan llegase a buen puerto, más cuando tuvieron que improvisar casi sobre la marcha, e incluso estuvo a punto de renunciar a él, hasta el momento en que Roy consiguió finalmente el fármaco que simulaba la catalepsia.

La primera vez que había visto el fármaco y su antídoto había sido en el ascensor del lujoso hotel de Baréin.

Liam cogió el antídoto y lo guardó en su bolsillo, luego se giró hacia Roy, con una mirada cargada de energía.

—Nadie debe saberlo.

Roy lo miró fijamente y aceptó.

—Y nadie lo sabrá —respondió con convencimiento.

Los labios de Liam se tornaron en una sonrisa y, como si una fuerza superior lo llamase, se giró hacia atrás. Los copos de nieve caían con intensidad, la plaza rebosaba de personas, pero entre todas ellas una destacaba. Identificó el rostro de Anya, caminando directa hacia él, intentando contener el llanto.

En ese momento se quedó paralizado mientras la veía acercarse. Aunque hubiese tenido sus dudas, aunque el miedo lo hubiese embargado, cada segundo que había pasado en Baréin había merecido la pena. Todo aquello, aquella artimaña, aquel dolor... habían tenido su recompensa.

Nadie la buscaría, nadie sabría nunca que seguía viva. Para el resto del mundo Anya Petrova no existía, estaba muerta.

Por otro lado, después de muchos contratiempos, por fin su amiga Charlotte podría descansar en paz. Todos juntos habían logrado resolver el entramado de corrupción que azotaba a la CIA, honrando así su memoria. Su muerte no había sido en vano.

Liam caminó hacia Anya sorteando a la gente, esquivó a una última persona más y se fundió finalmente en un abrazo con ella mientras los copos de nieve caían sobre sus cuerpos. La abrazó con todas sus fuerzas, consciente de lo mucho que la había echado en falta durante aquellas últimas semanas, feliz de ver de nuevo su sonrisa, de notar la suavidad de su piel bajo las yemas de sus dedos.

Tomó sus mejillas entre sus manos y la observó, perdiéndose en su mirada mientras ella sonreía emocionada. Liam la acarició y bajó sus labios hasta los de ella fundiéndose en un apasionado beso.

A partir de ahora ambos iniciaban una nueva vida juntos. Para el resto del mundo Liam Mayers y Anya Petrova no existirían, solo serían sombras.

FIN

AGRADECIMIENTOS

En esta ocasión seré breve:

Quiero agradecer a todos los lectores que me dais la oportunidad de publicar de nuevo. Gracias por todo vuestro apoyo y por confiar en mí.

Esta novela lleva mucho tiempo escrita y gracias a vuestra ayuda y a la confianza que me dais me he decidido a publicarla.

Es un privilegio poder compartir esto con vosotros y una tremenda ilusión para mí.

De todo corazón, muchas gracias por hacer posible uno de mis sueños.

Maríah.